SAMANTA ESPERÓN

BAUTISMO DE ACERO

ERA DE MAGOS
PARTE I

SAMANTA ESPERÓN

ERA DE MAGOS
PARTE I

BAUTISMO DE ACERO

A todos aquellos que hicieron
que hoy sea quien soy.

Samanta Esperón
Era de Magos, parte I. Bautismo de Acero.

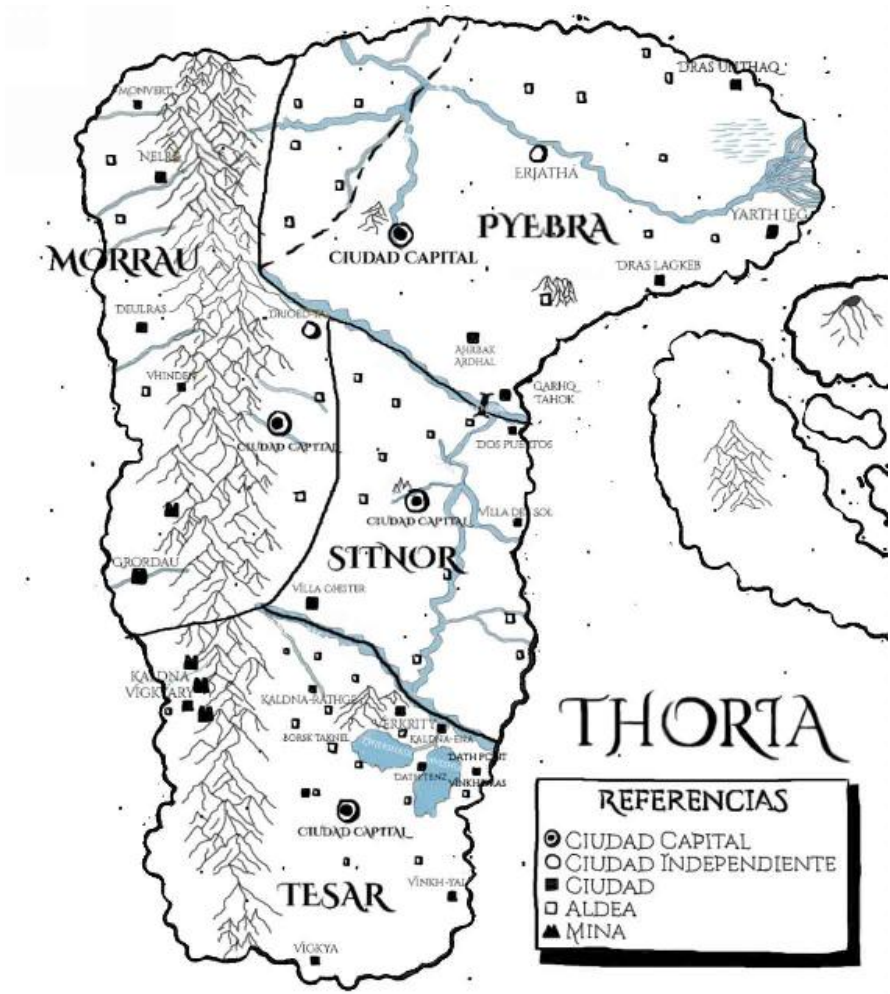
1° edición, 18 de Mayo de 2020
ISBN: 9798638648367

Título original: Era de Magos, Parte I – Bautismo de Acero
©2020 Samanta Esperón.
Diseño de portada y maquetación: Samanta Esperón.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 9798638648367

Continente de Thoria



PRÓLOGO

En una aldea de Tesar, año 3976

El gato negro subió a la mesa y comenzó a arrojar parte de lo que había sobre ella. Se estrellaron en el piso platos con restos de comida, vasos y varias botellas de vino.

—¿Por qué haces tanto ruido, gato? Estoy tratando de dormir —murmuró el humano y se tapó la cabeza con la manta.

—*Si no bebieras tanto* —dijo mientras empujaba otra botella con su pequeña pata—, *podrías levantarte a una hora prudente, como el resto de la gente. Tengo hambre, humano, levántate, ya hace largo rato que es de día.*

El gato bajó de la mesa y caminó con cuidado entre los trozos de porcelana rota.

Saltó con agilidad sobre el canasto que cumplía la función de mesa de noche y se sentó para mirarlo fijamente.

—Si fueras un gato normal, cazarías ratones, como el resto de los gatos. Ya déjame dormir. —Sus palabras sonaron debilitadas por la manta que le cubría el rostro.

El gato saltó justo encima de él y le enterró las uñas en el pecho. No era necesario hacerlo, pero quería asegurarse que su humano se despertara de una vez; llevaba horas observándolo, esperando a que abriera los ojos.

—¿Por qué haces eso? —Se quejó y se incorporó en la cama.

El gato se sentó en el suelo y siguió observándolo. El humano estiró su mano hacia él.

—Ven aquí —dijo con suavidad y chasqueó los dedos, pero el gato no movió ni un músculo—. Solo vienes a mí cuando me necesitas, eres un desagradecido.

El humano se levantó de la cama al fin, aunque se lo veía enojado.

—¡Mira el desastre que has hecho! ¿Quién limpiará ahora?

—*Tú ¿Quién sino? No creo que yo pueda recoger algo, es anatómicamente imposible para mí.* —El gato se lamió una pata, distraído.

—No sé por qué aún no te he echado a la calle.

—*Porque me amas, es simple* —contestó con cierta indiferencia.

—Eres un vanidoso, eso eres. —Comenzó a recoger el desorden—. Es mi culpa. Si no te hubiera consentido tanto, serías un gato normal.

—*Muy tarde, humano. Ya soy demasiado perezoso.*

El humano continuó quejándose, pero se arrodilló y siguió con su trabajo. El gato se subió a una silla y maulló reclamando atención.

—¿Qué quieres ahora?

—*Creo que ya te he dicho que estoy hambriento.*

El humano se incorporó y lo miró, tenía un mechón de cabello gris en la cara, que le cubría un ojo.

—¿Qué desea, su majestad? —El humano aún estaba de rodillas, y bajó la cabeza, intentando hacer una reverencia.

—*Pescado estaría bien.* —El gato ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Pues no hay. —Se incorporó, buscó un plato y le sirvió un poco de leche—. Ahí tienes, ahora déjame en paz.

El humano terminó de recoger lo que quedaba en el suelo y lo colocó en una canasta de mimbre, la que dejó junto a la única puerta de la pequeña y destartalada cabaña; la helada ventisca se colaba entre las tablas de las paredes y hacía flamear las cortinas desteñidas que colgaban en las ventanas. Caminó tambaleándose hasta la mesa y tomó una botella que aún tenía un poco de vino, bebió lo que quedaba y regresó a su cama. Al poco rato, roncaba como si nada hubiera perturbado su sueño. El gato saltó junto a él y se acostó a sus pies.

A media tarde, un rayo de sol daba justo sobre la cama. El gato estiró sus patas delanteras y expuso su vientre al calor del sol. El humano aún roncaba y no parecía que fuera a despertarse hasta la medianoche, como era su costumbre.

Hacía muchos años ya, que sus días pasaban de igual forma. Después de uno o dos días de borrachera, le seguía un día de lamentos, llantos y quejas. «Vivo sin vivir» solía decir su humano entre sollozos. Luego, llegaban las promesas. Trabajaba diez días y al siguiente, llegaba apestando a vino barato, con varias botellas debajo del brazo y un gran pescado para su compañero felino.

Las horas pasaron y, de a poco, las estrellas comenzaron a hacerse visibles, brillando tímidas al principio. A medida que el cielo se iba oscureciendo, los pequeños puntos de luz cada vez cobraban más fuerza.

El gato se estiró y fue a sentarse junto a la ventana, ronroneando. A través del sucio vidrio podía ver el suave parpadeo de los astros, pequeños y lejanos. Hacía varios días que las grises nubes llenas de nieve cubrían el cielo y, luego de dejar caer sus blancos copos, partieron hacia el norte. Las noches estrelladas le recordaban los tiempos en que su humano era feliz, antes que la guerra se llevara con ella todo lo que amaban.

Al finalizar la guerra, las cuatro naciones firmaron la Ley de Protección contra la Magia y, desde ese momento, ambos tuvieron que ir de pueblo en pueblo, escondiéndose y huyendo como criminales. Habían salvado al mundo de un terrible destino y, aun así, habían sido condenados a muerte.

Tenía la certeza de que algún día su humano iba a encontrar un motivo para disfrutar su vida nuevamente, pero no sabía cuándo sucedería. Ansiaba que ese día llegara pronto, ya que le dolía en el alma ver a su humano en esas condiciones, viviendo solo para que él no se quedara solo. Muchas veces el gato había pensado en marcharse, pero sabía que el humano moriría de tristeza, ya había perdido demasiadas cosas.

Cuando la luna asomó entre la copa de los árboles perfecta, redonda y blanca, el momento que tanto había deseado el gato, al fin llegó. Primero, una suave melodía comenzó a oírse y luego se convirtió en una dulce voz que susurraba.

Próximo está el día en que la era de los astros sea restaurada.
El renacimiento comenzará en la ciudad de Efos, dios Sol,
hasta que la tierra toda sea bendecida
con el poder de Sol, Luna y Estrellas.
La ciudad donde la codicia ha echado raíces
será maldecida hasta el fin de la tiranía.

No existe la luz sin que exista la oscuridad,
no existe el bien sin que exista el mal.
Siempre que haya un ser oscuro
no temas, Lobo Blanco,
dos seres de luz tus pasos seguirán.

El humano se sentó en la cama, sobresaltado. El gato ronroneó feliz.

—¿Has oído, gato? Llegó la hora.

—*Lo he oído.* —El gato saltó a la cama y volvió a hacerse un rollo entre las mantas revueltas.

—Levántate, perezoso. Tenemos trabajo que hacer. —El humano abandonó la cama de un salto y comenzó a guardar algunas de sus pocas pertenencias en una bolsa de cuero, que luego colgó en uno de sus hombros. Cogió una canasta con tapa, le sacudió el polvo y puso una manta limpia dentro de ella.

—*¿Hacia dónde iremos?* —preguntó el gato, sin moverse.

—Palmeras, gato. Un largo viaje hasta Palmeras.

—*Sol, calor… Acaríciame el lomo, humano* —ronroneó el gato.

El viejo hombre rio y le rascó el lomo. Luego de unos minutos, el gato se metió en la canasta, el hombre la cerró y la colgó en su hombro libre. Antes de dejar la casucha deteriorada que habitaba, cogió una maceta con una diminuta planta de hojas grises.

La nieve le llegaba hasta las rodillas cuando salió pero, aun así, el hombre cantaba.

I

Pyebra Ciudad Capital, año 3996

El viento huracanado que envolvió su cuerpo hizo que su vestido negro revoloteara a su alrededor y su cabello flotó como si la gravedad no le afectara. Las ramas de los arbustos que había en torno a ella se balancearon de lado a lado y algunas de las hojas se desprendieron de ellas. En una de las manos de la señora Viktoria pareció como si una pequeña tormenta se hubiera formado en su palma. Luego de esperar unos segundos a que la energía se condensara y pudiera manipularla, levantó su mano y un rayo de luz blanca salió expulsado de ella.

Lehsa abrió los ojos al doble de su tamaño y, en una mezcla de miedo y desesperación, cruzó los brazos delante de él y escondió su cabeza. El rayo rebotó en el escudo invisible que había creado, se desvió hacia un costado y la rama de un árbol se desprendió después del impacto.

«Demonios, me hubiera abierto el pecho como a una maldita cabra» pensó.

—¡Lehsa, abajo! —Escuchó que alguien gritaba detrás de él.

El joven se arrojó al suelo hecho un ovillo y una bola de fuego, del tamaño de la rueda de una carreta, pasó por sobre su cabeza. Cuando miró hacia atrás, vio que Tareq estaba acercándose a él. Lo ayudó a incorporarse y juntos vieron cuando la mujer levantó ambas manos. La esfera detuvo su recorrido en el aire, aunque siguió girando sobre sí misma. La señora Viktoria sonrió y la esfera comenzó a aumentar lentamente su tamaño.

—¿Serán capaces de detenerla? —preguntó riendo—. No deberían jugar con fuego, podrían quemarse.

La señora Viktoria arrojó la esfera hacia los jóvenes. Otra vez el terror se apoderó de Lehsa, que giró a ver a Tareq y vio en su rostro

que él se sentía de igual forma.

—¡Corran! —Una pequeña mano jaló las mangas de sus túnicas y los jóvenes retrocedieron sin poder quitar los ojos del pequeño sol que se acercaba a ellos. Lehsa sintió el calor en su rostro y en su mente apareció la imagen de su cuerpo cocinado.

«Vaya forma estúpida de morir. Maldito Tareq, que ocurrencia más ridícula ha tenido».

Comenzaron a correr, intentando alejarse de la señora Viktoria, cuando la tierra se sacudió bajo sus pies y un sonido atronador lo sorprendió. Lehsa cayó al suelo y sintió su rostro estrellarse en la hierba. El golpe en el pómulo y la frente lo aturdió por unos momentos, pero debía continuar escapando. Se arrastró unos pocos metros y giró para ver detrás de él. Un muro de tierra sólida se elevaba varios metros por encima de la superficie, limitando su visión y agradeció a los dioses que ya no pudiera ver a la señora Viktoria. Se sentó en la hierba, aún sin haber recuperado la capacidad de oír, y miró con más detalle la súbita e improvisada construcción que se elevaba delante de él. Se había formado una protuberancia allí donde la bola de fuego había impactado.

—Lehsa, ¿estás bien? —La voz de Tareq se escuchaba tan lejos que no sabía si lo había imaginado o si de verdad estaba oyéndolo hablar. Giró la cabeza y vio que Tareq estaba a su lado, tan cubierto de polvo, sangre y suciedad como estaba él. Asintió y se puso de pie apoyándose en su compañero.

Nihá y la pequeña Idris estaban de pie junto a la muralla, con sus ojos fijos en el muro de tierra. Oyó la lejana voz de Tareq llamar a Nihá y vio que ella movía los labios mientras se acercaba, pero no fue capaz de escucharla. Idris dio la vuelta y comenzó a caminar hacia ellos, pero solo dio unos pasos cuando la vio caer de cara al suelo. Una porción de tierra se desprendió del muro y cayó sobre ella, sepultándola por completo. Los sonidos regresaron de pronto, mientras corrían hacia donde estaba la niña; a Lehsa le sorprendió el murmullo que emanaba desde las entrañas de la tierra bajo sus pies.

Los jóvenes llegaron, comenzaron a excavar con sus propias manos en busca de Idris y Lehsa sintió la tierra húmeda meterse debajo de sus uñas.

—¡Señora Viktoria! —Una voz masculina llamó desde algún lugar detrás de ellos—. El señor Reda ha regresado.

—Excelente. —Se oyó desde el otro lado de la muralla—. Hemos terminado por hoy. Pueden retirarse.

—Idris está enterrada, señora —dijo Tareq, con desesperación, sin

dejar de excavar.

La tierra que había formado el muro frente a ellos comenzó a regresar a su lugar, incluida la tierra que había cubierto a Idris. La pequeña estaba hecha un ovillo y tenía las palmas de sus manos hacia arriba, como si estuviera sosteniendo algo invisible. Abrió los ojos en cuanto se dio cuenta de que estaba siendo liberada y, al notar que ya no estaba en peligro, bajó las manos. La tierra que aún quedaba sobre ella cedió unos centímetros y cayó sobre su túnica.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tareq. La niña asintió mientras se quitaba de encima los restos de hierba y tierra.

Cuando la señora Viktoria llegó hasta ellos, los cuatro discípulos estaban de pie e hicieron una reverencia al verla.

—Buen trabajo. —Les dijo con una sonrisa y, luego, se alejó.

Lehsa miró a su alrededor y vio que algunos árboles estaban torcidos y sus raíces expuestas. Había lugares entre la vegetación que estaban quemadas por completo y, en su lugar, solo habían quedado cenizas y humo.

Habían destruido uno de los jardines del Palacio de Las Hojas en el entrenamiento, otra vez.

Viktoria caminó por la alfombra aterciopelada que cruzaba la Sala Dorada de una punta a la otra sin que sus pies descalzos la delatasen. El rey Kirios Almairon estaba sentado en su trono y, frente a él, se encontraba Reda, su hermano gemelo. Ninguno de ellos se percató de que la mujer había llegado hasta que estuvo a pocos centímetros de ellos.

—¿Has tenido un buen viaje, Reda? —preguntó a modo de saludo.

—Mi señora —contestó bajando el mentón—. Por supuesto. En los próximos días arribarán cerca de cincuenta magos, los que dieron sus nombres. Esta vez, todos ellos quisieron seguirla, mi señora.

—Eso es excelente —exclamó el rey y Reda asintió.

—He visto que han destruido los jardines, mi señora, es una pena. —Reda, la miró fijamente.

—Así es —respondió sin apartar la mirada—. ¿Te imaginas lo que podrán hacer mis muchachos cuando lleguemos a Sitnor?

—Hablando de eso… Reda, deberás bajar hasta Sitnor pronto —dijo el rey—. Ya tenemos allí a quien nos ayudará.

—Por supuesto, cuando me lo digas. Si me disculpan, me retiraré a descansar.

—Sí, adelante —dijo el sonriente Kirios. Reda se retiró y Viktoria se

acercó a su esposo.

—Luz de mis días —dijo susurrando en su oído—, serán dos.

—¿Estás segura? —El rey se removió en su silla, tratando de encontrar sus ojos con la mirada.

—La diosa Thara, madre de todo, me lo ha dicho. Una niña y un niño. —Viktoria acomodó su negro y largo cabello. Notó que su esposo no esperaba una noticia así, hacía poco tiempo le había dicho que sería padre, y eso lo había hecho inmensamente feliz. Él le había confiado que deseaba que fuera un niño fuerte e inteligente para que en el futuro, cuando la diosa Zarba decida que sus días hayan acabado, pueda gobernar su imperio.

—¿No dirás nada? —Viktoria se sentó en su falda y le rodeó el cuello con sus delgados brazos.

—Estoy sorprendido y encantado con la noticia. Imagínate. Dos niños fruto de nuestro amor. —El rey la besó en los labios.

—Debo viajar a Puerto Bahía —dijo Viktoria al cabo de unos minutos.

—¿Cuándo regresarás?

—En poco más de un mes. Los niños deben nacer aquí. Tendré tiempo de descansar y recobrar fuerzas para esperarlos.

—Deberíamos comenzar a buscar una nodriza.

—No, yo los alimentaré —dijo y sus largos y delicados dedos jugaron con el cabello de su esposo—. No quiero que alguien más lo haga, luz de mis días.

—¿Podrás con los dos? —El rey lucía preocupado.

—Por supuesto. La Madre Thara no me bendeciría con dos niños si creyera que no soy capaz de hacerlo. —Se puso de pie y se acercó a la ventana. Una ráfaga de aire cálido le alborotó el cabello.

—¿Cuándo partirás? —preguntó. El rey se acercó a ella por detrás y colocó las manos sobre el pequeño vientre que gestaba a sus herederos.

—En dos días. Una vez que nazcan los niños, retomaré los viajes. Iré a los poblados más pequeños; tenemos que recorrer cada rincón de Pyebra para sumar más gente a nuestra causa.

—Admiro tu valentía y tu decisión —dijo el rey y ella sonrió complacida.

A través del ventanal se veían los selváticos jardines del Palacio de Las Hojas. Lo habían llamado así por la gran cantidad de plantas y árboles con enormes hojas que lo rodeaban, y desde su entrada, era lo único que se veía. Tenían que acercarse a escasos metros para distinguir la intervención del hombre en el paradisíaco paisaje. El

clima tropical hacía que la vegetación creciera abundante, con hermosos y llamativos colores y aves de distintos tamaños y brillantes plumajes de todas las tonalidades alegraban las mañanas con su dulce cantar.

2

Sitnor Ciudad Capital, año 3997

Una leve ventisca le revolvía el oscuro cabello mientras esperaba en la puerta del establo con dos caballos ya listos para partir. Miró hacia la profunda oscuridad del cielo y vio que faltaba poco para el amanecer.

«Josh se está tardando demasiado, el muy holgazán seguro se ha quedado dormido nuevamente» pensó.

Estaba a punto de ir a buscarlo cuando se abrió una puerta de madera en el muro frente a él y apareció un muchacho despeinado y con los ojos hinchados, terminando de vestirse.

—¿Te caíste de la cama? —preguntó con pereza, mientras abrochaba su camisa.

—Parece que a ti se te han pegado las mantas —contestó Quentin Guna riendo.

—¿Ya tienes todo listo?

—Debemos pasar por la armería aún.

—¿Y qué esperas? —preguntó Josh Pronees divertido, fingiendo impaciencia, mientras volvía sobre sus pasos.

De regreso de la armería, Quentin le ayudó a acomodar las espadas en las monturas, tratando de no hacer mucho ruido; querían evitar que la escolta se enterara de su salida y los siguiera. La idea de tener guardias les molestaba, los hacía sentir débiles y observados, pero dado a que las peleas callejeras de Josh eran cada vez más frecuentes y más graves, sus padres les dieron a elegir entre llevar una escolta o quedarse en la fortaleza y, por supuesto, prefirieron cargar con un lastre a quedarse encerrados por toda la eternidad.

Como se encontraban en el mismo centro de la ciudad, les quedaba un largo camino hasta las puertas que la resguardaban y, una vez que llegaron a la calle, pusieron sus monturas a la carrera para ganar tiempo. Arribaron justo en el momento en que las abrían de par en par, por lo que no tuvieron que detenerse a rogarles a los guardias

para que los dejen salir antes de tiempo.

Al traspasar las puertas, volvieron a fustigar a sus caballos y cada pocos minutos miraban hacia la enorme ciudad amurallada para comprobar que no eran seguidos. Cuando descendieron la primera colina, aminoraron la marcha y, a media mañana, llegaron hasta el arroyo al que siempre iban a pescar; a los pocos minutos, tres jinetes los alcanzaron.

—Señores, es su deber informarnos de sus salidas. No podemos protegerlos si se escapan cada vez que tienen la oportunidad —dijo Santoro, el oficial a cargo de la escolta, con tono neutro.

—Tranquilo. —Josh fingió una sonrisa, entrecerró los ojos y le palmeó un hombro al inexpresivo oficial—, solo estábamos poniendo a prueba la efectividad de la escolta.

—Con todo respeto, señor, dudo que quieran ponernos a prueba todos los días. Ya hemos demostrado nuestra capacidad. Sus padres no nos hubieran confiado sus vidas si consideraran que no es así.

—Nuestros padres son un par de…

—No volverá a suceder, oficial. —Quentin intervino antes que Josh terminara una frase que podía llegar a lamentar. Luego se dirigió a su amigo—. Vamos a poner las cañas…

—Estaremos aquí si nos necesitan —dijo Santoro y se apartó de los jóvenes.

A pesar de que no había resultado como esperaban, decidieron ignorarlos por completo y seguir con sus planes sin que aquello estropeara su día de pesca.

Cuando ya habían puesto sus cañas en la orilla, optaron por ir a caminar, recoger algunas frutas y, si se presentaba la oportunidad, cazar, algo que casi nunca lograban porque su constante parloteo ahuyentaba a todas las presas.

Ese día el tema de conversación fue su futuro próximo, ya que habían recibido la llamada al entrenamiento obligatorio. Si bien habían oído mucho acerca de los campos de entrenamiento, nunca habían podido comprobarlo, porque lo que sucedía allí dentro era un completo misterio para los que aún no habían ingresado; los adultos solían inventar historias sobre lo que sucedía, pero la mayor parte de ellas se contradecía cuando hablaban con otra persona diferente.

Los muchachos pasaron el día conversando acerca de lo que podían encontrar, las armas con las que entrenarían, los campos de tiro, los caballos y un sinfín de cosas más.

Después de un par de horas de caminata, solo trajeron dos conejos y un saco lleno de frutos. Volvieron a la orilla, limpiaron los animales,

hicieron una fogata y se recostaron a descansar mientras se asaba la carne.

Quentin cerró los ojos y se quedó escuchando el murmullo del viento entre las hojas y, sin saber si estaba dormido o despierto, empezó a escuchar lo que parecía ser música. Al principio era solo una suave melodía que, luego, se fue convirtiendo en una voz dulce y armoniosa.

Sombra y luz luchan en su interior
Quién prevalezca será su elección
Decisiones deberá tomar
El hijo de la Luna,
Señor de cielos e infiernos
Dueño de vida y muerte
A estas tierras ha decidido llegar.

Quentin abrió los ojos, sobresaltado, sin saber si lo que había oído había sido producto de su imaginación o si era real. Josh no estaba al alcance de su vista, por lo que se puso de pie y lo encontró en medio del río, tomando un baño.

—¿Oíste eso? —preguntó Quentin.

—¿Oír qué?

—¡El canto!

—No, desde acá difícilmente haya oído lo mismo que tú. Espérame a que suba —dijo Josh y nadó hacia la orilla.

Quentin esperó con impaciencia a que su amigo lo alcance y caminaba de lado a lado, abriendo y cerrando las manos.

—Alguien estaba cantando, aunque no sé si era hombre o mujer, o si eran ambos —murmuró en cuanto Josh lo alcanzó—. Hablaba del hijo de la luna, algo sobre un ser de luz y de oscuridad...

—No he oído nada. —Josh caminó hasta donde había dejado su ropa y comenzó a vestirse—. Puede que lo hayas soñado, cuando bajé al río parecías dormido.

—Puede ser, sí —dijo Quentin no muy convencido

—Ven, vamos a ver las cañas. —Y así terminó Josh con el extraño malestar de su amigo.

A media tarde decidieron regresar, sin peces, pero con un saco lleno de frutos para que las cocineras hicieran mermeladas y jaleas.

Cuando los muchachos llegaron, una gran muchedumbre se

agolpaba en las puertas de la ciudad. En su mayoría eran campesinos que regresaban de los sembradíos con las carretas cargadas con sus cosechas, aunque también se encontraban entre ellos algunos mercaderes provenientes de lejanas tierras que, de a poco, comenzaban a llegar por la fiesta del aniversario de Sitnor, que se celebraba a mediados del verano.

Quedaban unas pocas horas del día cuando, finalmente, cruzaron las puertas con su escolta siguiéndolos de cerca. Avanzaron a paso lento unos pocos metros y decidieron que sería mejor tomar por otro camino, para llegar lo más pronto posible a su destino. A la primera oportunidad, giraron hacia una calle que se dirigía al muro oeste y, en cada cruce de calles, miraban a su derecha en busca de alguna que se encuentre desierta.

—Perdimos a la escolta —dijo Josh sonriendo—. Deben haber quedado estancados en la entrada.

—Ya estamos regresando, no sé por qué te alegras. —Quentin se encogió de hombros.

—Porque son molestos y también aburridos. Es como si nuestros padres nos siguieran a todos lados. —Y, esta vez, Quentin le dio la razón.

Cuando encontraron una calle sin gente a la vista, giraron por ella hacia el norte. Iban conversando aún sobre lo molesto que era tener a su escolta siempre cerca, cuando ven que frente a ellos aparecen dos hombres cubiertos con largas capas negras, lo que a Quentin le pareció bastante extraño debido al calor que hacía. Sin prestarles demasiada atención, continuaron su camino, era normal que durante el verano llegue a la ciudad gente de diferentes lugares, algunos incluso de muy al norte de Erjathá[1], donde, según había oído, el calor del sol era abrasador y podía llegar a sacarle a uno ampollas en la piel si se estaba mucho tiempo lejos de la sombra.

«Deben sentir frío aquí, quizás por eso usan esas capas» pensó Quentin.

A unos cincuenta pasos de distancia los sujetos, cuyos rostros se escondían bajo la sombra de sus capuchas, se separaron para quedar enfrentados a ellos y se detuvieron por completo. Quentin y Josh se miraron confundidos.

—Desmonten y quédense donde están —dijo uno de los extraños, que hablaba con un marcado acento pyebrano.

Los muchachos obedecieron.

«Seguro son ladrones» pensó Quentin. Los hombres se quitaron las capas haciendo un idéntico movimiento, que parecía haber sido

ensayado infinidad de veces, y estas volaron por sobre sus cabezas para caer lentamente a unos metros de sus dueños.

—Deben estar bromeando —dijo Josh con una mueca de desagrado en su rostro.

Luego de su teatral y ridícula entrada, los sujetos empezaron a correr hacia donde los muchachos estaban. A mitad de camino sacaron unas largas y delgadas espadas. Quentin las miró fascinado, ya que parecía que de ellas emanaba una suave luz dorada.

—¿Qué demonios les sucede? —preguntó extrañado, pero no recibió ninguna contestación.

Ambos reaccionaron de inmediato, sacando sus espadas de las alforjas y, dándoles unas palmadas a sus caballos, los apartaron del lugar. Era la primera vez que eran atacados de esta forma, sin motivo aparente ni provocación de por medio, pero supieron que hacer sin perder la cabeza; se miraron unos pocos segundos y con un leve gesto acordaron separarse un par de metros.

«¿Y qué si no soy capaz? ¿Qué pasa si fallo y, en lugar de defenderme, solo logro que me asesinen? No puede suceder. Tengo que ser más rápido, más fuerte, tengo que adelantarme a sus movimientos, saber qué es lo que piensa antes que lo piense. Tengo que ser mejor, debo ser mejor. Por Josh, por mí».

Unos segundos después, las espadas comenzaron a entrechocar en una danza enérgica e improvisada, trazando figuras invisibles en el aire. Quentin creyó que las espadas de sus atacantes se romperían en el primer choque, ya que eran tan delicadas que parecían demasiado frágiles en comparación con las que estaban acostumbrados a ver en Sitnor, pero se sorprendió al comprobar que la espada de su atacante era igual de resistente que la suya.

A cada instante, sentía la necesidad de permitirse una fracción de segundo para echarle una mirada a su amigo y comprobar que aún se encontrara de pie; ya se había percatado que los sujetos con los que se enfrentaban no eran ningunos improvisados ni tampoco simples ladrones, como había pensado en un primer momento. Eran espadachines experimentados y, por lo tanto, muy superiores a ellos. Sin embargo, ambos estaban haciendo lo posible para mantenerse en una sola pieza.

Quentin notó que su cuerpo era mucho más ágil y veloz, sus músculos parecían sentir un cosquilleo constante que lo llenaba de energía y, a diferencia de lo que sucedía cuando entrenaba en la fortaleza, no escuchaba ningún sonido más que el de los latidos de su corazón, que resonaban como tambores en sus oídos.

Con el pasar de los minutos comenzó a preocuparse, ya que cada vez que lo miraba, Josh tenía una herida nueva. Pequeñas manchas rojas florecían lentamente en su camisa, tanto en su torso como en sus brazos.

Por unos breves momentos, Quentin escapó de su atacante y se alejó aún más de Josh, tratando de encontrar la forma de ayudarlo. Miró a su alrededor, en esos pocos segundos de alivio, y vio que detrás de él, en un establo, había una carreta vacía. Se disponía a llegar hasta ella cuando su contrincante lo alcanzó de nuevo, pero luego de rechazar algunos de sus golpes, Quentin lo pateó en el abdomen y corrió hasta la carreta.

—¡*Erres* un *cobarrde*! —El sujeto rio y, luego, le dio la espalda para dirigirse sin prisa alguna hacia donde se encontraba Josh.

Quentin subió a la carreta y la cruzó de dos grandes zancadas, bajó del otro lado y la empujó hacia la polvorosa calle con todas sus fuerzas. Esta le dio de lleno en medio de la espalda al misterioso hombre y el impacto lo tiró de cara al suelo. Golpeado e insultando a todos sus ancestros, se levantó, escupió a un costado y se limpió la boca con la manga de su camisa.

—¡Doblemente *cobarrde*! *Pagarrás* con *crreces* tu *descarro*.

—¿Qué? No se entiende una mierda de lo que dices —Quentin rio y se acercó a él.

—Voy a borrar tu maldita sonrisa. —El sujeto levantó la hermosa espada, que había resbalado de su mano al caer.

—Cuando aprendas a hablar vuelve a buscarme —respondió en una carcajada.

—*Verremos* quién de los dos ríe al final —dijo el golpeado sujeto, cargando nuevamente.

Quentin volvió sus ojos hacia Josh y vio, alarmado, que su camisa estaba rasgada allí donde el filo de su contrincante se había encontrado con el cuerpo de su amigo, pero lo que más le preocupó fue la gran herida que parecía tener en el abdomen.

La oscuridad iba ganando territorio lentamente, lo que hacía que sea cada más difícil mantenerse a salvo.

—Maldición. ¿Dónde están cuando se los necesita? —Quentin se sintió desesperado y frustrado—. ¡Santoro! ¡Maldito seas! ¡Ven aquí!

—No *vendrrán* —dijo y lo miró a los ojos.

—¿Qué dices? —A Quentin se le cayó el alma a los pies al oírlo, pero recobró su compostura enseguida.

—Ya nos *encarrgamos* de ellos.

—Por supuesto… ¿Ustedes y cuántos más?

—Están *muerrtos*, pequeño, y *ahorra* los *enviarremos* a los dos al más allá—dijo el sujeto, mientras sus labios dibujaban una mueca burlona.

—Entonces comienza a llamar a tus matones, porque dudo que ustedes puedan.

Los ojos negros del sujeto brillaron de odio y Quentin no podía dejar de reír. Sentía que no tenía poder alguno sobre lo que decía, las palabras parecían brotar de sus labios antes que pudiera siquiera pensarlas. Hasta él mismo se asustaba y asombraba de lo que decía, pero no era momento de controlarse era momento de sobrevivir a toda costa y estaba dispuesto a soportar esa extraña locura que sentía si eso significaba mantenerse a salvo del filo de la espada de su enemigo.

Volvió a atacar, pero no estaba dispuesto a matar a su adversario, solo quería quitárselo de encima para poder ayudar a Josh que la estaba pasando realmente mal; se encontraba acorralado contra un muro, sin lugar por donde escapar.

Mientras intentaba a toda costa deshacerse del sujeto, vio que Josh logró escapar de su atacante. Ya casi había oscurecido por completo, la escasa luz apenas si ayudaba a distinguir el entorno, pero Quentin vio a su amigo caer y a su enemigo correr hacia él con su fina espada en punta, tan bella como asesina. El brillo de su hoja estaba teñido ahora con la sangre de Josh y los destellos carmesí eran hipnóticos para sus ojos.

Quentin supo que no había forma de que pudiera llegar tan rápido hasta el otro lado de la calle. Aún si lanzaba su arma, no estaba seguro de poder impedir que Josh fuera herido. En solo un segundo vio mil imágenes diferentes pasar por su mente. Trece años de travesuras, aventuras y regaños iban a terminar sin que él pudiera hacer nada para impedirlo. Pudo imaginar el dolor que esto le causaría a la Dama Ema, y lo difícil que iba a ser seguir adelante sabiendo que no pudo hacer nada para salvar a su amigo.

Deseó con todas sus fuerzas que el dueño de esa hermosa y letal espada cayera muerto, que su cuello se rompiera o que su corazón estallara. Josh seguía en el suelo y su espada había caído lejos de su mano cuando tropezó. Quentin pudo ver los ojos de su amigo, tan hipnotizado y aterrorizado como él.

En su desesperación, al sentirse incapaz de hacer algo para ayudarlo, Quentin solo pudo mirar al cielo y lanzar un grito desde lo más profundo de su ser.

—¡Maldición!

3

Aníbal Pronees, el Gobernador de Sitnor, estaba aún en su despacho cuando alguien llamó a la puerta en una sucesión de golpes fuertes y apresurados. Sin esperar a que permitiera el paso, un soldado de la guardia entró.

—¡Señor! ¡Señor! Los caballos regresaron —dijo con voz entrecortada.

—¿De qué caballos hablas? —dijo el Gobernador sin entender de qué estaba hablando.

—Los caballos negros, señor, los caballos de los jóvenes. ¡Llegaron solos! —balbuceó el soldado.

—¿Cómo que llegaron *solos*? —El Gobernador se puso de pie—. Acompáñame al establo.

—Sí, señor. Acaban de llegar.

—Avísale a Rob. Que se reúna conmigo en el establo —dijo sin detenerse.

A dos puertas de su despacho, se abrió la puerta de Rob Guna que también había sido avisado por otro soldado. Apenas si se miraron y siguieron recorriendo apresuradamente el largo pasillo que conducía a las escaleras que desembocaban en la planta baja.

Luego de cruzar el hall de entrada, salieron por la imponente puerta principal hacia la Plaza de la Fuente, que ocupaba un gran terreno en frente del Palacio de Gobierno. Caminaron hacia su izquierda, donde se encontraba la fortaleza que habitaban. Llegados allí, se dirigieron al establo, donde había un grupo de hombres junto a los caballos negros de Quentin y Josh.

—No están heridos ni agotados —dijo el encargado—. Les dimos agua y les quitamos las monturas.

—¿Dónde las dejaron?

Uno de los hombres señaló el lugar donde las habían colocado.

—No están sus espadas ¿se las llevaron? —preguntó el Gobernador. Sus hombres se miraron sin responder—. Traigan al armero. ¡Rápido!

—¿Dónde está la escolta? —El padre de Quentin habló por primera

vez.

—Salió detrás de los jóvenes, señor, aunque ellos partieron sin avisarles.

—Condenados muchachos. Maldita costumbre que han agarrado, cuando regresen recuérdenme castigarlos nuevamente.

—Como si hubiera servido de algo —dijo Rob con la calma que lo caracterizaba.

—Ni lo menciones —murmuró el Gobernador. Luego agregó—: ¿Alguien de la maldita escolta ha regresado? ¿Se han reportado incidentes?

—Nada aún, señor.

—Bien. Tú —dijo y señaló al oficial que se encontraba más cerca—, reúne un grupo de hombres y sepáralos en tres grupos para que recorran la zona sur. ¿Alguien los vio entrar a la ciudad?

—Envié a dos hombres a las puertas a preguntar a los guardias, no deben tardar en llegar, señor.

—Esperaremos hasta que regresen para enviar a buscarlos.

La gran figura del armero atravesó la puerta en ese momento.

—Señor Aníbal, ¿me llamó usted?

—Así es. Dime, ¿los muchachos se llevaron sus armas cuando salieron?

—Sí, señor. Pasaron antes del amanecer a buscar sus espadas y pidieron dos cuchillos de caza también, dijeron que irían a pescar. Disculpen ¿estaban castigados? Hice mal en dárselas, disculpen ustedes. —El enorme hombre se retorcía las manos. Ya lo habían metido en problemas más veces de las que recordaba. Aunque con los años, ya nadie era regañado por sus travesuras, solo ellos mismos.

—No, hombre, tú tranquilo. Estábamos avisados que iban a salir de pesca. —Lo consoló Rob.

—Gracias, ya puedes retirarte —dijo el Gobernador.

El armero hizo un gesto bajando el mentón, dio media vuelta y abandonó el lugar. Segundos después, ingresaron los soldados que iban a formar parte del escuadrón de búsqueda.

—Esperaremos a que lleguen los soldados que fueron a las puertas y los enviaremos a buscar a Quentin y Joshua. —El Gobernador se dirigió a sus hombres—. Sus caballos llegaron solos hace unos momentos, las espadas que llevaban no están y su escolta no ha enviado ninguna alerta. No sabemos qué puede haber sucedido, por lo que ustedes irán en su búsqueda. No hablarán con nadie, ni harán preguntas. Cuando los encuentren, los escoltarán hasta aquí.

Los soldados asintieron, se dividieron en tres grupos y esperaron las

siguientes órdenes en silencio, al igual que el resto de las personas que se encontraban allí.

Pasaron varios minutos hasta que, finalmente, llegaron los hombres que habían sido enviados a las puertas. Con voz agitada y casi sin poder respirar.

—Señores, los jóvenes han sido vistos entrando a la ciudad y su escolta iba tras ellos.

—Ya lo oyeron, pueden irse.

Casi la mitad de los soldados de la ciudad fueron movilizados esa noche. De la fortaleza se dirigieron hacia la Plaza de la Fuente y, allí, se separaron para cubrir toda la parte sur de Ciudad Capital. La preocupación se veía reflejada en el rostro de los vecinos de al ver a los soldados marchando. Lo normal era verlos en grupos de dos o tres, pero verlos en cantidad era bastante inusual.

Empezaron a correr los rumores, pero nadie se atrevió a preguntar qué sucedía. No pasó mucho tiempo hasta que la ciudad quedó completamente desierta. Todos corrieron a encerrarse en sus casas de piedra y madera, cerrando puertas, portones y ventanas.

En una callejuela cercana al muro oeste, uno de los escuadrones halló a tres caballos atados frente a una posada de cuestionable reputación. Por el escudo rojo y dorado bordado en sus monturas, supieron que eran de la escolta.

—Buen momento para echarse un trago —dijo uno de los soldados.

—Ustedes dos, vayan a ver que encuentran. —El oficial a cargo señaló a dos de sus hombres, ignorando el comentario.

Los aludidos ingresaron al lugar donde solo un par de faroles estaban encendidos. El calor ahí dentro era sofocante y el olor a suciedad, otro tanto.

Uno de los soldados caminó hasta el cantinero, que se encontraba detrás del mostrador. Un borracho que apenas podía mantenerse sentado giró la cabeza para ver al soldado que aguardaba en la puerta.

—¿Dónde están los dueños de esos caballos? —preguntó señalando hacia afuera.

—No lo sé —respondió el cantinero y se encogió de hombros—, hace un buen rato entraron dos sujetos de capas negras, preguntaron algo que no entendí y antes de que pueda decírselos, salieron nuevamente. Los vi atando allí a los animales; se largaron después.

—Nos los llevaremos —dijo el otro soldado. El cantinero asintió sin objetar.

Al salir, fueron enviados dos mensajeros a caballo para reportar la novedad a los escuadrones que investigaban del otro lado de la

ciudad, mientras que el resto continuó la búsqueda en los alrededores.

A tres calles de la posada encontraron una bota que asomaba entre una pila de tablas de madera. Sin perder el tiempo, comenzaron a moverlas hasta que encontraron una persona muy malherida. Lo levantaron con cuidado y lo colocaron debajo de uno de los faroles. Pudieron ver que el rostro de Santoro estaba deformado por los golpes que había recibido. Tenía una profunda herida que empezaba sobre su ceja izquierda y finalizaba en la mitad de su mejilla; pensaron que, tal vez, había perdido su ojo.

Sus compañeros estaban junto a él, pero ambos habían sido degollados. Santoro estaba inconsciente y los intentos de despertarlo fueron vanos. Desenrollaron de la montura unas mantas y, junto con las tablas que los habían cubierto minutos antes, improvisaron una camilla para trasladar al herido al cuartel. Un numeroso grupo de soldados acompañó a Santoro para que sea atendido.

—Ustedes —dijo el oficial a cargo señalando a unos hombres que estaban junto a los cuerpos de los soldados de la escolta—, quédense aquí. Vigilarán los cuerpos de sus compañeros hasta que vengan a retirarlos. Nosotros continuaremos buscando a los jóvenes. Cuando se los lleven, se nos unirán.

—Entendido, señor —respondieron en una sola voz.

El oficial partió junto a quienes quedaban, alrededor de una veintena, e iban a paso lento, deteniéndose a cada instante. No muy lejos de donde habían hallado a la escolta, fue el lugar donde se habían enfrentado a sus agresores. Dos enormes manchas de bordes irregulares marcaban la ubicación en la que sus compañeros habían encontrado la muerte. La sangre aún estaba fresca y brillaba con la luz de la luna. El oficial apretó la empuñadura de su espada y sus nudillos palidecieron.

—Mire, señor, por aquí —dijo uno de sus hombres, mientras señalaba un muro. Al acercarse vio que estaba salpicado de sangre. También se podían ver manchas en los árboles y en los postes donde se colgaban los faroles.

—Parece que fue una maldita carnicería —susurró uno a sus espaldas y los demás asintieron.

4

Un crujido apagó los demás sonidos de la noche. De repente, el atacante de Josh cayó de cara al piso levantando una nube de polvo a su alrededor. El cuello del hombre había quedado doblado en un ángulo extraño e imposible y la fina espada que llevaba escapó de su mano inerte y se enterró en el muslo de Josh.

Lo único que podía oírse era la entrecortada respiración de los muchachos y del sujeto que los había atacado que, desconcertados, se miraron los unos a los otros, sin saber qué acababa de ocurrir. Quentin aprovechó ese momento de confusión y, con todas sus fuerzas, abanicó su espada y cortó músculo y hueso por igual. La cabeza del sujeto rodó por el suelo hasta detenerse a mirarlo con ojos asombrados. Su cuerpo permaneció unos breves instantes de pie y, luego, se desplomó con pesadez, mientras la sangre que salía a borbotones por la herida abierta, creaba una mancha oscura y brillante en la calle de tierra.

Al verse libres de esos extraños, Quentin corrió hacia su amigo para socorrerlo; vio que Josh tomaba la espada entre sus manos y la quitaba de su pierna de un tirón, haciendo una mueca y agrandando aún más la herida que esta había ocasionado.

Al llegar a él, vio que muchas de sus heridas sangraban abundantemente. Quentin sintió que sus sentidos le fallaban, no era capaz de ver con claridad, ya que parecía que un fino velo le cubría los ojos, le zumbaban los oídos y se le dificultaba mantener la estabilidad. Hizo uso de toda su fuerza de voluntad para no desfallecer en ese momento.

«Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa. Estrellas… tu estrella. Josh te necesita maldición, recupérate» pensó Quentin y se arrodilló junto a él con algo de dificultad.

—¿Cómo te encuentras? —murmuró. Nunca había visto a alguien herido, más allá de unos raspones y sintió que se descomponía de solo saber que Josh estaba sufriendo el dolor de tener su carne abierta.

—¿Qué demonios ha pasado? —El rostro de Josh estaba pálido y sudoroso.

—No lo sé. Yo tampoco entiendo que ha sido todo esto.

—Si nuestros padres querían asustarnos, se les ha ido la mano.

—Realmente dudo que hayan sido ellos, estos tipos querían matarnos —dijo. Miró con más detenimiento, y bastante impresión, las heridas de su amigo.

Josh se miraba la pierna, mientras sus manos cubiertas con su propia sangre presionaban la herida de su vientre. Quentin se quitó la camisa y comenzó a romperla en tiras para vendar alguna de las heridas de Josh.

—¿Qué fue lo que le sucedió? —Josh señaló el cuerpo del hombre con el que se había enfrentado

—No lo sé, parece que se le rompió el cuello —dijo cuando terminó de asegurar las vendas. Se puso de pie con algo de dificultad y pateó al cuerpo que yacía cerca de él.

—¿Q, te encuentras bien? —preguntó al verlo tambalearse. “Q” era la forma en que Josh llamaba a su amigo algunas veces.

—Sí, solo que me he sentido algo mareado. Estaré bien —dijo y fingió una sonrisa.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Josh luego de unos momentos—. No entiendo, nadie lo tocó.

—Yo tampoco entiendo, pero mejor que así haya sido. —Quentin le tendió la mano para ayudar a Josh a ponerse de pie—. Ven, vámonos de aquí antes que vengan más.

Josh frunció el ceño al levantarse.

—¿Dónde está la escolta?

—Espero de corazón que los hayamos perdido al pasar los muros, el decapitado dijo que les habían dado muerte. Sujétate del poste unos momentos. —Quentin se alejó corriendo hasta donde habían caído las capas de los sujetos—. Debemos tratar de no llamar demasiado la atención. —Le dijo al regresar, mientras le colocaba una de las capas sobre los hombros. Ante la mirada de desconcierto de Josh, Quentin prosiguió—: Estás muy herido, tu camisa está empapada en sangre y yo ni siquiera llevo una.

—¿Tienes algo de valor? —preguntó Josh de súbito.

—La espada solamente.

—¿Ni monedas, ni una cadena?

—Nada de eso, pero no creo que sea momento para hacer compras, Josh.

—Calla, que me duele al reírme —dijo sosteniendo las heridas de su abdomen—. Deberíamos conseguir una botella de vino o algo por el estilo. No puedo caminar sin que me sostengas, es mejor que nos vean

borrachos y no que hagan preguntas incómodas.

—Buena idea, hay una taberna cerca de aquí, podría dejar mi espada. Vuelvo enseguida.

—Voy contigo, no pienso quedarme a esperar los refuerzos de estos malditos.

—Espera entonces, voy a limpiar este desastre así no debemos regresar —dijo Quentin y corrió a buscar la carreta. Al regresar, se detuvo a mitad de camino para recoger al que fue su adversario; primero subió el cuerpo decapitado y el estómago se le revolvió cuando levantó la cabeza. En esos momentos, sentía que sus ojos abiertos podían ver todo su interior, sus pensamientos e, incluso, su malestar. Aun así, no se detuvo a pensarlo demasiado e hizo un par de pasos más hasta que llegó al otro cuerpo. Con gran esfuerzo y algo de ingenio, logró subirlo junto a su compañero. Tiró de la carreta hasta ocultarla en un pequeño callejón. Un gato resopló y huyó saltando entre la basura que se acumulaba en todas partes.

Al retornar junto a Josh, Quentin vio que se acercaba un hombre que parecía bastante borracho, con una botella en cada mano. Cuando estaba a pocos pasos, salió a su encuentro.

—Hola buen hombre —dijo arrastrando las palabras.

—¡Hermano! —dijo el borracho abriendo los brazos.

Quentin se sorprendió pero, en un esfuerzo, lo imitó abalanzándose sobre él para abrazarlo y, aunque apestaba como los mil demonios, Quentin lo retuvo unos momentos junto a él.

—Hermano, ya no tenemos dinero —dijo Quentin fingiendo tristeza —. ¿Me cambiarías una de tus botellas por mi espada?

—¿Qué clase de hermano sería si me niego? —preguntó examinando la espada que Quentin le ofrecía con ojo crítico y dándole una de sus botellas al muchacho.

—Gracias hermano —dijo y lo abrazó por segunda vez—. Me gustaría recuperarla. ¿Cómo podré encontrarte? Te pagaré bien.

Quentin se llevó la botella a los labios y bebió un gran sorbo de vino. El líquido tibio le produjo un cosquilleo en la garganta. Le ofreció la botella a Josh, pero este la rechazó negando con la cabeza.

—Te buscaré, hermano —dijo y dio media vuelta—. Por cierto, ¿quiénes son ustedes?

Quentin, luego de mirarlo a los ojos por unos segundos, sintió que podía confiar en él.

—Mi nombre es Quentin y él es...

—... Joshua. —El borracho terminó la oración—. Mis señores, disculpen —dijo e intentó hacer un gesto de respeto, que resultó más

cómico que respetuoso—. No puedo aceptar su espada, me metería en problemas si alguno de los guardias me viera con ella. No podría decirles que los señores me la cambiaron por vino barato. No, no ¿Y qué dirían sus señores padres? No, no, de ninguna manera. Los señores tienen derecho a emborracharse sin ser descubiertos, sí, sí.

Quentin volvió a llevarse la botella a los labios. Como decía el extraño, era un vino barato y ordinario, pero se le subiría antes a la cabeza y eso no era tan malo; después de todo, por eso le gustaba beber.

—Fuimos atacados— dijo Josh que ya había perdido la paciencia y abrió su capa para mostrarle el estado de su camisa, cubierta de manchas de sangre—, necesitamos *parecer* borrachos para que nadie note esto.

—Llévate la espada —insistió Quentin—, y mañana preséntate en la guardia. Nuestros padres sabrán lo que pasó, podrás devolver la espada y recibirás una recompensa.

—¿Qué clase de hermano sería si los dejo ir solos? Conozco esta zona, es peligrosa para alguien como ustedes a estas horas. Los acompañaré, sí, sí.

Quentin y Josh se miraron unos momentos y asintieron. El borracho se colocó en medio de los dos y los abrazó sonriendo, les besó la cabeza a ambos y se puso a cantar ruidosamente. Los muchachos se miraron extrañados, pero luego vieron que se acercaban tres personas. Tratando de seguirle la corriente al borracho, entre cantos improvisados, tropezones y risas fingidas, se acercaron a las personas que venían caminando. Eran dos hombres y una mujer con un niño en brazos.

—¡Eh viejo lobo! ¿Disfrutando la noche? —Uno de ellos los saludó.

—¿Qué es la noche si no se la vive? —respondió el aludido sin detenerse—. Mis sobrinos están aprendiendo —agregó.

—¡Tú sí que sabes! —gritó mientras se alejaba.

—Menos mal que no quiso acompañarnos —suspiró el borracho luego de girar la cabeza para comprobar que no eran oídos. Su borrachera parecía haber desaparecido—. Señor Joshua, su pierna está muy mal. —El borracho se detuvo y dejó a Josh entre él y Quentin. Josh descargó, aliviado, todo su peso en ellos.

Después de un buen rato de caminata vieron, finalmente, la caseta de guardia que resguardaba una de los accesos a la fortaleza, dos puertas enrejadas que ocupaban todo el ancho de la calzada. Quentin dio un último sorbo a la botella, la arrojó a un costado de la calle y esta se estrelló en cientos de astillas que brillaron con la luz de la luna

y de los faroles. Al oír el alboroto, uno de los guardias salió de la caseta para impedirles la entrada.

—Somos nosotros —dijo Josh y él y Quentin se quitaron las capuchas, cuya sombra les ocultaban los rostros. El guardia hizo un paso al costado.

—¿Y el señor? —preguntó y señaló con un gesto al borracho.

—Viene con nosotros —respondió Josh.

—Los esperan en el establo, jóvenes.

—Gracias —dijo Quentin y cruzaron las puertas.

A unos pocos pasos, estaba el establo. Desde afuera no se escuchaba ningún sonido y, de no haber sido por los faroles encendidos dentro, parecía vacío.

—Por todos los cielos... —dijo Rob cuando los vio entrar—. ¿Qué les sucedió? ¿Dónde estaban?

Josh se había quitado la capa al llegar al patio y su camisa estaba cubierta de sangre casi por completo. Algunas heridas se veían, incluso, a través de la tela rasgada.

—Por los mil infiernos. ¿Qué te han hecho? —exclamó el Gobernador y saltó del cajón que había estado usando de asiento al ver a su hijo atravesar las puertas del establo.

—Nos atacaron, señor —dijo Quentin.

—¿Y qué demonios le sucedió a su escolta? —El rostro del Gobernador había enrojecido y unas gruesas venas se marcaron en su cuello.

—Nos dijeron que habían muerto —respondió Josh, apenado.

—¿Quién demonios se atrevió…? —exclamó apretando los puños—. Malditos sean... ¿Y el señor es...? —dijo dirigiéndose al borracho.

—Él nos acompañó desde el lugar en que nos emboscaron y cuando supo quiénes éramos, no aceptó la espada de Quentin a cambio de una de sus botellas de vino.

—¿Para qué demonios querían vino?

—Pensé que sería mejor que nos vieran parecer borrachos a que me vieran sangrando por todos lados, padre. Apenas puedo caminar.

—Ya veo. —El Gobernador miró por unos segundos a Quentin y el muchacho hizo un esfuerzo por mantenerse completamente estable—. Ve a que te limpien y curen esas heridas.

Quentin se dispuso a acompañar a Josh a la enfermería, que había salido sosteniéndose en el borracho.

—Quentin, dale su recompensa a ese buen señor y regresa enseguida —dijo el Gobernador alcanzándole un saco con monedas.

Quentin los alcanzó ya en las puertas y, en ese momento, se

cruzaron con un soldado que corría hacia el establo. Josh se despidió y siguió caminando con mucha dificultad hasta la enfermería. Quentin le ofreció el saco de monedas y el borracho movió las manos, como si estuviera espantando una mosca.

—No puedo aceptarlo, señor Quentin.

—Tenga, se lo ha ganado —insistió.

—No lo hice por una recompensa, solo quise ayudarlos.

—No fue nuestra intención ofenderlo, no nos malinterprete, estamos muy agradecidos por su ayuda. —Quentin notó que el borracho miraba alternadamente hacia la entrada de su casa y, luego, hacia el gran disco plateado de la luna, mientras murmuraba algo que él no podía llegar a entender—. ¿Cómo ha dicho?

—¿Quién dijo qué? —preguntó a su vez el borracho y volvió a fijarse en Quentin. Dio media vuelta, agregó—: Que tenga buena noche, mi señor.

—¡Espere! ¿Cuál es su nombre?

—No tengo nombre, señor —dijo mientras se alejaba por la calle.

Quentin lo vio marcharse, algo confundido. Miró hacia el cielo, buscando la estrella más brillante del firmamento. A su lado brillaba, se diría que con timidez, una muy pequeña y casi imperceptible. Su estrella.

Se detuvo unos instantes a contemplarla y una sonrisa se dibujó en su rostro al verla, como cada vez que sus ojos la encontraban. Pero luego de unos segundos, recordó que debía regresar al establo.

—Bien, cuéntanos —dijo el Gobernador ni bien Quentin ingresó. El muchacho se sentó junto a su padre y comenzó a hablarles de lo que había sucedido, desde la teatral entrada de los dos extraños hasta que se encontraron con el borracho. Los dos hombres escucharon sin interrumpir y Quentin se detuvo solo cuando terminó de contarles todo lo ocurrido.

—¿Dónde sucedió? —preguntó el Gobernador.

—A dos calles del muro oeste y tres del muro sur. Quisimos evitar la calle de entrada por la gran cantidad de gente que había.

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a su escolta?

—No presté atención, señor. Cuando entramos venían detrás de nosotros y creo que aún nos seguían cuando giramos. No venían muy lejos, pero no oímos nada extraño. Recién noté que no estaban cuando, en un momento, vi que Josh estaba muy herido. ¿Ya regresaron? ¿Saben algo de ellos? —Quentin miró primero a su padre y luego al Gobernador.

—Dos de ellos han muerto. Santoro está inconsciente, lo llevaron al

cuartel.

Quentin palideció de repente. La noticia lo había afectado tanto que, de nuevo, tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no caerse ahí mismo.

—¿Cómo sucedió? — preguntó con la voz débil y entrecortada.

—Por lo que nos informaron los escuadrones que fueron a buscarlos...

—¿A buscarnos? —interrumpió asombrado.

—Sí, hijo, cuando los caballos regresaron solos, enviamos a buscarlos.

—Ah los caballos... No vimos a nadie buscándonos.

—Quizás buscaban en otro lado...

—Como decía, nos informaron que los soldados fallecieron de un solo corte en el cuello, los malditos los tomaron por sorpresa. Santoro está muy herido, aún más que Josh. No sabemos si ha perdido un ojo.

—Me gustaría verlo, debo… debo avisarle a Josh —susurró, aún confundido.

—Deja, muchacho, el hombre está inconsciente, ya podrás verlo cuando despierte. ¿Dónde has dejado a los muertos?

—La carreta está oculta en una callejuela, tapada de maderas y basura que había en el lugar. Quedó ahí mismo, apenas la moví unos metros. Supongo que aún no los han encontrado, puedo acompañarlos... —dijo Quentin y se puso de pie.

—Ya vete a descansar, lo necesitas. Nosotros nos ocuparemos de eso.

Quentin asintió y dejó el establo. Era una noche fresca y el brillo de la luna llena iluminaba todo con un blanco color. Se detuvo unos minutos a observarla y recordó la cancioncilla que había oído esa mañana, aún sin estar seguro si había sido un sueño. Por lo sucedido después, no había tenido tiempo para detenerse a pensarlo. ¿A quién se refería? ¿Por qué lo había escuchado? Las preguntas de pronto se agolparon en su cabeza, pero no podía responder a ninguna de ellas y se sentía muy desconcertado. Se quedó, sin embargo, unos momentos más disfrutando del silencio. Cuando logró aquietar el torbellino de pensamientos que circulaban en su mente, se dirigió al cuarto de enfermería donde suponía que aún se encontraba Josh y, en efecto, allí estaba, acostado en un catre y quejándose mientras una enfermera le terminaba de colocar los vendajes.

—Era hora que vinieras —dijo malhumorado—, pensé que ya...

—Si me recibes de ese modo, mejor me limito a pedir el informe a la enfermera sin tener que verte el hocico.

—Es broma. —Josh forzó una sonrisa—. No me gusta este lugar, sin ofender, señorita, pero no lo soporto.

—Te aguantas. Aquí pasarás unos cuantos días, según me han dicho.

Josh resopló y, cuando la enfermera los dejó, preguntó a Quentin:

—¿Tienes alguna noticia? ¿Qué sucedió a la escolta? Solo he visto unos segundos a mi madre y sabe menos aún de lo que yo sé.

—Santoro está en el cuartel, herido de gravedad, parece que aún está inconsciente. Los otros dos han muerto, los tomaron por detrás, los degollaron... Los muy cobardes ni siquiera fueron capaces de hacerles frente.

—¿Fuiste a verlo?

—Tu padre me dijo que mejor espere hasta mañana, de todas formas aún no despierta. ¿Y tú qué? ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera pasado por encima una tropilla de caballos salvajes.

—¡No exageres! No será para tanto.

—Sí lo es —rio Josh— ¿Y tú como te encuentras?

—Creo que entero... no me falta ningún dedo —dijo, se sentó en una de las sillas que había contra la pared y observó sus manos—, tengo mis dos brazos, mi cabeza aún está pegada...

—¡La cabeza! Ese sí fue un buen golpe.

—Por suerte la espada estaba bien afilada... —dijo como quitándole importancia.

—Aún sigo sin entender que le sucedió al otro.

—Igual yo.

—¡Pero algo fue! —exclamó Josh.

Después de unos minutos Quentin acercó la silla a la cama y dijo:

—No repitas lo que te voy a decir. —Bajó la voz y agregó—: Creo... creo que fui yo.

—¿Cómo? ¿Sabes utilizar la magia? —Josh parecía no poder creer lo que su amigo le decía.

—¡Baja la voz, demonios! No, no sé utilizarla. A veces, en casos urgentes, deseo que algo suceda... y solo sucede.

—Pero le rompiste el cuello, no debe ser algo fácil de hacer.

—Ese mal nacido estaba a punto de matarte, Josh, no iba a llegar a él de ninguna manera, estaba demasiado lejos de ti y tenía al otro encima. No había nada que pudiera hacer. Solo... solo deseé que le estalle el corazón o que se le rompiera el cuello. Tuvimos mucha suerte de que sucediera.

—Sería muy útil que supieras como usarla a tu antojo. Recuérdame

llevarte siempre conmigo, así me salvas el pellejo —bromeó Josh.

—No es tan fácil. Lo he intentado, en muchas ocasiones, cada vez que algo así ocurre... trato de repetirlo o hacer algo similar, pero nunca pude lograr nada.

—Alguien debe haber que pueda ayudarte.

—¿Y cómo se supone que lo encuentre? Ser un mago o saber de magia es como ser, como mínimo, un monstruo. Nadie ve con buenos ojos a alguien como yo. Por eso nunca lo he dicho y por favor te suplico que me guardes el secreto.

—Despreocúpate, no quiero perder a mi asesino personal —dijo Josh con una sonrisa.

—Josh, no es broma. —Se quejó Quentin.

—Tampoco es algo tan malo.

—En tu opinión. Pero hoy maté a dos personas, a una de ellas sin siquiera tocarla. —Quentin se puso de pie de un salto y comenzó a mover las manos—. Imagina que nuestros padres supieran cómo sucedió en realidad. Me enviarían lo más lejos que pudieran, al Extremo Sur, o al medio del desierto Then Kua ¿quién sabe? Tesar no es mala idea del todo, pero tampoco es que quiera dejar Sitnor ahora.

—Deberíamos ir a la biblioteca, seguro hay algo que pueda ayudarnos.

—Todos saben que preferimos otras cosas a los libros, así sea limpiar el establo...

—Serás tú, pero yo no. —Josh tenía ese brillo en los ojos, el que indicaba que ya tenía una idea de cómo salirse con la suya.

—¿Desde cuándo?

—Mmm... —Josh se rascó la barbilla—. Desde que no puedo salir de aquí por estar herido. Haremos esto: tú no vendrás mañana hasta el atardecer. Todos saben que la paciencia no es una de mis virtudes, me quejaré desde el amanecer de mi soledad y mi aburrimiento hasta que alguien me sugiera leer. Seguiré protestando hasta que al final cederé y pediré un libro de magia. O varios...

—¿Así sin más? —preguntó Quentin.

—Sí. Así sin más... Para cuando vengas a verme voy a haber convertido este lugar en una biblioteca.

—¿Y qué se supone que haga hasta el atardecer?

—No sé. Quédate en el establo o ve a entrenar.

—Me duelen músculos que no sabía que existían, no estoy para entrenamientos —rio Quentin.

—Pues te inventas algo, pero asegúrate de parecer entretenido, o mejor aún, ocupado.

—Ya veré como me las arreglo...

La conversación continuó unos momentos más y, luego, Quentin salió del cuarto de enfermería, miró al cielo y la luna seguía en la misma ubicación: justo encima de su casa. Se detuvo algo extrañado, pero el cansancio le pesaba en la mente y en el cuerpo para demorarse más tiempo, por lo que siguió caminando y recorrió los pocos pasos que lo separaban su casa.

La fortaleza donde vivían, había sido antiguamente la morada del rey de Sitnor pero, luego de la Última Gran Guerra, hacía ya muchos años, el último rey decidió que luego de su muerte, los habitantes de Sitnor elegirían a sus gobernantes y serían los mismos ciudadanos los encargados de juzgar sus acciones en caso de no cumplir con sus funciones.

La fortaleza, entonces, había sido dividida en dos y acondicionada para alojar a las familias del Gobernador y de su segundo al mando. El patio central estaba separado de los jardines individuales por gruesos muros de piedra y se comunicaban entre sí por puertas de madera. Quentin llegó a la que llevaba al jardín de su casa, cruzó el camino de piedra que conducía al patio y decidió entrar por la puerta de servicio, que daba a la cocina. El ambiente dentro era pesado y cálido, a pesar de que era muy tarde, y había algunas velas agonizantes en la mesa del centro de la habitación.

—Hola hermano. —Una voz lo saludó desde la oscuridad.

—Demonios Ara, vas a matarme de un susto un día de estos —dijo y se llevó una mano al pecho.

—Es muy tarde, ¿de dónde vienes? —Una niña de dorada cabellera salió de entre las sombras.

—Del establo. ¿No puedes dormir?

—No. —Ara se acercó y besó la mejilla de su hermano—. Apestas a vino. Tienes suerte de que padre no haya regresado aún. ¿No tienes calor con esa capa?

—Él está también en el establo. Por la mañana fuimos al arroyo y, al volver, pasando las puertas, nos atacaron. Tuve que quitarme la camisa para vendar a Josh.

—¡Oh! —La manzana que estaba comiendo cayó de su mano—. ¿Cómo está? ¿Y tú?

—Tranquila. Josh tiene varios cortes, pero estará bien. A mí ya me ves... —dijo Quentin, abrió los brazos y giró sobre sus pies.

—Pobre Josh. —Se lamentó.

—Va a recuperarse pronto. Dos hombres de la escolta murieron y Santoro está inconsciente, muy herido.

—¿Quién lo hizo?

—Aún no lo sabemos. Eran dos norteños, a juzgar por el acento...— Quentin le contó a su hermana menor lo que había sucedido, omitiendo nuevamente lo referente a la muerte del atacante de Josh.

Al finalizar, Ara le dijo:

—Me cuesta entender que ustedes hayan podido matar a dos sujetos, al parecer, experimentados y mucho mayores.

—Nosotros entrenamos desde que podemos mantener una espada entre las manos —dijo Quentin con el orgullo herido—, no fue solo buena suerte. No parecía que solo quisieran asustarnos, Josh se ganó una interesante colección de cicatrices y...

—¿Y por qué tú no? —Le cortó Ara.

—Él estaba en un callejón, imagínate, contra la pared... era un lugar bastante difícil para moverse con libertad, en cambio yo estaba en el cruce de calles, podía moverme más. —Quentin hacía ademanes con sus brazos en un intento de imitar la situación.

Ara abrió la boca para volver a cuestionar a su hermano, pero él ya no quería seguir con la conversación, por lo que dio media vuelta para retirarse. Le urgía quitarse esa capa llena de sudor, vino y sangre seca. Cuando estaba llegando a la puerta, Ara le dijo:

—Ha nacido.

Quentin se detuvo y giró para mirar a su hermana.

—¿Qué? ¿Quién?

—Nuestro hermano, ¿quién sino?

—¿Cómo están? —De repente se sentía muy mareado.

—Están bien, por supuesto. Ven, ¿quieres conocerlo? —dijo y tomó su mano.

—Espera, iré primero a asearme, madre no debería verme así.

—Sí, tienes razón. Estaré con ellos en la habitación de abajo.

Ara salió delante de Quentin y le soltó la mano al llegar a las escaleras. El muchacho subió apresuradamente y en el descanso vio por el ventanal el reflejo de la luna en un charco de agua que había en la empedrada calle. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Sería su hermano "el hijo de la luna"?

—De ninguna manera, no puede ser —dijo a media voz, en un intento por convencerse.

De todas formas, su preocupación no desapareció. Pasó junto a su puerta y caminó hasta la siguiente, golpeó pero nadie respondió.

—¿Noah no ha regresado aún...? ¿O estará muy dormido? —se preguntó, pero al no recibir respuesta, se encogió de hombros, volvió sobre sus pasos y entró a su habitación.

Allí, se apresuró a quitarse la ropa y dejó todo en un cesto junto a la bañera. Tomó un poco de agua y comenzó a quitarse la sangre seca mientras buscaba alguna herida en su torso. Encontró un par de pequeños cortes, apenas unos rasguños, por lo que se secó y buscó algo para vestirse.

Se sentía nervioso, aún tenía las palabras de esa extraña cancioncilla resonando en sus oídos. Su hermano había nacido ese mismo día, la luna seguía todavía encima de su casa y vaya a saber hace cuanto tiempo que estaba ahí, los extraños sujetos que los atacaron y a los que dio muerte, dos de los hombres de su escolta habían resultado muertos y él y Josh se habían salvado de pura suerte. Tenía miedo que su hermano fuera diferente, temía que fuera como él, pero al mismo tiempo se reprochó a sí mismo ser tan prejuicioso. Había tenido un día demasiado largo y ya estaba algo malhumorado.

Terminó de vestirse, abrió la ventana por si regresaba su gato y salió. Bajó, se dirigió a la habitación de la planta baja y, después de tomar aire, entró con toda la naturalidad que fue capaz.

La habitación estaba iluminada por unas pocas velas, sin embargo, eran suficientes para ver con claridad. Su madre estaba acostada y se veía algo pálida, pero su mirada irradiaba felicidad a pesar del cansancio que su rostro reflejaba. Ara estaba sentada en una silla a su lado, con el niño en brazos, sus ojos sonreían mientras lo observaban.

Quentin se acercó lentamente a su madre, le tomó una mano entre las suyas y la besó, ella sonrió.

—Ven. ¿Quieres cargarlo? —preguntó su hermana divertida.

Él se dio vuelta y miró al niño, Ara corrió las mantas que lo cubrían. Era un hermoso pequeño; tenía el rostro hinchado y enrojecido, pero recordó que ya había visto otros niños apenas habían nacido, y lucían como él. Lo tomó en sus brazos y pensó que de ninguna manera podía haber algo mal en su hermano. Era un inocente, frágil e indefenso ser humano.

Sintió que le transmitía una sensación de paz que no habría imaginado poder sentir y que tanto necesitaba en esos momentos. De repente olvidó que hacía solo unas horas había utilizado su poder, olvidó que había apagado dos vidas. Ya nada le pesaba, había borrado de su mente esos ojos de mirada fija que los traspasaban por completo para mirar eternamente al infinito. Pensó que se sentía bien estar con su hermano.

5

La luna aún bañaba con su luz las empedradas calles de Sitnor y los faroles en el establo de la fortaleza permanecían encendidos. Dentro, en una carreta, yacían dos cadáveres y tres personas estaban sentadas, alejados de ellos, en completo silencio.

La puerta se abrió y entró un joven que no llegaba aún a los veinte años, alto, delgado y desgarbado, con todo el aspecto de haber sido recién sacado de la cama. Los hombres lo saludaron bajando apenas el mentón, como si ya lo hubieran visto demasiadas veces ese día.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó una vez que cerró la puerta.

El hombre de anchos hombros y espesa barba oscura se levantó de su asiento y le señaló la carreta. El joven se acercó y sus ojos se agrandaron de repente al ver lo que se ocultaba debajo de la manta.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Quiénes son?

—Tu hermano y Josh han tenido su bautismo de acero.

—No puede ser, ¿ellos… ellos lo hicieron?

—Así es. —Al ver que su hijo mayor estaba visiblemente afectado, le preguntó en voz baja—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Díganme, ¿qué puedo hacer por ustedes? —dijo una vez repuesto.

—Noah, necesitamos saber todo de estos mal nacidos. Quiénes eran, de dónde eran, para quién trabajaban, todo. Dime hasta qué demonios almorzaron —contestó el Gobernador, golpeándose la mano con su puño a cada palabra.

—Necesitaré unas horas, seguro hay cosas que debería consultar en mis libros —respondió con tranquilidad.

—Haz lo que debas. Pero tienes tiempo hasta el mediodía, tenemos que deshacernos de estos malditos. Conserva todo lo que creas que puede serte útil.

—Sí, señor.

—Nadie puede entrar ¿entendido? —dijo esta vez dirigiéndose al oficial que aún permanecía sentado junto a la carreta, viendo la sangre caer en un gran charco sobre la tierra.

—Por supuesto, señor—respondió el aludido.

Rob y el Gobernador salieron por la única puerta y el uniformado levantó su enorme cuerpo del pequeño banco en el que se encontraba, tomó una madera, trabó las puertas y se dirigió a la parva de heno que había en un rincón.

—Me avisa si necesita mi ayuda, señor —dijo y se arrojó a la parva con los brazos abiertos, como quien se deja caer en una suave cama.

—Sí, gracias —dijo Noah y abrió su bolso de cuero.

Luego de buscar en varios compartimentos, sacó de uno de ellos unos finos guantes de cuero, un delantal del mismo material, varias bolsas pequeñas de tela, un pañuelo negro, una libreta, una pluma y un tintero. Después de colocarse los guantes y el delantal se cubrió la boca y la nariz con el pañuelo, tratando de acomodar su cabello debajo de él. Al contrario de su hermano Quentin, Noah llevaba el cabello largo hasta los hombros y, aunque solía molestarle cuando trabajaba, aún no se decidía a cortarlo.

Una vez listo, se acercó nuevamente a los cadáveres y comenzó a revisar sus ropas, mientras iba anotando todo en la libreta que había apoyado en un barandal de la carreta. Vació los distintos bolsillos que encontró y separó su contenido en dos bolsas diferentes.

Luego desvistió los cuerpos, mientras continuaba con sus anotaciones. Primero examinó el cuerpo decapitado en busca de marcas, tatuajes o cicatrices distintivas. Dibujó dos cuerpos humanos vistos de frente, uno para cada uno de los cadáveres, y dos vistos de atrás. Hizo anotaciones en cada uno de ellos según lo que iba encontrando y, sin darse cuenta amaneció; el sol estaba ya alto en el cielo cuando terminó.

Cuando sintió que no quedaba más por hacer, arrojó sobre los cuerpos las prendas que les había sacado horas antes, los cubrió con la manta, se quitó su atuendo y despertó al oficial que dormía plácidamente.

—Ya he terminado. Iré a ver al Gobernador, mantente atento a la puerta.

—Sí, señor. ¿Ya es mediodía?

—No, media mañana, supongo. ¿Has descansado? — agregó con una sonrisa.

—Como un bebé, señor.

6

Su mente se fue despertando de a poco, pero le parecía estar dentro de una gran nube esponjosa, donde todos los sonidos y sensaciones eran lejanos. Tardó unos segundos en recordar dónde se encontraba y por qué estaba allí.

Se sentía mareado y no quería abrir los ojos. Algunos sonidos conocidos comenzaron a llegar a él, amortiguados y distantes. Escuchó al hombre que todas las mañanas venía a traer la leche. «¿Cómo era su nombre?» se preguntó. oyó el ladrido amable y alegre de los perros, sabía que estaban felices, esperaban que las cocineras se retiren con sus jarras llenas para que... ¿cómo se llamaba...?, les deje un poco de leche en sus platos, al lado del establo.

«¿Y Mirka estará ahí? Seguro que sí, nunca se pierde la visita del lechero» pensó.

Trató de recordar cuando Quentin se la regaló, pero era mucho esfuerzo.

Se movió apenas, intentando incorporarse, y una puntada en el abdomen lo detuvo. La cama crujió debajo de él y volvió a acomodarse. Puso una de sus manos donde había sentido dolor, tratando de encontrar qué tenía y su otra mano colgaba de la cama. Sintió algo frío y luego la calidez de una respiración corta y rápida en el dorso de su mano. Giró la cabeza y sus ojos se encontraron con un ojo celeste y un ojo marrón que parecían sonreír.

—Hola hermosa, ¿cómo entraste aquí? —preguntó con voz ronca.

La perra hizo dos pasos hasta poner su hocico cerca de la cara de Josh, lo apoyó sobre la almohada y subió sus patas delanteras a la cama.

—No puedes subir, nos echarán al patio a los dos. Acuéstate ahí. —La perra bajó y se hizo un ovillo justo donde estaba parada.

Sus sentidos ya casi habían vuelto a la normalidad, al parecer le habían dado alguna poción para que pudiera descansar.

Alguien dio dos golpes suaves en la puerta y Mirka, su perra, se levantó meneando la cola.

—Adelante —dijo.

—Permiso, he venido a traerte el desayuno. —Ara miró al muchacho. Luego, bajó la mirada y agregó—: Y a ti también.

Josh sintió que, de pronto, la habitación se llenaba de luz. Ara, la hermana de Quentin, dejó la bandeja que llevaba sobre una mesa que había junto a la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor —mintió Josh—. ¿Sabes cómo entró Mirka? —preguntó mientras Ara dejaba uno de los platos en el suelo y luego le llevaba la bandeja.

—Casi rompe la puerta en dos —rio Ara—. Van a tener que cambiar algunas tablas. La enfermera no quería abrir, pero lo mismo entró cuando vine. Quentin llegó anoche y me contó lo que había sucedido. Solo estuve unos momentos mientras dormías. La enfermera me ordenó que la lleve conmigo, pero le contesté que no me atrevía. «*Solo es un saco de pulgas»* dijo. —Josh reía ante la imitación que Ara hacía—. Vino hacia aquí, abrió la puerta de golpe y Mirka se colocó entre tú y ella de un salto, gruñendo y mostrando los dientes, así que cerró la puerta diciendo *«Puede quedarse»* y se marchó lo más rápido que pudo.

—Es muy capaz de hacer eso —dijo Josh con la boca llena.

Cuando ambos terminaron su desayuno, Ara recogió todo y llamó a Mirka para llevarla afuera, pero el animal ignoró su llamado.

—Josh, ayúdame. —Se quejó Ara—. Debe salir y la enfermera tiene que revisar tus heridas.

—Mirka afuera —dijo con firmeza. La perra se levantó, hizo unos pocos pasos y se detuvo a medio camino para girar la cabeza y mirar a Josh lastimosamente—. ¡Afuera! —repitió y la perra retomó su camino detrás de Ara.

—Gracias —dijo con una sonrisa—. Voy a avisar a la enfermera que ya puede entrar.

Ara salió de la habitación y llevó a Mirka con ella hasta su patio para retenerla mientras revisaban a Josh. Pasaron unos cuantos minutos hasta que regresaron a la enfermería, donde la enfermera las miró con el ceño fruncido y una mueca de desagrado, pero no dijo ni una palabra. Al llegar a la habitación de Josh, Ara colocó en el suelo un gran almohadón que había traído para Mirka y ella se acomodó como si hubiera sabido desde un principio que le pertenecía.

—Debo ir a cuidar a mi madre, anoche nació mi hermano.

—¿Cómo están ellos?

—Bien, gracias a los dioses. Es un hermoso y saludable bebé. Espero

que pronto puedas conocerlo.

—También espero lo mismo. Envíale mis saludos a tu madre y felicítala por el niño.

—No le diré lo que les sucedió, no quiero preocuparla, te excusaré diciendo que prefieres esperar un tiempo a que el niño crezca.

—Me parece bien, gracias.

Ara se despidió de Josh y ella prometió regresar más tarde.

—Ara… —dijo en voz baja cuando la puerta se cerró. Todavía recordaba el día en que ella había nacido, aunque solo tenía un par de años más.

Josh se perdió en sus pensamientos, aún algo atontado y confundido, hasta que unos pequeños golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Su madre asomó de detrás de la puerta y Josh sonrió. La figura alta y delgada de la Dama Ema entró en la habitación con pasos suaves, como si flotara, y se acercó a la cama de su hijo.

—Buen día ¿cómo te encuentras? —preguntó, se sentó junto a él y le tomó la mano.

—Mucho mejor ahora que tengo el estómago lleno. Ara vino a traernos el desayuno y luego se llevó a Mirka para que la enfermera pudiera entrar.

—¿Y qué hace ese animal aquí? No debería…

—Me acompaña y creo que piensa que también me cuida. —Josh rio y le contó a su madre sobre la actitud que tenía con las enfermeras.

—Veo que ya está acomodada. No debería haber vuelto a traerla.

—¿Has visto las marcas en la puerta? Imagínate si no hubiera entrado, podría haberla roto y haber atacado a alguien. Mirka quería cuidarme y aquí se quedará hasta que yo pueda salir.

—Está bien, si así lo quieres… —dijo resignada la Dama Ema, sabiendo que era casi imposible hacer razonar a su hijo.

—¿Sabes algo del oficial Santoro? —preguntó Josh luego de unos minutos.

—No ha despertado aún, he ido a verlo más temprano. Pobre hombre…

—Madre, necesito ver a mi padre, o al señor Rob o incluso a Quentin. Necesito saber qué es lo que sucedió anoche.

—Tu padre vendrá más tarde, tiene varias reuniones con gente importante que no puede posponer.

Josh resopló fastidiado.

—¿Y Quentin?

—Su madre acaba de dar a luz y lo necesitan.

—Yo también lo necesito —refunfuñó.

—Josh no seas tan egoísta, tú tienes a tu familia para apoyarte y acompañarte, Quentin tiene una familia que en estos momentos lo necesita. Ara es casi una niña y aun así ambos están pendientes de ti también, hasta se tomó la molestia de traerte el desayuno y…

—Ya madre. —Josh se quejaba y resoplaba en cada oportunidad que se le presentaba—. ¿Y ahora qué haré? ¿Cuándo podré salir de aquí?

—Si todo va bien, en unos días te dejarán regresar a casa, sé paciente.

—Es fácil decirlo para alguien que puede ir y volver a su antojo.

—Joshua, por favor, te comportas como un niño.

—¿Si? Pues el niño está muy aburrido —dijo y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Terminaste? Tengo cosas que hacer, regresaré más tarde.

—Sí, madre, vete tú también. Aquí estaré.

—Enviaré a Ferdinand a que te acompañe —dijo su madre y cerró los ojos.

—Prefiero estar solo.

—Así será, entonces.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó lastimosamente.

—Pide un libro… —sugirió.

—Sabes que no me gusta leer.

—Adiós Joshua. —La Dama Ema se puso de pie, con la paciencia completamente agotada—. Enviaré a un bibliotecario.

Josh sonrió satisfecho una vez que la puerta se volvió a cerrar, recién comenzaba la mañana y ya había conseguido lo que deseaba.

No pasó mucho hasta que volvieron a llamar. Esta vez Mirka gruñó, pero no se movió de su almohadón. El que había llamado esperó a que le contestaran antes de entrar, por lo que Josh supuso que era el bibliotecario.

—Adelante —dijo y efectivamente era un bibliotecario, un muchacho algunos años mayor que él, que vestía la túnica ocre de los guardianes de los libros y llevaba la cabeza rapada. Su piel era muy blanca.

«Lo normal en alguien que pasa todo el día encerrado con miles y miles de libros» pensó Josh.

—Joven, su madre solicitó nuestros servicios. Lamentamos mucho lo que le sucedió, ¿se encuentra usted bien?

—Mejorando, gracias.

—Grandes noticias. ¿Qué desea?

—¿Aparte de salir de aquí? —El joven bibliotecario sonrió—. Algo para entretenerme, para no volverme loco entre estas cuatro paredes. ¿Qué me sugieres?

—No conozco sus gustos literarios, joven.

—Oh nunca leo, prefiero andar al sol.

—Bien, pues podría empezar con algo de historia…

—Me aburre. Algo con espadas o ¡ya sé! —dijo y aplaudió como si se le acabara de ocurrir—. ¡Magia!

—La mayor parte de los libros de magia están restringidos para las personas comunes, solo son accesibles para los monjes y estudiosos, pero hay algunos ejemplares que puedo traerle.

—Excelente. Lleva contigo a alguno de los guardias para que los traiga.

—No es necesario, enseguida regreso —dijo el bibliotecario y dejó de la habitación.

Al cerrarse la puerta, Mirka se levantó de su almohadón y se dirigió a la ventana. Se oían voces, aunque Josh no lograba reconocer de quienes eran o que decían. Mirka, en cambio, estaba inquieta y gruñía. Josh la llamó para que se calmara, sin embargo no fue hasta el tercer llamado que le obedeció. Regresó a su almohadón, pero continuó gruñendo hasta que dejaron de oírse las voces. A los pocos minutos llamaron nuevamente a la puerta. Era el bibliotecario cargando cinco enormes libros que colocó en la mesa que había junto a la cama.

—Creo que con esto podrá entretenerse un buen rato —dijo y le alcanzó el primero. Luego se despidió y dejó la habitación.

7

Noah caminó rápidamente hacia la residencia del Gobernador pero, al no encontrarlo allí, dirigió sus pasos al Palacio de Gobierno. Luego de atravesar pasillos y subir escaleras, llegó a la puerta del despacho del Gobernador y una voz grave le contestó desde adentro, después de unos minutos de haber llamado.

—Adelante.

Noah abrió la puerta y entró sin demoras. Su padre también estaba ahí.

—He terminado, he tomado todo lo que necesito, ya pueden deshacerse de los cadáveres.

—¿Hay algo que puedas decirnos?

—Por el momento no mucho, pero he reconocido la insignia de la orden de los *Hijos del águila*. Ambos cuerpos tenían un distintivo con ellos. Pensé que ya eran historia, pero no es de extrañar que se hayan mantenido ocultos o que alguien esté tratando de revivir esa antigua orden.

—¿A qué se dedica esa orden? No recuerdo haber oído de ella —dijo Rob.

—Verán, en su momento se escondían tras la fachada de una organización de mercenarios, pero era algo más que eso. Estuvieron detrás de cada derrocamiento que ha existido en tiempos pasados, llegando a actuar incluso en las cuatro naciones. Según parecía, habían terminado con ellos tras la Última Gran Guerra, pero visto esto, tendré que enviar a alguien a Pyebra a hacer algunas averiguaciones.

—¿Qué querrían con los muchachos? No tiene sentido —dijo Rob.

—Según su antigua forma de actuar, teniendo a Josh y a Quentin en su poder, estarían en condiciones de pedir a todo el país si quisieran, a cambio de sus vidas.

—¿Sitnor? ¿Para qué demonios querrían Sitnor? ¡No es más que una nación de granjeros! —exclamó el Gobernador.

—Sitnor tiene hombres, hombres entrenados para luchar en

cualquier guerra y tiene los recursos suficientes para poder llegar a conquistar Tesar o Morrau. Digamos que somos la pieza clave, si esas son sus intenciones.

—Disculpa, hijo, pero es muy disparatado.

—Son suposiciones. Quizás solo querían un rescate.

—Lo que dice el muchacho tiene mucho sentido si lo piensas detenidamente.

—Las minas de oro de Tesar y las de plata en Morrau son un objetivo muy tentador —continuó Noah—, y convengamos que desde el norte es un camino demasiado complicado. No podrían invadir Morrau cruzando el desierto Then Kua y tampoco lo lograrían a través de las montañas. Necesitan, obligadamente, pasar por Sitnor y serían aplastados al primer intento.

—Lo que no llego a comprender es por qué el rey de Pyebra querría hacer algo así —dijo Rob.

—Si detrás de todo esto están los Hijos del Águila, dudo que estemos hablando de la misma persona. Seguramente ya se han encargado de poner a alguien más adecuado para sus propósitos.

—De ser así, tendríamos que haber sido notificados —dijo pensativo Aníbal—. Demonios. Rob ¿qué tal estás para usar la espada? —Tenía un brillo en sus ojos muy difícil de ignorar.

—Creo que estaría bien retomar los entrenamientos —respondió el aludido—. Nos vendría bien un poco de ejercicio, para estirar los músculos, ya sabes —dijo y estiró los brazos sobre su cabeza.

Noah notó que la idea de una inminente guerra les había alborotado la sangre de un modo que él no lograba entender.

—No se entusiasmen demasiado, de momento son simples teorías. Quizás eran unos bufones detrás de una bolsa de oro.

—No estoy seguro de poder usar la misma hacha de nuevo, pero podría probar con una más liviana —dijo el Gobernador, ignorando el comentario de Noah. Rob reía como un trueno a su lado.

—Enviaré a alguien a Pyebra a hacer algunas averiguaciones. —Noah se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Mantennos informados —dijo el Gobernador.

—Por supuesto —respondió.

Noah salió por las puertas del Palacio de Gobierno y comenzó a recorrer, apresurado, el camino de vuelta al establo. Era normal en él estar tan concentrado en sus pensamientos que por poco se olvidaba que tenía un cuerpo que manejar, lo que hacía que tropezara con cada irregularidad del terreno, provocando pequeños accidentes por donde pasara. Las personas que lo conocían ya lo sabían, por lo que evitaban

a toda costa cruzarse con él cuando iba con la cabeza gacha. Y esta era una de esas ocasiones. Estaba llegando ya a las puertas enrejadas que cerraban el patio central de la fortaleza cuando tropezó con alguien.

—¡Ey! ¡Fíjate por dónde vas!

La advertencia lo trajo de nuevo a la realidad, pero no lo suficientemente rápido para apartarse del empujón que le dio el hombre con el que chocó.

Cayó sentado al suelo sin terminar de entender que estaba sucediendo. Noah se levantó rápidamente y miró a su alrededor mientras se quitaba el cabello del rostro. Los vendedores que esperaban para ingresar y los soldados de la Guardia de Sitnor, que se encargaban de controlarlos, habían quedado inmóviles contemplando la escena.

—¿Acaso no ves bien? Eres un completo estorbo. —Se quejó mientras veía que uno de los bolsillos de su camisa había sido arrancado por Noah.

—Yo… lo lamento, señor, no fue mi intención.

—¿Sabes quién soy? ¿Acaso te haces una idea? —preguntó acercándose amenazante al muchacho.

—La verdad que no, pero le pido disculpas—dijo Noah retrocediendo unos pasos.

—Disculpas ¡ja! ¿Cuándo las disculpas han solucionado algo?

Dos soldados que habían visto lo que sucedió se acercaron por detrás de Noah, antes que hubiera problemas mayores.

—Llévense a esta porquería de mi vista. —El enfurecido sujeto hizo un gesto con la mano, señalando a Noah.

—¿Está usted bien, señor? —dijo el más alto de ellos haciendo énfasis en la última palabra.

—Sí, bien, Eric, gracias. —Noah se dio la vuelta y levantó la cabeza para mirarlo—. No te preocupes, solo fue un tropezón.

—¡Tropezón, dices! ¡Has arruinado mi camisa!

—Venga con nosotros, señor, lo acompañaremos.

—Sí, bien, Eric, eres muy amable —respondió Noah mientras intentaba arreglarse la camisa con manos temblorosas.

Noah y los soldados siguieron camino, dejando atrás al sujeto que seguía quejándose.

Al llegar al establo, sus escoltas se quedaron en la entrada, esperando a que Noah les dé la orden de marcharse. El joven entró al establo y cerró la puerta. Se quedó parado unos instantes, luego abrió la puerta otra vez y corrió hacia el lugar donde había sucedido el incidente. Los soldados que lo habían escoltado corrieron tras él, sin

terminar de entender que le sucedía. Noah se arrodilló en el lugar aproximado donde habían chocado y comenzó a buscar algo en la tierra revuelta por el constante tránsito.

—Señor, se le perdió algo ¿necesita ayuda?

Noah levantó una mano, mientras que con la otra se apartaba el cabello del rostro.

—No den un paso más, por favor. Quédense donde están. Que nadie se acerque —dijo y examinó cada porción del suelo.

—¡Señor! ¡Señor Noah! —Una jovencita intentaba acercarse a él, pero Noah no la escuchó y los soldados le impidieron el paso.

Después de varios minutos, se levantó sintiéndose frustrado y, sin decir una palabra, regresó al establo con los soldados delante de él. Antes de llegar, la joven lo alcanzó corriendo.

—¡Señor Noah!

Noah volvió a tropezar y casi choca con ella al girar.

—Discúlpeme, discúlpeme. ¿Está usted bien?

—Sí, señor. Tengo algo para usted —dijo y comenzó a buscar en el bolsillo de su delantal. Extendió la mano y puso un pequeño objeto frente a sus ojos. Ambos soldados se acercaron para impedir que la muchacha desista si intentaba atacar a Noah, pero este los detuvo con un gesto cuando vio lo que era.

—¡Oh! ¡Esto es! —dijo estirando la mano. El rostro de Noah era de completa felicidad.

—Lo encontré cuando usted y el otro señor se marcharon.

—Muchas, muchas gracias —dijo mientras tomaba la mano de la joven entre las suyas—. Esto es de gran valor. Agradecería que no le dijeras a nadie que lo encontraste.

—Como usted diga, señor.

—Estoy en deuda contigo, si necesitas algo, solo búscame.

—Gracias, señor, con su permiso —dijo la joven y dio media vuelta.

Noah la vio alejarse hasta que entró por la puerta que daba al patio del Gobernador y luego siguió su camino.

Cuando llegó al establo, se paró frente a la puerta y giró sobre sus talones.

—Soy un idiota —dijo y miró a los soldados que aún lo acompañaban.

—¿Señor? —dijo el llamado Eric.

—Es que… es que nunca la había visto y no le he preguntado su nombre. —Noah bajó la voz y agachó la cabeza.

Ambos soldados se largaron a reír y Noah los imitó segundos después.

—Señor, con todo respeto, ninguno de nosotros cree que usted sea un idiota —dijo Conrado, el otro soldado que los acompañaba.

—Puedo ser bueno con los libros, pero en otros aspectos… —se lamentó y apoyó la frente en su mano.

—Ya tendrá su oportunidad, señor. —lo consoló Eric.

—Quizás, si… Ya pueden retirarse, muchas gracias por todo.

—Si nos necesita, avísenos, señor.

Noah asintió y, finalmente, entró al establo, tomó su bolso de cuero y dejó el lugar. De camino al Palacio de Gobierno, vio a su padre acompañado del sujeto con el que había chocado. Retrasó un poco sus pasos, no quería volver a toparse con él, por lo que esperó a que se alejaran para seguir su camino. Ya averiguaría quien era y qué hacía aquí.

8

—Primeros pasos. —Leyó en voz alta. Josh tomó el primer libro de la pila. Era un libro muy antiguo a juzgar por la encuadernación de cuero, ya gastado por su uso, y por el amarillo de sus hojas—. A ver qué demonios encuentra de divertido Noah en perderse días enteros en un montón de hojas y tinta.

Dejó correr las páginas hasta que estas se detuvieron por si solas. Estaba en el décimo capítulo y comenzó a leer:

«Llegados a este punto, es necesario recordar que la importancia del uso de este poder radica en el grado de dones que se hayan adquirido. Dicho esto, proseguiré con los pasos adecuados:

1. El individuo debe llegar al estado de semiconsciencia (ver cap. 5). No continuar de no dominar esta técnica a la perfección.

2. Una vez alcanzado, conectarse con su don hasta sentir su esencia misma.

3. Extender sus líneas más débiles primero y luego seguir en orden ascendente hasta llegar a la línea principal. Esto requerirá mucha práctica (ver cap. 6) y es otro paso fundamental.

4. Si ya domina la técnica de extensión, liberar cada línea en el mismo orden en que se la extendió. Si invierte el orden de cualquiera de ellas, no funcionará en lo absoluto.

5. Retener la línea principal hasta que su luz sea lo único que ocupe su campo visual. En este momento…”

La página había sido rasgada y algunas de las páginas siguientes habían sido arrancadas.

Desilusionado, Josh buscó el capítulo 5, para ver a que se referían con lo de «estado de semiconsciencia» y, en este caso, el capítulo entero había sido arrancado. El sexto sí estaba, pero era prácticamente inútil sin el anterior.

Josh estaba ya muy molesto y no quiso seguir en ese libro que, al parecer, habría sido muy útil para su amigo de haber estado completo, pero alguien lo había convertido en un montón de hojas sin sentido. Dejó el libro junto a los demás y tomó el primero de la pila. Era un

libro algo más reciente que el anterior, o al menos, estaba mejor conservado. La escritura mostraba que el mismo autor del libro "Primeros Pasos" había escrito también "Siendo diferente". El título no prometía mucho, pero debía intentarlo y, esta vez, empezó desde el principio. Leyó algunas páginas y lo dejó sobre el primero. Era una especie de diario, donde el autor describía sus experiencias y sentimientos, sus memorias desde que podía recordar. A Josh no le pareció útil.

El tercer libro era de un autor diferente, los trazos de las letras eran más redondeados y mucho más suaves, escritos con la delicadeza distintiva de una mano femenina. Solo había firmado con sus iniciales: V.P.K. Como Josh no era un gran lector, el hecho que alguien firmara o no un libro no le despertaba ninguna clase de interés. En la primera página se podía leer "Profecías: el mundo de los sueños". De inmediato descartó el libro.

El siguiente era uno de pocas páginas, sin título ni autor. La caligrafía era pequeña y apretada, apenas legible. Hizo el intento, leyó dos párrafos y corrió la misma suerte que los anteriores. Ya con nulas esperanzas, tomó el último libro solo para descubrir que se trataba de una colección de cuentos.

El interés de Josh en esos momentos era encontrar algo que pudiera servirle a Quentin a controlar sus poderes y, en esos libros, no había nada de eso. Arriba de su cama, colgando del techo, había una cuerda al alcance de su mano, que hacía sonar fuera de la habitación una campanilla para llamar a la enfermera. Josh tiró un par de veces de ella y momentos después, el rollizo rostro de la enfermera asomó por la puerta. Mirka levantó la cabeza y le enseñó los dientes.

—¿Qué se le ofrece, joven? —preguntó sin levantar demasiado la voz.

—Desearía que vuelva el bibliotecario.

—Enviaré a buscarlo —dijo y cerró la puerta.

Josh esperó impaciente y a los pocos minutos llegó el bibliotecario, quien golpeó y aguardó a que Josh le responda antes de abrir.

—Joven, lamento que los libros no hayan sido de su agrado —dijo sin mirar a Josh directamente. Sus ojos volaban de un punto a otro de la habitación, sin detenerse más que unos pocos segundos.

—No es problema, lamento hacerte venir otra vez —dijo Josh, y notó que los hombros del bibliotecario se relajaban levemente—. Uno de los libros estaba incompleto, le falta un capítulo y tiene varias páginas perdidas. Parecía interesante, pero es una lástima que esté en esas condiciones.

—Sé a cuál se refiere. Era un libro que pertenecía en un principio a la sección restringida, pero alguien se tomó el atrevimiento de dañarlo… esa es la razón por la que ahora es público.

—¿Y cómo puedo conseguir uno de esos libros restringidos? Ya sabes, necesito algo más emocionante. No es que vaya a intentar alguna cosa, solo es que estoy aburrido y necesito algo que me acelere la sangre, que me haga salir de esta habitación ¿me entiendes?

El bibliotecario asintió, aunque a Josh le pareció que no entendía esa clase de sensaciones ya que, podía apostar su cabeza a ello, toda su vida se la había pasado entre libros.

—Esos libros no son, lo que se dice, emocionantes, joven, todos ellos son estudios muy antiguos. Imagínese que ya no quedan magos vivos desde hace más de doscientos años. Hay experimentos, hechizos, lecciones para el uso de la magia… dudo que lo encuentre interesante, joven.

—Ya me has convencido. ¿Conoces a alguien que cuente historias de magia?

—No, joven, lo lamento. Pero quizás podría hablar con mi tío, él conoce a alguien que…

—Déjalo, no importa —dijo Josh resignado.

—Muy bien. ¿Quiere que le traiga algún libro de aventuras, quizás? —preguntó el bibliotecario en un último intento. Josh le agradeció sonriendo—. Volveré en unos minutos —dijo y salió corriendo de la habitación.

A Josh no le gustaba mentir, lo consideraba una cobardía, pero notó la desilusión del joven bibliotecario cuando vino a retirar los libros y por supuesto también vio la alegría que le causó al aceptar un libro más. Un poco por compasión y otro poco por interés, pensó que sería útil tener a alguien como él entre sus amigos, seguro que sabía muchas cosas que Quentin y él no sabían.

Ahora que lo pensaba, solo Quentin era su amigo. Solo él podía aguantar su impaciencia y su mal carácter, secundar sus locas ideas, acompañar sus travesuras y tratar de detenerlo cada vez que encontraba un motivo para pelear con alguien más y, en ocasiones, hasta terminaba acompañándolo en sus peleas, aunque eran pocas las veces que lo hacía.

Un par de golpes en la puerta lo hizo sobresaltar, era el bibliotecario, que había regresado con un gran libro de tapas rojas.

—Este, joven, es uno de mis libros favoritos. Espero que lo disfrute.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Tanáel, joven.

—Llámame Josh, no me gustan demasiado las formalidades, salvo con la gente que me cae mal, lo que es casi la mayor parte de la población de Sitnor y ciudades cercanas. —Josh rio y se sostuvo la herida en el abdomen.

Tanáel sonrió mostrando unos dientes muy blancos y pequeños, lo que le daba la apariencia de un niño.

—Como guste, joven… perdón Josh. Creo que me será difícil acostumbrarme a llamarlo por su nombre, joven… Josh.

—Tómate tu tiempo. —Josh se estaba divirtiendo con los cambios de color del rostro de Tanáel, que de blanco pasó a rojo y, por último, a un cómico rosado.

—Debo retirarme, pero hágame saber si quiere un libro diferente. Podría pasar a visitarlo mañana, eso si usted no tiene problemas, no me gustaría molestarlo ni ser inoportuno, lo que menos quiero…

—Me agradaría un poco de compañía, muchas gracias —exclamó Josh alegremente.

Tanáel relajó los hombros y sonrió.

—Lo dicho, entonces, debo regresar.

—¡Te veré mañana!

Josh quedó solo de nuevo, a excepción de Mirka, pero dado que no podía hablar con la perra no tenía otra opción más que leer.

«*Sobre viajes, batallas y hechizos*». Así se titulaba y, más abajo, aparecía el nombre del autor: Egil Zvezda. Los ojos de Josh se encendieron al leer la última palabra del título, aunque fue solo por unos instantes, ya que recordó que los libros que él necesitaba no eran accesibles a la gente como él.

—Habrá que darle una oportunidad —se dijo y comenzó a leer.

Para su sorpresa, las primeras páginas lograron atraparlo lo suficiente como para mantenerlo entretenido hasta la hora en que llegó su padre, a mediodía.

Dos fuertes golpes en la puerta lo sacaron del libro y quedó algo desorientado al volver a la realidad.

—Adelante —dijo y vio que Mirka estaba sentada junto a la puerta, moviendo la cola.

Cuando se abrió, entró su padre. Josh se asombró al verlo pálido y ojeroso, siendo que era un hombre fuerte y saludable.

Como de costumbre, su atención se dirigió primero a Mirka; era al único ser en todo el mundo al que le demostraba su afecto, y el joven lo entendía, ese animal se había ganado el cariño de todos, menos el de su madre. Cuando Mirka era cachorra le rompió varios vestidos, le mordisqueó dos pares de botas y, en sus juegos a velocidad

desenfrenada dentro de la casa, hizo que varios jarrones de Morrau se estrellaran contra el suelo, haciéndose añicos.

El Gobernador volvió a sorprenderlo cuando al fin sus ojos se posaron en él y vio que sonreía.

—¿Cómo te encuentras, hijo?

«¡Vaya, me han cambiado de padre!» pensó, ya que solo lo llamaba Josh, o Joshua cuando lo regañaba. Y jamás le sonreía.

—Me duele bastante, en varias partes, pero es normal, ¿no? Estoy cortado por donde me mires —rio. Su padre volvió a sonreír.

—Pero estás vivo. El cuerpo se cura, aunque a veces no tan rápido como quisiéramos.

—Sí, es cierto…—Josh comprendió en parte el cambio de actitud de su padre, aun así intuía que algo más lo inquietaba—. ¿Tú estás bien?

El Gobernador se tomó unos segundos para responder. Mirka había apoyado su hocico sobre una de sus rodillas y este le acariciaba la cabeza con la mirada perdida.

—No debería hablarte de esto. —Josh abrió la boca para protestar, pero su padre levantó la mano para hacerlo callar—. Pero dadas las circunstancias, es necesario que Quentin y tú estén al tanto para que tomen precauciones. Ya no podrán salir tan seguido. —Josh estaba a punto de protestar nuevamente—. Al menos por un tiempo, hasta que averigüemos más sobre el incidente de anoche. Estos sujetos no eran dos tipos corrientes que pretendían robarles y menos matarlos, los querían capturar vivos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Santoro tenía una nota en una de sus manos. Al parecer, se la dejaron luego del ataque, convencidos que serían presa fácil sin su escolta. Pero no contaban con que unos muchachitos les darían batalla, no suponían un problema mayor al no haber completado siquiera su entrenamiento básico. Pero ustedes los vencieron. —El Gobernador hizo una pausa, Josh sabía que aún no había terminado y se imaginaba por donde iba a seguir la conversación—. No sé cómo, pero lo hicieron. Aún no sé cómo y creo que tampoco quiero saberlo. He visto los cuerpos y no estoy seguro de querer saber qué sucedió en realidad. Es evidente que no nos están diciendo todo… y no los culpo.

—Padre, es un tema muy delicado.

—Comprendo, por eso no quiero presionarlos. Nos basta saber que pudieron acabar con esos mal nacidos y que ambos están con nosotros.

—¿A dónde querían llevarnos? ¿Quiénes eran?

—Eso aún no lo sabemos. La nota solo decía "*Pronto tendrán*

noticias. Joshua y Quentin están en mi poder".

Josh se sentía confundido y, después de unos momentos, preguntó en voz baja:

—¿Por qué?

—Tampoco lo sabemos. —Su padre apoyó la mano sobre la suya—. Según Quentin mencionó, tenían acento del norte. ¿Tú recuerdas algo más? ¿El sujeto que te atacó te dijo algo?

—Solo dijo "maldito cachorro" cuando mi espada se clavó en su bota. —Josh sonreía—. En realidad fue gracioso, porque tropecé y para no caer de cara al piso me apoyé en la espada, que se clavó en su bota. Pudo haberme rebanado el pescuezo ida y vuelta por ese descuido, pero solo abrió los brazos y gritó "maldito cachorro" y le pedí perdón —dijo, ya riendo a carcajadas. Su padre lo miraba sin expresión alguna, pero luego comenzó a reír, al principio levemente y, segundos después, se sumó a las carcajadas de su hijo y terminó con lágrimas en los ojos.

Luego de unos minutos de silencio, el Gobernador se puso de pie.

—Debo marcharme ya, tengo una reunión importante; tu madre debe estar por traerte el almuerzo.

—Vendrá Ara, también vino esta mañana temprano.

—Ara… Es muy considerado de su parte. No solo es una niña bonita…

El rostro de Josh enrojeció de golpe, se sintió avergonzado no solo por el comentario de su padre, sino también por su reacción a él.

—¡Ah ya veo, no solo a mí me parece una linda señorita!

—Padre, preferiría no...

—Está bien. —sonrió; Josh había encontrado en el techo un nudo en la madera que le resultaba en exceso interesante—, ya debo marcharme. Volveré esta noche.

Al quedar solo, Josh retomó la lectura y continuó leyendo hasta que Ara regresó trayendo el almuerzo.

9

Noah entró por la gran puerta ornamentada del Palacio de Gobierno, caminó hasta el final del pasillo y se detuvo frente a la última puerta. Buscó en uno de sus bolsillos y sacó un gran manojo de llaves. Tomó una de ellas y la introdujo en la cerradura, trató de girarla varias veces, pero la puerta no se abrió. Cambió de llave por otra similar y volvió a probar obteniendo igual resultado. Después de varios intentos finalmente consiguió abrir la cerradura.

—Debo marcarla. —Noah apretó la llave por unos segundos, pero luego metió en su bolsillo todo el manojo junto de nuevo. Todas las veces decía lo mismo.

Una vez dentro, dejó las bolsas al lado de su escritorio, sacó sus libretas y comenzó a leer las anotaciones que había hecho horas antes. Luego tomó las bolsas de tela y vació el contenido de una de ellas frente a él. Había pequeñas cadenas con llaves de diferentes formas y tamaños, una nota en un idioma que él no conocía y un par de distintivos grabados con lo que creyó era el mismo idioma que el de la nota; uno de esos distintivos, de oro y no más grande que un botón, era el de Los Hijos del Águila. Pensó que todo estaba escrito en código, ya que mezclaba caracteres de los idiomas de las cuatro naciones y él los conocía a todos, pero no lograba entender lo que decía la nota ni las inscripciones en los distintivos.

Vació la otra bolsa separando su contenido de la primera y descubrió que las notas eran diferentes, al igual que los grabados de las insignias y, al verlo, se apresuró a buscar el que se había caído del bolsillo del sujeto con el que chocó. La inscripción también era diferente, quizás era el nombre de cada uno lo que estaba grabado en ellos. Debía hablar con su padre para averiguar su nombre así, tal vez, podría descifrar el contenido de esas notas.

Apartó los distintivos que tenía en sus manos y tomó los demás. Estaban acuñados como monedas y podrían haber sido confundidas con facilidad de no ser por el broche que tenían detrás; tenían grabados tales como una corona atravesada por una espada, una bolsa

cerrada, la cabeza de un caballo, un barco, la figura de un hombre con una lanza en su pecho y lo que parecía ser un libro abierto. Eran diferentes los que llevaba cada uno de los hombres que habían atacado a Quentin y Josh, algunos de cobre, otros de plata y solo uno de oro.

—Quizás son los logros que ha conseguido cada uno —pensó en voz alta.

Se levantó de la silla y se dirigió a su biblioteca, un enorme mueble de seis estantes donde conservaba sus preciados libros. Siempre podía encontrar en ellos algo que lo ayudara, aunque eso significara encerrarse por días en su estudio.

Cuando Noah levantó sus ojos de las amarillentas páginas de un viejo ejemplar de historia, ya había anochecido. Estaba sentado en el piso de piedra y a su alrededor se encintraban varias pilas de libros, algunos cerrados y otros abiertos. Aunque lo que leyó había ayudado a refrescar su memoria, no había logrado dar con lo que necesitaba. Al ponerse de pie, estiró su cuerpo entumecido y decidió salir a tomar un poco de aire.

Detrás de uno de los estantes, había una puerta escondida en el muro, donde solía guardar las cosas importantes, y allí fue a dejar su libreta de anotaciones y las pequeñas bolsas donde tenía las insignias que había encontrado en los cuerpos de los dos extraños que había investigado la noche anterior.

El cielo estaba oscuro ya cuando cerró las talladas puertas del Palacio de Gobierno y se decidió a dar un paseo por los jardines de la Plaza de la Fuente, uno de sus lugares favoritos dentro de los muros de Ciudad Capital. Allí podía recostarse en la hierba, dentro del laberinto de arbustos, a contemplar el cielo sin que nadie lo molestara o sentarse en el borde de la fuente y escuchar el tranquilo sonido del agua cayendo en un ciclo sin fin, mientras acallaba su mente y disfrutaba de la refrescante brisa que corría en las tardes.

Se había recostado en el borde de la fuente cuando de repente recordó las heridas que habían sufrido los sujetos que habían atacado a su hermano y a Josh. Del sobresalto casi cae dentro de la fuente; algo extraño había en ellos y no podía encontrar qué era. Se levantó rápidamente dispuesto a hablar con ellos, por lo que se dirigió directo a la enfermería, donde seguro estarían.

10

—Veo que aún estás vivo —rio Quentin sin esperar a que Josh dijera nada.

—Más vivo que nunca, hermano.

—¿Cómo te encuentras? —Se sentó en una silla que acercó a la cama.

—He tenido días mejores.

—¿Encontraste algo en los libros?

—No, el bibliotecario me dijo que lo que necesitamos solo es accesible para los monjes o estudiosos.

—¿Y ahora qué? No puedo preguntarle a cualquiera.

—Es claro que no.

—Deberíamos olvidarnos de todo este asunto, dejar las cosas como están.

—¿Tú crees? Es algo que no puedes desaprovechar.

—Tampoco puedo aprovechar, dadas las circunstancias. —Quentin notó que le resultaba incómodo hablar sobre el tema.

—Tanáel tiene que poder ayudarnos… —dijo Josh pensativo.

—¿Quién?

—Un tímido bibliotecario que conocí de casualidad esta mañana. Con dos palabras que cruzamos ya hice que se sintiera mi amigo.

—Eso no está bien Josh, no podemos utilizar a las personas por interés.

—Pero en serio me cayó bien —protestó Josh.

—A ti nadie te cae bien.

—Algunas veces si —sonrió—. Deberíamos intentarlo. Si él confía en nosotros, si logramos que sea nuestro amigo, entonces quizás podemos hacer que nos consiga uno de esos libros, uno que te ayude.

—¿Pero qué sucedería si lo descubren? Vamos a poner en riesgo su reputación, acabará limpiando establos el resto de su vida. ¿Y qué pasará con nosotros? No creo que vaya a ser tan tonto como para no delatarnos, nuestros padres nos matarían.

—Eres frustrante. ¿Por qué siempre tienes que pensar en todo?

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Quentin con una sonrisa.

—Ya, está bien, no usaré a Tanáel… pero si él se ofrece. —Alguien dio tres golpes en la puerta—, voluntariamente…

—No, Josh, no lo haremos. —Quentin, se puso de pie, se dirigió a la puerta y, al abrirla, se encontró a un joven pálido y delgado. Debía ser el bibliotecario.

Con timidez, el joven saludó a Quentin hablando con nerviosismo.

—Tanáel, ven, siéntate —dijo Josh con voz alegre.

Luego de presentarse con Quentin, el joven bibliotecario tomó una silla y la acercó también a la cama, Josh y él comenzaron a hablar sobre el libro que le había traído por la mañana, mientras Quentin los observaba, sin intervenir.

Por lo general, Josh era más del tipo de persona que hacen enemigos por donde van y, si bien era simpático, solía hacerlo por simple cortesía. Sin embargo, parecía que este tal Tanáel le caía bien de verdad. Era amable, parecía sincero y además era muy inteligente, Quentin lo notó en la forma en que utilizaba las palabras; no era usual escuchar a alguien expresarse como su hermano Noah. Sin duda lo necesitaban, Josh estaba en lo cierto, pero no podían utilizarlo como a un esclavo, tendrían que encontrar otra forma de buscar lo que necesitaban.

Luego de unos minutos, la conversación fue cambiando hacia otros temas, por lo que Quentin, al final, se unió a la charla.

Unas horas después, fueron interrumpidos por alguien que llamó a la puerta. Era Ara, que venía a traer la cena de Josh.

—Aquí estás —dijo, a modo de saludo, cuando Quentin abrió la puerta.

Ara besó a su hermano en la mejilla y dirigió su mirada a Josh primero y luego a Tanáel. Quentin los presentó y el bibliotecario, luego de las formalidades, se despidió prometiendo volver al día siguiente.

—¿Qué se traen entre manos? ¿De dónde lo han sacado?

—Ara, no hables así. —La regañó Quentin, frunciendo el ceño.

—Perdón, pero ustedes no suelen hacer amigos tan fácilmente, algo están tramando —respondió la niña, ofendida.

Quentin y Josh se miraron por un muy breve instante.

—Nada, Ara, es un amable bibliotecario que vino a traerle unos libros a Josh.

La niña lo miró a los ojos por unos segundos.

—Estás mintiendo. —La muchachita tenía el ceño fruncido cuando

habló.

—Ara…

—Madre me necesita. Lleva las bandejas a casa y asegúrate de llevar a Mirka para que atiendan a Josh. Hasta mañana —dijo, molesta, y dejó la habitación.

—Ara no puede saberlo, Josh, no puede saber lo que hice —dijo en voz baja ni bien su hermana cerró la puerta.

—No diré nada, quédate tranquilo. ¿Tienes alguna noticia?

—Mi padre me dijo que intentaban secuestrarnos.

—Lo mismo dijo el mío, pero que aún no sabían por qué querrían hacerlo.

—Pues entonces no sé más que tú. Solo vi a mi padre unos minutos, me hizo algunas preguntas, aún no entienden cómo murió el tipo que te atacó.

—Pero lo intuyen, aunque mi padre me dijo que eso no importaba en estos momentos, solo se conformaba con que hubiéramos regresado.

—Por supuesto que algo sospechan y mi padre no fue tan comprensivo, él sí quiso saber. Pero le dije que había sucedido todo muy rápido y no recordaba —dijo Quentin algo preocupado.

—No te creyó— dijo Josh con una sonrisa.

—Claro que no, pero no insistió, sabe que no diré nada más.

—Ya lo olvidarán, dudo que sigan con este asunto por mucho tiempo. —Lo tranquilizó Josh.

—Quizá, pero mientras tanto tratemos de continuar con la misma historia, y no arruinar todo.

Josh asintió. Quentin se había recostado sobre la silla y miraba el techo mientras su amigo terminaba la cena.

—Tengo una duda. —Le dijo antes de meterse un trozo de carne asada a la boca.

—Dime —respondió Quentin sin moverse.

—En uno de los libros que leí, decía algo sobre entrar en estado de semiconsciencia…

—¿Qué se supone que es eso? —Lo interrumpió Quentin.

—No lo sé, faltaba ese capítulo, al igual que otros partes específicas.

—Muy útil.

—Calla, déjame seguir. —Lo reprendió Josh y Quentin solo asintió —. Luego, hablaba de conectarse con la esencia del don y después, y aquí es donde estoy en duda, decía de extender las líneas más débiles a la más fuerte, hasta que su luz sea lo único que se vea. Ahora

pregunto: ¿Sentiste algo en ese momento? ¿Viste alguna luz?

Quentin se tomó un tiempo para responder, ya que no se había detenido a pensar que sintió en esos instantes.

—No, no que recuerde al menos. Hace algunos años vi en mi interior algo parecido a una luz, pero no recuerdo mucho más.

—¿Cuántas veces te ha sucedido? —Josh bajó la voz.

—Cuatro —dijo Quentin, luego de pensar por unos segundos—. Las veces anteriores fueron solo tonterías comparadas con lo de la última vez.

—Nunca te agradecí por lo que hiciste, creo que no hubiéramos salido vivos de no ser por ti.

—No hace falta —dijo Quentin, quitándole importancia, mientras seguía mirando el techo—, tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—A decir verdad, no. No se me da bien eso de la magia.

Quentin comenzó a reír.

—Cuando quieres, puedes ser un completo idiota —dijo y, luego de unos momentos, agregó—. Debes conseguir nuevamente ese libro, así puedo leerlo.

—Pero está incompleto.

—Seguro encontraré algo que me pueda ser útil.

—No sé si recuerdas que ya rechacé ese libro, va a ser sospechoso que vuelva a pedirlo.

—¿Sabes si alguien revisa los registros de los libros que salen de la biblioteca?

—¿Alguien como quién? ¿Nuestros padres? —preguntó Josh, y él mismo se respondió—. Dudo que les interese quien lee tal o cual cosa.

—Entonces que Tanáel piense lo que se le dé la gana, dile que te pareció que encontraste algo en ese libro que se relaciona con lo que estás leyendo.

—Ya debe saberse ambos libros de memoria, no creo que vaya a engañarlo con eso.

—Aun así, dudo que te contradiga.

Josh asintió, no se atrevería a hacerlo.

—Haré que lo traiga por la mañana, y creo que sería mejor que leyeras aquí… ya sabes, por si alguien de tu familia te ve con él —dijo y terminó de masticar el último trozo de carne.

Quentin estuvo de acuerdo y, tomando la bandeja que le ofrecía Josh, llamó a Mirka para que lo acompañe y así la enfermera podría revisarle las heridas.

II

El mayor de los Guna se cruzó en su camino ni bien dejó la enfermería.

—Hola, hermanito, ¿ya de salida?

—¡Noah! —dijo Quentin sonriendo—. Tengo que llevar esto a casa y, de paso, sacar a Mirka para que la enfermera pueda hacerle las curaciones a Josh, ¿vienes?

Noah aceptó acompañar a su hermano, ya que deseaba hablar con ellos sin haberlos prevenido antes, estaba seguro que no habían dicho toda la verdad y a él no le gustaba quedarse con dudas. Aguardó a su hermano en el patio mientras este dejaba los trastos en la cocina y se sentó en un banco, mirando a Mirka correr de un lado al otro, olisqueando aquí y allá.

La blanca luz de la luna acariciaba con suavidad las superficies, y creaba sombras sorprendentemente claras, como si todo lo que tocara fuera translúcido. Algunas luciérnagas se paseaban de aquí a allá, en una danza que solo ellas parecían comprender, encendiéndose y apagándose sin cesar.

—Que bellas son —dijo Quentin de repente, como pensando en voz alta.

Noah lo miró, no había notado que su hermano ya había regresado.

—¿De qué hablas?

—Las estrellas. A veces pienso que me gustaría… ya sabes… ser una de ellas —respondió Quentin con cierta timidez.

Noah se quedó mirándolo, no entendía por qué su hermano pensaría algo así. Estaba a punto de preguntarle a qué se refería, cuando Mirka comenzó a aullar y a rasguñar la puerta de madera que separaba el patio de su casa del patio central, ya quería regresar con su “cachorro”. Noah se puso de pie.

—¿Vamos? Me gustaría saludar Josh.

Ambos cruzaron el patio central, mientras Mirka trotaba delante de ellos. Entraron y se dirigieron directamente a la habitación donde se

encontraba Josh, bajo la seria mirada de la enfermera.

—Buenas noches, Josh, me alegra encontrarte bien —saludó Noah y, sin perder el tiempo, agregó—. Ya saben que no me gusta andar con vueltas. ¿Se imaginan por qué estoy aquí?

Los muchachos se miraron y luego negaron moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Pues me tocó examinar los cadáveres de los sujetos que los atacaron, y quiero saber qué fue lo que sucedió.

—Pensé que ya te habían contado —respondió Quentin y Noah notó algo de nerviosismo en su voz.

—Me contaron una versión, pero yo quiero la verdad.

—No sabemos en realidad qué pasó —dijo Josh—, uno de ellos simplemente… cayó al suelo.

—Con el cuello roto y sin marcas que indiquen que alguien lo golpeó, de hecho, sin ningún tipo de marcas. —Noah terminó la oración mientras observaba la reacción de los muchachos, pero no se les movió ni un músculo. Luego, su vista se posó en el libro que estaba sobre la cama—. ¿Así que «*Viajes, batallas y hechizos*», eh? No sabía que también te gustaba leer. —Esta vez sí hubo un movimiento. Josh intentó cubrir el libro con la manta, pero ya era tarde—. ¿Quién de los dos fue?

Solo silencio. Quentin y Josh estaban petrificados. Noah comenzó a pasear por la habitación, y habló como si estuviera solo.

—Bien. Sé que el decapitado tenía multitud de cortes por todos lados. El del cuello roto, en cambio, tenía un gran corte en un costado, pero eso no lo hubiera matado, y parece que una espada le atravesó bota y pie por igual. A juzgar por el estado en que se encuentran ustedes dos —dijo sin quitarles la vista de encima—, diría que Quentin decapitó a uno y Josh... —Los muchachos eran de las pocas personas de la ciudad que lo respetaban y admiraban. La mayoría se burlaba de su torpeza y porque siempre parecía distraído. De no haber sido así, sabía que lo hubieran mandado al demonio apenas hizo la primera pregunta—. Claro, Josh ya estaba demasiado herido para ese entonces. Quentin, concentrado en su propio enfrentamiento, no notó que su amigo estaba en aprietos hasta que, quizás, este cayó al suelo, y fue en ese momento que hizo uso de su poder. Si Josh hubiera podido utilizarlo antes, no estaría aquí ahora, en una cama recuperándose, ¿me equivoco? —Y mientras miraba a Josh a los ojos, agregó—: hubieras acabado con tu contrincante a la primera, ¿no es así?

—Tienes razón —dijo Josh, mirando a Noah con admiración.

—¡Josh! —Lo reprendió su amigo.

—Perdón, Q, pero el condenado es muy bueno.

Noah no pudo contener la risa mientras los miraba discutir.

—Maldito seas Josh, no diríamos, nada ¿recuerdas?

—Yo no lo dije, él lo hizo —dijo señalando a Noah.

—Yo no lo dije, lo dijeron los cadáveres. —Los muchachos lo miraron ahora con expresión de desconcierto—. Olvídenlo, nunca entienden mis chistes. —Terminó Noah con desilusión.

—¿Ya se los has dicho? —preguntó Quentin con cierto pánico.

—Acabo de descubrirlo ahora que los he visto.

—Por favor, no se los digas, por lo que más quieras —suplicó su hermano—. No es algo que pueda manejar a mi antojo, más bien, solo me saca de apuros en situaciones urgentes.

—Como salvar a Josh, por ejemplo…

—Sí, como salvar a Josh —dijo Quentin, resignado, sin quitar la vista de sus manos.

—¿Y cuántas veces lo has salvado?

—Solo esta vez.

—¿Cuántas veces has usado estos poderes tuyos?

—Un par de veces.

—¿Conscientemente?

—Ninguna… solo sucede. Muchas veces he deseado que suceda algo y no pasa nada, y un par de veces solo sucedió.

—¿Así? ¿Solo sucede? —Noah había leído algunos libros sobre magia y hechizos, muy dentro suyo deseaba haber tenido alguna vez alguna clase de poder, pero nunca logró nada, y no entendía muy bien cómo era que funcionaba.

—Sí, así sin más… solo sucede. —Luego de unos minutos de silencio, agregó—: ¿Tú sabes algo? ¿Puedes ayudarme?

—No —mintió—, y si supiera tampoco lo haría. Los magos deben ser reportados, Quentin.

—Noah, por lo más sagrado, no lo hagas.

—No lo haré. No sabes hacer uso y, por tu propio bien, te recomiendo que no intentes hacerlo nuevamente, ni intentes averiguar nada respecto a la magia. Esto va para los dos: olvídense de este asunto. Si algo así vuelve a suceder va a resultar demasiado sospechoso y no creo que lo dejen pasar.

—Lo olvidaremos —dijo Josh y Quentin asintió en silencio—. ¿Qué les dirás a nuestros padres?

—Nada, no les interesa —dijo Noah y encogió los hombros.

—¿Entonces por qué querías tú saberlo? —preguntó Quentin algo molesto.

—Solo curiosidad —contestó Noah, divertido—. Ya debo marcharme, que tengan una buena noche —agregó, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Antes de salir, los miró y vio una mezcla de expresiones en sus rostros, seguramente querrían golpearlo por el mal rato que les hizo pasar, la idea lo divirtió aún más.

12

Luego de visitar a su madre y a su pequeño hermano, Noah salió de la habitación y se sentó en el comedor principal.

Era un salón amplio, de piso de madera y muros de piedra, como todas las casas de Sitnor. Tenía, de un lado, dos grandes ventanales separados por la pesada puerta de roble que era la entrada principal a la casa, la que solo abrían cuando tenían invitados, ya que generalmente utilizaban la salida al jardín o la puerta de servicio. En ambos extremos del salón, había dos grandes chimeneas que se encendían cuando empezaba el otoño y recién se apagaban al final del invierno. Sobre la mesa colgaba de las vigas del techo un enorme candelabro que iluminaba la sala con una tenue luz.

Noah había contado infinidad de veces las velas que tenía, eran veintiséis en total, aunque siempre lo olvidaba. Sobre la larga mesa había cuatro candelabros con tres velas cada uno. Recordó que cuando era niño solía ayudar a hacer velas; incluso había encontrado la manera de darles color, para fascinación y gran orgullo de su nana.

Escuchó la puerta de la habitación de abajo, y los pasos de su padre que se dirigían hacia el comedor.

—¿Qué deseabas hablar conmigo? —Le preguntó.

—Quería saber quién era el hombre que estaba contigo en la mañana, cuando entraste al Palacio de Gobierno, el que vestía todo de negro. —Noah hablaba mientras sus dedos tamborileaban en la mesa.

—Su nombre es Reda Almairon. Es un comerciante de la frontera norte ¿Por qué quieres saber?

—Tuve un pequeño encuentro con él antes que se reúna contigo, por accidente le arranqué un bolsillo de su camisa y cayó un distintivo igual al que llevaban consigo los sujetos que atacaron a Quentin y a Josh. De hecho, ahora que lo pienso, la camisa que usaba era también como la de ellos… eso sí que es extraño.

—¿Qué dices? —El rostro de su padre había palidecido.

—Que ese comerciante está relacionado con el ataque y sé que

tiene muy mal temperamento, casi me mata con sus propias manos. ¿Sabes cuántos días se quedará aquí?

—Tres o cuatro a lo sumo —dijo Rob casi sin pensar, el hombre aún no salía de su asombro. Noah se puso de pie y se dirigió apurado hacia la cocina.

—Hijo ¿a dónde vas?

—Debo buscar algo —dijo Noah. Llegando a la puerta de servicio se cruzó con Quentin que llegaba de la enfermería—. Ven conmigo. —Lo tomó del brazo y lo hizo girar sobre sus talones.

—¡Noah espera! —dijeron a coro su hermano y su padre, pero él no los oyó.

—No hay tiempo, te explico en el camino. —Noah soltó el brazo de su hermano y se largó a correr.

—Noah ¿qué ocurre? —Quentin lo alcanzó llegando a las puertas enrejadas.

—Recuerdas a los sujetos que los atacaron ¿no? Su vestimenta, su acento… bueno, resulta que hoy encontré a uno más de ellos por accidente, de hecho me choqué con él. Casi me golpea, por suerte dos soldados llegaron y me salvaron de la paliza —rio Noah—. Retomando, en ese accidente, arranqué uno de sus bolsillos y se le cayó un distintivo igual al que llevaban los cadáveres.

—¿Y a dónde vamos?

—A la Posada del Tuerto, pues.

Quentin se detuvo y Noah corrió un par de metros más hasta que lo notó.

—Noah, la posada está hacia el otro lado. —La confusión del muchacho era evidente.

—Tienes razón —contestó Noah volviendo sobre sus pasos.

—Voy a matarte… —dijo Quentin frustrado.

—Corre hermanito. —Noah rio al pasar a su lado.

Las espesas nubes pintaban la oscuridad del cielo nocturno, ocultando a los brillantes astros, y poco quedaba ya de la agradable noche de hacía unas horas.

Los hermanos corrieron casi hasta llegar a la posada, se detuvieron unos metros antes para recuperar el aliento y observar el lugar.

La abundante arboleda que rodeaba la posada y la escasa luz limitaban su visión, por lo que decidieron acercarse lentamente hasta encontrar una ventana por la que pudieran, quizás, localizar al hombre que buscaban. Como se habían acercado por la parte trasera

para evitar ser vistos, comenzaron a husmear en las ventanas de las habitaciones. Habían acordado no separarse, aunque sabían que eso los retrasaría, sin embargo les pareció mejor permanecer cerca por si había problemas.

Fueron de ventana en ventana tratando de adivinar cómo se vería el equipaje del comerciante. La mayor parte de las habitaciones estaba a oscuras, por lo que supusieron que estarían desocupadas. En ninguna de las que estaban iluminadas vieron algo que les sugiriera que el comerciante se alojaba allí.

Siguieron avanzando, hasta que llegaron al salón común, donde regularmente se juntaban tanto huéspedes como habitantes de la ciudad a comer y beber. Buscaron entre las numerosas personas que allí se hallaban hasta que Noah lo vio. Un sujeto delgado, de piel morena, cabello negro y gestos despectivos.

Estaba sentado en una mesa en un rincón, en una mano tenía una copa de vino y en la otra un libro no muy grande. Levantaba la vista de su libro constantemente, miraba a su alrededor y retomaba la lectura al instante. Una joven mujer con un colorido vestido se acercaba cada pocos minutos para llenarle la copa y, cada vez que lo hacía, llegaba sonriendo y se iba con una mueca de disgusto cuando el sujeto la apartaba con un gesto de su mano.

—Parece que estuviera esperando a alguien —susurró Noah.

Las horas pasaron y, de a poco, la gente comenzó a retirarse del lugar. Algunas ventanas se iluminaron a la derecha de donde se encontraban, y proyectaron una tenue luz sobre la vegetación.

De repente, Quentin oyó un crujido, como el de una rama al quebrarse, y giró la cabeza hacia donde provino el sonido. La luna se asomó entre las nubes por unos breves instantes, pero lo suficiente para iluminar a dos personas que se acercaban a ellos. Llamó la atención de Noah con un suave golpe en su brazo.

—Alguien se acerca— dijo en voz baja.

—¡Vámonos! —respondió Noah y empezaron a correr hacia los arbustos.

Alcanzaron a escuchar a un hombre gritarles que se detengan, pero lo ignoraron y se escabulleron entre las sombras. Un haz de luz parecía guiarlos por donde corrían, ya que todo a su alrededor continuaba a oscuras.

—Debemos separarnos —dijo Quentin al cabo de unos minutos. —Tú regresa a lo del Tuerto y yo los distraeré. Necesitamos saber si realmente estaba esperando a alguien. Quédate escondido entre los arbustos y cuando los veas pasar, cuenta hasta cien y regresa.

—¿Estás seguro? No traes armas, ¿qué harás si te atacan?

—Tengo un cuchillo en la bota. No te preocupes, no dejaré que me alcancen.

—Ten cuidado —dijo Noah preocupado.

—Tú también —respondió Quentin antes de continuar internándose entre los arbustos.

Noah hizo unos pasos hacia un costado y se recostó en la tierra, entre la vegetación, mientras esperaba a que pasen los que los perseguían. Minutos después oyó un insulto y un murmullo. Las nubes que habían estado cubriendo el cielo se retiraron y Noah comenzó a ver con más claridad. Vio a lo lejos las siluetas de tres hombres que corrían hacia donde Quentin se había ido.

«¡Son tres! Ojalá no lo alcancen» pensó, nervioso, y al llegar al número cien, o eso creyó, emprendió el regreso a la posada.

Al llegar, se quedó entre los arbustos unos momentos mientras se aseguraba que no hubiera nadie más alrededor. Rodeó todo el edificio tratando de no hacer ningún sonido, desde la seguridad que le ofrecía la vegetación. Cuando se convenció de que nadie vigilaba, se acercó al ventanal del salón desde donde habían visto al comerciante. Aún se encontraba allí, como si nada sucediera, repitiendo los mismos movimientos que antes. Noah esperó un rato y estaba ya por largarse cuando se acercó uno de sus hombres y le dijo algo. El comerciante cerró su libro, se puso de pie y lo siguió sin decir una palabra.

A Noah le corrió un frío por la espalda, temiendo que hubieran capturado a Quentin. Vio como ambos hombres salían por la puerta principal, que estaba justo en frente de su ventana, y rodeó el edificio corriendo para poder seguirlos.

Tanto el comerciante como quien lo acompañaba, se dirigieron hacia donde antes habían escapado él y su hermano. Noah iba escondiéndose de arbusto en arbusto, mientras buscaba en sus bolsillos algo que pudiera utilizar si necesitaba ayudar a Quentin, pero no llevaba nada de utilidad. Los siguió un largo rato hasta que llegaron a una arboleda, se adentraron en el bosque y caminaron por unos minutos hasta que el comerciante se detuvo. De detrás de un árbol salió una mujer de baja estatura cubierta con una larga capa oscura. Noah no podía ver su rostro, a pesar de la luz de la luna, ya que se ocultaba bajo la capucha.

No parecía que hubiera nadie más alrededor; como no podía tampoco oír nada de lo que decían, se fue lentamente por donde había llegado, ya que no se atrevió a acercarse más y quería asegurarse de que su hermano estuviera a salvo. Cuando alcanzó el límite del

bosque, tomó un camino diferente para regresar a la fortaleza, corriendo lo más rápido que era capaz.

Ya debía ser más de medianoche, la ciudad estaba desierta y no había luces en ninguna ventana. Solo se cruzó a un par de perros que vagaban buscando algo que comer.

Cuando al fin llegó, recorrió toda la planta baja tratando de encontrar a Quentin, pero fue en vano. Subió los escalones corriendo y entró en la habitación de su hermano, para encontrarla vacía. Cerró la puerta y se dirigió a su cuarto.

«Quizás me espera aquí» pensó y, al igual que la anterior, también estaba desierta. Noah estaba al borde del ataque de nervios, pero decidió esperar un poco más antes de avisar a su padre.

Bajó y se quedó en la cocina, comiéndose las uñas y se pasó el resto de la noche entrando y saliendo. Paseaba por el patio y volvía a entrar. El tiempo pasó, se hizo el cambio de guardia y aún no tenía noticias de su hermano.

El estómago le ardía de los nervios y ya no faltaba mucho para el amanecer. Estaba por ir a despertar a su padre cuando, al fin, Quentin entró por la puerta de servicio.

—¡Quentin, estás bien! —dijo Noah en un suspiro y su hermano lo miró con asombro—. Estaba preocupado, la última vez que supe de ti, ibas corriendo con tres tipos detrás.

—No me alcanzaron —dijo Quentin, como si nada.

—Ya veo. ¿Dónde te habías metido?

—Cuando nos separamos, corrí hasta llegar al bosque y trepé a un árbol para esconderme. Desde ahí pude ver a los tipos que me perseguían, los idiotas siguieron corriendo hasta vaya a saber dónde. Cuando estaba por regresar vi que había movimiento no muy lejos, se acercaban dos personas, así que supuse que podría llegar a ser algo interesante. Eran una mujer y un hombre. Traté de ubicarme en un lugar más cómodo, por lo que me fui moviendo de árbol en árbol hasta situarme encima de ellos. No mucho después llegó el comerciante con uno de sus hombres y, detrás de ellos, llegaste tú. ¿Por qué te fuiste?

—No podía escuchar nada, y no me atreví a acercarme más. ¿Qué escuchaste?

—Hablaron en un idioma que no conozco. Algunas veces había palabras que me sonaban familiares, pero no logré entender nada.

—¿Y para qué te quedaste tanto tiempo?

—Para seguir a la mujer, que había quedado sola.

—¿Y? —preguntó Noah al ver que su hermano no era claro en sus

respuestas.

—Pues saliendo del bosque montó un caballo y se perdió de vista.

—Así que resulta que nos desvelamos para nada.

—Exacto. —Quentin guardó silencio por unos momentos, pero continuó cuando su hermano lo miró—. Noah ¿Por qué debíamos ir nosotros a la taberna? ¿No sería mejor que solo lo arresten los guardias? Estamos espiando a ese sujeto sin tener razones.

—Por lo que pudimos saber, su intención era llevarlos a ti y a Josh. Ese tal Reda Almairon… no sabemos quién es en realidad, viste igual que los sujetos que mataste y parece que tiene alguna relación con ellos, pero no podemos detenerlo sin motivos. Debemos forzarlo a que haga algo en nuestra contra y sería mejor aún si consiguiéramos que nos diga cuáles son sus intenciones aquí. No se me ocurrió cómo podíamos lograrlo, más que intentar acercarnos a él.

—Ya veo… Deberíamos dormir un poco —dijo Quentin estirándose.

Noah estuvo de acuerdo con su hermano pero, subiendo las escaleras, se toparon con su padre que los retuvo hasta bien entrada la mañana, interrogándolos primero y sermoneándolos después. Cuando al fin quedaron libres, ya no podían hacer más que cumplir con sus tareas habituales, no era hora para acostarse.

El resto del día pasó sin sobresaltos y, por la noche, cuando ya todos se disponían a descansar, Noah oyó tres rápidos golpes en su puerta.

—No, Quentin… —dijo el muchacho. De niños, esa era la forma en que su hermano llamaba cuando quería jugar, por lo que se levantó de muy mala gana y abrió la puerta. Quentin entró rápidamente.

—¿Estás listo? —preguntó divertido.

—Listo para una hermosa noche en mi cama. —Noah se acostó y se cubrió hasta la cabeza.

—Nada de eso, tenemos que ir a ver al comerciante.

—¿Y qué quieres? ¿Qué vayamos a verlo leer? Olvídalo.

—Tú te lo pierdes. —Quentin salió de la habitación.

Noah se quedó sin moverse, pero se levantó de un salto, luego de unos segundos.

—Demonios Quentin, tú y tu persistencia. —Se quejó mientras se vestía. Salió con las botas en las manos para alcanzar a su hermano. Cuando llegó a su habitación, la puerta se abrió antes que pudiera golpear. Quentin lo miró asombrado, seguramente no esperaba encontrarse a su hermano agachado poniéndose una bota y con el puño de la mano libre, cerrado y en alto. Noah terminó de acomodarse y, sin decir una palabra, caminaron los pocos pasos que

los separaban de la escalera. Saliendo de la casa, Noah dijo:

—Debo pasar por mi estudio.

—¿Es urgente?

Noah asintió y se dirigieron hacia el Palacio de Gobierno. Ambos entraron y caminaron hasta al final del pasillo. El mayor de los hermanos sacó su gran manojo de llaves e introdujo una en la cerradura, que no hizo que la puerta se abriera.

—Puede tomarme unos minutos…— Noah se acomodó el cabello. Quentin se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared de piedra blanca. Después de muchos intentos, al fin, consiguió abrir la cerradura, pero Quentin solo se puso de pie una vez que Noah regresó al corredor.

Fueron por un camino diferente al que usaron la noche anterior para evitar que ojos indiscretos los vieran y, al llegar, se ocultaron en los arbustos para comprobar que no hubiera alguien vigilando. Al ver que no había nadie alrededor, se acercaron al ventanal del salón y allí estaba el objeto de su interés: sentado en la misma mesa, leyendo por minutos, levantando la mirada y regresando a su lectura a los pocos segundos. A medianoche, el comerciante se retiró a su habitación. Quentin y Noah esperaron unos minutos antes de dejar su escondite y regresaron a su hogar algo frustrados.

13

Después de tres noches de constante observación, el comerciante cambió su rutina. Al llegar Quentin y Noah, no encontraron a nadie vigilando, como las noches anteriores, pero se sorprendieron al ver que el comerciante no estaba en su mesa habitual.

—Debe haberse marchado —susurró Noah.

—Esperaremos —contestó Quentin.

—Creo que no es una buena idea, deberíamos irnos ya.

—¿Qué dices?

—¿No te parece extraño que, a pesar de que nos vieron la primera noche, no hayamos encontrado nunca a nadie vigilando?

—Habrán pensado que no volveríamos. —Quentin se encogió de hombros.

—No lo sé, esto no me gusta.

—Deberías escuchar a tus mayores, niño —dijo una voz grave, de acento pyebrano, detrás de ellos. Ninguno de los dos se atrevió a moverse—. Pónganse de pie. —Les ordenó.

Ambos sintieron el frío de un filo en sus cuellos y se pusieron de pie, sin mover ni un músculo de más.

—Caminen, *bastarrdos* —dijo una segunda voz.

Los condujeron a empujones por los arbustos hasta un claro, donde había una fogata encendida. Al llegar, les ataron las manos y los obligaron a arrodillarse. Los muchachos quedaron de cara al fuego y no había nadie frente a ellos. Escuchaban murmullos, pero no podían oír lo que decían los hombres que los habían capturado.

Quentin, aún sin saber qué era lo que estaba sucediendo, había comenzado a pensar en cómo salirse de esa situación. Se lamentó de que Josh no estuviera con él, ya que con solo una mirada, se entendían a la perfección, pero Noah… Noah estaba claramente fuera de sí. El cabello largo y revuelto se le había pegado en la frente, perlada con gotas de sudor, estaba más pálido de lo habitual y tenía la vista perdida entre las llamas, mientras su boca se abría y cerraba,

como la de un pez que ha sido sacado del agua, en un esfuerzo por respirar.

—Psst Noah —susurró.

Noah cerró la boca y lo miró unos instantes, como si fuera un desconocido, para luego regresar al estado anterior.

—Maldición —murmuró Quentin. Pensó por un instante que quizás podría estar fingiendo. En ese momento se dio cuenta de que debía hacer algo urgente para sacarlos de ahí. Cerró los ojos y trató de concentrarse en los sonidos que había a su alrededor. Si eran solo dos personas, además del comerciante, podía intentar algo, pero no estaba seguro de poder hacerlo si eran más.

Escuchó un hombre toser a su derecha; a su izquierda oía personas conversar en susurros por lo que no era capaz de identificar las voces para saber cuántos eran; debían ser, al menos, tres personas, ya que uno tuvo que haber estado esperándolos en ese lugar. Era una locura intentar liberarse. Tenía un cuchillo en su bota, pero tener las manos atadas era una complicación demasiado grande.

Luego de unos minutos, el comerciante rodeó la fogata y se puso delante de ellos.

—¡Miren nada más! —exclamó divertido—. Pero si es el pequeño inútil. ¿Qué haces aquí, estorbo?

Quentin no entendió a que se refería. El comerciante comenzó a caminar y se acercó a Noah.

—Acabo de hacerte una pregunta, escoria. —El hombre lo tomó del cabello para obligarlo a ponerse de pie.

—¡Déjalo! —dijo Quentin tratando de mantenerse calmado—. ¿No ve que no se encuentra bien?

El comerciante puso su atención en él esta vez.

—¿Y tú qué? ¿Eres el protector de esta niñita? —preguntó mirándolo con desprecio en esperas de una respuesta de su parte y, al ver que el muchacho no hablaba, le asestó un golpe en el estómago a Noah, que cayó al suelo doblado de dolor. Su hermano se puso de pie de un salto y quiso abalanzarse sobre él, pero alguien lo retuvo de atrás, mientras reía a carcajadas. Quentin maldijo, indignado.

—¿Qué hacían espiándome? ¿Qué quieren conmigo?

—Contesta —le dijo el hombre que lo sujetaba.

—¿Y tú quién te crees que eres? —rio Quentin—. ¡Espiándote a ti! —El comerciante lo miró frunciendo el ceño—. Claro hombre, ¿no has notado acaso las bellezas que sirven las mesas? Por los dioses, esas mujeres no se encuentran en el mercado, si me entiende.

El comerciante, confundido, abrió la boca para decir algo, pero

ningún sonido salió de sus labios. Al cabo de unos segundos, una carcajada explotó en su garganta y sus hombres comenzaron a reír también.

—Ya suéltenlos —dijo riendo—, solo son dos chiquillos curiosos.

Uno de sus hombres desató, primero, las manos de Quentin, que este se arrodilló junto a su hermano, y comenzó a desatar la soga que lo sujetaba. Tardándose más de lo normal, se acercó al oído de Noah mientras fingía ver con más detalle sus ataduras.

—No digas nada, solo sígueme el juego.

Noah asintió sin abrir la boca.

—Váyanse de una vez, pero la próxima entren al salón y búsquenme —dijo el comerciante aún divertido por lo que acababa de escuchar.

—No nos dejan entrar, señor, ya lo hemos intentado —respondió Quentin fingiendo vergüenza.

—Pues le dicen a quien los detenga que son mis invitados.

—¿Y por quién preguntamos? No sabemos su nombre.

—Soy Reda Almairon. Y ya lárguense de aquí —dijo con un ademán —, se les van a ir las meseras.

Los muchachos le agradecieron efusivamente y se fueron corriendo lo más rápido que pudieron. Cuando se habían alejado lo suficiente, Noah preguntó:

—¿Cómo lo hiciste? Me perdí unos momentos, luego de que me golpeó.

—Le dije que íbamos a espiar a las meseras y se lo creyó.

—Gracias a los dioses por haberme dado un hermano tan astuto —dijo Noah mirando al cielo.

—No se me ocurrió otra cosa; después que te golpeó lo hubiera matado con mis propias manos, pero me tenían sujeto. Recordé la mesera que mantenía su copa llena y de ahí tuve la idea.

—Yo… lamento no haber sido de mucha ayuda —dijo Noah, avergonzado.

—No te preocupes, no estás acostumbrado a esta clase de situaciones, en cambio con Josh he tenido demasiadas oportunidades de practicar. Él no hace otra cosa más que meterse en problemas y yo trato de evitarlos aunque, a veces, simplemente es imposible.

—Por eso ahora llevan escolta… —dijo Noah divertido, sabiendo lo mucho que les molestaba.

—Santoro… —dijo Quentin y se detuvo de repente—. ¿Has tenido noticias de él?

—Ha perdido el ojo pero, más allá de eso, nada. Aún no despierta.

—Malditos sean. Mañana debemos entrar a ese salón y sacarle la verdad a este tipo.

—«Mi nombre es Reda Almairon» —dijo Noah imitándolo—. Como si no lo supiéramos, maldito ignorante. Al parecer mañana llega el hombre que envié al norte. Si es así, no necesitaremos exponernos a ir al salón. Si el comerciante descubre quienes somos, la vamos a pasar mal, esto de hoy fue solo una advertencia.

Los muchachos caminaban apresuradamente y Quentin estaba tomando el camino a su casa.

—Debemos regresar al salón —dijo Noah.

—¿No dijiste que no era buena idea? —preguntó Quentin confundido.

—Si regresan y no estamos, van a sospechar y no sabemos si mañana deberemos encontrarnos con el tal Almairon.

Luego de unos minutos llegaron y repitieron la rutina de esconderse entre los arbustos a ver si había alguien vigilando, para luego acercarse a la gran ventana del salón.

Pasaron unos cuantos minutos en silencio hasta que Quentin habló.

—Me siento como un completo idiota. —Quentin se rascó la cabeza y Noah rio con ganas.

—No había querido decirlo, pero si te sirve de consuelo, yo me siento igual.

Quentin miró hacia el cielo, buscando alguna referencia en los astros, pero las nubes cubrían el cielo otra vez.

«Ya no debe faltar mucho para que al fin se vayan todos» pensó al ver que ya quedaban pocos parroquianos en la taberna.

14

Noah estaba en sus libros cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta. Dejó abierto a su lado el que estaba leyendo, en el piso, donde estaba sentado. Cuando se puso de pie notó que estaba algo acalambrado y se estiró para relajar los músculos. Aunque entumecido, caminó hasta la puerta y, al abrirla, le pareció que su corazón se detuvo por una fracción de segundo, sus manos comenzaron a sudar y se sintió más torpe que de costumbre. Frente a él se encontraba la muchacha de hermosos ojos pardos y rostro redondo que había visto el día del primer encuentro con Almairon.

—Bu… buenos días, señorita —dijo sonrojado.

—Disculpe que lo moleste, señor Noah. —La muchacha sonrió.

—No, no es molestia. Pase, por favor. Disculpe usted el desorden, estoy investigando algo —dijo nervioso y comenzó a levantar algunos libros del suelo—, y no acostumbro a recibir visitas. —Los libros resbalaron de sus nerviosas manos y se desparramaron por el suelo de forma caótica. Noah suspiró, sus ojos contemplaban con frustración el desastre de hojas y tapas desparramadas. Tendría que coser un par de libros otra vez. Caminó hasta una de las sillas, quitó los libros que había sobre ella y se la ofreció para que se sentara.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó mientras se agachaba para recoger sus dañados ejemplares.

—Esta mañana muy temprano fueron varios hombres al mercado preguntando por alguien con su descripción. Recordé el incidente de hace unos días…

—Entiendo. Ha hecho bien —dijo Noah.

—Temo que… yo les mentí, señor. Les dije que no lo conocía, pero luego noté que me siguieron y…

—¿Por qué lo hizo? —Noah la miró, desconcertado—. Cualquier persona podría decirles quien soy.

—No quería que le sucediera nada, señor, esos hombres se veían como alguien al que es mejor no molestar —dijo la joven bajando la

mirada.

—Bueno, ya somos tres en todo este lío—dijo y se puso de pie.

—¿Señor? Yo… yo no quise… —Se retorció las manos, pero Noah no la dejó terminar.

—Mi hermano. Pero no es su culpa, quédese tranquila. Deje que piense cómo la sacó de aquí…

«Si la ven salir de aquí siendo escoltada, estará protegida, pero será demasiado evidente. Si Quentin o yo la acompañamos… no. Josh está herido… así que tampoco se puede» pensó. Golpeó las manos de repente y la joven se sobresaltó.

—Quédese aquí, ya regreso.

Noah salió hacia el pasillo y se dirigió a las puertas del Palacio de Gobierno, donde, por lo general, había dos o tres soldados. Habló con uno de ellos y le dio la orden de ir por su hermano lo más rápido posible, pero necesitaba que regresara solo, sin ser acompañado por él. El soldado asintió con un gesto y dejó su puesto.

Cuando Noah regresó al estudio, vio que la joven ya no estaba en donde la había dejado. Por un momento temió que se hubiera marchado sin que él la viera, pero miró hacia la habitación siguiente y allí estaba. Se apoyó en el marco de la puerta y se quedó mirándola por unos momentos, ya que ella no había notado su regreso. Era una muchacha de anchas caderas y baja estatura, ya que debía llegarle al hombro con mucha suerte. Tenía el cabello negro, unido en una larga trenza que adornaba con pequeños botones de jazmín.

—Aún no le he preguntado por su nombre —dijo de repente. La muchacha dio un salto y giró sobre sus talones. Tenía a su gato en los brazos y lo estaba acariciando.

—Disculpe, señor, no quise ser imprudente. Oí algo caer y vine a ver qué sucedía. —Mientras hablaba, el animal bajó y fue a restregarse en las piernas de Noah.

—Menos mal que estaba usted aquí, ya que suele romper mis cosas si olvido dejarle abierto. —Noah lo levantó y lo llevó hacia la ventana.

—Me llamo Enara, señor.

—Es un gusto haberla conocido, señorita Enara —dijo él y sonrió también.

Luego de unos momentos, Noah recordó por qué estaba ella allí.

—Dígame, ¿sabe si alguien la siguió?

—No lo sé, señor, no lo noté.

Noah asintió. Llamaron a la puerta y el joven se dirigió a la otra habitación para abrir. Enara lo siguió y se sentó en la única silla libre. Era Quentin, que había recibido su mensaje.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó cuando su hermano le indicó que entre—. Buen día, señorita Enara —dijo y saludó con la mano en cuanto reparó en la joven que estaba perdida entre pilas de libros.

—¿Se conocen? —preguntó Noah, desconcertado.

—Por supuesto, trabaja en casa de Josh.

—Así es… buen día, joven.

—Claro… —dijo Noah chasqueando los dedos—. Disculpen, no he dormido.

—Ya se te está haciendo costumbre —respondió Quentin, divertido.

—Sí. Quentin, necesitamos llevar a la señorita Enara de nuevo a casa del Gobernador, pero no pueden verla salir de aquí.

—¿Quién no puede verla?

—Los hombres de Almairon.

—Demonios, Noah, ¿por qué la involucraste en esto?

—No, joven —dijo Enara, sin darle tiempo a responder—, no fue culpa del señor Noah.

—Quédate tranquilo, luego te explico. —Quentin lo miró con desconfianza.

—Podemos llevarla por abajo hasta la casa del Gobernador —sugirió.

—No recuerdo bien el camino y no sé en qué condiciones estará.

—Yo no lo conozco —dijo Quentin y metió sus manos en los bolsillos.

—Había pensado en llevarla a la biblioteca y que tome unos libros para Josh. Tú deberías ir con ella.

—No sé si me han visto entrar. Tengo una mejor idea. Le diré a Tanáel que la acompañe; yo me uniré a ellos en la plaza, pero saldré de aquí.

—Es perfecto —dijo y, dirigiéndose a la joven, agregó—: Si me disculpa, debo vendarle los ojos, por seguridad.

—Lo entiendo —dijo y se puso de pie.

Noah abrió uno de los tantos cajones de su escritorio para hallar algo que le sirviera para vendarle los ojos y, después de buscar en varios de ellos, al fin dio con lo que pensó le sería útil.

—Con su permiso —dijo y se colocó detrás de Enara. La joven asintió, él le colocó un pañuelo en el rostro y, mientras anudaba la tela, sintió el suave perfume de los jazmines que le adornaban el cabello. La ayudó a sentarse nuevamente mientras él y Quentin apartaban algunos muebles y recogían y apilaban los libros que había diseminados en el suelo.

Cuando terminaron, Noah colocó la palma de su mano sobre una

piedra en la pared de la segunda habitación, la presionó y se abrió una puerta escondida, que conducía a una escalera que descendía en la oscuridad.

—¿Recuerdas el camino? —preguntó a su hermano.

—No estoy muy seguro, creo que mejor va a ser que vengas con nosotros.

—Echaré llave —dijo Noah y corrió hacia la entrada de su estudio. De regreso, se acercó a Enara y le colocó una mano sobre el hombro —. Ya está. Ahora iremos a la biblioteca. Camine con cuidado, por favor.

Noah le tomó la mano y Enara se dejó guiar hasta la puerta que daba a la escalera. Cuando llegaron, Noah la soltó, tomó una antorcha que había a la derecha de la entrada, la encendió y descendió un par de escalones.

—Quentin, coloca sus manos en mis hombros. Yo iré delante.

El muchacho obedeció y comenzaron a descender hacia los pasillos enterrados, un laberinto subterráneo construido con enormes piedras que unía los edificios más importantes de Sitnor, como así también una serie de casas distribuidas por la ciudad y que llegaban, incluso, a diversos puntos fuera de los muros. Había muchos caminos muertos, desvíos, escaleras, bifurcaciones y rampas.

Noah descendía lentamente los escalones, mientras Enara y Quentin lo seguían en completo silencio. Una vez que llegaron a su final, Noah volvió a tomar la mano a Enara para guiarla. Solo su voz se oía de cuando en cuando, para indicarles si había alguna variación en el terreno. Luego de varios minutos en la fría oscuridad del túnel, llegaron a su destino.

—Esta es la última escalera. Quentin, tú deberás ayudar a la señorita a subir, yo iré delante.

Quentin asintió, le tomó la mano y comenzaron el ascenso. Era una escalera muy empinada, de peldaños irregulares, unos más altos que otros. A mitad de la escalera que continuaba ascendiendo, Noah se detuvo y abrió una puerta de la mitad del tamaño de las puertas comunes, que daba a otro pasillo.

—¿Recuerdas el camino desde aquí? —preguntó a Quentin.

—Sí, pero te necesitaré para regresar.

—Te espero —le dijo y encendió una segunda antorcha para su hermano.

—Gracias, señor Noah —dijo Enara antes de seguir el camino hacia la biblioteca con Quentin.

15

Quentin y tomó a Enara de la mano otra vez.

—Es un pasillo muy angosto, ten cuidado de no chocar con las paredes —dijo.

Caminaron por el extenso corredor por largo rato, sin doblar en ninguna de las bifurcaciones que aparecían delante de ellos. Quentin se detuvo a abrir una puerta a su derecha y notó el cambio de temperatura, ya que bajó de la superficie el aire caliente y seco al que estaba acostumbrado. Siguieron caminando por una prolongada rampa que iba en ascenso y comenzaron a oír los sonidos lejanos de los carros de la biblioteca. Quentin abrió una última puerta y, al finalizar, llegaron a la planta alta del gran edificio donde se archivaban todos los documentos y libros importantes de Sitnor.

Después de unos minutos de caminar entre estantes repletos, Quentin se detuvo.

—Te quitaré la venda —dijo en voz baja. Enara asintió y el muchacho le desató el nudo que sostenía el pañuelo—. Es por seguridad que lo hemos hecho, espero que no te haya molestado. Es un poco incómodo, pero son las reglas…

—Lo entiendo, joven, no se preocupe —dijo Enara y pestañeó para acostumbrarse a la luz que entraba por la cúpula vidriada que ocupaba gran parte del techo del edificio.

—Ven, busquemos a Tanáel —dijo Quentin al ver que Enara ya había acostumbrado sus ojos a la luz.

Caminaron entre los pasillos y Quentin miraba a los lados en busca de Tanáel. De lejos, todos los bibliotecarios eran igual de pálidos, con sus cabezas rapadas y sus túnicas color ocre. Casi sin notarlo, se toparon con quien buscaban. Tanáel llevaba un gran carro cargado de libros que debían regresar a sus estantes.

—Señor Quentin, señorita, no los vi entrar —dijo a modo de saludo.

—Vinimos por los pasillos —respondió mirando a los lados—. Necesito tu ayuda. —Quentin le dijo lo que debían hacer y a modo de

despedida, agregó—: Aguarden unos minutos antes de salir, así tengo tiempo de regresar con Noah.

Sin esperar a que respondan, Quentin corrió entre los estantes para llegar a donde lo esperaba su hermano. El camino de regreso le pareció mucho más corto, en parte por no llevar a Enara con los ojos vendados y, en parte, porque lo hicieron corriendo. Al llegar al estudio, Noah cerró la puerta y, entre los dos, volvieron a colocar los muebles tal y como estaban antes.

Quentin se tomó unos momentos para acomodarse la ropa y recobrar el aliento y salió del estudio. Caminó por los pasillos con toda la normalidad que le fue posible, saludó a quienes se cruzó y empujó las grandes puertas que daban a la Plaza de la Fuente. Justo en ese momento, vio a Tanáel y a Enara dejar la biblioteca cargados de libros. Les hizo una seña con la mano y corrió hacia ellos.

—Señorita, permítame ayudarla —dijo a modo de saludo. Los tres actuaban como si acabaran de encontrarse. Luego de los saludos, siguieron caminando mientras conversaban y reían con total normalidad.

Al llegar a la fortaleza, entraron a la enfermería y se dirigieron a la habitación de Josh.

—Vaya. ¿Qué hacen todos aquí? —preguntó Josh al verlos.

—Es un poco complicado —dijo Quentin y cerró la puerta. Dirigiéndose a Enara, agregó—: regresa a casa del Gobernador y no salgas de la fortaleza por nada. Ya iré allí para hablar con la Dama Ema, tú no te preocupes. —Luego, le dijo a Tanáel—: tú puedes regresar a la biblioteca y seguir con tu día. Muchas gracias por la ayuda.

Tanáel y Enara se despidieron y salieron de la habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Josh, impaciente, una vez que se cerró la puerta. Quentin le contó lo que sucedió la noche anterior y la razón por la que llegarona su habitación cargados de libros.

—Esos malditos norteños —dijo Josh cuando Quentin terminó. —Ayúdame a salir de aquí y los acompaño esta noche.

—Estás loco, ¿de qué sirve si no puedes correr siquiera?

—Mira que golpear a Noah, el sujeto más bueno y decente de todo el maldito mundo.

—Eso mismo pensé, pero anoche no pude hacer nada para impedirlo.

—Bueno, podría haber sido peor, a decir verdad. Anda, habla con alguien para que ya me dejen salir.

—Déjate de tonterías y recupérate, que pronto debemos ir a

presentarnos al entrenamiento y ni siquiera te puedes tener en pie sin ayuda —dijo Quentin riendo.

—Vete al carajo ¿quieres? —Fue su única respuesta.

Quentin largó una carcajada y salió de la habitación. Aún debía buscar a uno de los soldados para hacerle saber a Noah que todo había salido bien, tenía que hablar con la Dama Ema sobre Enara y como si fuera poco, tenía que terminar de limpiar el establo y alimentar a los animales, sino su padre lo mataría.

16

Algunas horas más tarde, Noah regresó a la fortaleza y fue en busca de Quentin. Lo encontró en su habitación, escribiendo algo que ocultó cuando escuchó la voz de su hermano.

—¿Estás ocupado? —preguntó después de golpear el marco de la puerta.

—Pasa. ¿Qué sucedió con Enara?

Noah se sentó en la cama de su hermano y le contó lo que le había dicho Enara esa mañana.

—Así que a estas horas, estos mal nacidos ya saben quiénes somos. No podremos regresar esta noche —dijo Quentin un poco desilusionado.

—Solo si puedes hacerte cargo de sus hombres tú solo, o si queremos entregarnos muy tranquilos para que concreten sus planes.

—No es mala idea ahora que lo mencionas… —dijo Quentin pensativo mientras se recostaba en su silla—, podríamos ir para ver cómo reaccionan.

—Ni pensarlo —dijo Noah—, estás loco.

—Tal vez un poco. Pero deberíamos ir. Avisaremos al Gobernador. Esta noche, si no me equivoco, habrá un espectáculo de bailarinas. Habrá mucha gente y podremos ir acompañados sin que lo noten.

—¿Qué pasaría si se sale de control? ¿Qué tal si ellos también están preparados? —preguntó Noah, nervioso.

—Te vendrían bien un par de emociones, hermano, te la pasas todo el día encerrado —rio Quentin.

—No me gusta la idea que tienes sobre lo que es divertido.

—¿En qué te entrenaste? No hace mucho tiempo que recibiste tu entrenamiento… ¿Qué armas utilizabas?

—Yo... yo estaba con los sanadores —dijo Noah y se rascó la nuca.

—No me jodas, Noah. —Quentin dejó caer sus manos a los lados.

—Bueno, ya sabes que soy muy torpe, no sé qué te sorprende.

—Es algo que debemos cambiar. Tienes que comenzar a entrenar en

algo.

—Quizá tengas razón, nunca le di importancia porque jamás creí encontrarme en esta clase de situaciones.

—Hablaremos con padre, para que ponga a alguien a entrenarte. Me gustaría hacerlo yo, pero pronto deberé partir.

A Noah no le gustaba la idea de que su hermano se fuera por tanto tiempo. Era una de las únicas personas con las que podía tener conversaciones de cualquier clase, y siempre estaba dispuesto a ayudarlo; sabía que iba a extrañar no tenerlo cerca.

—Bueno, me quedan un par de semanas aún, puedo ayudarte hasta que Josh y yo dejemos la ciudad— agregó Quentin con una sonrisa.

—Eso me agrada. Al menos tú no me golpearás tan duro.

—Veremos —rio—. Bueno, ¿entonces vamos esta noche?

—Estás mal de la cabeza. Me largo de aquí antes que logres convencerme. —Noah se puso de pie, salió de la habitación y escuchó a Quentin reír a carcajadas.

Regresó a su estudio, pensando en que quizás Quentin tenía razón, quizás esa era la última oportunidad de descubrir qué quería esta gente del norte. El Gobernador no tenía motivo alguno para detenerlos y haber empujado a Noah no era una ofensa tan grave como para ser reportada. Si querían saber qué motivos habían traído a Reda Almairon a Ciudad Capital, deberían intentar averiguarlo ofreciéndose de carnada, pero la sola idea de enfrentarse de nuevo a él le hacía dar escalofríos.

Para distraerse un poco, en lugar de regresar a los libros, se dirigió a la segunda habitación, que era donde hacía sus investigaciones. En ella, había varios estantes cargados de frascos con líquidos y polvos de distintos colores, recipientes con hierbas de todas las clases, rocas y minerales, muebles con cajones y una enorme mesa de roble, que era donde trabajaba.

Hacía unas semanas, había comenzado a investigar las propiedades y reacciones de unos minerales que había logrado crear por accidente, combinándolos en diferentes proporciones con otros compuestos. Como era su costumbre, llevaba nota de todo lo que hacía, por si lograba alguna reacción de su interés y necesitaba recrearla, por lo que leyó dos veces las últimas páginas que había escrito y decidió continuar donde lo había dejado.

Tomó un recipiente de vidrio, delgado y no muy alto, y comenzó a verter unas gotas de un líquido de color violáceo que tenía en un gran frasco de cerámica, pues había descubierto que la luz del sol dañaba y alteraba sus propiedades.

Estaba contando y colocando con sumo cuidado las gotas que caían dentro del recipiente de vidrio, cuando alguien llamó a la puerta en una sucesión de fuertes golpes. La interrupción sobresaltó a Noah y se le volcó una considerable cantidad del líquido violáceo sobre la mesa, donde tenía sus minerales. En un intento de rescatarlos del líquido, varios de ellos se resbalaron de sus manos y cayeron al suelo.

En el momento que la puerta se abría, algo explotó y llenó todo de un denso humo amarillento.

—¡Noah! —Quentin corrió hasta la siguiente habitación, saltando sobre pilas de libros y muebles fuera de lugar e intentando respirar entre el humo que lo ahogaba—. ¡Noah háblame!

—Estoy bien —respondió—. Eso ha sido algo inesperado, pero… ¡Fue asombroso! —Noah estaba eufórico por lo que acababa de presenciar.

—Noah, ¿qué demonios ha sido eso? —dijo Quentin y corrió a ayudar a su hermano a abrir las ventanas.

—Estaba colocando unas gotas de esto —dijo mientras señalaba el recipiente de cerámica—, en este frasco cuando me sobresalté por el golpe en la puerta y derramé el contenido sobre los minerales. Traté de levantarlos para que no se mojen, pero algunos que ya habían sido alcanzados por el líquido se me resbalaron de las manos y cayeron. Eso causó que reaccionen de esa manera, es... ¡Maravilloso! —Noah aún estaba sonriendo por su descubrimiento.

—No le encuentro la gracia a todo esto —dijo Quentin seriamente —. ¿Te encuentras bien? ¿Te has quemado?

Las piernas de Noah estaban cubiertas de hollín.

—Debo hacerlo de nuevo —dijo, dio media vuelta y regresó a la mesa.

—Ahora es cuando yo te digo que estás loco.

—Imagina algo así dentro de la Posada del Tuerto esta noche —replicó Noah.

—¿Tienes más de esas piedras? —Quentin sonrió.

—¿Ves a lo que me refiero? Debemos probar antes, si la reacción se da solo si el líquido aún está humedeciendo la “piedra” o si la misma reacción ocurre una vez que se ha secado. También si una piedra más grande causa algún tipo de daño a su alrededor, no es que queramos matar a alguien. —Hablaba lentamente, mientras recogía diversos objetos y los colocaba en su bolso de cuero con muchos bolsillos. Noah levantó la cabeza de golpe y chasqueó los dedos—. Ve a ensillar dos de mis caballos; el alazán y el tordillo, y vuelve a buscarme. Si termino antes que tú, iré hacia allí.

Quentin asintió y salió corriendo. Noah guardó un par de recipientes con diversos líquidos y comenzó a abrir los cajones de su mueble para buscar más de esos minerales. En dos de los gabinetes había de diversos medidas, desde unos pequeños como su uña hasta un par del tamaño de la palma de su mano, por lo que tomó algunos de diferentes dimensiones y los guardó en un compartimiento de su bolso.

Una vez que terminó, cerró las ventanas y dejó su estudio. Caminó por el largo pasillo y, al salir, vio que su hermano estaba esperándolo con los caballos listos.

—No falta mucho para que anochezca, debemos apresurarnos —dijo Noah y montó su caballo.

—¿A dónde vamos?

—Saldremos de la ciudad, necesitamos un lugar apartado.

17

A Quentin le fascinaba ayudar a su hermano en sus experimentos. Casi siempre era él el primero en saber de sus descubrimientos, ya fuera porque Noah se lo dijera o por estar presente cuando sucedía. Si bien estaba con Josh la mayor parte del día, siempre se tomaba unos momentos para ver a su hermano y, si no hubiera tenido las aptitudes físicas que tenía, seguramente se habría interesado en hacer lo mismo que Noah, pero heredó las cualidades de su padre y, también, su gusto por las armas. Noah, en cambio, se parecía más a su madre, aunque era delgado, alto y algo torpe, pero extremadamente inteligente.

A veces, creía que no podía haber en el mundo personas tan diferentes y que, aun así, fueran hermanos. En lo único que se parecían era en que ambos tenían el cabello oscuro como su padre y los ojos verdes como su madre.

Perdido en sus pensamientos, Quentin recordó que al anochecer se cerraban las puertas de Sitnor y que no tendrían el tiempo suficiente, algo que parecía no molestarle a su hermano.

—Deberemos avisar en la entrada o no nos dejarán ingresar a nuestro regreso.

—No te preocupes, usaremos los pasillos, será más rápido que regresar montando.

—¿También llegan hasta afuera? —preguntó Quentin asombrado.

—Por supuesto, son una vía de escape hacia cualquier lugar, incluidos los seis puntos fuera de los muros; y por dentro, bueno, llegan a varios lugares, no solo comunica los principales edificios.

—¡Qué gran idea tuvieron al construirlos!

—Te sorprenderías. Te recomiendo que prestes atención cuando los utilicemos, pronto deberás memorizarlos a todos, y es mucho más fácil estando ahí abajo.

—Lo haré —dijo Quentin entusiasmado. La idea de saber que había todos esos túneles entrecruzándose debajo de toda la ciudad le producía una gran variedad de sentimientos, que iban desde

curiosidad hasta temor a que alguno se derrumbe y cause una tragedia.

Al llegar a las puertas, Noah desmontó, entró a la caseta de guardia unos momentos y volvió a salir.

—Les avisé que no nos esperaran. Ellos, por supuesto, están al tanto de los pasillos y saben que suelo salir y regresar después del anochecer. Los caballos volverán solos a las puertas y tienen orden de llevarlos nuevamente a la fortaleza cada vez que sucede.

Faltaban un par de horas aún para que cayera el sol, pero no querían perder ni un minuto en distracciones. A Quentin, al igual que a su hermano mayor, le gustaba distraerse observando lo que lo rodeaba, aunque por diferentes motivos. Quentin se maravillaba por las pequeñas cosas, así sea por la anatomía de una hormiga. Podía pasar horas observando cómo las hormigas llevaban su alimento a sus hormigueros. A Noah, por el contrario, le interesaba conocer el funcionamiento o la finalidad de cada cosa que encontraba, por ejemplo si una hierba podía utilizarse para aliviar alguna dolencia o si, por el contrario, causaba malestar.

Pusieron sus monturas a la carrera apenas traspasaron las puertas, Quentin pensó que se dirigían a un pequeño bosquecillo donde Noah solía ir a pasar el tiempo pero, para su sorpresa, tomó otro camino, el que llevaba a las Tres Hermanas.

Muy cerca de Sitnor, había tres cerros de piedra desnuda, no muy altos y sin vegetación alguna, que parecían haber sido colocado ahí como por arte de magia, sin ningún motivo ni razón: a su alrededor todo lo que se veía eran verdes colinas, algún arbusto y árboles, pero lo más llamativo eran estas formaciones rocosas que sobresalían de su entorno por hallarse tan lejos de alguna otra cadena montañosa. Las tres formaban un anfiteatro natural, donde estarían protegidos de miradas y oídos indiscretos aunque, a esa hora, era raro que alguien esté a tal distancia de la ciudad.

—¿A qué fuiste al estudio? Con lo que sucedió no pude preguntarte.

—Quería saber qué había ocurrido con las espadas de los sujetos que nos atacaron.

—¿Esas baratijas? Las enterraron con los cuerpos.

—¿Las viste bien, Noah? Eran cualquier cosa menos baratijas.

—No me lo pareció. Eran unas burdas espadas mal hechas. Hasta yo pude notarlo y eso que no soy un experto.

—Deberían haberse roto cuando chocaron con las nuestras, pero en cambio resistieron. Y además… eran especiales, como si de ellas emanara una suave luz dorada.

—Entonces estaban encantadas. De otra forma eso no podría suceder. Quizás estaban unidas de alguna forma con sus dueños. Diablos Quentin, no llego a entender algo y aparece otra cosa más de la que debo preocuparme.

—Bueno, déjalo. No he visto que Almairon lleve una espada como esas —dijo Quentin divertido, quitándole importancia.

Al llegar a las Tres Hermanas, Quentin se hizo cargo de los caballos mientras Noah comenzaba a preparar las cosas para hacer las pruebas que tenía en mente. Ató a los animales en el árbol más cercano, detrás del cerro más pequeño, para que no se espanten si alguna de las reacciones resultaba demasiado estridente, y regresó corriendo donde estaba su hermano.

—¡Que comience el espectáculo! —dijo Noah y arrojó una de sus "piedras que reaccionan" al suelo rocoso, cerca de los pies de Quentin, quien dio un salto hacia atrás cuando la piedra explotó en una nube de humo anaranjado.

—¿Estás loco? ¿Qué pretendes?

—Apúntalo —dijo y le alcanzó una libreta y una carbonilla—. Si el líquido ya se ha secado, reacciona de igual manera. Humo anaranjado. Chispas y mal olor.

Noah arrojó otra pequeña piedra, lejos de Quentin esta vez. Hizo un par de comentarios, mientras su hermano escribía apresurado, y luego de unas cuantas pruebas más, decidió que ya debían regresar antes que la noche los alcance lejos de la ciudad.

Mientras Quentin iba en busca de los caballos, Noah leyó las anotaciones en la redondeada caligrafía de su hermano, muy diferente de la suya, apretada y casi ilegible. Cuando el muchacho regresó, montaron y emprendieron el regreso, guiados por Noah, hacía una de las entradas exteriores.

El sol a sus espaldas creaba sombras alargadas sobre el terreno cubierto de un manto naranja, que se iba oscureciendo a cada minuto que pasaba. Cuando llegaron cerca de los muros, ya solo una suave penumbra los acompañaba.

—Dejaremos los caballos aquí, ellos saben volver solos, por eso te pedí que los trajeras —dijo Noah después de desmontar—. Vayan a casa, muchachos. — Les palmeó las ancas y los caballos salieron al galope, perdiéndose en la nube plateada que levantaban sus cascos.

—¿Ahora por dónde? —preguntó Quentin, intrigado. Estaba ansioso por descubrir cuál sería el mecanismo de entrada a la próxima puerta.

—Presta atención —dijo Noah y pasó su mano por las rugosas

piedras del muro exterior, tratando de encontrar la que buscaba—. Dame tu mano, siente la diferencia entre todas las demás y esta de aquí.

—Es más fría a pesar de que le dio el sol toda la tarde —dijo Quentin sorprendido—. Las demás están calientes aún.

—Exacto. A la luz del día se ven todas igual. Los colores son los mismos, el tamaño es el mismo, pero no su temperatura.

—¿Y en invierno que sucede?

—Tiene la misma temperatura todo el año por lo que, en invierno, se nota cálida.

Quentin reía encantado.

—Ahora quitaré esta piedra. Detrás hay una soga, y al tirar de ella, se abre la puerta.

Se oyó un fuerte ruido, como de piedras cayendo, y una bocanada de aire frío y húmedo le dio de lleno a Quentin, que estaba parado justo delante de la entrada.

—Ten cuidado, no vayas a caerte —dijo su hermano. Lo tomó del brazo y lo hizo retroceder unos pasos—. Como habrás visto, todas las entradas son diferentes pero, en todas ellas, las antorchas se encuentran a la derecha. Bajaré a encender una.

Unos momentos después, Quentin vio unos chispazos y, luego de algunos intentos, el hueco a pocos pasos frente a sus pies se iluminó. El muchacho bajó mientras su hermano le alumbraba el camino.

—Desde aquí, se vuelve a cerrar —dijo Noah una vez que Quentin estuvo a su lado, y bajó una palanca detrás del soporte donde se encontraban colocadas las antorchas. Cuando comenzó a caminar, agregó—: Tomaremos el camino rápido. Hay varias formas de llegar a todos lados, ya lo verás, por si se necesita escapar de alguien. Es muy fácil perderse aquí abajo, por eso es importante, y mucho más útil, si los aprendes mientras recorres los caminos.

Quentin observaba y escuchaba atentamente a su hermano; ya había comprobado que él siempre tenía razón. Podía no creerle a su madre e incluso a su padre, pero si Noah lo decía era indiscutible.

—No subas aún —dijo Noah y, al llegar a la última escalera, le dio la antorcha. Empujó una puerta trampa que había sobre su cabeza, se cubrió la nariz y cerró los ojos. Una gran cantidad de tierra, hojas secas y algo de hierba cayó sobre él.

Quentin dio un salto hacia atrás para que no le cayeran encima también.

—Al parecer, esta puerta fue pensada para entrar a los pasillos. No pensaron en que quizás alguien, algún día, iba a necesitar salir de ella — dijo Noah algo molesto y sacudió todo lo que le había caído encima —. Subamos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Quentin una vez que salieron a la superficie. Miró al cielo intentando encontrar la estrella más brillante del firmamento, aquella al lado de su diminuta y apenas visible estrella, pero no fue capaz de hallarla debido a la gran cantidad de árboles que cubrían el cielo.

—Cerca de la fortaleza. —Se encontraban en el patio de una casa y, cuando Noah cerró la puerta, esta quedó disimulada por completo en el suelo. Delante de ella había un par de arbustos con unas pequeñas flores blancas, apenas visibles bajo la tenue luz de la luna. Quentin pensó en lo difícil que sería hallarla en una noche oscura.

—¿No notarán, acaso, que hay dos personas en su patio? —susurró Quentin y señaló a la casa.

—Tranquilo, es la casa del general. Verás, cada entrada, o salida en esta ocasión, está preparada para que sean utilizadas en casos de emergencia. No tenemos que pedir permiso, ni dar explicaciones para usarlos. Es por eso que solo unas pocas personas conocen las entradas a los pasillos y sus secretos. La mayor parte de la gente de Sitnor sabe que existen, pero no saben siquiera si es cierto o si es una leyenda. Ven, vámonos.

El patio del general parecía el de una casa abandonada. Los árboles crecían desparejos y frondosos, la hierba les llegaba hasta las rodillas y había por todos lados arbustos con flores que en algún momento habrían estado prolijamente podados y ahora se echaban a perder creciendo sin control, como en un bosque. Los muchachos cruzaron el patio a grandes zancadas entre las matas de hierba y las ramas de los árboles, y llegaron a una puerta de madera que daba a la calle. Recién en ese momento se dio cuenta en dónde se hallaban, pues no sabía quién era el general y, mucho menos, dónde vivía.

—Hubiera sido más útil ir directo a la posada ¿no crees?

—¿Te has olido, acaso? —preguntó Noah a su vez. Quentin se detuvo unos segundos, luego se echó a reír y siguió caminando—. Las piedras que reaccionan realmente apestan, y nosotros olemos aún peor que ellas. No podemos presentarnos así en la posada. Además, debemos hablar con nuestro padre y con el Gobernador, imagínate si algo sale mal… y tenemos todas las posibilidades de que salga mal. Ni siquiera sabrán donde estamos. —Llegando a la entrada de la fortaleza, Noah se detuvo—. Tú ve y habla con padre, yo iré a ver al

Gobernador. No le preguntes si podemos hacerlo, dile que lo haremos y que necesitamos gente que nos apoye dentro de la posada. Si se opone, que lo hará, dile que probablemente sea nuestra última oportunidad y que vamos a hacerlo quiera o no.

Quentin asintió y corrió a buscar a su padre. Lo encontró en la habitación de abajo, junto a su madre y su recién nacido hermano. Luego de hablar brevemente con ellos, llamó a su padre fuera de la habitación.

El muchacho se sentó a esperarlo en el gran comedor, en una de las sillas más cercanas que encontró. Se sentía algo cansado y bastante nervioso. Su padre llegó poco después y tomó asiento frente a él.

—De ninguna manera —dijo Rob luego que su hijo le contara sobre lo que pensaban hacer esa noche.

—Padre, iremos quieras o no. Es la única manera de saber que se traen estos tipos entre manos. Seguramente a estas horas ya saben quiénes somos y no creo que vayan a ser corteses, yo diría que todo lo contrario. Necesitamos de su apoyo, por si algo sale mal.

—Todo va a salir mal, no los expondré a eso.

—Es que no podemos hacer nada sin antes saber qué pretendían llevándonos a Josh y a mí.

—A ver, dime. ¿Cómo pretenden averiguarlo? ¿Acaso piensan retener al señor Almairon y obligarlo a hablar?

—Noah tiene unas pociones que pueden hacer que un hombre conteste todas las preguntas solo con la verdad y…

—Vete ya a tu habitación —dijo su padre y se puso de pie, con la paciencia agotada—. No irán a ningún lado. Encima me dices así sin más, que Almairon sabe que ustedes son mis hijos.

—Ciertamente —dijo Noah, que acababa de llegar—, ya saben quiénes somos. Estuvieron preguntando por nosotros en el mercado.

Noah caminó con calma y se sentó junto a su hermano.

—Ahora que están los dos aquí, díganme, ¿quién fue el que tuvo tan brillante idea? —preguntó su padre con el ceño fruncido y regresó a su asiento.

Quentin miró a Noah y le pareció un niño al que están regañando por haber roto un jarrón; se miraba las manos mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa.

—Bueno, en principio fue su idea —dijo Quentin y señaló con el pulgar a su hermano—, pero luego él ya no quiso seguir y yo insistí. Después descubrió la “piedra que reacciona” y…

—¡Piedra que reacciona! —exclamó Rob asombrado y abrió los brazos.

—Si —dijo Noah—, un compuesto de minerales creados a partir de…

—¡Noah! —rugió su padre con impaciencia.

—Perdón, una “piedra” que al ser humedecida con una poción específica, causa un estruendo ante un golpe brusco y despide gran cantidad de humo.

—¡Muéstrale! —dijo Quentin entusiasmado.

—¿Aquí? ¿Estás loco? El humo es sofocante —dijo Noah apresuradamente.

—No quiero saber nada de humos sofocantes ni de piedras que reaccionan. Aquí se quedan.

—¡Padre! —imploró Quentin.

—¿Qué dijo el Gobernador? —Rob ignoró a Quentin y se dirigió a su hijo mayor.

—Que estamos locos, pero que le gustaría tener veinte años menos para acompañarnos. Me felicitó por la “piedra que reacciona” y dijo que no le dijéramos a nadie más de su existencia.

—Así que a él le parece una buena idea. Iré a verlo. —Rob se puso de pie, dispuesto a salir.

—Padre, no hay tiempo… —Quentin se levantó de su silla y siguió a su padre. Noah lo imitó.

—¿No confías en ellos? —preguntó el Gobernador, que acababa de entrar por la puerta del jardín, sin anunciarse.

18

—Por supuesto que confío en ellos. Es en ese Almairon en quien no confío —dijo Rob bajando la voz—. Quiso llevarse a Quentin y a Josh, luego retuvo a mis hijos, golpeó a Noah dos veces y ahora que sí sabe quiénes son, quién sabe de qué es capaz. No tendrá a Josh esta vez, pero si a Noah, que es, básicamente, otro buen botín.

—No dejaré que toquen a Noah esta vez —dijo Quentin y apretó los puños.

—Nuestros hombres ya están yendo hacia lo del Tuerto, en pequeños grupos, o solos. No le he avisado ni siquiera al dueño, así evitaremos complicaciones. Estarán a salvo, Rob —dijo el Gobernador en un intento de animarlo. Luego agregó—: Ustedes dos vayan a asearse, que apestan a demonios, y luego… Bueno, que todos los malditos dioses los acompañen y puedan regresar a salvo.

Rob sentía que un enorme nudo le estrangulaba las entrañas. Nunca se había sentido angustiado de esa forma. Estaba acostumbrado a que lo más peligroso que hiciera Noah fuera un montón de humo que obligara a desalojar todo el Palacio de Gobierno, o a las peleas callejeras de Josh, en las que siempre se involucraba Quentin, y lo peor que les podía pasar era terminar con la nariz o una costilla rota. Pero esto era diferente. Era de verdad peligroso. Se trataba de un hombre que podía entregarle a sus hijos de a pedazos si se negaban a sus exigencias.

—Si llega a pasarle algo a mis muchachos, te juro que lo mataré con mis propias manos, aunque sea lo último que haga en esta vida. Aunque tenga que recorrer todo el maldito continente de punta a punta para cazarlo.

—Y yo iré contigo, mi amigo —dijo palmeándole la espalda.

19

—Será está noche —dijo Quentin sin mucho entusiasmo, acariciando la frente de Mirka, que apoyaba el hocico en su pierna y lo miraba.

—Lamento de verdad no poder acompañarlos. Tienes razón, aún no puedo caminar sin ayuda, solo los retrasaría o los pondría en riesgo.

—Si no regreso, puedes quedarte con todas mis pertenencias.

—No seas tan pesimista, todo saldrá bien. Más aún si llevan apoyo. Recuerda lo que sucedió el día que fuimos a pescar. No perdiste la cabeza en ningún momento, y ni siquiera sabíamos que sucedía.

—Habrá sido por eso. Ahora sé qué clase de tipo es este Almairon. Es impaciente, frío, violento y a la vez encantador, carismático.

—Tú puedes contra todo eso, eres inteligente y piensas más de lo que dices. Solo que a veces no te das cuenta de lo que eres capaz de hacer.

—Gracias, Josh. La verdad que es difícil hacer esto sin ti. Es un poco incómodo ir con Noah. Digo, es mi hermano y eso, pero él no está hecho para esta clase de cosas.

—Ya vete y deja de llorar. Te espera un espectáculo de bailarinas y, según he escuchado, por una buena cantidad de monedas puedes pasar la noche con una de ellas —dijo el muchacho riendo. Sabía que su amigo era bastante inseguro, necesitaba que alguien lo empuje de cuando en cuando y, también, sabía que una buena forma de distraerlo de sus pensamientos derrotistas era bromeando.

—¿Nunca dejas de ser un idiota? —rio Quentin.

—Es mi momento preferido del día, cuando soy un idiota.

—Ya debo marcharme —dijo y se puso de pie—. Voy a pasar por Noah antes que se impaciente.

—Él nunca se impacienta.

—Deberías verlo ahora. Está hecho un manojo de nervios. Es mejor que terminemos con todo esto antes de que le dé algo.

Josh rio con ganas y puso sus manos en una de sus heridas. No se imaginaba a Noah nervioso, tenía una imagen muy distinta de él.

—Deséame suerte —dijo y abrió la puerta. Saludó a su amigo moviendo la mano y se marchó. Mirka se abalanzó contra la puerta cerrada y comenzó a llorar mientras arañaba frenéticamente con sus patas delanteras. La puerta volvió a abrirse y el animal salió meneando la cola.

—¡Vete tú también! —dijo Josh casi gritando y luego agregó bajando la voz—: Y cuida a mi amigo.

20

A medida que iban acercándose a la Posada del Tuerto, veían cada vez a más gente que iba en la misma dirección que ellos. Carros, carretas, hombres a caballo o caminando solos o en grupos se acercaban, entusiasmados, a la cita de esa noche. Mirka caminaba junto a Quentin y, de cuando en cuando, corría a ladrarle a alguno de los caballos que pasaban cerca de ellos.

Esa noche las más bellas y exóticas bailarinas de todo el continente se presentarían unidas en un solo espectáculo. Para alivio de algunas esposas y tortura de otras, la mayoría de los hombres de Sitnor pasaría buena parte de la noche viendo hermosas mujeres, hipnotizados por los movimientos de sus cuerpos, que recrearían las danzas de todas las regiones del mundo.

Llegando a la Posada, Quentin notó el nerviosismo de su hermano.

—Recuerda que no estaremos solos. ¿Tienes las piedras a mano?

—Sí. —Fue la única respuesta de Noah.

—Tú eres el mayor, compórtate. Al que pueden echar es a mí.

—Por eso estoy nervioso, ¿qué hago si te sacan?

—Confiemos en que no me notarán.

—Al menos eres alto, aunque tienes cara de niño. —Noah rio, nervioso.

—Los que podrían detenerme, hoy están de nuestro lado, así que por favor, intenta calmarte.

Quentin trataba de ocultar su nerviosismo pero, por dentro, sentía todo un torbellino.

—Es hora de comenzar a fingir Noah, recuerda que venimos a ver las bailarinas.

Habían llegado al final de la larga fila de hombres bulliciosos que aguardaban para entrar. Todo el jardín delantero de la Posada del Tuerto había sido acondicionado para el evento. Los arbustos estaban decorados con banderines de color rojo y había antorchas de cinco diferentes alturas colocadas alternadamente, en secuencia, marcando

el camino hacia la entrada. De los árboles colgaban multitud de pequeños faroles rojos.

Hombres vestidos con llamativos trajes, también rojos, se encargaban de acomodar las carretas y los caballos.

—Sí que les gusta el rojo ¿eh? —Comentó alguien que acababa de llegar a la fila y todos a su alrededor rieron.

La hilera de revoltosos hombres avanzaba rápidamente, por lo que solo debieron esperar unos pocos minutos para entrar al salón y, una vez dentro, Quentin le dijo a Noah que vaya por unos jarros de cerveza, mientras él buscaba una mesa libre.

«Quizás así se tranquilice» pensó. Quentin se ubicó en una pequeña mesa a mitad del salón y Mirka, que había logrado colarse junto a los muchachos, se ubicó debajo de su silla, se acostó y apoyó su hocico sobre una de sus botas.

No pasó mucho tiempo para que Noah regrese con un enorme jarro en cada mano. Quentin empezó a conversar de cualquier cosa para entretener a su hermano, pero Noah continuaba distraído y nervioso, respondiendo con monosílabos, por lo que pensó que aún no era buen momento de buscar a Almairon.

Al salón de la posada iba llegando cada vez más y más gente y, una hora después, ya no había por donde caminar; los hombres iban chocándose entre sí, pero aún lo suficientemente sobrios como para no pelear por un insignificante empujón. Entre la marea de rostros, a Quentin se le dificultaba diferenciar quienes eran soldados de Sitnor. Le era difícil reconocerlos sin sus uniformes, aun cuando había pasado toda su vida viéndolos. Estaba habituado a que sus rostros fueran serios e inexpresivos y en el salón, por el contrario, todos reían y bromeaban. Ahora él volvía a estar nervioso y estaba por decírselo a Noah cuando un hombre que pasaba a su lado le apretó levemente el hombro. Lo miró y reconoció al instante sus ojos. Pensó en lo diferente que se veía sin su uniforme. Era Eric, uno de los guardias de la fortaleza que siempre entrenaba con Josh y él. Volver a saberse vigilado lo alivió, por lo que comenzó a mirar con más detalle a su alrededor a ver si encontraba al comerciante o si podía reconocer a alguno de sus hombres.

—Veo a Almairon —rio Noah, como si estuviera contando un chiste —, está detrás de ti. Al parecer, no nos ha visto aún.

—¿Sigues nervioso?

—Voy por otra cerveza. —Fue su única respuesta. Se puso de pie y se abrió camino entre la multitud, con los dos jarros vacíos en las manos.

Quentin no quería perderlo de vista, por si se le acercaba alguno de los matones de Almairon, pero en un momento el salón quedó completamente a oscuras y ya no podía ver nada. Estaba a punto de levantarse a buscarlo cuando se encendieron luces en el escenario y todos comenzaron a festejar con aplausos y silbidos. Momentos después, llegó Noah, sonriendo, con las bebidas en las manos. Ni bien volvió a sentarse, uno de los hombres del comerciante se acercó a ellos.

—Buenas noches, jóvenes —dijo con amabilidad—, mi señor Almairon desea invitarlos a su mesa. Tendrán mejor vista desde allí. —Señaló hacía donde se encontraba el comerciante, justo frente al escenario.

—Por supuesto —dijo Noah con una sonrisa. Ambos se pusieron de pie y caminaron delante del hombre. Quentin le habló en voz baja a su hermano.

—Trata de divertirte y actúa normal ¿sí? Yo me encargaré de la poción.

Resguardados por la oscuridad, Noah hurgó su bolso y sacó una pequeña botella de vidrio, que colocó en la mano de Quentin.

Cuando llegaron a la mesa, el comerciante les dedicó una amplia sonrisa y se puso de pie.

—¡Mis muchachos! Vengan, tomen asiento. Tú —dijo y señaló a Quentin—, siéntate aquí a mi lado.

«Nunca más acertado» pensó.

—Señor, que gusto verlo —dijo Quentin y sonrió. Tomó asiento y Mirka volvió a echarse a sus pies.

—Para ti, mi amigo —dijo mirando a Noah—, tengo un regalo muy especial, por los inconvenientes que te he causado.

—Señor Almairon, no se moleste —dijo Noah avergonzado.

—Luego del espectáculo, una de las señoritas te estará esperando en una habitación. La que a ti más te guste.

Quentin miró de inmediato a Noah, tratando de ocultar su preocupación. Noah podía arruinar todo con solo una palabra.

—Bueno, en ese caso. —Noah pasó la mano por su cabeza y acomodó su cabello—. No puedo negarme.

Los tres rieron ruidosamente y Quentin suspiró aliviado. El comerciante sirvió vino para los muchachos y para él.

—¿Tú puedes beber? —preguntó a Quentin.

—Si ya estoy aquí, mucho no importa, ¿no? —rio.

—Me gusta como piensas, muchacho —dijo y le dio una palmada en el hombro.

El inicio de la música puso al público expectante y el salón quedó en completo silencio. Todos permanecieron quietos aguardando el comienzo del espectáculo.

Un caballero de traje blanco, sombrero de copa del mismo color y cómico bigote encerado hizo su aparición desde detrás del decorado. Dio un largo discurso sobre la historia de las danzas que harían y, cuando algunos empezaron a silbar por el palabrerío, dio paso, algo malhumorado, a las primeras bailarinas, presentándolas por sus nombres.

Las muchachas que tomaron el escenario para realizar el primer acto, llevaban voluminosos vestidos de encajes y tules rojos y negros. A medida que la danza avanzaba, iban quitándose partes de los vestidos, primero las mangas que cubrían sus brazos, luego capas de las faldas y finalmente las blusas, quedando solo vestidas con unas delicadas enaguas que a duras penas cubrían sus partes íntimas. Todos en el salón gritaban y aplaudían, festejando entusiasmados el sorpresivo final.

En el intervalo, una mesera se acercó a la mesa donde estaban, llevaba una botella del mismo vino que habían estado bebiendo, pero Almairon la detuvo con un gesto de su mano y le indicó acercarse. La muchacha obedeció y él le susurró al oído algo que Quentin no pudo escuchar. La mesera se alejó sonriendo y llevándose consigo la botella. Regresó a los pocos minutos con tres pequeños vasos de cerámica, finamente decorados, y una botella también pequeña, de forma contorneada, de cerámica blanca.

—Esto, mis muchachos, es una bebida típica del sur, allí donde la nieve puede caer hasta tapar a un caballo de pie. —Almairon tomó la botella—. Beban con cuidado, que puede ser un poco fuerte para quienes no están acostumbrados.

Al terminar de servirlo, tomó uno de los vasos y lo levantó, invitando a sus huéspedes a imitarlo.

—Brindemos por una noche llena de bellas mujeres, ¡Salud!

—Salud —dijeron a coro Noah y Quentin, y bebieron el contenido del vaso de un solo trago.

—¡Demonios! —dijo Quentin con una mueca—. Esta porquería sí que quema. —Noah y Almairon rieron a carcajadas—. Prefiero seguir con una cerveza, si me disculpan. Esto no es para mí.

—Disculpa aceptada, pero antes de terminar la noche tendremos que brindar con algo más que cerveza —contestó el comerciante con una sonrisa en su rostro, que a Quentin le pareció demasiado extraña.

—Eso si llego al final de la noche —rio Quentin y Almairon lo

imitó.

Noah se puso de pie, tratando de parecer estable.

—Debo… debo… ya regreso, —Se alejó con más torpeza de la habitual en él y caminó en dirección a la puerta trasera, donde se encontraban los servicios.

21

Noah se abrió paso con dificultad entre montones de hombres sudados y con muchas copas encima. La mayoría ya había dejado de hablar tranquilamente para expresarse a gritos sin siquiera tener necesidad de hacerlo. Apenas dejó el salón, Eric lo alcanzó.

—¡Señor Noah!

El muchacho dio media vuelta, mareado y aturdido por haber bebido de más.

—Eric… ese hijo de mil putas… maldito sea —dijo acomodándose el cabello que le caía en la frente.

—¿Se encuentra bien, señor?

—No, me siento del carajo Eric, ese maldito quiere emborracharnos hasta la médula. Ghona[2], nos hizo beber ghona, ¿puedes creerlo? Maldito cínico. Creyó que no lo notaría.

—Puede ser aún peor, señor —dijo y puso en la mano de Noah una diminuta botella, delgada y larga—. Me la dio la mesera, Almairon quiere que los coloque en sus copas antes de que finalice el cuarto acto.

—Espera, espera —dijo y se la devolvió.

Eric lo miró extrañado, mientras Noah hurgaba en su bolso. Luego de buscar en varios bolsillos, al fin extrajo un pequeño saco de cuero, cogió algo de ella y se lo llevó a la boca.

—¿A ver eso? —preguntó y, mientras, masticaba.

El oficial volvió a extender la mano para darle la botella; Noah la destapó, se la llevó a la nariz y, alejándola al instante, se la regresó a Eric.

—Que peste. ¿Qué demonios es? —preguntó frunciendo la nariz.

—No lo sé, señor, pensé que usted podría saberlo.

—Espera a que se me pase esta maldita borrachera. Antes que lo olvide, toma esto y dile a Quentin cuando salga, que se coma uno, este maldito piensa emborracharnos vaya a saber para qué. Es una porquería que sabe a mierda, pero asegúrate de que la mastique y la

trague. ¡Cuanto lo detesto a este Almairon!

—Cálmese, señor, alguien puede escucharlo.

—Sí, disculpa, Eric. —Noah comenzaba a recuperarse, la semilla que estaba masticando comenzaba a hacer efecto, eliminando los efectos del alcohol que había bebido.

Luego de un par de minutos, se sentía algo mejor y había recobrado, en parte, la sobriedad.

—Dame eso, a ver si puedo saber qué es. —Noah tomó la botella y volvió a acercársela a la nariz—. No es veneno, es un sedante. Quiere dormirnos.

—Maldito cobarde —murmuró Eric apretó los puños.

—Sé cómo contrarrestar sus efectos —continuó Noah—, pero debería volver a mi estudio y quién sabe cuánto me llevaría con esta maldita borrachera encima. Durante el cuarto acto, mantente cerca. Arrojaré algo al suelo que hará un estruendo, como si una tormenta se desatara en el salón, y habrá mucho humo. En ese momento de confusión debes tomar a Almairon.

—Está acompañado, son al menos cuatro hombres.

—Entonces busca a cinco o seis hombres de la Guardia. Lo dejo en tus manos, tú sabrás mejor que yo qué hacer. Diles que habrá un sonido ensordecedor, como un trueno, pero es inofensivo. Es solo ruido y humo, nadie saldrá herido.

—Sí, señor.

—Regresaré adentro, antes que salgan a buscarme.

Noah dio media vuelta y caminó hacia el salón, pero antes de entrar, regresó con Eric.

—Por si acaso, habla con tus hombres ahora y quédense cerca. No sé cuánto puede llegar a durar todo este teatro.

—Ya mismo, señor.

—Necesito orinar —dijo Noah y caminó de nuevo hacia los baños.

Noah regresó con pasos inseguros hacia donde estaba su hermano y lo vio riendo a carcajadas con el comerciante; al parecer, todo iba saliendo bien.

—No saben lo honrado que me siento de tener a los hermanos Guna en mi mesa —dijo Almairon apenas Noah tomó asiento. Su tranquilidad no duró tanto como había esperado—. Creo que ya es suficiente. Los tres sabemos por qué estamos aquí, fingiendo agrado, comportándonos como hipócritas.

Almairon rodeó a Quentin con un brazo, sonriendo como si nada

pasara. En un rápido movimiento, el muchacho sacó un cuchillo de su cintura y colocó la punta entre sus costillas. El rostro moreno del comerciante perdió la sonrisa y el color por unos segundos.

—Solo muévete de nuevo y te perforo un pulmón —murmuró sin cambiar su expresión relajada y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Oh vaya, sí que eres rápido, muchachito —dijo antes de volver a sonreír.

—Noah, es hora de que comience el espectáculo —agregó, ignorando el comentario de Almairon.

Noah llevó una de sus manos a su bolso y, después de unos segundos, se puso de pie con lentitud. Miró a su alrededor y vio a Quentin sujetar a Mirka de la cadena que llevaba en el cuello.

Su vista se posó en los ojos negros de Almairon y, cuando vio que su sonrisa volvía a desaparecer, levantó la mano.

22

Un ruidoso estruendo silenció por unos segundos tanto a los músicos como al público. Al instante, todo se llenó de un sofocante humo anaranjado. Las bailarinas y las meseras gritaron aterrorizadas, los espectadores corrieron desbandados, apiñándose en las salidas y aplastando a todo el que caía al suelo. Varios hombres rompieron los ventanales para huir más rápido, espantados por ese extraño estruendo. Todo se convirtió en caos y ni siquiera el dueño de la posada se quedó a ver qué había ocurrido.

Cuando el humo se disipó, solo unos pocos hombres quedaban en el salón. Cuatro de ellos tenían un cuchillo en el cuello y eran retenidos por los soldados de la Guardia de Sitnor.

Noah permanecía parado en el mismo lugar en que estaba cuando se produjo la explosión. Quentin estaba recostado en su silla; con una mano sujetaba a Mirka y con la otra sostenía el cuchillo con el que amenazaba a su anfitrión. Almairon no había sido capaz de escapar, ya que Eric lo retenía en su lugar, sujetándolo por los hombros.

Quentin soltó la cadena de Mirka e hizo que se acercara a Almairon.

—Sujeta, Mirka —ordenó, y el animal mordió uno de los tobillos del comerciante—. Espero que aún siga pensando que es un honor tenernos en su mesa —dijo Quentin con una mueca burlona en el rostro.

—No es exactamente lo que tenía pensado, pero vaya si son originales.

—Acepto el cumplido —dijo Noah y se acercó—. Tenemos un par de preguntas que hacerle, señor.

—Me parece que ya no estoy de humor para responder preguntas. Sepan disculparme.

—Quentin…

—Por supuesto. —Guardó el cuchillo en su cintura y sacó de un bolsillo el pequeño frasco que Noah le había dado, se puso de pie y le

habló a Almairon—. Tiene dos opciones: Abre la boca y se traga esto voluntariamente o se lo hago tragar a la fuerza.

—Prefiero la tercera opción: Vete a la mierda —dijo con una mueca que intentó ser una sonrisa.

—No, aunque quiera, no es gracioso en lo absoluto. —Quentin empujó la mesa hacia atrás y comenzó a caminar a su alrededor—. Lo gracioso será hacerle tomar esto. Eso sí me va a divertir. Se pondrá a chillar, lo golpearé, chillará de nuevo, volveré a golpearlo, Eric lo golpeará e, incluso, seguro que hasta mi buen hermano Noah termina golpeándolo. Eso sí será gracioso. —Quentin se detuvo unos momentos delante de su prisionero y lo miró directo a los ojos—. Mirka, suelta. —Al oír la orden, la perra soltó de inmediato el tobillo de Almairon, pero se quedó en el mismo lugar, esperando la próxima orden. Quentin continuó caminando, esta vez frente a Almairon—. Por los dioses, daría una mano porque Josh estuviera aquí. ¿Sabe quién es Josh? Seguro que sí. Es mi amigo, el que está en la enfermería por culpa de los idiotas que vinieron con usted.

—Un completo inútil, seguramente.

—No más que sus acompañantes… Sabe que están muertos, ¿verdad? —Quentin seguía caminando, nervioso como un león enjaulado—. Por supuesto que sabe, de lo contrario, no estaríamos teniendo esta conversación. Pero, ¿sabe cómo murieron?

—Quentin. —Noah lo interrumpió de repente y en el momento justo.

—Cierto. Debe tomar esto —dijo—. Noah, pásame una cuerda.

Noah buscó una cuerda en su bolso y se la lanzó a su hermano. Quentin ató las manos del comerciante en su espalda y luego le dio varias vueltas a su alrededor para asegurarlo en la silla. Los oficiales comenzaron también a atarles las manos a los hombres de Almairon.

—Bien, abra la boca. Sea un buen anfitrión y no haga enojar a sus invitados, sea bueno.

Almairon no movió ni un solo músculo, sus ojos oscuros relampagueaban a cada pestañeo y Quentin fue capaz de notar la frustración y la impotencia con que lo miraba.

—Eric ¿me harías los honores?

—Por supuesto, señor —dijo mostrando una gran sonrisa.

El enorme puño del oficial dio de lleno en la mandíbula de Almairon; algo crujió y no fueron sus nudillos. Un hilo de sangre se asomó por la comisura de los labios del comerciante.

Quentin aplaudió y comenzó a reír a carcajadas.

—Eso es divertido. ¿Puede notar la diferencia? —Le preguntó y

acercó su rostro al de Almairon.

—Eres un maldito retorcido, niño. —Almairon apretaba los dientes al hablar. Quentin tomó a Mirka de su cadena e hizo que acerque su hocico al rostro de Almairon. El falso comerciante cerró los ojos y quiso apartarse.

—¿Hueles, pequeña? Eso es miedo. —Quentin le dio la orden de que volviera a echarse en el suelo y luego se alejó de su prisionero—. Claro que soy un demente. Y me pongo peor cuando me llevan la contra. ¿Eric?

El oficial volvió a golpearlo varias veces. Quentin le dio a Noah el pequeño frasco que tenía en la mano y sacó su cuchillo.

—Veo que usted tiene dos bonitos ojos… ¿Sabía que Santoro, el oficial a cargo de mi guardia personal, perdió un ojo? —La punta de su cuchillo comenzó a dibujar líneas púrpuras en el rostro de Almairon, que de repente había vuelto a perder todo el color y sudaba por cada poro de su piel—. Sí, así es. Fue cuando sus dos escorias lo atacaron. Incluso asesinaron a dos de sus hombres. Debería cobrarme eso. —Quentin se alejó hasta llegar hasta uno de los hombres que era retenido por los guardias. Pasó la punta de su cuchillo por el cuello de uno de ellos, dibujando una línea carmesí. El hombre intentó moverse, pero el guardia lo sostuvo con fuerza—. Debería degollar a dos de los suyos y quedarme con uno de sus bonitos ojos negros ¿Qué dice?

Almairon escupió a un costado, salpicó las botas de Noah y Eric volvió a golpearlo.

—Necesito otra cerveza —rio Quentin, guardó su cuchillo y caminó hacia donde estaban los barriles de cerveza. Mirka se levantó y fue tras él—, esto se pone bueno.

—Tráeme una a mí también ¿Eric? —dijo Noah. El oficial estaba a punto de golpear de nuevo, pero Noah lo detuvo con un gesto y acercó una silla al comerciante—. Solo quería saber si querías algo tú también.

—¿Cómo se llama la bebida que con tanta amabilidad les dio de beber el señor aquí atado?

—¡Ghona! —dijeron a coro los hermanos.

Los soldados de la Guardia rieron y Quentin se sintió aliviado al darse cuenta de que tanto Noah como Eric habían descubierto su juego. Le preocupaba que Noah no lo entendiera e intentara frenar su descabellada idea de hacerles creer que en realidad era un retorcido, disfrutando de lo que estaba haciendo.

—Pues no quiero nada, estoy bien así.

—¿Lo intentamos de nuevo, señor Almairon? Usted bebe el

contenido del frasco, responde nuestras preguntas, y se puede marchar —dijo Noah.

—¡Tú también estás loco! ¡Están locos los dos! —dijo agitándose en su silla, se movía de un lado al otro, intentando, inútilmente, zafarse de sus ataduras—. Puedo verlo en sus ojos. Ojos dementes ¿Qué clase de personas son?

—Se sorprendería —dijo Eric con una sonrisa.

—Creo que al señor ahora no le gusta como pienso. Qué lástima —dijo Quentin y se acercó a Noah con un jarro en cada mano.

—Señor Almairon, ¿tiene usted miedo? —preguntó Noah—. Beba y lo dejaremos en paz. Palabra de retorcido —dijo y levantó el puño cerrado.

—Palabra de retorcido. —Quentin imitó el gesto de su hermano.

Noah esperó unos momentos antes de continuar. Almairon tenía las pupilas dilatadas, el rostro sudado y miraba alternadamente a sus captores, sin posar sus ojos más que unos pocos segundos en cada uno.

—Esto se puede poner peor. De hecho, se va a poner peor. He visto a Quentin arrancarle las uñas a un perro solo por haberle roto la camisa mientras jugaban. ¿Cuántos años tenías? ¿Ocho? ¿Nueve? —preguntó y miró a su hermano.

—Ocho —mintió Eric.

—Ocho… y vaya si ha mejorado sus técnicas —dijo Noah y acomodó su cabello. Luego, puso el frasco frente a sus ojos—. Última vez que se lo pregunto amablemente… ¿Puede usted beber esto?

—Esta conversación me ha traído recuerdos... me han dado ganas de quitarle algunas uñas al señor.

—Aún no, Quentin —dijo Noah con calma—, deja que trate de convencerlo.

—¿No dijiste que me golpearías? —El comerciante miró a Quentin, haciendo uso de los pocos restos de valentía que le quedaban.

Quentin caminó hacia su prisionero con deliberada lentitud, llevando su jarro de cerveza en una mano. Mirka regresó con él y se echó a sus pies cuando Quentin se detuvo.

—Piénselo. Tengo dos opciones: Por un lado está mi puño —dijo al llegar hasta él y puso su puño frente a la nariz de Almairon—, y por el otro, el de Eric, que es dos veces más grande que el mío y, además, golpea como un maldito demonio. ¿Cuál cree que utilizaría mejor?

—Si tuviera la mano como la de Eric le reventaría el cráneo con solo cerrarla. —Noah hizo un gesto con su mano, mientras observaba sus dedos cerrarse.

—Puedo intentarlo —sugirió Eric. Colocó su mano en la cabeza de

Almairon y ejerció una leve presión en sus sienes.

—¡Malditos dementes, todos ustedes! —gritó aterrorizado—. ¡Lo haré! Denme esa maldita cosa de una vez.

—Buen chico —dijo Quentin y le palmeó la mejilla.

—Que desilusión… yo pensando que el demente era usted, al final resultó ser un maldito cobarde —dijo Noah—. Eric, sostenlo.

El oficial le mantuvo el rostro levantado, mientras le tapaba la nariz y Noah vertió el contenido del frasco en la boca de Almairon. Eric lo sostuvo con fuerza hasta que tragó. Quentin los observaba mientras le rascaba la cabeza a Mirka y bebía despreocupado. Noah se puso de pie y se acercó a uno de los oficiales.

—Llévate a estos hombres al Palacio de Gobierno y entrégalos al Gobernador o a mi padre. Envíen refuerzos, no sabemos cuántos hombres más tiene por ahí afuera.

—¿Quiere que deje alguno de los soldados aquí?

—No hace falta, gracias Conrado, creo que estaremos bien. Asimismo, no tardes en enviar refuerzos. Dile a nuestro padre que estamos bien, pero no le comentes nada de nuestro... procedimiento, creo que no le va a agradar —dijo mientras se rascaba la nuca.

—¿Qué dice? Estuvieron mejor que las bailarinas —rio el oficial.

—Lo mismo… de todas formas se va a enterar, pero no creo que le vaya a hacer gracia —dijo y levantó los hombros.

—Pierda cuidado, señor —dijo Conrado y agregó dirigiéndose a sus hombres—. Vámonos.

Quentin los siguió hasta afuera, para ver que todo marche bien. Los soldados subieron a sus prisioneros a una de las carretas que habían quedado abandonadas luego que los parroquianos huyeran del salón.

—Siéntanse libres de torturarlos si alguno intenta escapar. —El muchacho los saludaba levantando la mano, con la alegría de quien despide a una visita.

Al regresar al salón, tomó una de las sillas que había caído cerca de la puerta y la arrastró hasta colocarla en frente de Almairon, la puso al revés y se sentó apoyando el mentón en el respaldo. Su prisionero lo miró con los ojos vidriosos.

—¿Qué me han dado? —preguntó con voz ronca y arrastrando las palabras.

—Secreto —dijo Quentin. Miró a su hermano y agregó—. ¿Ya está listo?

—Cantará como un ruiseñor. —Noah se sentó cerca de Quentin.

—Bien. ¿Para qué querían llevarnos a Josh y a mí?

—Para obligar a sus padres a poner sus tropas a nuestro servicio.

—Sitnor no tiene tropas —dijo Noah.

—Entrenan a la gente, a todos. Cualquier persona puede ir a la guerra.

—¿Para qué quieren nuestra gente?

—Saquear todo Sitnor, de norte a sur, de este a oeste. Cada poblado del maldito país va a ser convertido en cenizas. Luego marcharemos hacia el oeste, a Morrau. Convertiremos en basura lo que no necesitemos, esclavizaremos a todo el que pueda caminar y explotaremos sus minas de plata y por último iremos al sur, a Tesar, a adueñarnos de su preciado oro. El continente entero a nuestros pies para luego navegar por los mares y encontrar nuevas tierras, que sufrirán el mismo destino que ustedes. Seremos los dueños de todo el maldito mundo.

—Qué ridículo —dijo Quentin antes de beber otro trago de cerveza.

—¿Por qué querrían hacer eso? —dijo Noah.

—No lo sé —dijo Almairon y se encogió de hombros—. Esas fueron las órdenes.

—¿De quién? —preguntó Noah.

—De mi hermano, el rey de Pyebra.

—Así que usted no es más que un imbécil que solo hace las cosas porque alguien se lo ordena. Sigue siendo una desilusión, ¿sabía? —dijo Quentin.

Noah recordó lo que había sucedido a su hermano, y continuó interrogando a Almairon.

—Una pregunta más: ¿Hay magos en Pyebra?

—Sí.

Noah cerró los ojos por unos instantes, mientras asimilaba la respuesta. Había tenido la esperanza que fuera negativa, que su intuición se hubiera equivocado, pero no fue así.

—¿Los están entrenando?

—Sí.

—¿Sabe qué está prohibido, verdad?

—En Pyebra hay nuevas leyes.

—Esa ley aplica para todo el continente.

—Pronto el continente será nuestro. Nosotros dictamos las leyes ahora.

Noah se puso de pie y le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas. La nariz de Almairon comenzó a sangrar.

—Le dije que hasta mi buen hermano Noah lo golpearía… —Aplaudió Quentin.

—Maldito seas. —Se quejó Almairon—. ¡Dijiste que me dejarías en

paz!

—Mentí. —Noah se tomó la mano con una mueca.

Todos quedaron en silencio. Había muchas cosas en que pensar, no solo por lo que había dicho Almairon, sino también porque debían pensar en qué harían ahora que lo sabían.

—Deben matarme —dijo Almairon después de unos minutos.

—¿Qué dice? — preguntó Noah.

—Si salgo vivo de aquí haré hasta lo imposible por acabar con ustedes, con su familia y con cualquiera que les tenga un mínimo de aprecio. Me han avergonzado frente a mis hombres, han…

—Si se caga en los pantalones, es su problema, no el nuestro —dijo Quentin, sin dejar que termine la oración—. Si se avergüenza de quién es, debería cambiar de profesión y no andar por el mundo como si fuera el maldito dueño de todo. Al respeto debe ganárselo con acciones, no con monedas… ¿No es así, Eric?

—Por supuesto, mi señor.

—Ahí tiene. Deje de llorar y trate de tener algo de dignidad.

Almairon cerró los ojos y su cabeza cayó hacia un lado. Dormirse era una de las reacciones que tendría por la poción.

—Ha sido un buen espectáculo, señores —dijo Eric y los hermanos rieron.

—Noté que algo cambió en él cuando puse mi cuchillo en su costado. Toda su seguridad y su prepotencia desaparecieron. Si lo hubiera tratado amablemente, se hubiera cagado en nosotros… Vi la oportunidad y la aproveché. Gracias a los dioses ustedes también lo notaron. Por un momento temí que creyeran que en realidad lo estaba disfrutando —dijo Quentin con repulsión

—Me di cuenta cuando le pasaste el cuchillo por el rostro, no es algo que tú harías, no… no le sacarías el ojo a alguien así sin más… ¿cierto?

Los tres volvieron a reír, mientras Quentin iba por más cerveza.

23

—Hay alguien afuera. —Eric se puso de pie al notar que Mirka levantó la cabeza y miró hacia la puerta.

—Iré por las armas —agregó Quentin. Noah lo imitó, pero parecía no saber muy bien qué hacer.

—Venga, señor, escóndase aquí. —Eric lo guio hacia atrás del mostrador y, después de darle su cuchillo, agregó—: Tenga esto, por si algo sucede.

Quentin regresó con las espadas que habían dejado en la entrada al llegar al salón.

—Tendrás que enseñarme cómo haces para usar estas —dijo entregándole a Eric sus dos espadas onduladas y el hombretón rio encantado.

—Cuando guste, mi señor —dijo, se colocó la vaina con dos armas cruzadas en la espalda y aseguró las correas en su pecho.

Eric tenía poco más de veinte años y nadie sabía a ciencia cierta de dónde venía. Cada vez que alguien se lo preguntaba él respondía *«De uno de los mil infiernos»*.

Llegó junto a su hermana a Sitnor hacía unos años, con tan solo un pequeño bolso de cuero y sus extrañas espadas dobles sujetas a su espalda. Se presentó en el Palacio de Gobierno para prestar sus servicios como soldado y el Gobernador lo envió a realizar el entrenamiento reglamentario, a pesar de no necesitarlo y de ser ya mayor de edad. Luego de dos años en los campos de entrenamiento, quedó al servicio de la Guardia de la Fortaleza. Tenía especial aprecio por los hermanos Guna y por Josh. En muchas ocasiones, les había ayudado a entrenar, ya que era el único que podía luchar con dos espadas a la vez y, además, porque se divertía con ellos. Ahora, después de lo que había presenciado, además de su aprecio se habían ganado su respeto absoluto.

Eric levantó a Almairon, con silla y todo, y lo llevó junto a Noah para que no quede a la vista.

—¿Tardará mucho en despertar? —preguntó.

—La verdad es que no lo sé.

—Si se despierta, siga actuando. Póngale el cuchillo en la yugular y amenácelo. No creo que le vaya a dar problemas.

—Está bien, Eric, gracias.

Quentin estaba parado en medio del salón, entre sillas tiradas y mesas desordenadas, y Mirka estaba a su lado. Era un hermoso animal de brillante pelaje dorado y, en el lomo, tenía un manto algo más oscuro. Cuando Eric la vio por primera vez pensó que era el perro más grande que había visto en su vida y Josh le contó que era un regalo de Quentin, que la había encontrado siendo apedreada por unos niños. La rescató y se la llevó a él, que por esos días estaba de un pésimo humor y no se soportaba ni él mismo. Llegó como un pequeño saco de huesos y pulgas, y ya nunca más se separó de los muchachos.

—Señor. ¿Cómo se encuentra? He visto que bebió demasiado.

—Tengo gran tolerancia a las bebidas… Con Josh, ya sabes, solemos robarnos algunas cosas de las cocinas. Pero guárdanos el secreto ¿sí?

Eric rio.

—Lo he visto tomar, al menos, cinco jarros de cerveza hoy.

—Bueno pues… algo mareado estoy, pero nada grave. No te preocupes, creo que no tendremos problemas —dijo y comenzó a dar unos pequeños saltos en el lugar. Luego, le rascó detrás de la oreja a Mirka—. Ve a casa, nena, ve con Josh. —La perra se paró en sus patas traseras se apoyó en el pecho de Quentin y lo miró a los ojos por unos segundos—. ¡Busca a Josh, Mirka, busca!

La perra de inmediato obedeció, corrió entre las mesas y sillas desordenadas, buscando una salida y, cuando encontró la puerta, desapareció detrás de ella y ya no regresó.

Esperaron por un largo rato, en completo silencio y casi sin moverse. Finalmente, seis personas entraron con cautela por la puerta principal, cuatro de ellos eran los que habían sido capturados y enviados al Palacio de Gobierno.

—¿Dónde *encontrrarr señorr* Almairon? —preguntó uno de ellos, expresándose con dificultad en la lengua de Sitnor.

—Está por allí —dijo Quentin haciendo un gesto hacia la puerta que llevaba a las habitaciones—. Mi nana me dijo infinidad de veces que no debía jugar con mi comida, pero ya saben… hay cosas que nunca terminamos de aprender y el señor Almairon resultó ser un juguete muy divertido.

Uno de los hombres, el que había invitado a Noah y a Quentin a la

mesa, se dio vuelta y vomitó, antes de salir corriendo del lugar.

—Vaya, estos norteños sí que son blandos —dijo Eric divertido.

Los demás se quedaron petrificados y parecía que ninguno se atrevía a mover ni un músculo.

—Uno menos —susurró Quentin y agregó levantando la voz—. ¿Van a rescatar a su señor o también quieren ser parte de la cena?

Tres de los hombres que quedaban se decidieron a atacarlos, corriendo hacia ellos con las armas desenfundadas. Eric largó una risotada, sacó las espadas de sus vainas y las hizo girar en sus manos.

—Vengan, cabrones —exclamó.

Con dos rápidos movimientos, cortó la cabeza de uno de ellos, el que llegó primero hasta él. El segundo dudo unos instantes, pero ya estaba demasiado cerca para arrepentirse. Dijo algo que nadie logró entender y cargó contra Eric. El enorme oficial hizo unos pasos hacia el costado, alejándose del charco de sangre que brotaba del cuerpo que había caído a sus pies.

Quentin, se hizo cargo del tercero. Con una agilidad que Eric no creyó posible por todo lo que había bebido, logró mantenerse a salvo de su atacante, resistiendo sus ataques mientras se alejaban de él. Estaban tan absortos, que no notaron que los dos hombres restantes habían dejado el salón. A Eric no le costó demasiado deshacerse del segundo contrincante y estaba yendo en ayuda de Quentin cuando el muchacho clavó su espada en el estómago de su rival, atravesándolo por completo. Pateó el cuerpo para liberar su espada y escucharon que Noah los llamaba.

—¡Están aquí!

Uno de los hombres del falso comerciante lo golpeó con la empuñadura de su espada y Noah cayó al suelo. Habían liberado a Almairon, que aún estaba soñoliento y aturdido.

El mismo sujeto que golpeó a Noah, lo levantó tomándolo del cabello y le cruzó la espada en el cuello.

—Si se mueven, lo mato. —Los amenazó.

Eric vio que Quentin se agachó y dejó su espada en el piso, sin oponerse ni cuestionarlo, y él, luego de dudar por unos segundos, lo imitó.

Los hombres de Almairon comenzaron a caminar lentamente, rodeando el mostrador y dirigiéndose a la puerta de salida. Quentin y Eric estaban con las manos en alto y apenas si se movían lo necesario para seguirlos con la vista. Los hombres no se atrevían a darles la espalda y retrocedían con pasos inseguros, sorteando mesas y sillas caídas.

Cuando llegaron a la puerta, Eric sacó una pequeña navaja de su brazalete de cuero y la arrojó.

—¡No! —gritó Quentin, pero ya era tarde.

La navaja se enterró en el ojo derecho del hombre que retenía a Noah. Quentin lo miró sin poder cerrar la boca y Eric le guiñó un ojo. La espada que el sujeto tenía presionada en el cuello de Noah cayó junto con su dueño.

El mayor de los hermanos quedó inmóvil por unos segundos y un delgado hilo de sangre se deslizó por su pálido cuello, hasta formar una pequeña mancha en su camisa. Noah cayó arrodillado, Quentin corrió hacia él y Eric tomó sus espadas y salió detrás de Almairon y sus hombres.

Fuera del salón, esperaban dos hombres más en una pequeña carreta de madera, tirada por dos hermosos caballos. El comerciante y el hombre que lo llevaba subieron y la carreta partió sin esperar a que terminaran de acomodarse.

Eric los persiguió un corto trecho, pero regresó al salón al ver que era inútil perseguirlos.

24

—¿Estás bien? —preguntó Quentin, preocupado, al llegar hasta su hermano. Llevó su mano al cuello de Noah para comprobar que la herida no fuera profunda.

—Estuvo cerca, vaya si estuvo cerca. Por los dioses, necesito un trago. —Noah hablaba mientras intentaba ponerse en pie.

—Tenemos que largarnos de aquí, ahora mismo. —Quentin ayudó a su hermano a incorporarse y Eric entró corriendo por la puerta.

—¿Se encuentran bien, señores?

—Sí, Eric. Bueno, a decir verdad, él no —dijo y señaló a su hermano, que estaba limpiando su cuello con un pañuelo—, pero no está herido, solo confundido… Sabrás que no está habituado a esta clase de situaciones.

—Debemos regresar a la Fortaleza, señores, e informar a su padre lo que ha ocurrido.

—Seguro querrán organizar la búsqueda de este mal nacido —agregó Quentin.

Noah se recuperó de su malestar después de medio jarro de cerveza. Salieron y buscaron tres caballos para llegar lo más rápido posible a la fortaleza. Con los animales al galope, no les tomó más que unos pocos minutos llegar, pero no vieron en el camino qué había sucedido con los guardias que habían enviado con los prisioneros.

Al arribar a la fortaleza, los guardias les informaron que Aníbal y Rob se encontraban en el establo, esperándolos. Desmontaron y corrieron a verlos, sin perder ni un momento.

—Se han escapado —dijo Quentin sin siquiera saludar.

—¡Mis muchachos! —exclamó Rob al verlos, con los ojos empañados.

—Estamos bien, padre. —Lo tranquilizó Noah.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el Gobernador a Eric, mientras Rob abrazaba a sus hijos.

—Mucho, señor. Pero lo más importante es que Almairon y los

pocos hombres que le quedaron, han logrado escapar.

—Organizaremos un grupo de búsqueda urgente.

—Las puertas no se abrirán hasta mañana, pero están desesperados, no dudo que asesinen a los guardias para poder escapar.

—¿Cuántos eran?

—Almairon y, al menos, tres más.

—Consigue un grupo de hombres y ve a las puertas.

—Enseguida, señor. Una cosa más, hable con el señor Quentin, el señor Noah parece no estar muy bien. Pregúntele por los prisioneros —dijo Eric antes de alejarse.

El Gobernador llamó a Quentin aparte.

—Muchacho, el oficial me dijo algo sobre los prisioneros, pero le urgía ir detrás de Almairon. ¿A qué se refería?

—Enviamos a un grupo de hombres en una carreta con cuatro prisioneros, pero después aparecieron esos mismos prisioneros con dos hombres más. Eric y yo nos encargamos de cuatro de ellos, los demás escaparon. No sabemos qué sucedió con los oficiales que los escoltaban.

—Enviaré a buscarlos.

—Iré con el grupo de búsqueda.

El Gobernador miró a Rob, dudando de si debía permitirle ir, y como nadie decía nada, Quentin dio media vuelta y dejó el establo.

Rob levantó la mano, pero Noah lo tranquilizó.

—Déjalo. Si vieran de lo que es capaz, no volverían a dudar jamás de él.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó su padre.

Noah suspiró y se pasó ambas manos por la cabeza, como cada vez que necesitaba ordenar sus pensamientos.

—Bueno, a esta altura creo que ya no importa, y prefiero que lo sepan por nosotros antes que los soldados empiecen a correr rumores o a exagerar lo que realmente sucedió.

Aníbal y Rob se miraron extrañados, sin entender y Noah comenzó a contarles, con todos los detalles que recordaba, lo que habían hecho desde que entraron al salón hasta que salieron. Hizo todas las mímicas y ademanes que recordó, imitando a uno o a otro. Cuando terminó, se sentó a esperar que reaccionaran.

Pasaron varios minutos hasta que uno de ellos logró articular una palabra.

—Por lo visto han tenido una noche bastante agitada —dijo su padre. Noah asintió.

—La verdad, no sé qué es peor de todo esto que has dicho,

muchacho. No sé si preocuparme porque Pyebra quiere invadirnos, si debo inquietarme porque han estado ocultando y entrenando magos… Por los dioses, odio a los magos…

—Gracias a un mago tu hijo está vivo —dijo Noah casi sin pensarlo, y ante la cara de sorpresa de los dos, continuó—. ¡Vamos! ¿Hasta cuándo piensan seguir fingiendo que no lo saben?

—Noah, ¿de qué hablas?

—Del ataque que sufrieron los muchachos días atrás. Saben que algo sucedió con el atacante de Josh, es solo que no quieren… solo creen que si lo ignoran, no volverá a suceder. Pero sucedió, vi que algo no estaba bien y hablé con ellos.

—No quiero saberlo —dijo Aníbal y se puso de pie.

—Él tampoco quiere que lo sepan; pero no sabe usarla, solo le ocurren cosas inexplicables y cuando quiere que se repitan, no suceden, no sabe cómo hacer para que puedan volver a suceder. Le dije que no lo reportaría, pero que debía dejar de intentarlo y jamás hablar del tema nuevamente.

Aníbal salió del establo sin decir una palabra.

Noah y su padre quedaron sentados, en completo silencio por largos minutos, hasta que fue Rob quien habló.

—Noah, hijo, lo que dijiste de Quentin, lo que sucedió en la posada… ¿Debería preocuparme? Siendo sincero, no sé qué pensar de todo lo que has dicho.

—Por los dioses, padre, ¿en serio me lo preguntas? —Noah suspiró largamente—. Solo te diré esto: Todo lo que he logrado en mi vida, todo lo que he logrado hacer bien, se los debo en gran parte a él y ¿sabes por qué? Porque él es el único que siempre se ha preocupado por mí. Sé que puedo quedarme días enteros en mi estudio sin volver a la casa, porque confío en que él va estar ahí, preocupándose por si me alimento, ayudándome cuando lo necesito, manteniendo la chimenea encendida en invierno o simplemente, acompañándome en silencio, viendo como trabajo. Él y nadie más. Ni siquiera mi madre se ha preocupado por si vuelvo a casa en las horas de la comida, incluso estoy seguro de que nunca en su vida ha pisado mi estudio y tú has ido solamente cuando me necesitas por algo. —Hizo una pausa para tranquilizarse—. Una persona que se preocupa por los demás de la forma en que lo hace Quentin, no tiene lugar en sus sentimientos para disfrutar de ver sufrir a los demás. Es demasiado bueno, demasiado noble… No vuelvas a dudar de él, jamás te dará motivos para que te decepciones.

—Disculpa, no quise… la verdad no sabía —dijo su padre,

avergonzado.

—Ni siquiera conoces a tus hijos —dijo Noah y dejó el establo apurado.

25

—¡El sol…! Cuanto lo extrañaba —suspiró Josh al salir de la enfermería. Mirka iba correteando y ladrando delante de él—. Ya necesitaba sentir el calor en la piel.

—Ni que hubieras estado un año encerrado —dijo Quentin.

—Pues veinte días, para un alma libre y salvaje, es demasiado tiempo. Tú contento, porque andabas de acá para allá. ¿Pero yo?

—Ya cállate ¿quieres? —Lo reprendió su amigo riendo—, como si hubiera estado tan bueno… hacer de loco despiadado, perseguir a un idiota, rescatar soldados machacados a golpes.

—A mí me hubiera gustado acompañarte…

—También me hubiera gustado que estuvieras ahí… te lo merecías… lástima que eres tan malo que te dejaste clavar como un alfiletero por dos flacuchos pyebranos.

Josh le dio un puñetazo en el brazo.

—Sí, lo sé, me lo merezco. —Quentin se tomó el brazo con una mueca.

Los muchachos siguieron caminando hacia la casa de Josh mientras reían y conversaban, con Mirka trotando delante de ellos.

—¡El caníbal! ¡A resguardo! —exclamó un soldado cuando pasaron por el cuartel de la fortaleza. Los que estaban junto a él rieron a carcajadas.

Josh miró a su amigo, como preguntándole a que se referían.

—¿No te ha contado el pequeño Quentin de su apetito por los norteños? —Le preguntó el oficial a Josh.

—Ya, Conrado, no es gracioso —dijo Quentin con el rostro enrojecido.

—¡Eric! Ven y cuéntale al señor Josh lo que sucedió esa noche.

El enorme Eric apareció en la puerta y se paró junto a Josh, que a duras penas le llegaba al hombro.

—Venga, señor, va a necesitar sentarse, es una larga y muy buena historia. —Eric lo rodeó con el brazo y lo llevó hacia dentro del

cuartel.

—Me largo —dijo Quentin, a quien no le gustaba presumir de lo que hacía. Le había contado a Josh lo que había sucedido pero no con todos los detalles, ya que la mayor parte de las veces era él el protagonista.

Siguió su camino mientras escuchaba a los soldados hablar todos a la vez, dejó las pertenencias de Josh en la cocina y como no sabía qué hacer, se dirigió al Palacio de Gobierno a ver a Noah, a quien encontró en su mesa de trabajo, etiquetando frascos con polvos de diversos colores y acomodando todo en un armario de muchos estantes.

—¿Novedades de Pyebra? —preguntó antes de sentarse en el suelo, ya que todas las sillas estaban cargadas de libros.

—Nada aún. El hombre que envié aún no regresa, temo que le ha sucedido algo.

—¿Ninguna carta, rumor ni nada de lo que sucede allá? —Insistió.

—No, parece que todo está tranquilo.

—Y sin embargo sabemos que no es así…

—Lo sabemos a medias. Ni siquiera tenemos una certeza de cómo están las cosas por allá. Almairon hablaba como si todo fuera un hecho, pero quizás recién hayan comenzado a hacer los primeros movimientos. Puede que incluso les tome años lograr algo. —Y agregó sonriendo—: Deberías dejar de preocuparte, y disfrutar de tus últimos días libres antes de ir al “encierro”, ya mañana comienzan las festividades por el aniversario de Sitnor, es una buena ocasión para distraerse —dijo y se encogió de hombros.

—Sí, puede que tengas razón…

—Eso sí, ten cuidado con beber mucha cerveza. Escuché lo que le dijiste a Eric...

Quentin bajó la cabeza, avergonzado, ya que pensó que su hermano no había oído.

—Está bien —dijo.

—Puede convertirse en un muy mal hábito en menos de lo que esperes. Hay hombres que pierden todo por culpa de la bebida y aún eres muy joven para darte cuenta… —Noah siguió por largo rato dándole un sermón sobre moralidad y sobre los efectos que las bebidas causaban a largo plazo en el cuerpo. Como hombre de ciencias que era, había tenido la oportunidad de investigar y aprender sobre muchas cosas, entre ellas, el cuerpo humano.

Quentin escuchaba y, como siempre, guardaba cada palabra en su memoria; todo lo que decía Noah era útil e importante para él.

26

A mediados del verano se festejaba el aniversario de Sitnor y la ciudad se llenaba de vecinos de toda la región que aprovechaban la semana que duraba la fiesta para realizar negocios, intercambios de mercancías, anunciar compromisos, empezar noviazgos y visitar a la familia.

El día en casa de Quentin comenzó muy temprano, incluso antes de que el sol saliera. Las mujeres debían preparar todo para el comienzo de la fiesta, por lo que andaban alborotadas y nerviosas, haciendo ruido en la cocina unas, y terminando de adornar la casa las otras.

La ciudad toda se vestía de fiesta, en las calles se colgaban guirnaldas, los árboles se decoraban con cintas y, en cada casa, las señoras ponían cortinas de colores. Los establos de la parte sur, ya limpios y vacíos, eran usados como alojamiento por los visitantes durante el tiempo que permanecieran en la ciudad.

Llegaban caravanas de toda clase; de vendedores de telas, perfumes y especias de otras tierras, de espectáculos de marionetas para los más chicos y de teatro para los mayores, de juegos e incluso solía llegar desde hacía unos años una espectacular caravana que traía toda clase de objetos extraños y poco útiles para los sitnorenses, pero que, según los vendedores, se utilizaban en otras lejanas tierras. Eran objetos muy caros, aunque muy llamativos. Había carretas donde se podía comer y de Morrau llegaba una caravana cargada de toneles con sus mejores vinos frutados y especiados.

Era tiempo de encuentros y reencuentros. Las señoritas esperaban esta ocasión para vestir sus mejores prendas en los paseos vespertinos por la feria y los caballeros buscaban a toda costa llamar la atención de las jóvenes damas luciéndose en los juegos de puntería, destreza e ingenio que ofrecían los feriantes. Todos en esa zona habían empezado su noviazgo en la feria del aniversario de Sitnor. Incluso el mismísimo Gobernador había cortejado a la Dama Ema durante estas fiestas y ambos lo recordaban riendo aún después de todos los años que habían

pasado.

Quentin, al igual que los demás hombres de la casa, fueron levantados, alimentados, y sacados de la casa apenas salió el sol.

—Vayan a hacer algo útil allá afuera —dijo la nana con el ceño fruncido ni bien terminaron de desayunar, y los sacó de la cocina por la puerta de atrás.

Sabían que era inútil resistirse, por lo que se quedaron en el patio general, conversando con los soldados de guardia hasta que aparecieron Josh y su padre.

Noah, como de costumbre, fue a encerrarse a su estudio; los mayores, al no tener qué hacer, se fueron a la taberna a jugar cartas, lo que hacían todos los hombres de Sitnor cuando las mujeres se apoderaban de las casas. Durante esa semana, nadie trabajaba, a excepción de los taberneros.

Quentin y Josh buscaron sus caballos y se fueron a recorrer la ciudad, mientras se llevaban a cabo los preparativos para la apertura de la celebración que, se esperaba, sería por la tarde.

Las carretas ya habían empezado a tomar sus lugares alrededor de la Plaza de la Fuente, que era la zona que ocupaban cada año. Los muchachos pasaron largo rato recostados en el césped del hermoso jardín de la plaza, viendo como montaban los escenarios y preparaban los juegos. Con el paso de las horas, todos fueron terminando de acomodarse. Las carretas que elaboraban las comidas típicas de cada rincón del continente, ubicadas en la calle este de la plaza, ya tenían todo listo y no pasó mucho hasta que comenzaron a encender sus fuegos y a cocinar.

Como era costumbre, la población masculina de Sitnor empezó a acercarse, atraídos por los dedos invisibles de los apetitosos aromas que inundaban el aire de a poco. Y, como también era costumbre, los festejos iniciaron antes de lo previsto. Al ver que la gente se acercaba a las carretas de comida, los músicos organizaron sus instrumentos y lanzaron los primeros acordes, a los que se sumaron otros poco después. Las botas de vino comenzaron a correr de mano en mano antes de que notaran de dónde habían salido.

En cuestión de horas, se había juntado toda la concurrencia en torno a la plaza; el Gobernador no tuvo más opción que subir al escenario y dar por inaugurada la celebración, entre aplausos y exclamaciones de alegría.

Las señoras finalmente salieron de sus casas para ir a acompañar a sus hombres, cargadas con las canastas de comida que habían estado preparando desde hacía días.

A media tarde, siguiendo la tradición, las parejas más ancianas de la ciudad comenzaron a bailar alrededor de la fuente. A ellos se fueron sumando más y más bailarines y, al poco rato, ya no había nadie que se estuviera quieto. Los más jóvenes eran los únicos que se quedaban mirando. Las muchachitas esperaban ansiosas que alguno de los jóvenes las invite a bailar, aunque las más atrevidas iban a invitarlos ellas mismas.

Cerca del atardecer, Noah salió del Palacio de Gobierno y fue en busca de su hermano, al que encontró junto a Josh, sentados en la parte trasera de la carreta de su padre.

—¡Noah! Al fin saliste de la cueva —saludó Josh.

—Lo mismo digo. Se te ve pálido.

—Fueron muchos días sin sol…

—Igual no ha perdido la costumbre de quejarse —dijo Quentin.

—Cállate, caníbal. —rio Josh, lo que le valió un puñetazo en el hombro.

—Así que ya te has enterado —dijo Noah al sentarse junto a Josh.

—Sí, los guardias me lo contaron ayer cuando salí de la enfermería.

—Seguro exageraron la mitad de las cosas —dijo Quentin.

—A ver… ¿Hicieron que algo estalle?

—Sí —respondieron los hermanos a coro.

—¿Amenazaron a Almairon?

—Sí. —De nuevo a coro, y Quentin agregó—. Varias veces.

—¿Q, le pasaste el cuchillo por el rostro, diciendo que querías sacarle un ojo…

—Sí.

—¿… Y luego querías sacarle las uñas…?

—Sí.

—¿Y después de eso lo trataste de comida? ¿Cómo si te lo fueras a comer?

—Sí.

—¿Qué clase de amigo tengo? —preguntó fingiendo espanto y apartándose de Quentin. Los hermanos rieron y siguieron bromeando por un buen rato, pero Noah parecía distraído, mirando de aquí para allá, cada pocos minutos.

—¿Estás bien? —Quiso saber Quentin cuando Josh se fue a comprar algo para comer.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Te veo distraído… como buscando algo… o a alguien… ¿A quién buscas?

El rostro de Noah cambió ligeramente de color.

—Na... nadie, no busco a nadie —dijo, agachó la cabeza y se miró las manos. El cabello le ocultaba el rostro.

—Ohhh —dijo Quentin sonriendo—, parece que mi hermano se puso nervioso…

—Calla. Lo tornas peor.

—Ya, ya. ¿Cómo puedo ayudarte? —dijo retomando la seriedad.

Noah se tomó unos momentos para responder.

—¿Has... has visto a la señorita Enara? —Habló casi en un susurro.

—Sí, iba del brazo de un joven —dijo Quentin—, la vi hace ya un largo rato.

Noah se puso de pie de un salto y agregó con una triste sonrisa:

—Iré por un trago.

—¿Hablas en serio? ¿Después de todo el sermón de ayer?

—Soy un adulto responsable, y tú un niño. El sermón era para ti, no para mí.

—¡Noah! ¿Qué sucede? Tú nunca me hablas de esa forma —dijo el menor de los hermanos, ofendido.

—La señorita Enara me sucede. ¿Respondí a tú pregunta? Ahora deja que vaya a embrutecerme con un poco de cerveza.

—No sabía. No quise… ¡Noah, espera! —Quentin corrió detrás de su hermano, pero este se dio vuelta y lo miró de una forma que no admitía una palabra más. Luego, simplemente, se perdió entre la gente. Quentin regresó a sentarse a la carreta, a esperar a Josh. Tenía que encontrar la forma de evitar que Noah se agarre la borrachera de su vida.

Al poco rato apareció Josh rengueando con una brocheta de carne de cerdo en una mano y un bollo de pan tesariano que se veía muy delicioso en la otra.

—Necesito que me ayudes en algo —dijo apresurado.

—Ya, Q, ¿recién salgo de la enfermería y ya quieres ponerme en movimiento?

—Tenemos que evitar que Noah se emborrache.

Josh rio.

—¿No es ese el propósito de las fiestas? Déjalo en paz, recuerda que tú eres el hermano menor.

—No entiendes… —Quentin se tomó la cabeza con ambas manos—. Parece que Noah está interesado en la señorita Enara… creo que tenía pensado cortejarla durante la fiesta. Me preguntó si la había visto y le dije que iba del brazo de un joven.

—Es su hermano —dijo Josh con la boca llena—. Su familia vino por los festejos, se están alojando en mi casa.

—Sabía que no eras tan inútil. —Quentin rio y Josh lo golpeó—. Me lo he ganado, sí… Ven, vamos a buscar a Noah, anda.

—Que pereza, Q… Deja que termine de comer al menos.

—Come en el camino —respondió tirando de su brazo.

Cuando al fin logró convencerlo, comenzaron a buscarlo por todos lados, preguntaron aquí y allá, hasta que alguien les dijo que lo habían visto en la taberna.

Hacia allí fueron y lo encontraron afirmado en una mesa, con un enorme jarro de cerveza en una mano y su cara en la otra.

—Noah… —dijo Quentin en voz baja.

—Te dije que me dejes en paz —respondió arrastrando las palabras, sin mirarlo.

—Es su hermano, Noah, puedes estar tranquilo —dijo Josh aun masticando—. Su familia vino desde su pueblo, en la costa. Son nuestros huéspedes. Este idiota vio a Enara con su hermano.

Quentin se quejó, pero ninguno le hizo caso. Josh tomó a Noah del brazo y lo levantó de la silla de un solo tirón, como si se tratara de un muñeco de tela. Quentin dejó unas monedas y se marcharon.

—¿En serio lo dices? —Noah sonreía, mientras se colgaba de los hombros de los muchachos.

—Por supuesto. —Josh se llevó a la boca el último trozo de pan—. No te dejaría hacer el ridículo mintiéndote en algo tan serio e importante, Noah.

—Que sutil eres —dijo Quentin disgustado.

—Está borracho. —Josh se encogió de hombros—. Vaya a saber si sabe de qué estoy hablando.

—Acompáñenme a mi estudio, necesito deshacerme de esta borrachera antes de dar un espectáculo aún más penoso —dijo en un breve momento de lucidez, arrastrando las palabras.

—¿Qué has tomado? Hace apenas media hora que me dejaste.

—¡Ghona! —gritó Noah. Luego rio mirando a su hermano—. ¿Recuerdas?

Quentin no podía creerlo. El sermón del día anterior también incluyó una lección de bebidas y sus efectos. Según Noah, el ghona era la peor de todas las bebidas alcohólicas inventadas. Y, sin embargo, ahora iba acarreando a su hermano emborrachado con ghona. Josh reía a carcajadas de las incoherencias que Noah decía y Quentin maldecía por lo bajo, mientras iban caminando por una de las calles laterales, para evitar que vean a Noah en ese estado, y, también, para tratar de llegar más rápido.

—Josh, he visto a uno de los hombres de Almairon —dijo Quentin

en voz baja, alarmado, luego de unos momentos.

—¿Estás seguro? ¿No habían dejado la ciudad?

—Eso dijeron los guardias de la puerta, pero pueden haber regresado después en alguna de las caravanas. ¡Apresurémonos!

Noah seguía diciendo incoherencias, pero Josh ya no reía. Debían llegar al Palacio con urgencia para que Noah pudiera recuperarse.

—¿Qué debo darte? —preguntó Quentin una vez que estuvieron dentro.

—En mi bolso, busca un saco de cuero no muy grande. —Noah se tomaba la cabeza mientras arrastraba las palabras.

Quentin buscó y rebuscó hasta que dio con lo que necesitaba. Le dio una de las semillas a Noah y él se la llevó a la boca de inmediato.

—¿Recuerdas cómo llegar a tu casa desde aquí? —preguntó Quentin a su amigo.

—El borracho es él —dijo señalando a Noah.

—Por los pasillos… —respondió frunciendo el ceño.

—No, no tengo idea.

—Iré yo entonces. Cuida a Noah y espérenme aquí, avisaré a Eric y a los que encuentre, aunque no sé si tendré suerte de hallarlos conscientes.

Quentin corrió entre los libros desparramados hasta la segunda habitación y abrió la puerta que llevaba abajo.

—Cierra con llave. —Le dijo a Josh antes de bajar.

Quentin encendió una antorcha y corrió con toda la velocidad que se lo permitían las circunstancias, tratando de no apagar el fuego.

Terminó el trayecto en el despacho de su padre, por lo que salió de ahí de inmediato y recorrió la casa vacía, buscándolo. Al no encontrarlo, decidió ir directo al cuartel.

Allí halló a un par de soldados que lo recibieron alegremente, pero cambiaron sus expresiones al ver la palidez de su rostro.

—¿Qué sucede, joven?

—¿Eric?

—Está libre hoy, joven.

—¿Conrado también? —preguntó con la voz entrecortada.

—No, está en la caseta.

Quentin salió corriendo, con dos de los oficiales por detrás.

—¡Conrado! — gritó Quentin antes de llegar.

El oficial salió de la caseta y lo miró preocupado.

—¿Qué sucede, señor?

—He visto a uno de los hombres de Almairon —dijo con la voz agitada.

—Esos malditos.

—Busca… busca quien te acompañe, busca a Eric y los que estuvieron esa noche. Vístanse con sus ropas para no llamar la atención. No le avisen a mi padre ni al Gobernador, lo haremos nosotros.

—Por supuesto, señor.

—Si te cruzas con alguno de ellos, y los dioses quieran que no lo hagas, me culpas a mí. Dile… no sé, dile cualquier cosa. Debo buscar mis armas y las de Josh.

—Yo estuve esa noche, señor —dijo uno de los soldados que lo habían seguido.

—Ve a vestirte entonces —dijo mirándolo—. Nos encontraremos allí. Josh y yo seremos la carnada. Les daremos unos minutos antes de salir del Palacio de Gobierno, estén atentos. Traten de encontrar al resto de los hombres que estaban con ustedes. Recuerden que Noah también corre peligro, pero trataremos de no separarnos de él.

—A la orden, señor.

Quentin corrió a la armería y se detuvo unos momentos. Necesitaba serenarse. Parecía que en su cabeza, sus pensamientos, sus ideas, todo en su interior estaba tan alborotado que estaba empezando a marearse. Su sangre cosquilleaba en el interior de sus venas y, como le sucedió las veces anteriores, parecía que sus sentidos eran más agudos que de costumbre. Veía los colores más brillantes y era capaz de escuchar las voces de los soldados en el cuarto de guardias, a muchos metros de donde él se encontraba. Se tomó unos minutos, luego buscó dos espadas cortas y dos cuchillos. Regresó corriendo a su casa, subió las escaleras apresuradamente hasta el despacho y bajó a los pasillos otra vez.

—¿Todo bien por acá? —preguntó Quentin una vez que llegó al estudio y hubo cerrado la puerta.

—Gracias, hermano.

—Tú hubieras hecho lo mismo —contestó sonriendo a medias—. Ya he avisado a los hombres que estuvieron con nosotros esa noche —agregó mientras le daba las armas a Josh.

—¿Quedaba alguno consciente? —preguntó Noah.

—Conrado y uno más que no sé el nombre. Eric estaba libre hoy.

—No bebe —dijo Josh—, así que podremos encontrarlo en condiciones.

—Qué alivio —suspiró Noah.

—¿Estás seguro? Por las dudas llevemos de esas semillas. —Quentin guardó la bolsa en uno de sus bolsillos—. Me sentiría más tranquilo si

te quedas aquí. Está bien si quieres ir, pero...

—Estaré bien, he estado trabajando en algo —dijo Noah con inusitada confianza, y palmeó uno de sus bolsillos.

—¿Listos entonces? —preguntó Quentin.

Al saber que contaría con Josh esta vez, sintió que todo su nerviosismo anterior se transformaba en una extraña calma que le recordó a Onix, su gato negro, a la hora de cazar. Se quedaba muy quieto, calculando, observando a su presa sin que ninguno de los músculos de su cuerpo hiciera el más mínimo de los movimientos. Y cuando menos uno lo esperaba, saltaba con impresionante velocidad y precisión, para reclamar su botín. Sí, Quentin se sentía como Onix.

27

El sonido de la celebración les llegó a los oídos ni bien abrieron las grandes puertas talladas del Palacio de Gobierno. El cielo estaba ya oscuro y había faroles encendidos en todas las calles. La gente en la fiesta reía y bromeaba y aún había parejas bailando, las carretas al este de la plaza seguían preparando sus llamativas y apetitosas comidas y las muchachas se arremolinaban cerca de las carretas donde los jóvenes jugaban en los desafíos de destreza.

Josh y los hermanos Guna, se dirigieron hacia allí y varias señoritas comenzaron a codearse y a susurrar entre risas nerviosas. Los tres eran altos y apuestos, aunque muy diferentes. Noah era delgado y de rasgos delicados; Quentin y Josh eran robustos y de la misma altura, pero Quentin tenía el cabello oscuro y unos llamativos ojos verdes; el cabello de Josh se asemejaba al color de las hojas de los árboles en otoño y veía el mundo a través de sus ojos celeste oscuro. Era muy normal que causaran alguna reacción en las féminas más jóvenes pero, durante las celebraciones de Sitnor, todos, incluyendo a las damas, se volvían más osados.

—¡Hola, hermanos! —exclamó una niña de repente, saltando frente a ellos.

—Demonios, Ara —dijo Quentin, sobresaltado. Su joven hermana reía divertida, ya que siempre lograba asustarlo.

—¿Vienen a probar suerte?

—Venimos a patear traseros. —Josh sonrió confiado, antes de dirigirse a donde estaba el vendedor de los boletos para los juegos.

A los pocos minutos, Josh regresó con los billetes, y los repartió entre Quentin y Noah.

Era un juego de puntería, pero tuvieron que esperar unos minutos hasta que fue su turno. Primero pasó Josh, y las muchachas aplaudían y festejaban cada vez que él acertaba en el blanco; Ara ya no parecía divertirse. Noah la rodeó con su brazo y le susurró algo al oído. La niña miró hacia atrás, donde se encontraban las señoritas que

alentaban a Josh, y sonrió. Como Josh completó el desafío sin errores, le dieron de premio una canasta con pequeñas flores rosadas que le entregó a Ara, no sin antes pedir la aprobación de sus dos hermanos.

Luego fue Quentin, que falló el primer tiro. Dos de las muchachas lo alentaban fervorosamente mientras Josh se burlaba de él. Miró alrededor y vio que el soldado del que no recordaba el nombre pasaba en esos momentos a pocos metros de ellos. Ya más tranquilo, afinó la puntería y acertó los dos tiros siguientes. Un coro de muchachitas aplaudió y gritó su nombre mientras él regresaba, mirándose los pies, hacia donde estaban los demás.

—Tu turno. —Le dijo a su hermano, con el rostro enrojecido.

Noah se acercó a la marca y, entre aplausos y exclamaciones, acertó los tres tiros. Regresaba sonriendo junto a los demás, con otra canasta de flores en las manos, cuando alcanza a ver que un hombre tapaba la boca de su hermana y la arrastraba hacia atrás, para perderse entre la multitud.

—¡Abajo! —gritó, dejó caer la canasta y se llevó la mano al bolsillo.

Quentin y Josh se agacharon, mientras daban media vuelta y desenfundaban sus espadas. Todos a su alrededor gritaron y corrieron espantados, ya que no se permitían armas durante las fiestas. Noah arrojó un dardo que se clavó en el cuello del hombre que se llevaba a Ara. El sujeto dejó ir a la niña, que corrió llorando desesperada. Josh se acercó a ella y la abrazó.

—¿Estás herida? No llores por favor, todo está bien. Todo estará bien —susurró mientras pasaba una de sus temblorosas manos por su rubia cabellera.

El sujeto se quitó el dardo y corrió entre la gente, perdiéndose por una calle lateral.

—¡Vayan tras él! —dijo Noah cuando los alcanzó y se hizo cargo de su pequeña hermana.

Un grupo de soldados uniformados se presentó junto a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó levantando la voz.

—Llévenla con mi padre, díganle que Almairon está aquí, pero que no se alarme, ya tenemos todo bajo control —susurró Noah.

—Como ordene, señor —dijo tomando a Ara, que aún sollozaba, de la mano—. Que continúen los festejos.

Noah se detuvo por unos instantes a recoger el dardo y corrió en la misma dirección en que había visto ir a Josh y su hermano. Las calles alrededor de la plaza estaban desiertas y solo se oía el lejano alboroto de la fiesta. De repente notó que una puerta se abría a su derecha y se detuvo sin sangre en las venas, ya que no se sentía capaz de

defenderse por sí solo. Un hombre de gran tamaño salió por la puerta riendo, abrazando por la cintura a dos mujeres con los vestidos algo alborotados.

—Eric —dijo Noah aliviado, no se había dado cuenta de que era la casa del soldado.

—Señor Noah —dijo asombrado. Luego, al ver el estado de nerviosismo en que se encontraba, se despidió de sus risueñas acompañantes—. ¿Qué sucede?

—Almairon está aquí —dijo Noah con voz entrecortada.

—Buscaré mis armas, venga conmigo. No quiero que le suceda nada. —Eric regresó al interior de su casa y tomó las armas que tenía colgadas junto a la puerta—. ¿Hacia dónde vamos?

Mientras Eric pasaba los brazos entre las correas y comenzaban a caminar, Noah le contó lo que había sucedido.

—Le reventaré el cráneo a ese maldito —dijo una vez que Noah terminó.

—Primero tenemos que encontrar a mi hermano y a Josh. No sé si fueron solos, en el alboroto, no vi si alguien más fue con ellos.

Continuaron caminando en completo silencio, para evitar ser oídos y tener alguna oportunidad de sorprenderlos, si era posible. A tres calles de la plaza, oyeron la estridente risa de Quentin. Ambos se detuvieron para escuchar mejor, tratando de identificar de donde venía el sonido. Caminaron hasta la esquina y se asomaron entre los arbustos. Podían ver con claridad a tres hombres de espaldas y a Quentin y a Josh de cara a ellos. Para su alivio, aún nadie tenía las armas en las manos.

—No podría ser mejor —susurró Eric con una sonrisa en su rostro —. Iremos en silencio hacia ellos. Quédese a mi lado, no conviene que regrese, ni que se quede aquí. Solo... manténgase lejos de las espadas una vez que todo empiece.

Ambos avanzaron con cautela, viendo en donde ponían cada pie. Los muchachos los vieron acercarse, pero actuaron como si aún estuvieran solos. Caminaron unas cuantas decenas de metros y, cuando estaban a una distancia prudente, se detuvieron.

Almairon estaba entre dos de sus hombres, haciendo gala de una valentía que no poseía y Noah lo oyó al final de su discurso.

—Entreguen sus armas y nada malo les sucederá, seré compasivo con ustedes.

—Tú nos debes un ojo y dos degollados. Si las cuentas no me fallan, ya tengo a los candidatos perfectos para saciar la sed de sangre de mi pequeña. —Mientras Quentin hablaba, sacó su espada y pasó el dedo,

con lentitud, por el filo de su arma—. Además, no te veo muy capaz de cumplir tus promesas, vejete, la última vez que nos cruzamos no estabas tan… cómodo. —Quentin se dio un golpe en el muslo—. Que poco cortés de mi parte, creo que no los he presentado. Él es mi amigo Josh, aunque ya te hablé de él en nuestro encuentro anterior.

—¿También es un maldito demente como tú? —preguntó con cierto tono de burla.

—No tanto… a mí solo me gusta el sonido que hacen los huesos al quebrarse. No interesa si lo hago yo o si lo hace alguien más —dijo Josh.

—Con gusto lo haré yo, mi señor —dijo Eric mostrando una enorme sonrisa.

Almairon y sus hombres giraron sobre sus talones al oír una voz grave a sus espaldas y buscaron sus armas. Por las expresiones de sus rostros, Noah se dio cuenta del efecto que les había ocasionado la aparición de Eric.

—Creo que ahora la ventaja es nuestra. La diferencia es que nosotros somos, en tus propias palabras, unos malditos dementes y ustedes solo son “compasivos” —dijo Quentin burlándose de Almairon —. ¿Cómo quedan las cosas ahora?

El rostro de Almairon había palidecido, se notaba aún a la escasa luz de los faroles que alumbraban las calles.

—Sus padres no permitirán que me hagan daño —tartamudeó—. Sé que armaron algún alboroto en la fiesta, pronto vendrán refuerzos y no los dejarán hacerme daño.

—¿Quién dice? —preguntó Josh—. ¿Por qué crees que nos han enviado a nosotros a buscarlos? Si los quisieran vivos, hubieran mandado a sus soldados a arrestarlos, así de simple. En cambio, tienes a este pequeño escuadrón de dementes dándote caza.

—El punto es, mi estimado señor, que nuestros padres prefieren que nosotros nos encarguemos de la basura que llega a Sitnor. No importa cómo lo hagamos y saben que tenemos métodos… un tanto extravagantes, por llamarlo de alguna forma.

—Solo imagina que ya están enterados que quisiste dañar a mi pequeña hermana —dijo Noah.

—No íbamos a dañar a la niña, ¿por quiénes nos toman? —preguntó, alarmado, uno de los hombres.

—¿Vieron, acaso, el terror de sus ojos? —preguntó Quentin acercándose.

—¿Oyeron su llanto? —Agregó Josh y desenvainó su espada. —Va a ser la primera y última vez que hagan llorar a Ara.

—¡Quentin! —exclamó Noah.

Dos hombres de Almairon se acercaban por detrás de los muchachos. Eric no esperó demasiado, desenfundó una de sus espadas y se lanzó en contra de Almairon, para forzar a sus hombres a defenderlo. Los muchachos se dieron vuelta y fueron al encuentro de los que se acercaban, en ese momento, corriendo.

Noah vio que Almairon intentaba escapar, por lo que le arrojó un dardo que se clavó en una de sus piernas.

—¿Con esto quieres detenerme, maldito cobarde? —Le gritó arrancándolo de un tirón.

—Solo espera. —Noah sonrió.

Almairon dio unos pasos más y cayó de cara al suelo.

—¿Qué demonios…? —El falso comerciante intentó incorporarse, pero su pierna, simplemente, no respondía; estaba paralizada. Noah había logrado dar, por error, con una poción que causaba adormecimiento cuando entraba en contacto con la sangre. Para estar seguro de que funcionaba, la había probado él mismo en varias ocasiones. Esta vez, tuvo el tiempo suficiente de untar la punta del dardo con ese líquido, para poder inmovilizar a Almairon.

—Ahora, esperaremos a que tus hombres mueran, así luego se encargan de ti. —Noah se acercó unos pasos a él.

—¿Qué pasa contigo? ¿Te faltan huevos?

—No me gusta ensuciarme con sangre. A Quentin se le da mejor.

Noah no estaba seguro de cuánto tiempo podría durar el efecto del dardo, por lo que solo podía intentar retener a Almairon lo suficiente para que alguno de los demás pueda hacerse cargo de él.

—Eres aún más cobarde que yo. ¿Sabías, estorbo? Qué triste que tu hermanito tenga que cuidarte.

—Al menos no tengo que pagarle a alguien para que lo haga. —Noah se encogió de hombros y trató de mantener la calma, lo que era difícil con el ruido del acero chocando una y otra vez.

A Quentin se lo veía con alguna ventaja, su contrincante ya estaba herido y pudo distinguir algunas manchas de sangre en su camisa. Eric parecía más decidido a entretenerse que a matarlos, estaba seguro de que podría haber acabado ya con al menos uno de sus rivales, pero se estaba divirtiendo, luchando incluso con una sola espada. Josh era el que peor lo llevaba, estaba comenzando a renguear mucho más, apoyaba todo su peso en su pierna izquierda y una herida en su brazo sangraba. Necesitaría ayuda pronto.

—Eric, arrójame una de tus espadas —dijo levantando la voz—. Parece que tienes una de sobra.

El oficial lo miró y Noah le hizo una seña casi imperceptible, para que vea a Josh. Eric lo notó y arrojó al suelo a uno de sus rivales de un certero codazo en la nariz; luego, se llevó la mano a la espalda para alcanzar su segunda espada.

—Admítelo —dijo Noah mirando a Almairon—, es un gran espectáculo verlo luchar.

—Espectáculo mis pelotas. —Le respondió con brusquedad e intentó, en vano, ponerse de pie.

Eric cruzó sus dos espadas en el cuello del hombre que tenía frente a él y le rebanó la garganta. Limpió el filo de una de sus armas en la camisa del recién caído y se la arrojó a Noah.

Si bien no entrenaba desde hacía años, el muchacho sabía cómo utilizar un arma. Lo cierto era que no era muy bueno y por eso había desistido de hacerlo; sin embargo, en ese momento no estaba en un entrenamiento y, si las cosas se complicaban con Almairon, debería intentar hacerse cargo de la situación.

Almairon trataba cada poco tiempo levantarse, sin resultado, mientras Noah permanecía a su lado, con la espada en la mano, observando todo. Eric corrió en ayuda de Josh, mientras el otro sujeto seguía inconsciente por el golpe que había recibido. El rival de Josh no fue capaz de defenderse de los ataques combinados y cayó al poco tiempo.

—Ya siento mi pierna, pequeñín… será mejor que te prepares, porque te voy a rebanar en mil pedazos.

Noah no lo escuchó, estaba viendo que Josh caía al suelo, con las manos en su costado. Eric se arrodilló junto a él. Una última estocada lo había alcanzado. Quentin se distrajo al ver a Josh caer y casi le cuesta la vida, pero pudo bloquear con rapidez el sablazo que iba a su cuello. Luego, sacó de su cintura un cuchillo y lo enterró en el abdomen de su oponente. También él corrió junto a Josh.

Un destello a su derecha lo distrajo y, con rapidez, giró la cabeza para ver que Almairon al fin se había puesto de pie e iba por él con la espada en la mano. Noah bloqueó el primer golpe y retrocedió unos pasos por el impacto. La espada ondulada de Eric era pesada, pero pensó que podía ser una ventaja si era un combate corto. Se decidió a tratar de evitar ser herido, aunque le faltaba velocidad para rechazar todos los golpes. Sintió el ardor del filo del arma enemiga en su cuerpo una vez, otra vez y una vez más. Ya no podía ver que sucedía a su alrededor y no tenía en sus pensamientos nada más que la espada de Almairon. Luego de unos momentos notó que él hacía siempre los mismos tres movimientos. Esta vez podía servirle de algo su obsesión

por los detalles.

Sus brazos estaban empezando a sentir cansancio por el peso del arma, la falta de entrenamiento y los constantes golpes. Tenía que hacer algo urgente y, en ese momento, vio que Almairon tropezó con una piedra y trastabilló. Noah aprovechó el descuido de Almairon y se lanzó contra él. Intentó recordar la forma en que entrenaban los soldados en la fortaleza, pero estaba seguro de que no podría hacer nada parecido; aun así, lo atacó. Su primer golpe dio de lleno en su brazo izquierdo, ocasionándole un gran corte. Atacó dos veces más sin causar ningún daño de consideración y, al tercero, Almairon lo bloqueó y golpeó a Noah en la mandíbula con la empuñadura de su arma.

Aturdido, intentó mantenerse en pie, pero todo giraba a su alrededor. Le pareció oír su nombre a lo lejos, seguro alguno de los tres vendría en su ayuda. Hizo un esfuerzo por recobrarse y levantó la espada con toda la fuerza y la velocidad que fue capaz, pero ya no sabía que estaba sucediendo a su alrededor.

28

Josh estaba en el suelo, doblado de dolor, murmuraba algo que Quentin no alcanzaba a oír y ya no podía ponerse en pie. A su lado se encontraba el enorme oficial, con las manos llenas de sangre, tratando de ayudarlo. Quentin sacó el cuchillo que llevaba en la cintura y lo enterró en el estómago de su rival, gritando de rabia. Su amigo estaba herido otra vez.

«Maldito Almairon, malditos pyebranos» pensó.

Sintió la sangre caliente bañar su mano y el asco lo inundó. Trató de pensar en otra cosa para no desfallecer en ese momento en que más lo necesitaban. No se molestó en recuperar el cuchillo, no le interesaba, por lo que soltó la empuñadura y corrió a donde estaba su amigo caído.

—Josh, háblame —dijo con la voz entrecortada y se arrodilló junto a él.

—Estoy bien, Q, es solo que… creo que… se me ha abierto una herida.

Josh apartó las manos que cubrían la lesión y Quentin le levantó la camisa.

—Tu herida anterior está bien, la que sangra es una nueva, te han herido otra vez.

Quentin se arrancó una manga de la camisa para cubrir la herida y mantenerla presionada.

—Me debes dos camisas —dijo en un intento de distraer a su amigo. Josh solo esbozó una pequeña sonrisa y sus ojos se cerraron.

Quentin recostó a Josh en el suelo y le indicó a Eric que mantenga presionada su herida. Tomó su espada y se puso de pie para ver dónde se encontraba su hermano. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo al verlo enfrentándose a Almairon.

—Noah —dijo en un susurro, sin entender la situación. Noah de repente comenzó a atacarlo. El primer sablazo hirió a Almairon, pero los siguientes no lo tocaron.

Almairon se defendió y golpeó a Noah, que quedó petrificado por unos momentos.

—¡Noah! —gritó y se lanzó a correr hacia él.

Vio que su hermano abanicaba la espada de Eric y alcanzaba a herir a Almairon en el rostro. El comerciante retrocedió unos pasos, arrojó la espada al suelo y puso sus dos manos sobre la herida. Noah quedó parado frente a él, con la espada en su mano, mirándolo sin moverse.

Cuando Quentin llegó, Noah giró la cabeza hacia él, con la vista extraviada. Se tambaleaba, levemente, de un lado al otro. Su hermano lo rodeó con los brazos y Noah se dejó caer.

Almairon gritaba de dolor y maldecía, arrodillado en el suelo. Quentin trató de hablar con Noah, pero este no respondió, por lo que lo dejó sentado en la empedrada calle y caminó hacia donde se encontraba Almairon.

—Cierra la boca, maldito —dijo y comenzó a buscar en sus bolsillos una cuerda. Al encontrarla, tomó las manos de su prisionero y las llevó hacia su espalda, para sujetarlas. Almairon seguía gritando e insultando.

—Los voy a matar a todos, uno a uno, caerán como moscas. Convertiré Sitnor en un infierno de fuego y cenizas.

Noah se puso de pie y se acercó a ellos. Quentin lo miró extrañado.

—Noah, ¿estás bien? —Le preguntó mientras apretaba la cuerda alrededor de las muñecas de Almairon.

El mayor de los hermanos pateó el rostro de Almairon y este cayó de costado, inconsciente.

—Te dijeron que cierres la puta boca —dijo Noah.

—¿Están bien, señores? —Eric los había alcanzado.

—Sí. —Noah se quitó el cabello del rostro y aún actuaba de forma extraña.

—¿Has dejado a Josh solo? —preguntó Quentin alarmado. Se puso de pie y miró hacia donde lo había dejado.

—No, señor, lo he llevado a mi casa. Mi hermana lo cuidará hasta que regresemos por él.

—Esto es un maldito desastre. —Quentin se tomó la cabeza con ambas manos y caminó de un lado al otro. Luego agregó—: Eric, ve a buscar a mi padre, por favor. Intenta aparentar que todo está bien. Sonríe, festeja… lo que sea pero, por favor, apresúrate.

Eric asintió y se echó a correr hacia la fiesta. Quentin miró al cielo y respiró profundo. No podía comprender cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo. Hasta hacía unos días atrás, lo único que le había preocupado era librarse de la escolta para poder vagar por

Sitnor a sus anchas. Pero esos hombres de Pyebra se habían llevado las vidas de dos de sus escoltas y el tercero estaba luchando por mantenerse vivo. Quentin maldijo en silencio y apretó los puños. Había tenido que matar para no morir, pero eso no le molestaba tanto como había imaginado que lo haría, lo había hecho para no terminar él mismo dos metros bajo tierra. Y como si fuera poco, había utilizado sus poderes frente a Josh.

«Qué demonios, volvería a usarlos, si eso significa no perderlo. Lo haría por él y por mis hermanos, aunque todo Sitnor me viera hacerlo» pensó.

Quentin miró al cielo y encontrar a su pequeña estrella asomando detrás de una nube lo hizo sonreír unos breves instantes.

—¿Has visto? —Noah miraba los cuerpos diseminados en la calle—. Ya saldamos la deuda… tenemos dos muertos y un ojo.

—Ven, siéntate por aquí. —Quentin guio a su hermano a un banco de madera que había fuera de una casa.

29

Eric corrió hasta unos metros antes de llegar a la plaza. Se detuvo y respiró profundamente varias veces para recomponerse; al mirar sus manos vio que estaban llenas de sangre, por lo que se acercó a un bebedero y se enjuagó los brazos. Se secó en su ropa mientras seguía caminando hasta el centro de la plaza, desde donde podría buscar al señor Rob. Lo encontró junto al señor Aníbal, ambos con expresión seria, disimulando mal su preocupación si alguien se les acercaba. Caminó hacia ellos sin perder tiempo.

Un grupo de risueñas señoritas intentó llamar su atención, pero él sonrió y siguió su camino.

—Señores, todo ha salido bien —dijo al llegar a ellos. Los dos relajaron los hombros, y respiraron aliviados—. Vengan conmigo, por favor.

El pequeño grupo dejó la celebración lo más discretamente posible.

—En realidad, y en palabras del señor Quentin, es un maldito desastre —dijo ni bien se alejaron del gentío—, pero los señores están bien, dentro de todo, y Almairon ha sido capturado vivo. Herido, pero vivo.

—¿Quién lo hirió? —Quiso saber el Gobernador.

—Noah.

—¿Noah? —preguntaron a coro.

—El señor Noah, disculpen. —Eric bajó la cabeza.

—No es eso, oficial, pero Noah ni siquiera sabe tener una espada entre sus manos —dijo el asombrado padre.

—Se sorprendería, señor. Es muy capaz, solo está un poco oxidado.

—¿Qué ha sucedido? ¿Los muchachos cómo están? —preguntó el Gobernador.

—El señor Josh, ha sido otra vez herido —dijo Eric y el Gobernador asintió. Luego agregó—: Y no lo culpo, no estaba listo, aún no ha terminado de sanar por completo. Fue muy arriesgado de su parte involucrarse. Ha tenido suerte de que solo haya recibido un corte en el abdomen, lo he llevado a mi casa para que mi hermana lo atienda.

Asumiré las consecuencias que crean convenientes por sus heridas. Fue muy imprudente de mi parte no socorrerlo. Debí evitar que se exponga.

—Habrá tiempo para eso —dijo el Gobernador.

—No vi que el señor Quentin haya sido herido...

—Bendito sea ese muchacho —dijo el Gobernador.

—…pero la zona está oscura. Es un honor luchar junto a alguien como él. Además, es un gran muchacho. Y nunca pierde la cabeza. El señor Noah… —Dudó antes de decirlo—, es diferente.

—Dímelo a mí —acotó Rob.

—Estaba bastante aturdido. Creo que los últimos movimientos los hizo sin siquiera saber qué hacía.

—Los dioses han sido buenos con nosotros —dijo Aníbal mirando al cielo.

Los hombres continuaron el resto del camino en silencio, mientras Eric los guiaba, y a los pocos minutos habían llegado al lugar del enfrentamiento.

Quentin y Noah estaban sentados en el banco y Almairon estaba atado e inconsciente frente a ellos.

—Mis muchachos —dijo Rob apenas los distinguió en la oscuridad. Corrió hacia ellos y Quentin fue a su encuentro cuando los vio.

—Es un desastre padre. Al final, todo salió mal. Han muerto tres hombres —balbuceó.

—Tres malditos granos en el trasero menos, muchacho —dijo el Gobernador al acercarse.

—Josh está herido nuevamente y Noah… bueno, no sé qué le sucede. —Quentin lo miró apenado.

Noah aún seguía sentado, ignorando lo que ocurría; las mangas de su camisa estaban rasgadas y manchadas de sangre.

—Noah, ¿cómo te encuentras? —Su padre se acercó a él.

El mayor de sus hijos lo miró con ojos inexpresivos, sin decir una palabra.

—Deberíamos sacarlo de aquí, llevarlo a casa —dijo Quentin.

—Tienes razón, lo haré. Enviaré a que retiren los cuerpos y se lleven a Almairon a una celda.

—Ve, cuando limpien aquí iremos por Josh —dijo el Gobernador.

—Señor Aníbal, vaya usted también. El señor Quentin y yo nos encargaremos.

El Gobernador asintió. Rob tomó a Noah del brazo y el muchacho se puso de pie.

—Vamos, hijo, iremos a casa.

Los tres partieron, caminando despacio, y se perdieron en la oscuridad.

Eric se dirigió hacia el sujeto que había dejado inconsciente y lo arrastró hasta donde estaba Almairon, sacó una soga de su bolsillo y le ató las muñecas en la espalda. Poco tiempo después, llegaron los soldados con una carreta para llevarse los cuerpos de los hombres de Almairon. Los soldados los recogieron y dejaron el lugar sin decir una palabra. No pasó mucho hasta que llegó otra carreta, esta vez era la que llevaría a los prisioneros a los calabozos.

—Lo acompañaré a mi casa y luego iré a vigilar a Almairon. Ese maldito no se escapará de nuevo, señor.

Quentin se puso de pie y, sin decir palabra, caminó junto al enorme oficial. Se permitió por unos momentos volver a sentirse como un niño pequeño, agotado y confundido.

—Gracias por lo que has hecho, Eric, eres un gran hombre.

—Es un gusto, señor. Haré lo posible por estar junto a usted cada vez que me necesite, si usted me lo permite.

—Los dioses quieran que estés a mi lado cuando te necesite, Eric. No podría pedir nada más que saber que siempre será así.

—Y si los malditos dioses no quieren, me los llevó al infierno a conocer a mi padre, señor. —Quentin rio y el oficial le palmeó la espalda.

Al llegar a la casa de Eric, este abrió la puerta y lo guio hasta la habitación donde había dejado a Josh, que ya había vuelto a despertar y se lo veía pálido y sudoroso. La hermana de Eric, a quien le había confiado su cuidado, era una de las enfermeras de la Fortaleza y había atendido sus nuevas heridas.

Al verlos llegar, el Gobernador se puso de pie y dejó la habitación junto a Eric.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele todo, pero sobreviviré.

—Qué gran susto me has dado —dijo Quentin aliviado, parecía que sus heridas no eran tan graves, al final.

—¿Y Noah? ¿Qué pasó con él?

—Se batió con Almairon, con una de las espadas de Eric, ¿puedes creerlo?

—Soy capaz de creer en cualquier cosa en estos momentos…

—… y lo hirió, al final creo que le sacó un ojo. Cuando llegué a él me dijo “¿Has visto? Saldamos la deuda”, pero estaba bastante aturdido, incluso creo que no lo recordará una vez que se reponga de la impresión.

—Mierda, lo rebanaría en mil partes si pudiera.

—¿Sabes qué es lo peor? Que solo cumple órdenes. Lo que significa que hay más como él e, incluso, pueden ser peores que él. Y a eso, súmale los magos.

Josh estaba por decir algo cuando su padre regresó a la habitación; ya tenía todo listo para llevarlo de nuevo a la enfermería.

—Un solo día afuera… ¡Uno solo! —Se quejó el muchacho cuando ingresaban a la habitación que, esta vez, compartiría con Noah.

—No seas tan llorón, solo será un tiempo —dijo Quentin. El Gobernador lo miró con el ceño fruncido, pero luego rio a carcajadas.

—Disculpe, señor, yo no…

—Muchacho, muchacho —dijo y le puso una mano en la espalda—, ustedes me recuerdan a tu padre y a mí cuando éramos jóvenes.

La enfermera terminó de revisar los vendajes de Josh y dijo que permanecería ahí un par de días, principalmente porque no se fiaba de él. Luego de oírla, el Gobernador se disculpó, ya que debía regresar a la fiesta. Noah dormía en la cama de al lado, le habían limpiado y vendado las heridas. A Josh también le habían dado una poción de sueño, que pronto haría efecto y Quentin permaneció junto a ellos hasta que sus párpados se cerraron. Luego, fue a su casa a asearse y regresó a la fiesta.

Encontró a su familia en la carreta, Ara tenía a Astor en brazos y sus padres estaban conversando algo alejados de ellos.

—Ara. ¿Cómo estás?

—Más tranquila ahora. Gracias por lo que hicieron.

—Eres nuestra hermana ¿no? Nadie toca a nuestra hermana. —Quentin abrió los ojos exageradamente e hizo algunas muecas y Ara reía al verlo.

—¿Noah cómo está? No quieren decirme nada, pero sé que algo le ha ocurrido —dijo indignada.

Quentin se sentó a su lado y le contó todo lo que había sucedido desde que apareció Almairon en la ciudad. La niña estaba muda de asombro.

—Mañana podrás visitarlos, no despertarán hasta entonces —dijo al finalizar.

—¿Sabes? —dijo después de un rato—. Una joven que trabaja en casa del Gobernador vino a hablarme luego de que ustedes se fueron. Me preguntó por Noah al final de la conversación; no por mis hermanos, solo por él. —La niña rio—. Parece que Noah tiene una

enamorada.

—Enara… Noah estará muy contento. Por ella se emborrachó de muerte.

—¡Pobre hermano! —dijo apenada.

—Deberíamos decirle que lo visite mañana.

—No creo que sea conveniente, aún no han hablado, su reputación…

—Ara, si sabemos que los dos…

—No, Quentin. Deja que él salga de la enfermería y la corteje, como debe hacerse. ¿Qué pasaría si sus padres no lo aceptan? Sería horrible para los dos.

—¿Cómo no van a aceptarlo? ¡Es un héroe! Ya regreso —dijo, se echó a correr y dejó a su hermana con expresión de asombro y confusión.

Si querían que algo se supiera, debían contárselo a los soldados. En cuestión de horas, toda la ciudad lo sabría y quizás con más detalles de los necesarios. Eso lo llevó a ir a hablar con el oficial Conrado, para contarle lo que había pasado esa noche. Si todo salía como él lo esperaba, la noticia llegaría también a oídos de la familia de Enara y… ¿quién no querría tener a un héroe en su familia?

Quentin regresaba sonriendo, luego de haber encontrado al oficial con un gran grupo de hombres; debía contarle a Ara lo que había sucedido.

Iba caminando, distraído, entre la multitud que se había congregado frente a las carretas de adornos y chucherías, cuando de repente le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies. Se sintió mareado y, en su pecho, una extraña sensación que le aturdía los sentidos y le quitaba el aire de los pulmones; el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que en cualquier momento saldría disparado entre sus costillas.

Caminó con dificultad entre la gente, sin que nadie notara el malestar que sentía. Rodeó las carretas y apoyó la espalda en la parte trasera de una de ellas, luchando por respirar. Cerró los ojos e intentó serenarse para poder regresar junto a su hermana. No era, en esos momentos, capaz de asimilar la magnitud de sus emociones, ya que se parecía mucho a la alegría que sentía al mirar “su” estrella, pero de una forma, por lejos, mucho más intensa.

—¿Te encuentras bien? —Una dulce voz habló frente a él.

Quentin abrió los ojos muy despacio, pues los párpados parecían pesarle toneladas. Una muchachita de piel bronceada, grandes ojos grises y cabello plateado estaba parada frente a él, mirándolo con

preocupación. Ella giró la cabeza hacia un lado y, cuando su cabello se movió, Quentin vio que el brillo de las esmeraldas de sus aretes se reflejaba en su pelo. Él pestañeó varias veces y ella sonrió. Tenía la sonrisa más hermosa que jamás había visto.

—Creo... creo que sí. De repente he sentido algo extraño aquí —dijo y puso su mano en el centro del pecho.

La muchachita puso su mano sobre la de él y la retiró enseguida. Quentin había vuelto a sentir lo mismo que lo había aturdido minutos antes.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué... qué ha sido eso? —preguntó confundido.

—Yo... yo no lo sé… yo también... Debo retirarme, con permiso— dijo y se alejó corriendo.

—¡Espera! No te vayas. —Quentin estiró la mano para alcanzarla, pero ella se perdió entre la multitud.

Los siguientes días los pasó buscando a esa extraña muchachita de hermosos ojos grises, pero sin suerte alguna.

Al cuarto día Josh y Noah pudieron salir de la enfermería y el mayor de los hermanos Guna fue recibido con aplausos por la población de Sitnor en cuanto llegó a la fiesta. Al final, el plan de Quentin había resultado como él había pensado y los padres de Enara no se opusieron a que comiencen a tratarse con más seriedad.

La séptima y última noche, cuando estaban dando cierre a las festividades, Quentin vio una cabellera plateada entre la gente que se arremolinaba frente al escenario. Para desconcierto de Josh, su amigo se alejó sin decir una palabra.

—Te encontré —dijo y la tomó del brazo.

—¿Me buscabas? —La muchachita dio la vuelta y Quentin se quedó sin palabras al ver su sonrisa de nuevo. Todo lo que había pensado y querido decirle se había borrado de su mente con solo verla a los ojos —. Yo también te busqué, pero no fui capaz de encontrarte.

Quentin abrió la boca para hablar, pero no fue capaz de articular ninguna palabra. Ella rio cubriéndose los labios con sus dedos.

—Me siento muy ridículo. —Bajó la cabeza, resopló y se rascó la nuca, avergonzado.

—Me hubiera gustado conocerte, sin que te sintieras ridículo, pero ya debo marcharme. Ha sido un gusto —dijo le tendió la mano.

—Yo… yo… —Aún estaba tan nervioso que le parecía que el cuerpo no le respondía. Ella se acercó y le tomó la mano, sin miedo esta vez.

Quentin quiso correr, como ella lo había hecho antes pero, al

mismo tiempo, quería pasar el resto de sus días viendo su sonrisa. Después de unos momentos, le pareció que sus pies habían abandonado el suelo y se encontraba flotando entre las estrellas que tanto amaba; excepto ella, lo demás parecía haberse desvanecido en torno a ellos. Ya no oía el bullicio de la fiesta que llegaba a su fin, no sentía el calor de la noche veraniega de Sitnor, ni la suave brisa del norte. Simplemente, el resto del mundo se había esfumado.

Ninguno de los dos parecía querer terminar con ese extraño hechizo que habían logrado crear cuando sus manos se tocaban y permanecieron de la mano, mirándose a los ojos, hasta que un niño pequeño de cabello igualmente plateado apareció a su lado y Quentin regresó a la realidad con demasiada rapidez.

—Ya debemos irnos —dijo y tiró de la falda de la muchachita. Ella comenzó a caminar, siguiendo al niño, pero sin dejar que Quentin se fuera de su lado. A dos calles de la plaza, el niño trepó por las escaleras de una gran carreta y ellos se detuvieron un poco antes de llegar.

—Dime tu nombre antes de irte —dijo Quentin cuando ella quiso soltar su mano.

—Te lo diré la próxima vez que nos encontremos.

Pensar en que se separarían sin siquiera conocer su nombre le produjo un gran pesar, como si necesitara saberlo para poder seguir respirando.

—¿Y si no…? —La desolación de Quentin debió haberse reflejado en su rostro, ya que la muchachita le apretó levemente la mano. Una sonrisa se dibujó en sus labios y en sus ojos al mirarlo.

—Te encontraré, ya verás —dijo sin dejar que él termine de hablar. Quentin quiso protestar, pero ella no se lo permitió—. Te prometo que voy a encontrarte aunque me lleve toda la vida hacerlo. —Levantó la vista al cielo y señaló hacia arriba—. Y, con las estrellas como testigo, te prometo que voy a encontrarte de nuevo.

—¿Lo harás? —Quentin se sintió como un niño pequeño otra vez, deseando escuchar una promesa que apacigüe su tristeza.

—Claro que sí. ¿Esperarás por mí?

—Te prometo que lo haré —dijo y le sonrió por primera vez.

Ella se acercó y tomó su otra mano, hizo puntas de pie y posó los labios en su mejilla. Lo miró a los ojos por unos segundos más y, luego, se alejó. Quentin se quedó en el mismo lugar, viéndola subir a una enorme carreta adornada con soles, lunas y estrellas talladas en la madera de sus paredes.

Sintió que junto a ella, en sus manos, se había ido parte de su

corazón y todo lo que había tenido sentido para él hasta ese momento. Solo había quedado un enorme vacío en su interior. Un enorme vacío y un destello de esperanza.

30

Todos en las celebraciones habían tenido una semana de descanso y borracheras, a pesar de lo accidentado que fue el primer día, pero debían volver a la normalidad, había asuntos demasiado urgentes para los gobernantes de Sitnor que no podían ser ignorados.

Noah estaba perdido entre sus libros cuando llamaron a la puerta. Eran Quentin y Josh, que no esperaron a que llegue a abrir para entrar.

—¿Estás muy ocupado? —preguntó Josh.

—Puede esperar. ¿Qué necesitan?

Se miraron dubitativos antes de responder.

—Sé que prometimos no hablar del tema, Noah, pero estamos preocupados —dijo su hermano.

—Los magos de Pyebra, ¿verdad? —Los muchachos asintieron—. Es normal que lo estén. Justamente en eso me he puesto a trabajar.

—Qué alivio —suspiró Josh.

—Antes que nada, les quiero decir algo. Todo lo que hablemos sobre este tema deberán mantenerlo en secreto, el mayor tiempo posible, y tú —dijo y miró a Quentin—, no intentarás nada extraño. Solo bajo esas condiciones los mantendré informados.

Los dos asintieron y juraron silencio, mientras tomaban asiento en el confortable suelo duro y frío del caótico estudio.

—He leído antes sobre la magia; es algo que siempre me ha interesado, pero fue hace mucho tiempo y hay cosas que ya he olvidado. Voy a necesitar un par de días para reunir todos los libros que preciso y así poder empezar a tener una idea de a qué nos enfrentamos. El hombre que envié a Pyebra no ha regresado. Temo que ha muerto en el camino. Pronto enviaré a alguien más, una vez que hayan decidido qué sucederá con Almairon. Lo más probable es que sea deportado a Pyebra.

—¿Cómo es posible? —Se quejó Josh, indignado.

—Tenerlo acá es más peligroso que dejarlo ir. Nos pondría en una

situación aún más tensa con Pyebra. Ni hablar si lo ejecutamos; eso sería guerra inmediata. Dejarlo ir significaría librarnos de él.

—Y arriesgarnos a que regrese por nosotros —dijo Quentin.

—Pero con la ventaja de que ya sabemos cuáles son sus intereses —agregó Noah—. Por eso es de vital importancia que nos preparemos para cuando eso suceda, si es que llega a suceder. Deben tomarse los próximos años de entrenamiento muy en serio. Recuerden que la ciudad puede llegar a estar en sus manos, considerando el trabajo que han hecho nuestros padres. Ellos son muy brillantes, pero no estarán con nosotros toda la vida además de que pretenden ignorar cualquier asunto que involucre magos y, si estos norteños siguen empeñados en sus locas ideas, necesitaremos gente como ustedes frente a los ejércitos y a la ciudad.

Los tres hicieron silencio por unos minutos, hasta que Josh habló.

—¿Recuerdan la mujer con la que se encontró Almairon en el bosque? ¿Quién creen que haya sido?

Los hermanos se miraron, habían olvidado por completo ese encuentro.

—Su contacto aquí, por algo sabían a quienes debían capturar. ¿Recuerdas cómo era? —preguntó Noah a su hermano.

—No es que se haya visto demasiado, estaba cubierta con una capa. —Pensando un poco más, agregó—: Aunque creo que podría reconocer su voz si volviera a escucharla.

—No nos sirve. ¿Qué tal si te equivocas?

Quentin levantó los hombros, dudando pero, luego, cambió de expresión.

—Josh, ¿recuerdas el día en que fuimos atacados, cuando estábamos en el río? ¿Recuerdas que te hablé de algo que había escuchado?

—La canción que nombraste.

—Esa misma. Noah, ese día, estando en el río, me quedé en la orilla y él bajó a darse un baño. En un momento, en que no sé si me dormí o no, escuché una melodía muy suave que luego se convirtió en palabras. No puedo recordar… he tratado, pero no puedo recordar qué decía con exactitud.

—¡Una profecía! —dijo Noah emocionado—. ¿Qué recuerdas?

—La única parte es la que decía “el hijo de la Luna, señor de cielos e infiernos a esta tierra ha decidido llegar.”

—Un ser de luz y oscuridad —agregó Josh—. Yo me acuerdo que dijiste eso.

—Ese día nació Astor. —Quentin se miró las manos.

—Tienes razón —dijo Noah, ya no tan emocionado.

—Y la luna estuvo todo el día y toda la noche sobre nuestra casa.

—Demonios, Q.

—Esto puede cambiar todo. Absolutamente todo.

—Pero no puedes decírselo a nuestros padres. Astor y yo seríamos… ¿Qué? ¿Asesinados?

—¿Qué es lo que se hace con los magos que son reportados? —preguntó alarmado Josh.

—Asesinados. —Noah bajó la vista. La sola idea de perder a sus hermanos, le produjo un fuerte malestar.

—¿Cuánto tiempo pasa hasta que se pueda saber…? —preguntó Josh—. ¿Astor cuánto tardaría en manifestar sus poderes, de tenerlos?

—No es posible saberlo con seguridad. Según leí antes que llegaran, los astros eligen a quien le dan sus poderes, y el grado de poder que le conceden a cada uno. Sol, Luna y Estrellas; de ellos, el Sol es el más poderoso, le sigue la Luna y por último las Estrellas. —Noah se puso de pie, buscó uno de los libros que tenía abiertos sobre el escritorio y comenzó a leer—. *"También puede suceder que uno de los mismísimos astros decida nacer como humano."* Esto no me ha quedado muy claro, debo seguir investigando —dijo y puso una marca en esa página—. *"En raras ocasiones puede suceder que dos astros den sus poderes a una misma persona, por lo que su poder será inmenso y solo podrá ser igualado o superado por alguien que posea las mismas cualidades o que sea uno de los astros".*

—Si eres un "hijo del Sol", sí que vas a patear traseros… —dijo Josh

Quentin rio y Noah los miró frunciendo el ceño.

—¿Sigo? —Los muchachos asintieron—. *"Hay personas que tienen poderes sin siquiera enterarse de que los poseen, al ser este muy débil o la persona no interesarse en desarrollarlo cuando se manifiesta por primera vez, lo que suele ocurrir a temprana edad…"*

—Ahí lo tienen, a temprana edad —comentó Josh.

—*"…y pasa desapercibido por el portador. En ocasiones es suprimido, cuando el que lo posee no quiere hacer uso de él. Sin embargo puede manifestarse en situaciones que ponen en riesgo la vida del individuo. Esto puede llevarlo a querer desarrollar su poder o a suprimirlo nuevamente, sea por ignorancia, miedo o falta de tutores.*

"Aún sin importar el grado de poder que se posea, siempre permanece latente en el individuo que no lo desarrolla y puede comenzar a entrenarlo a cualquier edad. No desaparece con el tiempo". Esto es interesante, escuchen: *"Usos: Una vez desarrollada, la magia puede tener diferentes*

propósitos. Hay varios tipos: Uso o manejo de elementos naturales. Ellos son agua, aire, tierra y fuego. Uso medicinal: son personas que pueden ser capaces de identificar y reparar daños en un cuerpo humano o animal. Uso mental: son los más poderosos. Pueden hacer que las cosas sucedan. Mover objetos, repararlos, destruirlos. Un portador puede poseer o desarrollar más de un tipo, dependiendo los intereses o habilidades que posea". Una anotación en el margen dice: *"A partir de la Ley de Protección contra la Magia, los portadores deben ser reportados para su ejecución. Son tan pocos los que llegan a edad adulta que mantienen su secreto hasta la tumba".* Bueno, luego hay reglas para el uso en combate y otros usos que no nos interesan en este momento.

—¡Lee las reglas! —dijo Josh entusiasmado.

Noah lo miró unos segundos.

—Está bien. *"Reglas de cortesía.*

Reglas para uso en duelo: Portador de magia mental.

Un portador solo puede usar sus poderes para atacar a alguien que también los posea y sea capaz de defenderse.

Un portador no puede infligir daño físico a la persona con la que está enfrentándose, ni controlar su voluntad para que se inflija daño a sí mismo.

Un portador debe manifestar en voz alta su intención de atacar la mente de su oponente.

Pueden conectarse más de dos magos mentalmente para potenciar su ataque o defensa.

Magos con poderes sobre los elementos:

Al ser un duelo en donde uno de los contrincantes cuente con ayuda de un portador mental, este oficiará solo de asistente, teniendo totalmente prohibido la utilización de los elementos por su parte.

—¿Aplicarán en los próximos duelos? —preguntó Quentin.

—Vaya uno a saber… se han cagado en la Ley de Protección, imagínate en unas simples reglas de cortesía.

—Acabas de darme una idea, Josh —dijo Noah—. Enviaré con Almairon una copia de estas reglas. Y otra cosa. Tenemos que interrogarlo. Necesito saber qué es lo que él conoce a cerca de los magos de Pyebra. ¿Me harán los honores?

—¿Puedo llevar unas pinzas? —preguntó Quentin riendo.

—Vayan a buscar los elementos de tortura, los espero aquí —dijo Noah, riendo ante la ocurrencia de su hermano.

—Noah… ¿Puedo hacerle daño? —Quiso saber Josh antes de dejar el estudio—. Realmente me encantaría hacerle daño.

—Todos queremos hacerlo, pero cada vez que lo hacemos por

simple gusto, perdemos un poco de nuestra humanidad. Lastimándolo, verás lo fácil que puede llegar a ser dañar a alguien que tenemos en nuestro poder y también empezarás a creer que solo por tener poder sobre alguien te da el derecho de hacer lo que te plazca y cuando te plazca.

—Lo decía en broma, Josh. — Quentin lo miró con el ceño fruncido.

—Yo no. Y no es cuestión de poder, es que simplemente lo odio. Le hizo daño a Ara. A ustedes, a mí…

—Está bien, pero solo por esta vez, Josh, no será bueno para ti que te acostumbres a esas prácticas —dijo Noah luego de ver que Quentin asentía.

Josh asintió también y estaban por dejar el estudio, otra vez, cuando Quentin se detuvo y cerró la puerta. Se rascó la cabeza, respiró hondo y dijo:

—Será por la magia o no… no sé a qué se deba, pero sí sé que puedo darme cuenta cuando alguien miente. Lo presiento, hay algo que me hace saber que no están diciendo la verdad.

Josh y Noah se sobresaltaron y quedaron en silencio por algunos segundos.

—¿En serio, Q? —Josh lo miró asombrado, cuando pudo recuperar la compostura. Quentin solo bajó la cabeza, avergonzado.

—De haberlo sabido antes, me habría ahorrado un frasco de poción de la verdad. Es muy difícil de hacer… —dijo Noah con una sonrisa—. Bueno, pues, como es algo que no puedes evitar hacer no puedo prohibirte que lo hagas. Solo debo recomendarte que no se lo digas a nadie, por tu propio bien.

—Está bien. —Quentin respiró aliviado.

—Vayan, entonces. Iré a los calabozos a hablar con los carceleros.

31

—Por el olor a mierda que lo rodea, asumo que está siendo correctamente alimentado, señor Almairon —dijo Quentin e ingresó a la inmunda celda donde estaba detenido—. Es una lástima que los guardias tengan tan mala memoria que olviden sacar sus baldes.

Almairon, sucio y ojeroso, los miró con profundo desagrado, pero no dijo ni una palabra. El cabello grasiento y húmedo por su propia transpiración le caía sobre la frente. Tenía, sin embargo, una venda limpia sobre la herida de su ojo izquierdo. Al igual que Santoro, un gran corte le cruzaba parte de la mejilla, hasta la ceja; pero Noah solo le había lastimado el párpado, su ojo estaba sano.

—Voy a ver si encuentro una celda digna de usted, señor —dijo Josh y salió haciendo una reverencia. Se podía escuchar como gritaba por los pasillos, reclamando una celda limpia y seca. Unos minutos más tarde, regresó sonriendo—. Listo, ya he arreglado su traslado.

Lo tomó de la cadena que mantenía sujetas sus manos y lo llevó a los tirones por el largo pasillo, hasta el final. Allí se toparon con una puerta de madera, gruesa y fuerte, como la de las demás celdas. Almairon se detuvo en la entrada y ya no quiso avanzar.

Era una habitación que solo tenía tres sillas y una mesa; sobre ella había pinzas de diferentes tamaños, cuchillos, navajas y una ornamentada hacha de guerra. Noah los esperaba ahí, sentado con total tranquilidad.

—Malditos dementes. ¿Qué quieren ahora conmigo? —dijo Almairon, aterrorizado, mientras era llevado a empujones hasta una de las sillas. Quentin lo sujetó con correas de cuero a los apoyabrazos.

—Necesito hacerle algunas preguntas, luego regresará a su celda. El tiempo que tardemos en regresarlo, dependerá de lo que le lleve responder. Su bienestar físico, dependerá de sus respuestas. Ya no me queda poción de la verdad, sin embargo, estos amables jóvenes decidieron colaborar conmigo en la búsqueda de respuestas. Así que… ¿Qué dice?

Almairon lo miró con una mezcla de miedo y odio, pero no dijo nada más que un insulto. Quentin le golpeó la cabeza con la palma de la mano.

—Más respeto, que no está en condiciones de andar maldiciendo.

—Asumo que va a cooperar —agregó Noah.

Josh tomó una pequeña navaja de la mesa, se acercó a Almairon y le levantó la venda con ella.

—Vaya, no ha perdido el ojo. Es una suerte, señor Almairon. Aún va a poder ver el mundo con sus dos ojitos negros. A menos que mi amigo Noah decida lo contrario, por supuesto.

—¿Qué quieren? —murmuró.

—¿Cuántos magos tienen en Pyebra?

—Una veintena a lo sumo.

Quentin había ubicado una silla detrás de la de su prisionero y estaba sentado, con los ojos cerrados.

—Miente—dijo.

—Quentin es la versión perversa de la poción de la verdad. Verá, tiene algo que le hace saber cuándo están intentando engañarlo. No sé cómo lo hace, pero siempre sabe. Y no le gusta que le mientan.

—Entonces es un maldito mago. Vaya, vaya, señor correcto, me parece haberle oído decir que hay una Ley contra la Magia.

—Lo noto en las variaciones de su voz, idiota. Limítese a responder.

—Duda resuelta —dijo Noah—. ¿Cuántos magos están entrenando en Pyebra? —Almairon se tardaba en responder—. Josh.

El muchacho acercó la navaja al puño cerrado de Almairon y comenzó a deslizar la filosa punta sobre el dibujo que hacían sus hinchadas venas en el dorso de la mano. Los trazó una vez, dejando una marca enrojecida, pero sin lastimarlo; se detuvo a esperar unos segundos y, cómo no salía respuesta alguna de su boca, clavó el filo en la piel, lo deslizó unos pocos milímetros y unas pequeñas gotas de sangre brotaron de la piel abierta. Almairon los insultó en voz baja. Josh clavó la mitad de la navaja en su mano y esta vez el prisionero grito de dolor.

—Son… son alrededor de ciento cincuenta —dijo y apretó las mandíbulas.

—¿Quién los entrena?

—Viktoria, la esposa de mi hermano.

—¿Qué tan poderosos son?

Almairon nuevamente hizo silencio. Josh apoyó su dedo en el mango de la navaja y lo movió de un lado al otro. Volvió a brotar sangre de la herida.

—Demonios… hay un par que pueden hacer alguna cosa, lastimar gente. —Cerró los ojos con fuerza—. Los demás solo manejan elementos. Aire, su gran mayoría.

Mientras Almairon hablaba, Noah miraba a Quentin, que aún con los ojos cerrados, asentía en cada palabra.

—¿Cuántos magos mentales hay? —Josh había quitado el dedo de la navaja.

—Solo tres.

—Miente.

—Está bien, malditos sean —dijo apresurado—. Son seis contando a Viktoria.

—¿Cómo los reclutan?

Almairon respiró profundamente.

—Hace dos años derogamos la Ley de Protección y convocamos abiertamente a los magos para su entrenamiento. Para demostrarles que era verdad, Viktoria recorrió las ciudades más grandes de Pyebra dando muestra de sus habilidades. La gente que poseía poderes comenzó a confiar en ella y fueron con nosotros a la Capital.

—¿Cómo los entrenan?

—No sé más que eso, se los juro.

Josh removió la navaja, y la enterró un poco más en su mano. Almairon gritó nuevamente.

—Viktoria es una mujer muy misteriosa. Y aterradora. Vaya uno a saber qué es lo que hace, o cómo lo hace. Yo… yo no me meto en sus cosas.

—¿Qué pueden hacer los magos mentales? ¿Los has visto?

Almairon hizo un prolongado silencio; Josh tomó una de las pinzas de la mesa y volvió a acercarse a su prisionero.

—¿Qué tan útiles son las uñas para una persona, Noah?

—Oh, vuelven a crecer, no te preocupes.

—Malditos sean. No, no los he vist...

—Miente.

—¡Demonios! ¡Está bien! —dijo. Apretó los puños y cerró los ojos. Se oyó el tintineo de un líquido cayendo y una mancha oscureció el piso de piedra debajo de su silla. La navaja se movió levemente al tensarse sus músculos—. He visto a Viktoria y a dos de los suyos. Ellos… ellos hicieron… ellos asesinaron a un condenado. Fue… fue impresionante. El hombre gritaba de dolor. Estaba atado de pies y manos. Se retorcía. Sus venas comenzaron a reventarse, toda su piel se tornó morada. Luego se desmayó. —Hizo una pausa, su rostro había palidecido ante el recuerdo de lo sucedido—. Recobraba la conciencia

de a ratos solo para gritar y volver a desmayarse. No fui capaz de presenciar la ejecución completa, me marché antes de que termine. Era insoportable. Le siguieron muchas más después de esa, pero nunca me quedé a ver.

Ante una señal de Noah, Josh quitó la navaja de la mano de Almairon, que se quejó apenas. Algunas gotas de sangre volvieron a brotar de la herida y Noah se acercó para limpiarle y vendarle la mano.

—Muchas gracias por su colaboración. Sin duda, esta no será la única vez que lo visitemos pero, por ahora, puede regresar a su celda. Espero, por su bien, que la próxima vez sea más inteligente a la hora de hablar.

Quentin se había puesto de pie y estaba quitando las correas de sus manos para regresarlo a su celda mientras Noah hablaba.

Josh lo arrastró de las cadenas hasta su celda, que había sido aseada, y habían agregado un catre y una silla.

—Que tenga un buen día —dijo Quentin y cerró la puerta.

—Le enviaremos pantalones limpios, espero que los guardias no olviden entregárselos. —Josh se asomó en la ventana enrejada de la puerta.

Una vez en el estudio, Quentin le dijo a Noah:

—¿Nuestros padres sabían de este interrogatorio?

—Olvidé decírselos.

—¿Y ahora?

—Pues… no lo sé. Ninguno de los dos quiere saber nada de los magos. —Noah se rascó la nuca—, pero supongo que debo decirles lo que le dije a ustedes. Y también lo que acabamos de hacer.

—Iremos contigo —dijo Josh.

32

—¿Qué hicieron qué? —El Gobernador se puso de pie y golpeó el escritorio con sus puños. Rob, que estaba sentado en uno de los sillones junto al ventanal, apoyó la frente en su mano. Los muchachos estaban sentados frente a ellos, Quentin y Josh se miraban los pies y Noah permanecía con la cabeza levantada, mirando un punto invisible en la pared frente a él—. De ustedes dos puedo esperar casi cualquier cosa ya, ¿pero tú Noah?

—Padre, teníamos dudas y…

—Cállate. —El Gobernador lo miró y Josh volvió su vista a sus pies —. Noah, te dije que no quería saber nada sobre esos malditos magos y…

—Gracias a uno de esos malditos magos estamos aquí. —Josh se puso de pie de un salto y su silla cayó detrás de él—. A ver si de una puta vez se quitan la venda de los ojos. Si Quentin no hubiera hecho lo que hizo, vaya uno a saber en qué agujero estaríamos. —Tanto Aníbal como Rob quedaron mudos de asombro—. Quizás él se hubiera salvado, pero yo no y no he visto que se lo agradezcas.

—Josh, cállate —susurró Quentin.

—No, no me voy a callar. Ya es hora de que dejen de ignorar lo que sucede. La magia existe, siempre existió y lo seguirá haciendo.

—Hay una Ley de Protección, Joshua, las leyes están hechas para ser cumplidas, no burladas a nuestra conveniencia, tenemos que ver...

—Los malditos pyebranos tienen ciento cincuenta magos, ¿oyeron? ¡Ciento cincuenta! Tres de ellos destruyeron a varios condenados en sus demostraciones de poder, le reventaron las venas sin ponerle un dedo encima, lo reventaron por dentro. ¿Cómo creen que combatiremos contra eso? ¿Con una carta firmada por Sitnor, Morrau y Tesar pidiendo que desista en sus prácticas? ¡No! ¡Con más magos! Y si ustedes insisten en asesinar a todos los magos en lugar de entrenarlos para que sean buenas personas y hagan buen uso de sus poderes, terminaremos todos reventados como los condenados de

Pyebra.

—Las reglas han cambiado, tal como lo dijo Almairon —dijo Noah.

—Las reglas seguirán respetándose. ¡Salgan ahora mismo los tres de acá!

Los muchachos se pusieron de pie y caminaron hacia la puerta. Josh se detuvo antes de salir y parecía no haber terminado.

—¿Qué sucederá cuando los de Pyebra lleguen a Sitnor con sus magos? Harán pedazos nuestra ciudad y nuestra gente sin que podamos levantar un maldito dedo. ¿Así piensas solucionarlo? ¿Enojándote e ignorando la terrible ventaja con la que cuentan? Vaya padre, te tenía por una persona inteligente.

—Espero que esta sea la última vez que te diriges a mí de esa forma, Joshua.

—Quédate tranquilo, quizás esta sea la última vez que me dirijo a ti de cualquier forma —gritó y azotó la puerta con todas sus fuerzas.

33

—Me parece que debo dejar la ciudad —dijo Quentin a Josh cuando estuvieron solos. Se habían quedado en los jardines de la Plaza de la Fuente, donde podrían conversar sin ser oídos.

—¿Qué dices?

—Ya escuchaste a tu padre, las reglas deben ser respetadas. Eso significa que…

—Iré contigo.

—¿Y quién cuidará de Ara? ¿De mis hermanos? Además, debes hacer tu entrenamiento y luego hacer todo lo posible para llegar a gobernar Sitnor. Cuando eso suceda, regresaré.

—¡No! ¿Cómo vas a irte y no llevarme?

Quentin arrancó una brizna de hierba y comenzó a girarla entre sus dedos.

—Josh, tú estás destinado a gobernar, no puedes escapar, debes hacer todo lo posible para que suceda. Es tu responsabilidad y debes asumirla. No toda la vida seremos jóvenes y no podremos seguir con nuestras bromas y vagabundeos por siempre, por más tentadora que sea la idea. Se esperan ciertas cosas de nosotros y, si de verdad queremos proteger Sitnor, tenemos que aprender cómo hacerlo y estar preparados para cuando llegue el momento.

Josh había agachado la cabeza.

—Tienes razón, haré mi mejor esfuerzo para aprender todo lo que deba y así llegar a ser un buen gobernante. —Luego de unos momentos agregó—. ¿Cuándo lo harás?

—No lo sé. Supongo que tampoco te lo diré. Serás el primero al que interroguen.

—Tampoco me dirás a dónde irás.

—Exacto. Aunque ni yo lo sé.

Josh asintió.

—¿Vamos a pescar? —preguntó luego de unos minutos.

—Esa es una buena idea —convino Quentin. De sus dedos cayó una

pequeña canasta tejida con el césped del jardín.

Regresaron del río a media tarde, había sido un día con pocas conversaciones. Quentin subió a su habitación y se encerró ahí, ni siquiera le abrió la puerta a Noah cuando este regresó de su estudio. Se recostó en la cama, pero no pudo dormir ni un minuto, solo daba vueltas de un lado al otro.

Cuando cayó la noche, Onix, su gato negro, regresó de sus andanzas y entró a la habitación por la ventana que Quentin siempre dejaba abierta. El muchacho lo miraba, mientras pensaba en lo fácil que sería todo si fuera simplemente un gato. El felino subió de un salto a la cama y comenzó a restregarse en sus manos, reclamando atención.

—¿Qué estoy por hacer, Onix? —susurró—. No sé por qué te hablo… tan solo eres un gato, ni siquiera me contestarás. —Quentin se puso de pie, se acercó a la ventana mientras pasaba los dedos por su cabeza—. Por los dioses, siento que mi cabeza va a estallar en cualquier momento. Si tan solo pudiera sacar la mitad de cosas que tengo aquí adentro.

Se quedó por largo rato mirando al cielo, posando sus ojos en cada uno de los luminosos destellos que adornaban la oscuridad. Su pequeña estrella aún no estaba a la vista.

De a poco, los sonidos de la casa se fueron apagando y, cuando supuso que todos ya dormían, agarró un bolso de cuero, enrolló algunas prendas, guardó su cuchillo y salió. Fue al cuarto de abajo donde dormían Astor y la nana, lo tomó en brazos intentando no despertarlo y dejó la habitación con pasos silenciosos. Pasó por la cocina y guardó algunas frutas, pan y queso.

Dirigió sus pasos al despacho de su padre y bajó a los pasillos. El único camino que recordaba, llevaba al estudio de Noah, por lo que iba a intentar llegar hasta allí. Rogó a los dioses que la salida estuviera despejada. Había pensado utilizar una de las ventanas para llegar al exterior. Astor dormía plácidamente en sus brazos y parecía no saber que estaba escapando con su hermano.

—Buen chico —dijo Quentin.

Al llegar al estudio, la puerta cedió al empujarla, para su alivio. Puso al niño en el piso y abrió una de las ventanas; no podría subir con él en brazos, debería sacarlo atado a una soga y bajarlo lentamente hasta que llegue al piso de afuera.

—Maldición, esto me pasa por idiota —dijo cuando se percató de que no había traído la canasta tejida en la que su madre lo llevaba

cuando salían de la casa. Se tomó unos momentos para pensar y se sentó en el suelo, sosteniendo en sus brazos al pequeño Astor—. No sé qué estoy haciendo, ni cómo hacerlo. Aunque no me entiendas lo que te digo… seguramente en el futuro me lo reprocharás, pero no quiero que mueras por ser como yo.

—*Regresemos, Quentin* —dijo una pequeña voz, pero no había nadie más en la habitación.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó, alarmado. Apretó al niño junto a su pecho y llevó su mano hacia su cintura, donde colgaba su espada.

—*Astor, aquí.*

Quentin lo miró extrañado, sin embargo el niño seguía durmiendo.

—¿Qué demonios…?

—*Quédate tranquilo, todo saldrá bien, pero debemos regresar* —Quentin lo miraba asombrado, sin entender nada—. *Aún mi cuerpo no me permite hablar, pero sé que tú puedes escucharme. Soy como tú. Sé lo que piensas, lo que haces y lo que has hecho. De alguna forma estamos conectados. No he logrado conectarme con el resto de la familia, solo contigo.*

—Espera, espera, ¿cómo es posible?

—*Te conocí el día en que nací, te sentías muy atormentado por haber hecho uso de tus poderes frente a Joshua. Te pesaba más aún que haber asesinado a esas dos personas que los atacaron. Yo decidí quitarte esa carga, liberarte.*

Quentin asintió, recordaba el primer encuentro que tuvo con Astor.

—Gracias por eso —susurró.

—*No necesitas hablar, solo piénsalo.*

—La verdad que es un poco extraño, me sentiría más cómodo hablando —dijo algo más tranquilo.

—*Está bien por mí. Has preguntado cómo es posible. No sé si soy capaz de explicarlo, solo puedo decirte que la Luna me ha concedido sus poderes y que tú has sido bendecido de igual manera. Sé también que te niegas a aceptarlo. Quizás no sea tu momento aún, quizás tienes miedo y lo entiendo. Yo he tenido la suerte de tenerte cerca. Sé que quieres protegerme, pero no es necesario. Soy consciente de quién soy desde que fui concebido, no haré nada que pueda ponerme en peligro y te enseñaré cómo hacer para que tú también puedas protegerte.*

—No sé si esto sea exactamente una bendición…

—*Lo es. Se acercan tiempos difíciles y lo que le has dicho a Joshua también tienes que hacerlo tú. Prepárate, aprende, entrena. Escucha a padre al igual que a Noah. Es un buen hombre, y hace lo mejor que puede con lo que sabe.*

—¿Qué pasará conmigo? El Gobernador ya sabe lo que he hecho, si decide reportarme, voy a morir.

—*No lo hará.* —El pequeño hizo una prolongada pausa—. *Te he visto dentro de cinco años.*

—¿Cóm… cómo que me has visto? —Quentin volvía a sentirse confundido.

—*Una visión. Solo eso puedo decirte.*

—¿Qué has visto?

—*No puedo decirlo. Intentarías evitarlo y cambiarías el curso del tiempo. Solo puedo decirte, para que confíes en mí y regresemos a casa, que en cinco años aún estarás vivo.* —La pequeña voz hizo silencio una vez más y Astor se movió en los brazos de su hermano—. *En poco tiempo será mi hora de comer, mi cuerpo empezará a llorar y nos meteremos en problemas.*

—Peor aún si la nana se despierta y no estás.

—*O madre.*

—Tienes razón. Gracias por evitar el desastre que estuve a punto de causar.

—*En realidad… no creí que fueras capaz de alimentarme y mantenerme limpio.*

Quentin se puso de pie y rio con ganas, más que nada porque eso es algo que Josh diría.

—Regresemos, entonces.

Quentin abrió la puerta hacia los pasillos e hizo el camino de regreso caminando con más tranquilidad. Ya no sentía esa desesperación que lo había llevado a actuar sin pensar, pero todavía no sabía cómo se sentía con respecto a Astor. Antes suponía que era como él, en cambio ahora tenía la certeza. Llegando a la escalera que daba al despacho de su padre, Quentin se detuvo y habló nuevamente.

—¿Qué pasará si quiero hablar contigo, o si quiero que me enseñes a protegerme?

—*Si quieres hablar conmigo, solo hazlo. Piensa que lo estás haciendo y yo te escucharé. Cuando sea el momento en que debas aprender, lloraré hasta que se harten de mí y tú me llevarás a dar un paseo. Pero debes esperar a qué todas las mujeres estén desesperadas y ya sin saber qué hacer para calmarme. Cuando sea el momento lo haré. No antes.*

—Comprendo —dijo—. ¿Puedes, no sé cómo sé dice, ver o escuchar todo lo que pienso?

—*Es un poco difícil seguirte el hilo.*

—No entiendo.

—*Verás, por lo general, tienes cuatro o cinco pensamientos totalmente*

diferentes cruzando por tu mente, pocas veces he encontrado uno y solo una vez vi tu mente vacía. Para explicarme mejor, la mente de los no magos es como una gran sala con muchas puertas, por lo general, solo paredes sin decoración de ningún tipo, aunque he visto un par, sin embargo, que tienen algún color. Incluso algunos llevan retratos. Supongo que serán imágenes de sus muertos. La fiesta de Sitnor fue una buena oportunidad para husmear y conocer cómo funcionan. La mente de los magos es diferente. No tienen paredes ni puertas, a menos que el mago las construya, y sus recuerdos giran como un enorme y lento remolino. Los pensamientos se asemejan a las voces humanas. En tu mente, serían cuatro o cinco voces hablando a la vez. Tampoco me paso todo el día en tu mente, solo entro en algunas ocasiones, para saber cómo te encuentras.

—Es un poco incómodo… ahora que sé que entras a mi mente… es una sensación bastante rara. —Hizo una pausa y luego preguntó haciendo una mueca, mientras cerraba los ojos—. ¿Cuándo fue que viste mi mente vacía?

—*Sí, fue exactamente esa vez en la que estás pensando ahora mismo* —dijo la pequeña voz; Quentin notó cierto tono divertido en ella—. *Cuando la niña de bonita sonrisa tomó tu mano.*

—Por los dioses, Astor ¿Por qué haces eso? ¿Por qué entras? —dijo Quentin avergonzado, se sentó en el primer escalón y acomodó al niño en su falda.

—*Te sentías diferente y me alarmé. Aún no me familiarizo con todas las emociones y lo que sentiste era algo muy intenso. Nuestra conexión hace que pueda sentir lo mismo que tú, sin siquiera estar dentro de tu mente. Todavía no sé cómo… quitarla. Simplemente sucede desde el día en que te conocí.*

—Esto se está tornando cada vez más incómodo —dijo y pasó su mano por su cabeza.

—*Lo sé, pronto pasará. Llegaré a saber cuándo debo o no debo entrar, pero nunca te avergüences de lo que sientes. Llegado el momento, cuando te pueda enseñar, sabrás qué hacer para proteger tus pensamientos e, incluso, podrás saber cuándo alguien quiere entrar en tu mente. Dependerá de ti que tan lejos lo dejas llegar.*

—Solo intenta no invadirme demasiado. ¿Puedes?

—*Lo intentaré, pero quizás me lleve tiempo llegar a comprender tus emociones sin sentir que estás en peligro. Me preocupa que te suceda algo. He sentido tu miedo, tu inseguridad antes de enfrentarte a alguien y tu emoción una vez que todo comenzaba. Sentí tu indignación cuando algo le sucedía a Noah y tu deseo de rebanar en pedazos a quienes se atrevieron a golpearlo. Tu preocupación por Joshua en cada enfrentamiento y el pánico*

que te invadió cuando viste que habían tomado a Ara. Es tan incómodo para ti como para mí, debo admitirlo.

—Entiendo. Lamento haberte hecho pasar por todo eso. Intentaré no…

—*No, nunca dejes de sentir, Quentin. Es lo que nos hace ser quienes somos, lo que nos define. Está bien que sientas amor y también está bien que sientas enojo. No dejes de hacerlo porque yo también lo siento, ni dejes de hacerlo porque te avergüence, nunca te avergüences de sentir.*

Quentin asintió, pero ya no dijo nada más. Finalmente subió al despacho y llevó de regreso a Astor a su cuna. Cuando cerró la puerta, escuchó que el niño comenzaba a llorar con desesperación.

—Con lo justo —dijo en voz baja y subió a su habitación. Necesitaba descansar.

34

Tanto Aníbal y Rob como los muchachos, dejaron que el tiempo pase sin mencionar a Almairon, los magos de Pyebra o los poderes de Quentin.

Al finalizar el verano, Quentin y Josh debían presentarse a su entrenamiento reglamentario, por lo que decidieron, tácitamente, que lo mejor sería intentar pasar los últimos días lo más posible. Josh y su padre regresaron a su relación habitual, ignorarse por completo, y Aníbal solo le dirigía la palabra para regañarlo. Quentin se pasaba todo el día vagando lejos de su casa con Josh, o ambos iban a encerrarse al estudio con Noah. Cada vez con más frecuencia, Tanáel se unía a ellos y se enfrascaban en largas conversaciones que podían durar hasta el amanecer.

Noah comenzó a visitar a Enara, por lo que, hasta la partida de los muchachos, se había vuelto más torpe que de costumbre. No había día en que no ocasionara algún accidente en su estudio y el Palacio de Gobierno tuvo que ser evacuado en varias oportunidades para evitar que alguien terminara intoxicado por los vapores y humos que generaban sus descuidos.

Santoro finalmente recobró el conocimiento y se recuperó de sus heridas. Una larga cicatriz le cruzaba el rostro y, a pedido de los muchachos, Ara le cosió un parche, al que le bordó con hilos de oro la insignia de la Guardia de Sitnor. Santoro, a pesar de los dolores de cabeza que le ocasionaban Quentin y Josh, habría dado con gusto su otro ojo por protegerlos, por lo que lucía su parche con orgullo y a todo el que preguntaba, le contaba que era un regalo de los señores a los que escoltaba.

Reda Almairon y el único hombre que le quedó, fueron escoltados hasta la frontera norte, con Eric a cargo del traslado. No había nadie mejor que él para esa tarea.

El primer día del otoño, todos los jóvenes de Sitnor, tanto de Ciudad Capital como los que vivían en otros poblados del país, debían presentarse para cumplir con su obligación en el Campo de entrenamiento, una gran fortaleza de altos muros, rodeada por un profundo foso. La fortaleza se encontraba a unos pocos kilómetros de Ciudad Capital, por lo que, al amanecer, una gran caravana de carretas partió a acompañar a los jóvenes que pasarían los próximos años allí. Era obligatorio para los jóvenes que hayan cumplido trece años, y opcional para las señoritas, pero regularmente asistían al campo varias decenas de ellas.

A media mañana, la caravana llegó a su destino, entre los llantos de las madres y preocupación mal disimulada de los padres. Sabían que las cosas ahí no serían fáciles. Pasarían hambre, frío y necesidades, solo con la intención de fortalecer su carácter.

Los muchachos bajaron sus pertenencias, se despidieron de sus familias y la enorme puerta levadiza se levantó cuando el último de ellos hubo entrado.

Los recién llegados fueron formados en un círculo en el patio central. El Comandante quedó en el medio de ellos.

—Sean bienvenidos a Campo de Entrenamiento —dijo sin levantar la voz una vez que todos estuvieron en completo silencio—. Para comenzar, es siempre agradable la presencia de las damas en nuestro Campo, alegran nuestros días con sus sonrisas y siempre están dispuestas a prestarnos su oído cuando pasamos momentos difíciles. Lamentablemente, debo comunicarles que estarán separados en edificios diferentes durante el primer año, solo podrán verse una vez cada quince días, siempre y cuando se hayan comportado como se espera que lo hagan. El próximo año formarán un solo grupo.

“Es normal que algunos de ustedes tengan algún amorío aquí dentro, podrán enviarse y recibir correspondencia entre ustedes cuando lo deseen, pero no se permitirá el contacto físico, ni los encuentros a escondidas. Mucho menos se tolerará que una muchacha sea forzada. La señorita que sea maltratada de alguna forma, tiene la obligación de denunciarlo, sin importar cuantas amenazas haya recibido. La pena para el que incurra en ese delito es la castración, sin importar cuánto rueguen, lloren o se excusen. Aquí no tenemos consideraciones, preferencias ni acomodos, todos son iguales, y el trato será el mismo para todos, sin importar si sus padres son leñadores o gobernantes. Cuando esa puerta se cerró, quedó afuera su

apellido y su linaje. Aquí tenemos nuestras propias leyes y códigos y serán cumplidos. Si roban, pierden un dedo. Si golpean a un compañero fuera del entrenamiento, serán azotados. Somos ciudadanos respetables no una tribu salvaje, por lo que espero de ustedes que se comporten como es debido.

"Hace más de un siglo que fue establecida esta fortaleza, por lo que sabemos bien cómo funcionan las cosas. Las rivalidades que surjan entre ustedes, se resolverán en el campo de entrenamiento y con la supervisión de un oficial. Verán a diario a sus compañeros dándose golpes en solitario… se habituarán a ello. Es normal. Pronto recibirán por parte de sus instructores las reglas para hacerlo correctamente.

"Por otra parte, olvídense de sus comodidades, aquí todos trabajarán cuidando de los animales, cosechando su alimento y preparándolo, limpiarán sus habitaciones y todo lo que usan en la fortaleza. También recibirán los turnos para cada tarea por parte de sus instructores. Al terminar mi discurso, serán divididos en grupos de diez personas por habitación. Ellos serán su familia a partir de ahora. Con el fin de mantener las rivalidades lo más alejadas posibles, les sugiero que permanezcan con sus amistades, parientes y conocidos. Si desean cambiar de grupo, deben comunicarse con su instructor y solo podrán hacerlo dos veces, así que piénsenlo bien.

"Los entrenamientos los llevarán a cabo en los momentos que no estén ocupados con sus tareas, sus horarios también se los darán sus instructores.

"Como ya saben, no pueden dejar la fortaleza, salvo algunas pocas excepciones. Una vez al mes una carreta con correspondencia va a la ciudad, por lo que si quieren enviar algo, deben dárselo a su instructor. Solo podrán recibir cartas desde el exterior, así que no gasten tinta solicitando comida ni vestimenta, porque no se les dará nada de lo que les sea enviado. Pueden aprender a coser y a tejer, si les place, y les recomiendo que lo hagan. Los inviernos pueden ser muy duros lejos de casa. Podrán intercambiar prendas por otras cosas por ejemplo, una manta tejida a cambio de algunas tareas semanales. Estos intercambios deben ser notificados a sus respectivos instructores para evitar malos entendidos.

"Sin más que decir, hagamos que los próximos años sean lo más llevaderos posible.

35

Pyebra Ciudad Capital, año 3998

Un guardia lo detuvo al tratar de ingresar por las puertas del Palacio de Las Hojas.

—Lárgate pordiosero, aquí no damos limosnas —dijo y lo amenazó con su espada.

—Soy Reda Almairon, imbécil, quítate de mi camino. —Respondió un andrajoso Reda y le dio un empujón.

—Discúlpeme, mi señor, no lo reconocí. —El guardia se arrodilló a sus pies, pero Reda lo ignoró y continuó caminando.

El cielo estaba pintado con grises e inmensos nubarrones y el calor de mediodía era difícil de soportar, por lo que respiró profundamente antes de subir el sinuoso camino selvático.

Después de una larga hora de caminata, llegó a las puertas del Palacio empapado en sudor y los truenos que lo acompañaban eran cada vez más frecuentes y ensordecedores. Sin siquiera asearse, se dirigió apresurado a ver a su hermano. Subió corriendo al primer piso y entró sin dejar que los guardias lo anuncien. El rey Kirios estaba reunido con sus ministros, a los que despidió ni bien vio a su hermano.

—Por los dioses Reda, ¿qué te ha sucedido?

—Estos malditos sitnorenses están dementes —gritó levantando los brazos. Llevaba meses acumulando odio y resentimiento, por lo que explotó apenas tuvo la oportunidad—. He sido maltratado, torturado, humillado. Han matado a casi todos mis hombres y el último de ellos falleció en el desierto cuando nos dirigíamos hacia aquí.

—¡Guardia! —llamó Kirios y cuando un guardia se asomó por la puerta, agregó—: Ve por Viktoria ya mismo.

—Sí, señor.

—Cálmate, por favor, espera a que llegue Viktoria.

Reda caminaba de un lado al otro apretando los puños y los

músculos de su mandíbula se tensaban en sus mejillas. Caminó hasta una mesa que había en un rincón y se sirvió una copa de licor, la bebió de un sorbo, volvió a llenarla y continuó paseándose de lado a lado.

—¿Cómo me pides que me calme? Esos malditos niños… ¿Puedes creerlo? ¡Un puñado de niños me han dejado en ridículo!

Viktoria entró a la habitación y abrió los ojos, asombrada, al ver a Reda.

—¿Qué te ha sucedido? —dijo y lo miró de arriba abajo. Su cuñado vestía harapos y la venda que llevaba en su rostro estaba manchada de sangre seca y suciedad.

—He estado a milímetros de perder un ojo, aparte de haber perdido a todos mis hombres. —Reda tomó una larga bocanada de aire y comenzó a contarles lo que había sucedido en Sitnor Ciudad Capital, cómo los dos miembros de la Hermandad habían encontrado la muerte al intentar secuestrar al hijo del Gobernador y lo que sucedió desde que se cruzó por primera vez con Noah Guna hasta que fue expulsado del país.

—No puede ser cierto —dijo Viktoria, incrédula—. ¿Cómo es posible qué…? ¡Dijiste que llevarías a tus mejores hombres! —gritó sin hacer ningún esfuerzo por controlarse.

—¿Crees acaso que estoy mintiendo? ¿Cómo te atreves? Ve tú por esos condenados muchachos, lleva a tus magos, a los dioses o a quien quieras y compruébalo por ti misma.

—Eres un inútil Reda, jamás debimos haber confiado en ti.

—No les vi el rostro a Aníbal ni a Rob, salvo cuando me deportaron —continuó Reda sin escuchar ni una palabra de lo que Viktoria decía —. Todo lo hicieron los dementes de sus hijos. Vi cuando asesinaron a todos mis hombres, esos dos muchachitos indefensos, como les llamaron, son más hábiles que toda tu maldita guardia —dijo y miró a su hermano, que continuaba sentado observándolos sin abrir la boca.

—Admite que llevaste a un puñado de inútiles contigo, admite que eres un inútil tú también. ¡No pudiste con dos mocosos!

Reda se sentó en uno de los sillones y bajó la cabeza para intentar calmarse. Se hizo un prolongado silencio.

—Di lo que quieras, cuñada —dijo luego de unos minutos—. Pero no estuviste ahí. No sabes nada. —Hizo una nueva pausa y apoyó la frente en sus manos—. Estoy seguro que el menor de los Guna también posee algún tipo de poder, pero se cuida de utilizarlo. En el último enfrentamiento, en el que fui apresado, lo observé mientras esperaba para poder ponerme de pie nuevamente. Se movía con una

velocidad inhumana, todos sus golpes eran precisos y dudo que haya sido herido, siquiera.

—Además dijiste que podía saber cuándo mentías —agregó Viktoria, algo más tranquila y Reda asintió.

—Deberemos esforzarnos más, entonces —dijo Kirios—. Retírense. Reda, haz que te vean esas heridas.

Viktoria y Reda salieron juntos, en completo silencio. Reda se encaminó hacia sus aposentos y Viktoria lo siguió unos pasos detrás.

—Déjame ¿quieres? —Le dijo, molesto, al llegar a la puerta.

—Permíteme ver tus heridas al menos.

Reda la miró frunciendo el ceño.

—Te he dicho que me dejes. Vete, no quiero ninguna de tus charlas enigmáticas ni esas mierdas. Vete y déjame en paz.

—Reda, por favor, no quise decir...

—Lo dijiste. Ahora lárgate de aquí. —Reda entró a su habitación y cerró la puerta en su cara.

36

—La visita de Reda al sur no fue tan exitosa como planeamos. —El rey Kirios se dirigió a dos de sus ministros—. Los hijos de Pronees y Guna ofrecieron resistencia, asesinaron a los dos miembros de la Hermandad que habían sido asignados a su captura. Reda perdió a todos sus hombres y fue encarcelado por un largo tiempo, luego fue liberado y escoltado hasta la frontera. —Los ministros escuchaban, sin decir una palabra—. Enviarán a buscar a todos los magos que han dado sus nombres y los traerán a la fuerza si es necesario. Serán llamados todos los hombres que sean capaces de sostener una espada entre sus manos, también los herreros y los mejores alquimistas de cada ciudad. Se le exigirá a cada gobernante el doble de impuestos, si no es en oro, será en granos.

—Mi señor, eso traerá hambre a su pueblo —dijo alarmado Qirha, uno de los ministros.

—Es un sacrificio que estoy dispuesto a correr, si eso nos conduce al éxito.

—Pero, mi señor…

—No estoy pidiendo consejo. Lo estoy ordenando. —El ministro bajó la mirada—. Tendremos un gran ejército para alimentar, nuestros hombres, tanto soldados como magos necesitan estar fuertes para marchar al sur, donde el dios Efos no es tan benévolo.

—Por supuesto, mi señor, mandaré a redactar las notas —dijo Dhalora.

—Excelente, pueden retirarse.

El rey Kirios rara vez dejaba la sala del trono, un accidente con un caballo le había dejado mal una rodilla, le dolía al caminar y permanecía, principalmente, en la planta alta del Palacio.

Muy temprano en la mañana, antes de que el sol saliera, se levantaba, tomaba un baño y se dirigía a la Sala Dorada, una habitación lujosamente decorada, donde el oro relucía en cada rincón; cortinas, muebles, adornos, cuadros e incluso en la vajilla que

utilizaba para alimentarse a diario. Allí permanecía el resto del día, entre visitas y peticiones.

Esa tarde decidió que sería bueno saludar a sus tropas, por lo que ordenó a sus guardias que lo escolten al otro lado de la ciudad, a los campos de entrenamiento donde habían sido alojados los hombres que se presentaron voluntariamente para formar parte del nuevo ejército de Pyebra.

«Será una vida de sacrificios, pero el honor de luchar por Pyebra vale más que cualquier lujo» les había dicho el primer día y los hombres lo vitorearon, orgullosos de ofrecer la vida a su rey y a su patria.

Kirios bajó con dificultad de un carruaje bastante modesto, que era el que utilizaba cuando salía a dar algún paseo por la ciudad. De esa forma, evitaba llamar la atención de sus súbditos.

Cuando sus soldados lo vieron llegar, se arremolinaron a su alrededor y comenzaron a entonar cánticos en su honor. El rey los saludaba sonriendo y estrechándoles la mano. Los superiores del campo se acercaron rápidamente al ver el alboroto y se encontraron con la sorpresiva llegada del rey.

—Mi señor, no nos comunicaron de su visita —dijo uno de los oficiales con una reverencia.

—Ha sido algo que surgió en el momento. Quería aprovechar el tiempo libre visitando a mis hombres. —El rey Kirios siguió caminando, sin preocuparse por el oficial que continuaba aún mirando al suelo. Alzó la voz y dijo—: Si no les molesta, me gustaría permanecer por aquí unas horas, mientras ustedes continúan con sus tareas. No se preocupen por mí, hagan de cuenta que no estoy.

Los hombres regresaron a lo que estaban haciendo y dejaron a su rey solo junto a su guardia personal.

El rey Kirios caminaba a paso lento, disimulando la molestia que sentía en su pierna, deteniéndose cada pocos metros a observar a los hombres entrenar.

«Son realmente malos, debo traer a mis guardias aquí. Alguien tiene que enseñarles a luchar como es debido» pensó.

Continuó caminando hasta llegar a las barracas donde se alojaban. Con asombro vio que eran unas pocilgas malolientes, con pequeños montones de paja, donde dormían sus soldados. Dejó el lugar disimulando de mala manera su enojo y se dirigió a la barraca que oficiaba de cocina.

—¿Quién prepara los alimentos? —preguntó con brusquedad a uno de los hombres que se encontraba más cerca.

—Nosotros, mi señor.

—¿Tú eres soldado también?

—Sí, mi señor, por supuesto.

—¿Qué... qué clase de alimentos preparan? —Al ver que el cocinero no decía una palabra y continuaba mirando al suelo, el rey Kirios se tranquilizó para darle confianza—. Puedes decírmelo, sin miedo.

—Con todo respeto, mi señor, realmente no hay mucho más que algunas hortalizas. A veces tenemos algo de carne. —Le dijo sin levantar la vista de sus pies.

—Deben estar bromeando.

—Mi señor. ¿Cómo cree? —dijo alarmado el cocinero.

El rey se dirigió enfurecido hacia la caseta donde estaban los oficiales.

—¿Qué demonios es esto? —gritó ni bien abrió la puerta.

—Su Majestad, ¿qué sucede? —preguntaron a coro.

—¿Cómo se supone que nuestro ejército sirva de algo si se alimentan de patatas y zanahorias y duermen en pocilgas infestadas de pulgas?

—¿Mi señor? — preguntó el comandante confundido.

—¿Dónde están los animales? Ordené que trajeran rebaños de animales. Cabras, vacas, incluso gallinas.

El comandante del campo se dirigió hacia un estante con enormes libros. Sacó uno de ellos y buscó en las primeras páginas.

—Aquí tiene —dijo con más brusquedad de la permitida, pero el rey ignoró la falta de respeto—. Este es el registro de todo lo que llega al campo, con la firma de la persona que lo trae. Note que son varias personas las que traen regularmente los víveres.

Kirios no podía creer lo que sus ojos veían. En efecto, las raciones eran miserables y llegaban con varios días de separación.

—¿Cómo es posible? —dijo en voz baja—. Ordené que sean alojados en buenas condiciones y que sean apropiadamente alimentados.

—Eso nunca sucedió.

El rey regresó a donde entrenaban los hombres, seguido a pocos pasos por los oficiales del campo.

—Llama a todos los hombres aquí. —Le dijo al comandante.

Luego de unos minutos, la totalidad del ejército se había congregado alrededor del rey.

—Les pido mis más sinceras disculpas. —Kirios alzó la voz—. Hemos sido engañados. Mis órdenes fueron que sean alojados cómodamente y bien alimentados, pero fueron ignoradas y ustedes

han sufrido las consecuencias. Les aseguro, les juro, que los culpables serán castigados, pero antes debo arreglar todo para que ustedes sean tratados con el respeto que se merecen. No encuentro palabras para describir el malestar que me ha producido ver las condiciones en que vivieron estos últimos meses. De inmediato arreglaré esto. Espero que me perdonen por mi error.

Los soldados de Pyebra festejaron las palabras de su rey, y nuevamente comenzaron a cantar en su honor, mientras Kirios sonreía con lágrimas en los ojos.

Luego de unos minutos, fue acompañado de regreso a su carruaje por el sonido de las voces de sus hombres y pidió ser llevado a toda velocidad, no sin antes ordenar a uno de sus guardias que cabalgara al palacio y convocara a sus ministros a una reunión de urgencia.

—He ido a dar un paseo —dijo el rey Kirios, intentando disimular su enojo, una vez en la Sala Dorada. Sus ministros sonrieron.

—¿Y cómo lo trató su rodilla? —preguntó Qirha, el Ministro de la Moneda. Kirios no pudo dejar de notar el tono de adulación con el que habló.

—¡Oh muy bien, muy bien!

—¿A dónde lo llevaron esta vez? ¿Al teatro, quizás? —preguntó Dhalora, Comandante en jefe del ejército de Pyebra.

—No, no —dijo fingiendo una sonrisa—. Quise ir a visitar a mi ejército. ¿A qué no saben con qué me encontré? ¡Con un maldito campo de prisioneros! —rugió.

El rostro regordete de Dhalora había palidecido muy rápidamente. Quiso ponerse de pie, pero uno de los guardias del rey lo detuvo.

—¿Creíste acaso que nunca lo sabría?

—Mi señor ¿Qué sucede? —preguntó Qirha.

—Sucede que el señor aquí ha estado robándonos en nuestras propias narices. Las condiciones del campo de entrenamiento son peores que en cualquier prisión de Pyebra. ¡Y se supone que esa gente defenderá nuestro pueblo! —gritó—. ¿Cómo demonios creen que podrán luchar por Pyebra si se alimentan de patatas y duermen sobre montones de pulgas?

—Eso es una bajeza, Dhalora, incluso para alguien como tú —dijo hablando por primera vez Ásija, la única mujer en la Sala, Ministra encargada de los asuntos del pueblo.

—Ásija, encárgate ahora mismo de visitar el campo de entrenamiento y proveerlo de lo que necesiten. Por hoy será prioridad

la alimentación. Mañana quemarán esas inmundas barracas y se comenzará la construcción de nuevas instalaciones.

—Como ordene, mi señor —dijo Ásija, que inclinó la cabeza y se retiró de la Sala.

—Guardias, encarcelen a este hombre de inmediato. Sin agua ni comida, y asegúrense que sea en la celda más sucia de la que dispongan.

—Como ordene, mi señor.

Dhalora no volvió a abrir la boca y dos guardias lo escoltaron a los calabozos del subsuelo.

—Tú. —Kirios se dirigió a otro de sus guardias—, ve en busca de Reda.

Mientras esperaban la llegada del hermano gemelo del rey, Kirios se acercó al ventanal y su mirada se perdió en los dorados colores del atardecer.

—Es irónico, ¿no crees? La persona a cargo del ejército de Pyebra, matando de hambre a sus propios hombres —dijo Kirios, como si estuviera pensando en voz alta.

—Probablemente confió en que usted no dejaría la Sala Dorada por un largo tiempo, mi señor. Quizás sus planes eran largarse de aquí antes que note lo que estaba haciendo.

—Si no supiera que Sitnor es un pueblo orgulloso y pacífico, sospecharía de ellos. Pero serán rivales dignos, lejos de traiciones y engaños. En cambio, a las traiciones las tengo en mi propio palacio, con mi propia gente.

Qirha no respondió y Kirios valoró su silencio. No necesitaba, en esos momentos, palabrería inútil.

Después de unos minutos, Reda ingresó en la Sala Dorada sin anunciarse, como era su costumbre.

—Ahora da gusto verte, Reda —dijo Kirios sonriente al verlo aseado y con su vestimenta habitual, completamente de negro. Su gemelo respondió inclinando la cabeza—. Te he enviado llamar por dos razones: primero porque Dhalora nos ha estado robando en la cara y necesitamos saber dónde ha escondido su botín y segundo porque a partir de este momento eres el nuevo Comandante en Jefe del ejército de Pyebra.

Qirha se puso de pie ante sus palabras. La costumbre era que se celebrara una asamblea donde, entre Ministros y consejeros, decidieran quién era apto para determinada tarea.

—¡Mi señor! —exclamó alarmado.

—Para qué voy a ser el rey, sino para ordenar. La decisión es

inapelable. Tú eres testigo del nombramiento. Ya puedes retirarte.

—Sí, mi señor. —Qirha inclinó la cabeza y retrocedió hacia la puerta, sin darle la espalda al rey.

Cuando la puerta se cerró, Reda se acomodó en uno de los sillones.

—¿A qué debo el honor?

—A que no puedo confiar en nadie, al parecer. —Kirios le contó lo que había visto en el campo de entrenamiento y las condiciones de su ejército.

—La codicia… —dijo Reda con un largo suspiro.

—Dime qué piensas —dijo Kirios luego de unos minutos.

—Lo primero que hay que hacer es contratar mercenarios, que sirvan para entrenar a los hombres. Una vez que los consigamos, seguiremos el método que usan en Sitnor: tenemos que separar a los soldados según las habilidades que posean para que se entrenen solo en eso. No nos sirven espadachines y arqueros mediocres, necesitamos los mejores espadachines y los mejores arqueros. Mientras eso sucede, los soldados ayudarán a los carpinteros en la construcción de las nuevas barracas. No es conveniente tener dos mil hombres mirándose las caras mientras esperan a que las cosas sucedan y, cuanto antes terminen, mejor será para todos. Mal que nos pese, Sitnor está al tanto de nuestros planes y no podemos estar seguros de que no intentarán algo antes que nosotros.

—Hablando de eso, he enviado hombres a la frontera. Pronto nos llegarán noticias.

—Excelente.

—Habla con Viktoria sobre lo que viste del muchacho Guna. Ella puede sernos de utilidad para interrogar a Dhalora. Quizás a esta hora haya encontrado la manera de hacer alguna de las cosas que él hace.

37

Reda caminó con pasos veloces por el ala sur. Las puertas de todos los salones se encontraban abiertas ese día, pero decidió mirar hacia su derecha, al jardín del patio interior. No le gustaba en absoluto ir a esa parte del palacio, cada vez que veía a esas extrañas personas, un escalofrío le recorría la columna vertebral.

Como la mayor parte de los hombres que no la poseía, él odiaba la magia incluso sabiendo que sería una gran ventaja tener algunos buenos magos entre ellos. No llegaba a comprender cómo personas, al parecer iguales al resto podían, hacer cosas tan diferentes, cómo podían mover cosas e incluso matar gente sin siquiera tocarlos. Se sintió aturdido ante el recuerdo de la primera exhibición de poderes, cuando ejecutaron cruelmente a un prisionero; no podía borrar de su mente la imagen de esa dulce niña moviendo sus dedos, haciéndolo mover en una extraña danza imposible, siguiendo el compás del sonido de sus articulaciones al romperse. Le siguieron más ejecuciones a esa, tanto en la Ciudad Capital como en Palmeras, la segunda ciudad más grande de Pyebra, ubicada en medio de la selva del centro del país, y también en las grandes ciudades costeras de Puerto Bahía, Puerto de las Águilas y Mar Verde.

—Reda, qué agradable sorpresa —dijo Viktoria con una sonrisa en el rostro.

—Debemos hablar.

—Sígueme —dijo y lo condujo al último de los salones, que en esos momentos estaba desocupado.

Viktoria cerró la puerta cuando Reda entró y luego se abalanzó sobre él. Le rodeó el cuello con los brazos e intentó besarlo, pero él la detuvo.

—Espera, Viktoria, he venido a hablar contigo por otros asuntos. Dhalora.

—¿Qué hay con él? —preguntó mientras sus dedos acariciaban el cabello de Reda.

—Ha sido encarcelado por traición. Ha robado el dinero destinado al campo de soldados. Kirios ha decidido que debemos interrogarlo y saber dónde escondió su botín. —Viktoria soltó sus manos y bajó los brazos—. Quiere tu ayuda para eso. Me encomendó que hable contigo, quizás sabías hacer lo mismo que el muchacho Guna, saber cuándo alguien miente.

—No sé cómo hacerlo. Sería más fácil entrar en su mente y saberlo de esa forma.

—Como desees, entonces. —Reda dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Cuando la abrió, Viktoria, sin moverse de donde estaba, volvió a cerrarla con un fuerte golpe.

—Aún no he terminado contigo.

Sus ojos pardos eran ahora color violeta, un mechón de su cabello le caía en el rostro y Reda la miró boquiabierto. Ella se acercó caminando despacio, la brisa que entraba por las ventanas abiertas hacían que la delicada tela del vestido que llevaba se moviera suavemente, acentuando su delgada figura. Reda la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Muy a su pesar, no podía resistirse a ella.

38

—¿Qué ha sucedido en Sitnor, hijo?

El sonido de sus pasos sobre el pulido suelo de piedra quebraba el abrumador silencio que imperaba en el salón subterráneo. Un único rayo de sol descendía por la cúpula de rocas y sus destellos se reflejaban en los diminutos cristales que las cubrían, haciendo que se multiplicaran por miles y creando así una telaraña de haces de luz que alumbraban suavemente la estancia.

—Los Hermanos han fallado en su misión y han encontrado la muerte, lo que me forzó a intervenir, aunque debo admitir que sin éxito —dijo Reda en un susurro a una anciana encorvada, cuyo rostro se escondía debajo de la sombra de su capa—. No fui capaz de encargarme de esos muchachos. Nuestros informes no fueron certeros. Dijeron que no darían complicaciones, sin embargo me han humillado de todas las formas posibles. Incluso, ha fallado la descripción que teníamos de ellos. De no haber sido así, podría haber capturado a los dos hijos de Guna desde el inicio, pero los confundí, en cambio, con dos muchachos curiosos que espiaban a la mesera de la posada en la que me alojaba, cuando en realidad estaban vigilándome. El mayor de los Guna lleva el cabello largo, es delgado, alto, torpe en sus movimientos, pero según noté tiene una mente muy rápida, aunque pierde la cabeza ante situaciones violentas. Es un gran hombre de ciencias, no un simple e inútil aprendiz, como nos habían informado. En nuestro encuentro en la taberna arrojó algo al suelo que causó un gran estruendo y todo se cubrió de humo, lo que obligó a la gente a huir espantada. En ese momento la Guardia de Sitnor nos apresó por primera vez. Logramos escapar, aunque esa noche perdí cuatro hombres. La siguiente vez, me arrojó un dardo que se clavó en mi pierna, inmovilizándola por completo por largos minutos. No tenía conocimiento de que pudieran suceder cosas como esas —dijo Reda Almairon y la anciana escuchó sin interferir—. Su hermano menor, en cambio, es la imagen de su padre, el color de su cabello, su porte, su

habilidad, incluso sus gestos. A pesar de que es muy cuidadoso, estoy seguro de que también es mago. Sus movimientos con la espada son demasiado rápidos y siempre certeros, no creo que siquiera haya sido herido. La mayor parte de las veces, está un paso adelante en cualquier situación, no pierde la cabeza, es despiadado y frío. Joshua Pronees fue herido cuando los Hermanos los atacaron y solo lo vi cuando me apresaron. También es la imagen de su padre. Si recuerdas a Guna y Pronees en su juventud, podrás hacerte una idea de cómo son. —La anciana asintió con un murmullo—. Nos indicaron dos niños delgados y desgarbados y nos terminamos encontrando con dos muchachos de mi altura, con las espaldas anchas como Kirios y habilidades increíbles.

—¿Cómo los hallaron los Hermanos?

—Ellos estarían vigilándolos fuera de la fortaleza, pero no podíamos comunicarnos para mantenernos fuera de sospechas. Eso es algo que deberíamos haber previsto.

—Lo sabemos para la próxima ocasión —dijo la anciana, sin dejar traslucir preocupación alguna.

—He perdido mi insignia y temo que eso ha hecho que la Hermandad haya sido descubierta.

—Tarde o temprano, sucedería. Hay algo más que quieres decirme… —La anciana animó a Reda.

—Así es. Kirios me ha designado como nuevo Comandante del ejército de Pyebra y me ha dicho que sus hombres carecen de entrenamiento y de guías adecuados. Necesito la ayuda de la Hermandad para entrenar a los soldados, no confiaría en nadie más semejante tarea. Son en su mayoría campesinos y pescadores, pero necesitamos hacer de ellos los mejores guerreros del mundo.

—Cuenta con eso, hijo.

39

—An Dhalora por el delito de alta traición, yo Kirios Almairon, rey de Pyebra y las Tierras Anexas, te sentencio a morir en la horca ante la presencia del ejército al que has perjudicado con tu codicia. Que el dios Ladha juzgue tu corrupta alma, que la diosa Zarba la conduzca a la Oscura Morada y el dios Suin te mantenga a su lado por el resto de la eternidad.

An Dhalora estaba parado sobre un taburete con las manos y los pies encadenados. Vestía unos sucios harapos, ya que había sido despojado de su costosa vestimenta y de todos sus anillos y cadenas de oro. El verdugo colocó una soga en el cuello, pero él se mantuvo firme, con la vista fija en la estatua del rey que había en el centro de la plaza de armas. Le colocó una capucha de tela en la cabeza y, luego de unos pocos segundos, pateó el taburete con fuerza. El cuerpo de Dhalora quedó suspendido por el cuello. Por unos minutos solo se oyó el sonido de las cadenas tintineando mientras sus piernas y brazos se movían sin control, hasta que su vida se apagó para siempre.

El ejército de Pyebra estalló en aplausos, al ver que el rey Kirios había cumplido con otra más de sus promesas.

En el Campo de Entrenamiento ya habían finalizado las obras de reconstrucción. Los soldados se alojaban ahora en cabañas cerradas, limpias y seguras. Si bien no tenían un invierno frío, las tormentas de verano podían llegar con vientos huracanados que destruían viviendas y tiraban árboles sin piedad alguna. La alimentación había mejorado notablemente y había soldados experimentados y mercenarios a cargo de los entrenamientos.

La ejecución de Dhalora se había llevado a cabo en la plaza del Campo de Entrenamiento, por lo que el rey y su comitiva aprovecharon para recorrer las nuevas instalaciones. Una veintena de cabañas se alineaban en cuatro largas y prolijas filas y, al final de ellas, se encontraba una imponente construcción, aún sin terminar, que sería comedor y sala común.

—Me siento muy orgulloso del trabajo que has hecho aquí —dijo Kirios a Reda al finalizar el recorrido—. Las condiciones de mis hombres han mejorado de forma notable, espero que se vea reflejado en su desempeño en el campo de batalla.

—Sin duda verás también mejoras en ese aspecto. Estamos preparando una sorpresa para ti.

—No puedo esperar para verlo. —Kirios sonrió complacido—. ¿Qué te parece, querida?

—Es maravilloso —dijo Viktoria, distraída, mientras movía su abanico de plumas blancas.

—Me gustaría dar un paseo por la ciudad —dijo Kirios al llegar a los carruajes, luego de unos minutos.

—No ahora, querido, no me siento muy bien. Quisiera regresar enseguida y recostarme. Aún no logro acostumbrarme a este terrible calor —dijo Viktoria sin dejar de abanicarse.

—Por supuesto, por supuesto.

Kirios ordenó dirigirse al Palacio de Las Hojas inmediatamente y decidieron regresar en uno de los carruajes más pequeños, separados de la comitiva principal.

Al llegar al palacio, el rey se encontró con un gran revuelo de personas apostadas en las puertas, a las que les habían prohibido la entrada. Eran los recaudadores de impuestos que solicitaban verlo con suma urgencia. El rey los recibió en una de las salas de la planta baja, algo más modesta que la imponente Sala Dorada.

—¿A qué debo su visita? —preguntó Kirios con una sonrisa, como era su costumbre.

—Mi señor, lamentamos comunicarle que no estamos teniendo el éxito esperado en nuestro trabajo —dijo uno de ellos—. En un principio hubo muchas quejas, pero la mayor parte de las ciudades y aldeas pagaron. Las siguientes ocasiones fueron menos amables. A muchos de nosotros esta última vez nos prohibieron la entrada, nos agredieron y la mayoría resultamos heridos. Temo, mi señor, que la próxima vez deberemos ir escoltados.

—Puede que no sea apropiado que lo diga, mi señor —dijo otro de los recaudadores—, pero debe saber que el tributo es excesivo.

—No, no es apropiado. Retírense —dijo el rey Kirios y les dio la espalda.

Los hombres dejaron la sala caminando hacia atrás y haciendo reverencias. El rey salió poco después y solicitó la presencia de su hermano en la Sala Dorada y, una vez que los dos volvieron a estar solos, le contó las noticias.

—Deberás proveerlos de hombres para que los escolten —dijo al finalizar.

—¿Cuántos son los que necesitan escolta?

—Todos ellos. Un total de veinticuatro.

—A cinco escoltas por recaudador… Reduce la cantidad de recaudadores, que se ocupen de más ciudades los restantes. No podemos prescindir de tantos soldados. Recuerda que nuestro ejército es pequeño. Debemos incluso reclutar más hombres.

—Fue también una de mis órdenes cuando regresaste de Sitnor.

—No he visto que se haya cumplido. No han llegado nuevos reclutas.

—Encárgate de eso también. Haz que, además de los impuestos, todo hombre que sea capaz de sostener una espada, sea traído a Ciudad Capital, como también los alquimistas y los herreros. Dhalora se iba a encargar de redactar las notas.

—Maldito sea.

—Lo dejo en tus manos, entonces. —Terminó el rey con una sonrisa.

—Por supuesto —contestó Reda antes de retirarse. Era una de las pocas personas que tenían esa clase de permisos.

40

El canto de las aves anunció la llegada de un nuevo día, despertando así a los cientos de especies que vivían en los frondosos jardines del Palacio de Las Hojas. Reda se sentó en su cama, aún sin haber despertado del todo, estiró los brazos sobre su cabeza y bostezó largamente. Observó por su ventana que había un par de pequeños primates en su balcón comiendo las frutas que les había dejado la noche anterior. Sonrió y se puso de pie para verlos más de cerca, pero se fueron, espantados, cuando lo escucharon. No había caso, no podía acercarse a ellos y tampoco tenía el suficiente tiempo libre para intentarlo. Dio media vuelta y se sobresaltó al ver su cama.

—¡Viktoria! —Otra vez se había dormido en su cama—. Viktoria, despierta. —La llamó moviendo su hombro con suavidad—. Debes irte, ya ha amanecido.

La mujer no respondió, solo se cubrió la cabeza con un almohadón. Reda la observó por unos segundos y, luego, sus dedos recorrieron la suave y blanca piel de su espalda. El cabello caía como una oscura cascada entre sábanas y almohadones.

«Si solo hubiera llegado antes a Pyebra, no deberíamos escondernos como dos pecadores» pensó.

Siempre lamentaba haber permitido que Kirios partiera antes que él de Ojo de Agua, la aldea emplazada en medio del desierto de Then Kua, una de las pocas que sobrevivía a las sequías y constantes tormentas de arena; era una parada obligatoria de camino a Ciudad Capital. La mañana que Kirios partió, él decidió pasar unos días más en la aldea, ya que el viaje desde Sitnor lo había agotado. Maldecía su pereza cada día desde entonces, desde hacía más de una década.

Viktoria viajaba en una caravana con su esposo y sus dos pequeños, a Pyebra desde Morrau. Al llegar al desierto y cruzar la frontera, un grupo de bandidos los había atacado. Forzaron a las mujeres frente a la mirada de los hombres y los niños, y luego fueron asesinados. Las doncellas, y la misma Viktoria, fueron presa de las urgencias de esos

jinetes durante gran parte de la noche, hasta que se manifestó su poder y acabó con sus vidas.

Kirios encontró la caravana y quedó horrorizado por el espectáculo. Según dijo, contó ocho hombres sin cabeza y cinco mujeres con los vestidos rasgados, degolladas y atadas a cruces de madera. A un costado, un gran montículo de arena parecía ser una sepultura reciente.

Vio huellas de unos pequeños pies que se dirigían al norte, por lo que ordenó a uno de sus hombres que regrese por Reda y, luego de quemar todo, él partió siguiendo el rastro; sin duda alguna, la persona que se había alejado sola del campamento perecería bajo el sol del desierto si no se apresuraba a alcanzarla. Halló una mujer de piel muy blanca y oscuro cabello inconsciente a pocos kilómetros, su cuerpo estaba golpeado y cubierto de ampollas, sus labios rotos e hinchados. Se dirigieron de prisa a la capital él y la cuidó durante diez días con sus noches, casi sin moverse de su lado.

Al despertar, fue la primera persona a la que vio. Siguió cuidándola hasta que pudo valerse por sí misma y le ofreció matrimonio. Ella le dijo que aceptaría si la dejaba partir para encontrar a alguien que pueda enseñarle a controlar sus poderes. Él prometió que le ayudaría en lo que sea, sin importar lo que la Ley de Protección ordenara.

Ya no recordaba cómo habían sucedido las cosas después de eso. Solo sabía que la mujer de la que se había enamorado era la esposa de su hermano.

—Perezosa, ya despierta. —Viktoria se acostó sobre su espalda y su vientre se dibujó como una cúpula bajo las sábanas. Estiró los brazos y sonrió, aún dormida—. Vamos Viktoria, ya debes irte.

Al ver que no se despertaba, caminó hasta la mesa y sirvió agua en un vaso.

—¿Qué haces? —Viktoria se sentó en la cama con el rostro empapado y Reda reía divertido.

—¡Al fin te despiertas! Ya ha amanecido, debes irte.

—No quiero —dijo y volvió a cubrirse con la sábana.

—Vamos, mis hombres me esperan —susurró y, luego, colocó su vestido sobre la cama—. Debo salir de la ciudad y prometí hacerlo al amanecer.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó aún con el rostro cubierto.

—No lo sé, puede que en una semana, tal vez un poco más. Apresúrate.

Viktoria se puso de pie de un salto y comenzó a vestirse apresuradamente, como si recién se diera cuenta de lo que estaba

sucediendo.

—¿Por qué no me despertaste antes? —preguntó molesta, luego de que un rayo de sol alumbrara dentro de la habitación, sobre la cama.

—Pero…—Reda la miraba extrañado, es lo que había estado intentando hacer hacía un buen rato.

Viktoria se acercó a él y lo besó. Luego, sin decir ni una palabra más, dejó la habitación utilizando una puerta oculta detrás de un enorme espejo. Reda siguió abrochando su camisa y el espejo volvió a moverse. El rostro de Viktoria se asomó.

—Regresa pronto —dijo, aún con el ceño fruncido, y volvió a marcharse.

Reda sonrió y observó la cicatriz que le surcaba el rostro, un recordatorio permanente de lo que había sucedido en Sitnor.

Luego de dos días de cabalgata por la calurosa selva pyebrana, llegaron a Palmeras al promediar la mañana, con el insoportable calor sobre sus hombros. Luego de presentarse en las puertas, fueron conducidos por un escolta hasta el centro de la ciudad, donde los esperaría el Gobernante.

Las empedradas calles estaban llenas de gente, lo que los había obligado a marchar a paso de hombre. Era una ciudad, entre otras cosas, de pescadores, ya que estaba asentada en el margen sur del caudaloso río Thara, que llevaba el nombre de la diosa de las lluvias, creadora de la vida y protectora de las madres. Según la leyenda, las lágrimas que la diosa Thara derramó al morir su hija, formaron el río, dando de esa forma origen a la vida de los hombres.

Las pintorescas casas de bloques de piedra y techos inclinados, ubicadas en perfecto orden a los lados de la calle, eran una muestra de la prosperidad de sus habitantes. Reda había estado en muchas ciudades, a lo largo de su vida, y esta era una de las pocas que había visitado donde no se veía gente andrajosa pidiendo limosna.

Reda y sus hombres cabalgaban por las márgenes del río Thara sobre una avenida rodeada por las imponentes palmeras que le daban nombre a la ciudad. La vegetación crecía abundante en la ciudad y los jardineros daban rienda suelta a su creatividad podando los arbustos y dándole diferentes formas. Así habían convertido a un hermoso parque en un lugar de ensueño, lleno de criaturas mágicas que parecía que en cualquier momento cobrarían vida.

La avenida terminaba en una amplia plataforma de piedra blanca, en cuyo centro se alzaba un modesto edificio de simple arquitectura y

de color blanco, que contrastaba con el verde vibrante de la vegetación que lo rodeaba.

Al llegar allí, los esperaba un grupo de personas que vestían túnicas amarillas y, en el medio de todos ellos, un pequeño individuo de rostro delgado y gran bigote se adelantó unos pasos para recibirlos.

—Sean bienvenidos a Palmeras —dijo y abrió los brazos. Reda y sus hombres se acercaron e inclinaron la cabeza en señal de respeto—. Es un honor recibirlos en nuestra humilde ciudad.

—No sea modesto, señor Jeno. Hemos visto que es una ciudad muy bien administrada.

El señor Jeno rio con timidez.

—Pasen por favor, seguro no han hecho tan largo viaje solo para visitarnos.

—Por supuesto que no. He venido a discutir importantes asuntos con usted. —Reda caminó junto al Gobernante hacia el interior del Palacio de Gobierno, acompañado de cerca por los consejeros y su escolta.

El señor Jeno los condujo a una amplia sala y tomó asiento en la cabecera de una larga mesa rectangular, invitando a Reda a sentarse a su izquierda. Los consejeros se sentaron en las sillas restantes, mientras la escolta de Reda permaneció de pie, detrás de él.

—¿Qué lo trae por estas tierras, señor Almairon? —preguntó el Gobernante una vez que todos estuvieron acomodados y en silencio.

—Vengo a hacer cumplir las órdenes de mi hermano el rey —respondió—. La última vez que los recaudadores estuvieron aquí no fueron recibidos por usted ni por ninguno de sus consejeros y regresaron con las manos vacías. Eso no nos pareció correcto.

—A nosotros no nos pareció correcto que debamos pagar el doble de lo que pagábamos, que, debo decir, ya era excesivo.

—Cuidado, señor Jeno, esto no es una negociación —advirtió Reda, que ya había abandonado la simpatía—. Hay otro asunto que quiero tratar con usted: nos llevaremos a todos los hombres de la ciudad que sean aptos para luchar, a los herreros y también a los alquimistas. Órdenes del rey Kirios.

—¡Imposible! —dijo el señor Jeno y se puso de pie.

—Como ya le dije, no estamos negociando. El rey necesita ampliar sus tropas y proveer a los hombres de armamento. Invadiremos Sitnor —dijo Reda con una sonrisa.

El señor Jeno volvió a sentarse, atónito. Le era difícil creer lo que

estaba oyendo. Habían gozado de paz por años, salvo por algunos pequeños conflictos, y el nuevo rey pensaba enfrentarse, nada más y nada menos, con Sitnor, el país con el ejército más grande y mejor preparado de todo el continente. Pensó que era una pésima idea, además de ser absurda e innecesaria, y se lo dijo a Reda sin rodeos.

—¿Y usted se cree con autoridad de cuestionar al rey? Debería agradecer que no le arranque la lengua ahora mismo. Ya le he comunicado nuestra misión aquí, ahora lo dejaré para que empiece a preparar todo. Mis hombres y yo necesitamos descansar —dijo Reda y se puso de pie.

—Por supuesto —respondió el señor Jeno—. Escolten a los caballeros a la Villa. Es un lugar muy bonito, les gustará —agregó con una sonrisa.

Reda se marchó con su escolta, sin decir siquiera una palabra de agradecimiento. El señor Jeno se sentó y pasó las manos por su rostro.

—Esto nos saldrá muy caro, mis señores —dijo luego de unos minutos.

—Más caro nos saldrá someternos a esta locura del rey, mi señor —dijo un hombre de cabello blanco y espesa barba igualmente blanca.

—Debería haberlo consultado con ustedes, les pido disculpas por mi falta.

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que su decisión ha sido la correcta, mi señor —dijo un hombre calvo y regordete que se sentaba a su derecha; los demás asintieron—. Si debemos enfrentarnos a este títere que tenemos por rey, lo haremos con orgullo para proteger a nuestra gente. Ninguna bruja tesariana vendrá a arruinar nuestra paz sin que pague las consecuencias.

—Debemos avisar con urgencia a las aldeas cercanas, para que se resguarden en nuestra ciudad. La mayoría debe haber terminado de levantar sus cosechas, enviaremos hombres para que les ayuden a terminar, si es necesario, y deberán traer sus animales y sus granos, así como todo lo que consideren esencial. Debemos intentar resguardarlos de esta locura.

Cuatro de los consejeros de túnicas amarillas se pusieron de pie y salieron de la sala con una reverencia.

—El rey no notará nada inusual por unos días —continuó el señor Jeno—, debemos actuar de prisa. Envíen mensajeros a las ciudades costeras y den aviso en todos los poblados que haya en el camino. Pero sean cuidadosos, no sabemos cuántos de ellos están al tanto de lo que sucede, ni tampoco si han aceptado someterse a las nuevas órdenes. Todos serán bienvenidos aquí, en Palmeras, si no van a

colaborar con él.

—¿Podremos resguardar a tanta gente? —preguntó alarmado uno de los consejeros.

—Deberemos buscar la forma de hacerlo funcionar. Confío en que nuestro ingenio y los dioses nos ayudarán a superar este mal trago.

—El alojamiento, señor. ¿Dónde resguardaremos a los aldeanos y a los que vayan llegando en un futuro?

—Por el momento podrán alojarse en el Gran Salón. —Dima Hidrym, el más joven de los consejeros, tomó la palabra—. Los primeros en llegar serán mujeres y niños. Pondremos nuestros hombres a limpiar y construir en la zona norte, junto a la muralla. Los árboles que talen servirán para comenzar a hacer viviendas.

—Ya mismo envía gente que comience con esa tarea, Dima —dijo el señor Jeno. El joven se puso de pie inmediatamente y dejó la sala con una reverencia—. Debemos dar aviso a los ciudadanos de las noticias. El que desee tomar partido por el rey, es libre de marcharse, los que deseen quedarse, ayudarán a nuestros huéspedes hasta que estén instalados. Luego, debemos comenzar a entrenarnos. ¿En qué estado está la ampliación del muro?

—Nos queda una buena parte por terminar aún, quizás en dos meses esté listo, con mucho viento a favor.

—Bien. Emplea más constructores para terminarlo cuanto antes. Envíen gente a controlar que los puestos de vigilancia dentro de la selva estén en condiciones. Debemos habilitar todos los del sur y este de la ciudad. —Uno de los consejeros asintió y dejó también la sala—. Ustedes, hagan circular las malas nuevas. Nuestra máxima prioridad es acondicionar la ciudad para recibir a los que deseen refugiarse aquí y prepararnos para un asedio, aunque dudo que Kirios quiera tener enemigos tan cerca.

Salieron dos consejeros más y en la sala solo quedó el señor Jeno y los dos sabios ancianos.

—¿Y ahora cómo sigo con esto? —dijo el señor Jeno y se dejó caer en su sillón.

—No te atormentes. Has hecho bien —dijo el sabio anciano a su derecha.

—¿Deberíamos…? —dijo no muy seguro de lo que estaba por decir —. ¿Creen que deberíamos llamar a Lobo Blanco?

—Ese maldito viejo borracho —dijo Ven Adar, el anciano de cabello blanco.

—Debes admitir que nos ha ayudado siempre que se lo hemos pedido y sin pedir nada a cambio —dijo Tanug, el sabio calvo.

—La última vez que supe de él estaba en Sitnor. Dijo que la era de los magos había comenzado, que pronto todo iba a cambiar. Creí que estaba borracho hasta que vi a la bruja de Kirios… y ni siquiera en ese momento pensé que nos afectaría de esta manera. —Hizo una pausa y luego agregó—: Poniendo mis conflictos a un lado, creo que sí deberíamos contactarlo. Es importante que nos diga cómo podemos enfrentar todo esto, o mejor aún, si puede regresar aquí a ayudarnos.

El señor Jeno y el sabio Tanug estuvieron de acuerdo.

41

La villa donde habían alojado a Reda Almairon y sus hombres era la residencia permanente del Gobernante, una pequeña fortaleza muy bien custodiada dentro de los muros de Palmeras. Allí había un hermoso parque con un lago y, detrás de la casa principal, varias cabañas con el mismo estilo de las que habían visto en la ciudad, de muros de piedra y techos de paja, y fueron conducidos hasta allí.

En el frente de ellas había pequeños jardines cercados, todos diferentes en su composición y en las plantas y flores que los decoraban. Reda pensó en Viktoria al ver las orquídeas que trepaban por las columnas de piedra que sostenían la galería, el violeta de los pétalos le recordaba a sus ojos cuando usaba sus poderes, pero, a pesar de los sentimientos que despertaban su recuerdo, no se permitió sonreír, no lo haría frente a sus hombres.

Ingresó en la pequeña casa, que tranquilamente entraba en su habitación del Palacio de Las Hojas, y a pesar de lo diminuto de su tamaño, la sintió acogedora y cómoda. Se decidió a tomar un baño, ya que el viaje le había resultado agotador, y el agua tibia y los aceites aromáticos hicieron que se adormeciera. Aunque no era su intención, finalmente durmió una larga siesta. Despertó sobresaltado cuando llamaron a su puerta, ya que uno de los sirvientes del señor Jeno venía a traerle el almuerzo y a presentar las disculpas de su señor, que no podría acompañarlo por tener compromisos urgentes que atender. No había notado lo hambriento que estaba hasta que sintió el aroma de la carne asada que inundó toda la estancia cuando destapó la charola de plata.

Luego de almorzar, pensó en salir a dar un paseo por los jardines de la villa, sería una buena manera de pasar el tiempo hasta que el señor Jeno regresara. Se sentía de un increíble buen humor, como hacía mucho tiempo no le sucedía.

Al dejar atrás la cabaña vio, sorprendido, que sus hombres se habían recostado en el verde césped, junto al lago, a tomar el sol

mientras reían y hablaban armando un gran bullicio.

«¿Qué demonios sucede aquí? No es normal que mis hombres descansen despreocupadamente sin yo habérselos permitido…» pensó Reda y se dirigió hacia ellos para imponer orden pero, súbitamente, cambió de parecer. *«Después de todo, no podremos partir hasta dentro de unos cuantos días… y todo aquí es tan agradable... creo… creo que me quedaría aquí por siempre»*.

Reda alcanzó a sus escoltas y se recostó en la hierba junto a ellos, riendo como un chiquillo despreocupado. A media tarde los sirvientes del señor Jeno se acercaron a llevarles bebidas y frutas frescas y, pocas horas después, su anfitrión se les unió.

—¡Mi amigo! — Reda lo saludó con alegría al verlo—. Se diría que eres el elegido de los dioses por vivir en tan hermoso lugar. Todo lo que mis humildes ojos ven aquí es perfecto y armonioso. El aroma de las flores, el trinar de las aves, los pequeños animales que se esconden detrás de los arbustos… —Reda suspiró—. No alcanzarían los días de mi vida para admirar tanta belleza.

—Vaya, vaya… que bien les ha sentado el cambio de aires. —El señor Jeno sonreía—. ¿No han notado que algo les ha dañado la razón?

—¿Qué dice, mi amigo? Aquí todo es perfecto. De hecho, me gustaría alargar mi estadía en su villa, si no es molestia.

—Encantado de recibirlos pero, ¿qué dirá su hermano el rey al respecto?

—¡Mi hermano! —Reda suspiró y se puso de pie—. Le enviaré una carta, eso haré.

—Pero no puede decirle que se va a quedar aquí porque le gusta, simplemente. Debe decirle que las negociaciones tomarán un tiempo, pero que todo marcha como habían acordado.

—Tiene usted razón. Mi hermano no entendería la felicidad que produce contemplar a una mariposa posarse sutilmente en una delicada flor, tampoco podría apreciar el sonido de las hojas al mecerse con suavidad con la brisa del atardecer… Ohh el atardecer. —Reda volvió a suspirar y se recostó en la hierba—. Benditos sean mis ojos por contemplar tan sublime y fugaz paisaje.

—Pero no olvide que debe escribirle a su hermano el rey, señor Reda.

—Mañana ¿sí? —suplicó—. Permítame, mi amigo, contemplar este magnífico atardecer. Mañana escribiré lo que usted me pida.

El señor Jeno rio.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Desean cenar aquí o prefieren

hacerlo en sus cabañas?

—¿Podemos hacer una fogata? —preguntó entusiasmado uno de los escoltas de Reda. Los demás aplaudieron ante la ocurrencia.

—Claro que sí. Enviaré a mis hombres a que les traigan lo que necesiten.

—¿Te quedarás con nosotros, mi amigo? —preguntó Reda con cierta timidez.

—Debo atender unos pequeños asuntos, pero volveré antes que terminen de asar la cena.

Los hombres festejaron cantando y aplaudiendo.

El señor Jeno regresó apresurado al pequeño castillo que habitaba, girando la cabeza de cuando en cuando para ver a sus invitados. Todos seguían recostados en la hierba, aún cantando. Cuando llegó, se dirigió a su despacho, donde lo esperaban los sabios ancianos.

—¿Cómo se encuentra el señor Almairon? —El anciano Adar se puso de pie ni bien el señor Jeno llegó al estudio donde lo esperaban.

—Se ha convertido en un poeta, amante de la naturaleza y los atardeceres. —El señor Jeno rio.

—Magnífico —suspiró Tanug aliviado.

—Me ha pedido permanecer unos días más aquí, ha prometido enviarle una carta a su hermano el rey diciéndole que las negociaciones tardarán un poco más de lo previsto, pero que todo marcha según lo acordado.

—¿Y le has creído? —preguntó Adar.

—Por supuesto. No quedan ni rastros del desagradable personaje que es. Deberían venir conmigo, sus hombres y él quieren hacer una fogata y asar carne junto al lago. Se pondrán felices de verlos, cuando los dejé estaban cantando y riendo como niños.

—No sé tú, Tanug, pero yo me quedaré. Me van a venir bien unas risas.

—Pero antes deberán beber el antídoto…

—Anda, no nos quites eso a estos dos viejos decrépitos.

—Bien, pero no me haré responsable de sus actos. Cuando termine la cena, regresaré aquí, lo que ustedes hagan corre por su propia cuenta. Si salen de la villa, irán escoltados. Quedan advertidos.

Los ancianos comenzaron a festejar, incluso antes de dejar la habitación.

En los jardines de la villa se encontraba escondido un arbusto muy poco conocido, al que llamaban “la planta de la felicidad”. Sus

diminutas hojas grises desprendían un suave y dulce aroma que hacía que todo aquel que lo respire sienta una sensación de felicidad absoluta que perduraba por varias horas e, incluso, podía durar algunos días si las personas estaban en contacto con la planta por un lapso de tiempo mayor. Los alquimistas de Palmeras habían conseguido dar con un brebaje que contrarrestaba los efectos del perfume del arbusto. Todos los guardias lo bebían antes de ingresar a la fortaleza, lo mismo que los sirvientes y el señor Jeno.

Lobo Blanco, un anciano enigmático y solitario que vivió un tiempo en la ciudad, les había obsequiado un ejemplar de ese arbusto hacía ya muchos años. Era un secreto muy bien guardado, había pocos de su especie al ser su crianza muy exigente y eran pocos también los que conseguían llegar a la madurez, que era cuando su aroma causa el efecto de felicidad. Demandaba muchos cuidados y necesitaba atención constante, por lo que un jardinero especialmente entrenado se dedicaba en exclusivo al cuidado del exótico arbusto.

Los tres hombres se dirigieron hacia la orilla del lago, donde Reda Almairon y sus escoltas bromeaban y reían mientras acomodaban, junto a la fogata, una mesa y bancos de madera que habían sido llevados por los sirvientes.

—La están pasando en grande —dijo Ven Adar, emocionado.

—Pronto nos divertiremos nosotros también, mi amigo —dijo Tanug poniéndole una mano en el hombro a su viejo compañero.

—Los necesitaré en el consejo temprano en la mañana, así que intenten no desvelarse demasiado… —Los ancianos se miraron y comenzaron a reír a carcajadas—. Ya es en vano, debería habérselos dicho antes. —Se lamentó el señor Jeno.

42

Cuando asomaron los primeros rayos de sol, el señor Jeno abrió la puerta principal de su pequeño castillo y vio, asombrado, que la fogata seguía encendida y los hombres permanecían aún despiertos, incluidos los dos sabios ancianos.

—Por los dioses, ¿está gente nunca se cansa? —dijo y se tomó la cabeza con ambas manos.

Regresó al interior de inmediato y caminó apurando sus pasos hasta una puerta disimulada detrás de la escalera, que llevaba al subsuelo. Tomó la llave que colgaba de su cuello y la abrió, bajó los escalones apresurado y agarró de uno de los estantes un pequeño frasco de vidrio con un líquido verdoso en su interior. Luego, volvió a subir y cerró la puerta con llave.

—A ver si logro convencer a estos viejos de que se retiren sin tener que obligarlos a tomar el antídoto, quisiera ahorrarles el desencanto. —El señor Jeno iba hablando solo mientras caminaba hacia la fogata.

—Mi buen amigo. —Reda Almairon se puso de pie de un salto cuando lo vio acercarse. Los ancianos corrieron hacia él con una velocidad que no los creía capaz.

—Mis señores —dijo el señor Jeno intentando sonreír—, que sorpresa verlos aquí tan temprano.

—Ohh aún no nos hemos acostado —dijo Ven Adar riendo nervioso. Sus compañeros de trasnoche rieron con él.

—Me parece que ya deberían hacerlo, si no se perderán de un hermoso día, en algún momento les dará sueño.

—Tienes razón. —Reda lo abrazó—. Debemos descansar, señores. Ha sido un día muy largo.

—¿Podemos dormir aquí? —preguntó uno de los soldados.

—De ninguna manera —dijo el señor Jeno con brusquedad—. El sol les quemará la piel horriblemente si se quedan aquí, no sé si no se dieron cuenta de que ya ha amanecido.

—Tienes razón. —repitió Reda moviendo el dedo índice con énfasis

—. Debemos regresar a nuestras casitas.

Todos sus hombres se pusieron de pie y caminaron detrás de Reda, cantando y bailando por el sendero de piedra que conducía a las cabañas de atrás. El señor Jeno se quedó mirándolos con gran desprecio, pensando en lo ridículos que se veían.

—¿Podemos nosotros también utilizar unas de las casitas? —Tanug lo tomó de la mano y el señor Jeno lo miró extrañado.

—No, deben ir a las suyas propias. Los enviaré en un carruaje así no deben caminar hasta allí.

Los ancianos aplaudieron mientras lo seguían a las caballerizas, dando pequeños saltos.

Cuando el señor Jeno ingresó a la sala de gobierno, lo esperaban allí todos los miembros del consejo, a excepción, por supuesto, de los dos sabios ancianos que acababan de retirarse de la Villa.

—Buenos días a todos. —Entró a paso apurado—. Díganme, ¿qué novedades me tienen?

—Las aldeas más cercanas ya han sido notificadas —dijo uno de los consejeros—, se espera que para esta tarde estén llegando a nuestra ciudad, en principio, las mujeres y los niños. En un par de días arribarán los hombres que transportarán las frutas, los granos y animales. Solo una de las aldeas solicitó ayuda para terminar con las cosechas y ya ha sido enviado un grupo de hombres para terminar cuanto antes.

—Estupendo. ¿En todas las aldeas la decisión de refugiarse aquí fue unánime? ¿Alguien se opuso?

—Solo algunos pocos vecinos se resistieron en principio pero, al ver que todos aceptaban, han cambiado de parecer.

—El Gran Salón ya está siendo preparado para recibir a los primeros aldeanos que lleguen a la ciudad —dijo Dima, el joven consejero—. He enviado un grupo de hombres a la zona norte para que comiencen con la tarea de limpieza y la construcción de las primeras cabañas. Una vez que lleguen los hombres de las aldeas, deberán sumarse a esa tarea, también, para ir preparando más cabañas para los refugiados de otras poblaciones.

—Me parece muy bien —dijo el señor Jeno y luego agregó—. Buen trabajo.

—Los puestos de vigilancia han sido revisados —continuó otro de los miembros del consejo—. Solo tres presentaban daños considerables y serán reparados en los próximos días.

—Excelente. ¿Han enviado ya los mensajeros a las ciudades costeras?

—Por supuesto, mi señor. Han partido antes que asome el sol quince mensajeros, en grupos de a tres. Sin complicaciones, deberían estar de regreso en diez días a más tardar. A medio día los pregoneros comenzarán a dar aviso a la población sobre lo acontecido.

—Estupendo. Pueden retirarse y continuar con sus tareas. Si surgen novedades, no duden en acudir a mí.

Todos los consejeros se pusieron de pie y dejaron la habitación en un revoloteo de capas amarillas, pero a los pocos segundos, uno de ellos regresó.

—Disculpe, mi señor, desearía hablar con usted a solas.

—Por supuesto, Dima, cierra la puerta y toma asiento.

El más joven de sus consejeros se sentó y quedó mirándose las manos por unos momentos.

—¿Qué sucede? —Lo animó el señor Jeno.

—Señor yo… me avergüenza decirlo. —El joven comenzó a retorcerse los dedos sin darse cuenta.

—No puede ser tan malo. Anda, con tranquilidad.

—Yo tengo poderes, mi señor, pero temí decírselo a la señora Viktoria cuando nos visitó.

—¿Por qué razón?

—Cuando Lobo Blanco vivió aquí yo era solo un niño… él también es como yo. —El señor Jeno lo miraba asombrado—. Me enseñó a protegerme de otros magos, y también como hacer muchas otras cosas. —Por primera vez lo miraba a los ojos—. Pude *ver* en su mente, en la mente de la señora Viktoria y vi cosas muy espantosas, cosas que le sucedieron y cosas que ella misma hizo. Ella no se protege porque al parecer cree que nadie pueda verla, pero pude hacerlo, muy a mi pesar.

—¿Cómo es que no me lo has dicho? —preguntó sin reproche alguno en su voz.

—Si no se lo dije antes fue por miedo. Temía que me enviara con ella. No… no entro en la mente de la gente que me rodea, sería una traición, sería muy injusto que yo esté en su cabeza viendo qué sucede, qué piensa, o qué ha hecho o quiere hacer. Mi maestro me enseñó que lo primero y principal es el respeto hacia el otro, como en cualquier aspecto de la vida.

—Sin embargo utilizaste tu poder con la señora Viktoria…

—A decir verdad, no creí que fuera capaz de hacerlo. Verá, los magos entrenados crean una especie de muralla dentro de sus mentes,

para que no sea fácil descubrir que hay dentro. La mente de un humano común guarda todos sus recuerdos sin necesidad de pensar en hacerlo y lo que piensa en ese momento se manifiesta en forma de sensaciones, voces o imágenes.

El señor Jeno lo miraba pensativo. No entendía muy bien aún a que se refería cuando decía *ver* en la mente de las personas y estaba tratando de hacerse una imagen de cómo sería eso.

—¿Dices que las mentes de las personas comunes y las de los magos son diferentes?

—Sí, mi señor, la mente de la gente común es como un gran salón con muchas puertas y detrás de cada una de ellas están sus recuerdos y todo lo que lo ha llevado a ser la persona que es, es decir, lo que ha aprendido a lo largo de su vida y, cuanto más antiguo o doloroso es el recuerdo, más difícil de abrir es la puerta que lo resguarda. En cambio, en la mente de un mago, lo primero que uno *ve* cuando entra es una muralla. Solo eso. El hecho de tener una muralla, lo hace saber si alguien está tratando de entrar y la señora Viktoria, al no tenerla, nunca supo que alguien anduvo husmeando en su mente.

«En la mente de un mago desprotegido, todo es como un gran torbellino, pero que circula lentamente, donde los recuerdos giran sin cesar en forma de imágenes que se pueden ver como si estuvieran sucediendo en ese momento. Los pensamientos que está teniendo en ese instante se oyen como voces. La mente de un mago entrenado, es el orden absoluto. Detrás de la muralla principal, hay múltiples trampas, más murallas, laberintos, acertijos, incluso infinitas puertas con diferentes, podría llamarle, cerraduras, todo eso con el fin de proteger cada uno de sus pensamientos y recuerdos. Cuanto más poderoso es el mago, más mecanismos de defensa es capaz de crear para mantenerse a salvo.

El señor Jeno lo miraba extrañado, tratando de procesar todo lo que el joven le había dicho. El muchacho abrió la boca, pero el señor Jeno levantó la mano para que guarde silencio, se puso de pie y comenzó a caminar lentamente por la sala, tratando de poner las ideas en orden; ahora mismo sentía un gran torbellino girando sin control en su mente, tal como había dicho que era la mente de un mago desprotegido. Sonrió ante la ocurrencia.

—Entra en mi mente y dime que ves. —Le ordenó. El joven se movió incómodo en su silla.

—Mi señor, no quisiera…

—Hazlo, Dima. Por favor.

El joven asintió. Sus ojos se tornaron color gris muy claro ante la

mirada asombrada del señor Jeno, que nunca había presenciado algo parecido.

—Escucho mi voz, diciéndole lo que acabo de decirle… veo el recuerdo de la señora Viktoria de pie delante del edificio del Consejo, hablando sobre las nuevas leyes de aceptación a los magos… siento su desconcierto y su indignación ante sus palabras. —El joven hizo una pausa y luego continuó—. Veo a través de sus ojos a los habitantes de nuestra ciudad, le preocupan, siente que ellos están asustados por lo que la señora Viktoria está haciendo con ese prisionero. Oigo sus gritos y sus súplicas. Puedo sentir el pánico que usted sintió cuando la pequeña niña de ojos violetas se acercó a la señora Viktoria y juntas lo asesinaron, luego de torturarlo. Creo que ya es suficiente —dijo Dima y sus ojos volvieron a su color celeste natural—. ¿Por qué quería que lo hiciera?

—Para saber si sentía algo diferente, si había algo que me indique que alguien estaba en mi cabeza. Pero no me di cuenta, no hubo ningún cambio.

—Porque no quise cambiar nada, solo entré. Si quisiera conocer algo en específico, lo notaría. Para hacerlo debería abrir esas puertas que mencioné antes y no es fácil, ya que por lo general terminan rompiéndose. Cuando eso sucede, le causa un gran dolor a la persona y además todos los recuerdos que se esconden detrás salen en tropel. El aturdimiento es tal que puede llegar a perder la razón de forma permanente si se abre más de una puerta o si los recuerdos que se esconden detrás de ella son demasiado dolorosos.

Hicieron silencio por largo rato, mientras el señor Jeno pensaba en lo que Dima le había dicho.

—¿Señor Jeno, sabía usted que Lobo Blanco era mago?

—No, no lo sabía. Sabía de sus extrañas investigaciones y de su notable inteligencia, pero jamás me lo imaginé…

—Hay algo más que debe saber, mi señor. Estuve en contacto con él después que la señora Viktoria partió.

—¿Cómo que en contacto con él? ¿Ha venido?

—No, mi señor. En ocasiones él me habla. Puedo escuchar su voz en mi cabeza.

El señor Jeno abrió los ojos arqueando las cejas. Había muchas cosas más, al parecer, que solo mover objetos.

—¿Y qué ha dicho?

43

Después de quince días en el paraíso, el señor Jeno decidió que ya era hora de enviar a Reda Almairon y a sus hombres de regreso a Ciudad Capital, antes que el rey comience a sospechar que algo no estaba bien. Muy temprano en la mañana, fueron acompañados por una multitud hasta las puertas, en medio de cánticos y festejos. Los agasajados lloraban de emoción y dedicaron afectuosas palabras a los habitantes de Palmeras, expresando en todo momento su admiración por la belleza de cada parte de la ciudad que recorrieron. Quedaron particularmente enamorados del Parque de los Animales, dónde los arbustos y pequeños árboles eran podados en forma de diversos seres reales o mitológicos. Habían pasado horas y horas observándolos, caminando entre ellos y conversando con los jardineros que habían creado ese hermoso lugar.

Una vez que dejaron atrás Palmeras, tardaron cuatro días en llegar a Ciudad Capital, el doble de lo normal. Kirios recibió a Reda en la Sala Dorada.

—¡Mi queridísimo hermano! —exclamó Reda ni bien abrió la puerta. Kirios lo miró asombrado, ya que no era normal esa clase de comportamientos en él.

—¡Reda! ¿Qué te sucede? —preguntó con el ceño fruncido.

—La vida es tan bella, mi hermano, sonríe. Sonríe y sé feliz. —Reda lo abrazó y Kirios rio, al fin algo había hecho que su hermano deje su seriedad a un lado y comprenda que la vida es mejor si se afronta con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy feliz de estar de regreso —rio como un niño.

—Ya veo… ¿Acaso te has enamorado? ¿Por eso has tardado tanto en regresar?

—Me he enamorado de la vida —dijo y caminó hacia el ventanal—. Mira la belleza de estos jardines. ¿Te has detenido a contemplar la perfección con que ha sido creada cada hoja, cada pétalo, cada tallo,

cada animal? Es tan maravilloso…

Kirios lo miraba confundido, sin duda algo sucedía con Reda. No podía ser un simple cambio de actitud hacia la vida. Había algo más.

—Dime, Reda, ¿cómo te ha ido con el señor Jeno?

—Estupendo, mi hermano. Es un ser encantador. Me ha dicho que de ninguna manera está de acuerdo con invadir Sitnor. Y vaya si tiene razón, es una idea…

—¿Qué? Ese maldito medio hombre —masculló enojado.

—… muy fea eso de querer tomar por la fuerza algo que no nos pertenece. No podemos hacerlo, Kirios.

—Espera un segundo —dijo Kirios, caminó hasta la puerta y habló a uno de los guardias—. Ve por Viktoria de inmediato.

Kirios volvió a cerrar la puerta mientras observaba a Reda, que se había acercado a una enorme planta que adornaba un rincón y pasaba la yema de su dedo con sutileza por las nervaduras de una hoja.

—¿Qué demonios han hecho contigo? —preguntó enfurecido.

—No utilices ese vocabulario. —Lo reprendió—. Se han portado de maravilla. Hemos cantado y reído en la orilla del lago, hemos pasado noches enteras escuchando historias fascinantes, hemos...

—Ya cállate, ¿quieres? —dijo con la paciencia agotada.

Reda lo miró ofendido y sus ojos se llenaron de lágrimas. Caminó con la cabeza gacha hasta uno de los sillones y se quedó muy quieto, como un niño al que han regañado sin razón. Unos minutos después llegó Viktoria y Reda se puso de pie de un salto.

—Mi querida. —Reda se acercó a ella y le besó ambas mejillas—. Qué gusto verte. Estás tan encantadora como siempre.

Viktoria quedó petrificada, mirándolo con un gesto de confusión.

—¿Qué te sucede?

—Siéntate, Reda, por favor —dijo Kirios secamente, y agregó dirigiéndose a Viktoria—. Le han hecho algo, se comporta como un idiota, no deja de hablar sobre lo maravilloso que es todo. Es insoportable.

—Lo llevaré e intentaré ver que le sucede, volveré cuando lo haya averiguado. —Viktoria se acercó a su cuñado y lo tomó del brazo—. Acompáñame, Reda.

Reda obedeció sin decir una palabra y ambos dejaron la habitación.

Viktoria lo condujo al ala sur y se encerró con él en una sala.

—Siéntate aquí y cierra los ojos. —Reda obedeció y Viktoria se puso de pie detrás de él—. Quédate en silencio, no tardaré mucho.

La maga cerró los ojos y entró en la mente de Reda, como ya lo había hecho tantas veces antes. Sabía que era un salón frío y oscuro, de cuatro paredes que ascendían hasta perderse en las tinieblas. Normalmente no podía ver nada, ni siquiera sus propias manos. No había recuerdos, ni voces, solo oscuridad, pero ella sabía cómo ingresar a sus recuerdos y buscar lo que le interesaba conocer. Sabía la ubicación de cada puerta y la manera en que debía abrirla. Pero al ingresar esta vez, lo único que podía ver era una espesa y cálida niebla, que la hacía sentir confundida y mareada. Decidió salir de ahí antes que lo que le sucedía a Reda llegara a afectarle a ella también.

—Ven, debes descansar —dijo.

Reda volvió a obedecer sin decir una palabra, su cuñada lo llevó hasta su habitación y le ordenó que durmiera. Luego de dejarlo, regresó a la Sala Dorada para hablar con el rey Kirios.

—¿Qué le ha sucedido? —Le pregunto a su esposa ni bien abrió la puerta.

Viktoria se acercó y se sentó en su falda.

—Le han hecho alguna clase de hechizo. Su mente parece una nube, cálida y densa. No hay nada más que eso. No pude encontrar manera de ver otra cosa y a los pocos segundos comencé a sentirme aturdida. No hay nada que pueda hacer, escapa de mis conocimientos. Le ordené que descanse. Quizás cuando despierte ya se encuentre mejor.

44

Reda se movió, incómodo, tratando de encontrar posición entre los almohadones que había desparramados sobre su cama. Le dolía el hombro derecho y le parecía que había dormido un año entero. Estaba muy a gusto entre sus sábanas.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —Reda se sentó de repente y miró a su alrededor. Lo último que recordaba era estar conversando con el señor Jeno en el Palacio de Gobierno de Palmeras y luego… luego todo era una gran nube. Maldijo, se levantó apresurado y se vistió. Corrió hasta la Sala Dorada y encontró a su hermano el rey sentado junto a uno de los grandes ventanales de la Sala Dorada, observando los jardines. Este giró al oír el sonido de la puerta.

—Reda, al fin has despertado —sonrió.

—Kirios. ¿Qué ha sucedido conmigo? —Le preguntó con el ceño fruncido.

—Bueno, llegaste hace dos días de Palmeras, y has estado durmiendo hasta ahora.

—Pero… ¿Qué sucedió allí? No recuerdo absolutamente nada. —Tomó una copa dorada y se sirvió licor.

—Pues no lo sé. Llegaste muy… —Se tardó un segundo en hallar la palabra adecuada—. Feliz. Demasiado, para mi gusto. Encontrabas todo maravilloso.

—Maldito sea Jeno. ¿Qué sucedió con mis hombres?

—Oh… temo que Viktoria los asesinó en un ataque de furia. —Kirios desvió la mirada hacia afuera, otra vez.

—¿Cómo que…? ¿Con qué derecho? —Reda apretó los puños—. Eran buenos hombres. ¡No tenía por qué hacerlo, Kirios!

—Bueno, ya sabes que es algo impulsiva a veces. —Se encogió de hombros.

—Entonces a ver si empiezas a controlarla un poco mejor, porque a este paso nos quedaremos sin hombres culpa de sus impulsos.

—Suficiente, Reda —dijo Kirios.

Reda caminaba de punta a punta de la sala. Se sirvió otra copa de licor, que bebió de un sorbo, y luego se sentó en una de las sillas más alejadas.

—¿Cómo se encontraban ellos? —preguntó sin levantar la mirada de la copa vacía que aún tenía entre sus dedos.

—Igual que tú. Felices y confundidos. Nadie sabía decirnos qué demonios estaba sucediendo, solo reían, cantaban y bromeaban. Viktoria entró en sus mentes y vio lo mismo que en la tuya. Una niebla, espesa y cálida, que la hacía sentir confundida. Enfureció luego de eso.

—Ya veo. ¿Qué sucederá ahora?

—No podemos dejar las cosas como están. Si el señor Jeno cree que su forma de actuar no tendrá consecuencias, está muy equivocado. Se está burlando de su rey al no contribuir con los hombres que le fueron exigidos y rehusarse a pagar el tributo.

—Correcto —dijo Reda, pensativo.

—Cuando te encuentres repuesto, prepararás una incursión a Palmeras y acabarás con esta ridiculez. Viktoria enviará tres de sus mejores discípulos para acompañarlos.

—Iré ahora mismo. Cuanto antes sea, mejor.

45

—Ha pasado más de un mes y aún no tenemos noticias de Ciudad Capital —dijo el señor Jeno, apoyado en el barandal del balcón de la sala del Consejo.

—Eso puede ser tan bueno como malo —dijo Tanug.

—¿A qué te refieres? —preguntó el señor Jeno, intrigado, sin dejar de observar la ciudad en movimiento.

—Puede ser bueno porque quizás no tengan interés en tomar represalias y puede ser malo porqué tal vez nos encontremos con un ejército en nuestras puertas en cualquier momento. —El anciano hablaba lento, con su calma habitual—. Puede ser bueno porque eso nos da más tiempo para prepararnos y puede ser malo porque, mientras tanto, nos carcomen los nervios. Puede ser bueno porque eso le da más tiempo a llegar a los aldeanos que vienen de la costa y puede ser malo porque quizás los soldados vengan mezclados con ellos. Puede ser bu...

—Espera, acabas de darme una excelente idea —dijo el señor Jeno de repente—. Así como Dima pudo ver los pensamientos de la señora Viktoria cuando ella vino a Palmeras, podemos pedirle que también vea los pensamientos de los refugiados que han llegado y de los que vendrán. Eso nos hará saber si hay algo malo en alguno de ellos, o si, por el contrario, hay más gente como él. Iré a verlo de inmediato.

El señor Jeno caminó muy apurado por los entrecruzados corredores del Palacio de Gobierno, en dirección al despacho del joven consejero, un pequeño cuarto al final del último pasillo. La puerta estaba abierta.

—¿Estás ocupado? —El señor Jeno se asomó dentro de la habitación.

—No, mi señor, pase por favor —dijo y comenzó a despejar el escritorio. El despacho de Dima era un cuarto modestamente amoblado, con apenas un escritorio y solo tres sillas. Tenía un gran estante con libros y una diminuta ventana cerca del techo—. Disculpe

el desorden, no acostumbro recibir visitas.

—Está muy bien por mí, no te preocupes. ¿A dónde da esa ventana?

—Al río, mi señor.

—Perfecto. Necesito algo de ti —dijo—. En realidad, todos lo necesitamos. Pero primero quiero saber si es posible.

—Dígame, mi señor.

—¿Es posible…? Espera. —El señor Jeno hizo una breve pausa para acomodar sus ideas—. Tú me dijiste que entraste a la mente de la señora Viktoria y *viste* sus pensamientos.

—Así es…

—¿Puedes ver el pensamiento de todos?

—No entiendo a qué se refiere, mi señor.

—A ver si puedo explicarme mejor. ¿Tienes manera de poder ver los pensamientos de todos los que habitan Palmeras?

—Nunca me lo había planteado, mi señor. No debe ser algo difícil de hacer, aunque llevará mucho tiempo.

—Pues necesito que lo hagas. Necesito que encuentres dentro de nuestros muros cualquier cosa fuera de lo común… ya sean enemigos o a más personas como tú. Si es el caso, necesito saber si Lobo Blanco también ha estado o está aún en contacto con ellos.

—Va a ser un trabajo titánico, señor, pero no imposible. Para poder entrar en la mente de las personas, debo poder verla. Y voy a necesitar que me acompañe. Nadie más que usted sabe de esto y puedo experimentar cierto agotamiento si hago algo que excede mis capacidades y mi entrenamiento. —El señor Jeno se quedó mirándolo confundido, sin entender nada de lo que le decía—. Verá, le daré un ejemplo simple: ¿Qué sucede si corre, corre y corre sin detenerse?

—Pues… me cansaré.

—Exacto y si no tiene la costumbre de correr largas distancias, no podrá hacerlo por mucho tiempo sin caer rendido. Lo mismo sucede con los magos. Necesitamos entrenar para ampliar nuestras habilidades y nuestra resistencia. No he tenido motivos ni razones, hasta ahora, para entrenar demasiado y nunca he hecho gran cosa, a decir verdad. Voy a necesitar que me acompañe a recorrer la ciudad.

—Entiendo. Vamos, pues.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —preguntó Dima.

—Por supuesto. —El señor Jeno le contó lo que había conversado con el anciano Tanug momentos antes.

—Comprendo, mi señor —respondió y se puso de pie.

—¿Ves algo? —preguntó con impaciencia.

—Nada aún, mi señor. —Dima lo miró con sus extraños ojos grises que, inquietos y veloces, solo se detenían unos pocos segundos en cada persona que se cruzaban, lo suficiente para darse cuenta de que ninguna de ellas merecía su interés.

Caminaron por horas por la gran avenida, los jardines, el puerto, sin encontrar indicios de otro mago.

—Señor Jeno, ya deberíamos regresar, creo que esto es inútil. Estoy seguro de que Lobo Blanco me hubiera dicho si hubiera alguien más.

—¿Qué hay de los magos que se marcharon a Ciudad Capital? ¿Sabías de ellos?

—No, no lo sabía. —Dima bajó la vista.

—Por favor, dime que entraste en sus mentes cuando acudieron al llamado de la señora Viktoria.

—No lo hice, mi señor. No era correcto que lo hiciera —dijo con cierto orgullo, a pesar de haberse dado cuenta que hacer lo correcto depende de muchos factores, no solo de una apreciación personal.

—Está bien, Dima. No te preocupes. Te acompañaré hasta tu hogar, sigue intentándolo por favor.

—Sí, mi señor.

La noche amenazaba con terminar con la maravillosa explosión de colores que pintaban el cielo de Palmeras. Los últimos rayos de sol se colaban entre las esponjosas nubes, teñidas de rojos y naranjas, que colgaban estáticas sobre la ciudad. Dima admiró por un breve segundo el contraste que se generaba entre las nubes y el profundo violeta por encima de ellas.

—Mi señor, continúe caminando y no reaccione —susurró Dima—. He hallado una muralla.

—¿Conoces a esa persona? —preguntó el señor Jeno sin siquiera inmutarse.

—Es una joven, la he visto en varias ocasiones en el puerto, pero no sé su nombre. Es la que lleva una canasta en sus brazos. Lo ha notado, comenzó a mirar hacia todos lados buscando a quien intentó entrar.

—Si contactas con ella, ¿te verá tal cual eres?

—No exactamente, mi señor. Puedo presentarme como quien soy, como una voz, que no tiene que ser la mía o, incluso, puedo tomar la apariencia de otra persona, cambiar el color de mi cabello, mi vestimenta.

—¿Puedes entablar una conversación con ella mientras sigues caminando y conversando conmigo?

—Sí, mi señor, puedo intentarlo, aunque quizás a usted le diga

incoherencias.

—No te preocupes por mí. No te presentes como tú mismo, en caso de que sea extranjera.

—Es de aquí. La he visto desde que somos niños, mi señor.

—¿Necesitas seguir teniendo contacto visual para seguir la conversación?

—No necesariamente.

—Inténtalo, entonces

Dima cambió su apariencia mental, tomó la forma de un niño, y entró en la mente de la joven por segunda vez. Se topó con lo que parecía una muralla de radiante piedra blanca. De inmediato la imagen de la joven se hizo presente entre Dima y su muro.

—*¿Quién eres?* —preguntó. Su apariencia era diferente, en su imagen mental no vestía el sencillo vestido de lino que usaba en el exterior, ni el cabello recogido. En cambio, llevaba un traje de montar de cuero, lo que hubiera sido una idea descabellada de hacer en la realidad, debido a las altas temperaturas de Palmeras. Su cabello estaba suelto, y ondeaba en el viento imaginario de su mente.

—*Un amigo. ¿Puedo preguntarte algo?*

—*Por supuesto* —dijo, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—*¿Quién te ha entrenado?*

La joven se tomó unos segundos para responder.

—*Mi maestro vivió aquí hace muchos años, cuando era niña. No lo conoces. ¿Puedo yo ahora preguntarte algo?*

Dima iba repitiendo al señor Jeno cada palabra que decían.

— *Claro, sería lo justo.*

—*¿Eres de Palmeras o eres refugiado?*

—*Soy de aquí. ¿Te entrenó Lobo Blanco?*

—*¿Lo conoces?* —preguntó la muchacha asombrada.

—*Por supuesto, él me entrenó a mí también.*

—*¿Yo te conozco?*

—*No estoy seguro, tal vez me has visto algunas veces, como yo te he visto a ti. ¿Puedes contactarte con Lobo Blanco?*

—Dile quien eres —dijo el señor Jeno.

—*No, no puedo hacerlo. Él me habla cuando necesita decirme o enseñarme algo.*

—*Lo mismo sucede conmigo* —dijo Dima y tomó su apariencia real.

—*Tú… te conozco*—dijo la muchacha, sonrió otra vez y su imagen mental desapareció.

Una joven se presentó junto a ellos unos momentos después, haciendo una reverencia. Llevaba una canasta con frutas en sus

brazos, ya que estaba vendiendo en la plaza.

—Buenas noches, señores —dijo.

—Buenas noches, señorita —contestó el señor Jeno—. Le pido disculpas por la indiscreción. Aún no me he familiarizado con las reglas de cortesía de los magos.

—No hay por qué disculparse, mi señor.

—Si no es molestia, quisiera recibirla temprano en la mañana en el Palacio de Gobierno. Me gustaría conversar con usted.

—Allí estaré.

—Que tenga una buena noche —dijo el señor Jeno y bajó el mentón levemente.

46

—Mi nombre es Áliza Ghaya y él es Dima Hidrym. —La mujer se paseaba frente a un pequeño grupo de personas—. Como ya la mayoría sabe, los hemos buscado porque todos tenemos algo en común: hemos sido introducidos en el mundo de la magia, hasta ahora oculto, por la misma persona, nuestro maestro Lobo Blanco. Él nos ha enseñado a protegernos, a defender y también a atacar, entre otras cosas. Ha llegado el momento que él alguna vez nos advirtió, en el que debemos defender nuestra ciudad. Estoy segura de que ninguno de ustedes pensó que deberíamos enfrentarnos a nuestro propio rey, pero ese es otro tema.

—No sabemos en qué momento la señora Viktoria se presentará en nuestras puertas, con toda la intención de destruirnos por habernos negado a sus peticiones —agregó Dima—, por lo que es hora de que nos preparemos.

—Comenzaremos con ejercicios simples —continuó Áliza—, como hemos hecho antes con nuestro maestro, pero formaremos parejas para hacerlo. Iremos aumentando la dificultad a medida que vayamos avanzando y deben avisarnos ante cualquier indicio de malestar, no necesitamos destruirnos entre nosotros.

—Áliza y yo entraremos alternadamente en sus mentes mientras practican, para observarlos.

Una de las mujeres que se encontraba en la sala alzo la mano. Dima asintió, invitándola a hablar.

—¿Quién los ha autorizado a ustedes para oficiar de maestros? —preguntó con cierta brusquedad. Su pregunta fue apoyada por algunos de los demás magos.

—¿No lo vieron en sus sueños? —Le preguntó a la mujer una muchachita regordeta, de largo cabello dorado y piel morena—. El maestro lo explicó muy claro. Las iniciales de sus nombres talladas sobre el disco blanco, Palmeras, los siete, nosotros, —dijo señalando a los demás y a ella misma—, a su alrededor con nuestras manos

entrelazadas…

—… Si la cadena se corta, el disco blanco se quebrará —dijo a su vez un muchachito que se encontraba a su lado.

—Y el fuego lo consumirá todo —agregó un tercero.

—Lo que significa que debemos trabajar juntos para salvar a nuestro pueblo —dijo Áliza. La señora que habló primero bajó la mirada, avergonzada.

—Ahora lo comprendo, sepan aceptar mis disculpas —dijo luego de unos segundos, mirando a Áliza y a Dima—. En su momento no supe interpretar ese sueño, no entendía qué podía significar. Luego lo olvidé por completo.

—Por eso es que debemos trabajar unidos, codo a codo. Lo que alguno de nosotros no conozca, el resto se lo enseñará. Si cometemos errores, los solucionaremos unidos. Debemos estar atentos, principalmente, a nuestras fallas, para poder aprender de ellas y encontrar la forma de que la siguiente vez salga bien. Todos tenemos fortalezas y debilidades, por lo que lo ideal sería que nos las comuniquemos sin que eso nos suponga un problema. Por ejemplo: mi fortaleza son las batallas mentales, pero tengo grandes problemas cuando se trata de hacer algo en el exterior, me agoto con mucha facilidad.

—En cambio —dijo Áliza—, mi debilidad está a la hora de defenderme, mis murallas son débiles. Mi fortaleza es crear ilusiones en las personas. Puedo hacerlo por horas, sin importar cuantas personas esté afectando.

—Como verán, nuestras vidas estarán en manos de todo el grupo, somos responsables tanto de nosotros mismos como de nuestros compañeros, por eso debemos confiar plenamente y mantenernos comunicados en todos los aspectos. De esa forma, podremos cubrir los huecos que existan —dijo Dima.

—Recuerden que fuimos elegidos por alguna razón —agregó Áliza —. Alrededor de cincuenta magos de Palmeras fueron llevados a Ciudad Capital por la señora Viktoria y, si el maestro no tuvo ningún interés en ellos, tuvo que haber un motivo importante. Aunque ahora no es momento de juzgar sus decisiones ni a los propios voluntarios por haberla seguido. Tenemos que concentrarnos en trabajar juntos para proteger Palmeras.

—Bien… comencemos entonces. —Dima sonrió.

47

Como la noche anterior, y las sesenta y dos noches que le precedieron, no hubo nada que alterara la paz de los vigías. Pronto amanecería y, con el sol, llegarían los guardias que tomarían el siguiente turno.

El jardinero había bajado del refugio, construido entre la copa de los árboles, para observar a la pequeña planta de la felicidad que se hallaba escondida entre las raíces de un arbusto común, de mayor tamaño. Las condiciones en la selva eran diferentes a las de la villa, el sol escaso y la humedad muy abundante. A pesar de los grandes cuidados proporcionados por los jardineros, uno solo de los cinco que lograron trasplantar consiguió adaptarse a su nuevo entorno. Lobo Blanco le había comunicado al jardinero, a través de Dima, los pasos que debía seguir para trasplantar el frágil arbusto, y le había aconsejado al señor Jeno colocar los nuevos ejemplares en los caminos que conducían a la ciudad. El pequeño arbusto estaba ubicado a la vera de uno de los varios caminos que comunicaban Palmeras con Ciudad Capital, más precisamente, el único que unía ambas ciudades sin desviarse hacia otros puntos de la geografía.

Uno de los vigías, asentado en las ramas más altas, notó que las aves que pernoctaban en los árboles a algunos kilómetros al sur de su ubicación comenzaron a volar, causando un gran alboroto entre los pequeños simios que también pasaban las noches en las copas de los árboles. De inmediato dio aviso a sus compañeros y estos comenzaron a silbar, imitando el canto de las aves, para hacerles saber a los guardias que estaban en los demás refugios que había posibilidades de que alguien estuviera acercándose.

Uno de los corredores, encargados de llevar las noticias hasta la ciudad, partió hacia Palmeras. Se esperaba que minutos después, al confirmar qué era lo que habían visto, se marcharan los dos restantes.

No pasó mucho tiempo hasta que un corredor de un puesto ubicado al sureste de su posición llegara con las noticias que esperaban.

—Se acercan las tropas del rey —dijo con la respiración agitada—,

alrededor de mil hombres. Arcos, espadas y lanzas. Vienen con ellos dos jóvenes de túnica blanca, y una niña. Magos seguramente. Están a unos diez kilómetros, están marchando hacia aquí.

—Odio a los magos —murmuró uno de los vigías—. ¡Ya lo oyeron señores, a moverse!

Los dos corredores que habían quedado en el puesto partieron a la carrera hacia la ciudad con la nueva información. Los hombres comenzaron a preparar sus armas; ubicaron las flechas en sus puestos, alistaron los arcos y, luego, bajaron a revisar las trampas.

—Señor Jeno, se acercan las tropas del rey —dijo un joven mensajero que llegó de las puertas de la ciudad—. Alrededor de mil hombres y tres magos. Vienen por el camino directo, mi señor.

—Muchas gracias, puedes retirarte —dijo. El joven salió de la sala del consejo con una reverencia.

Dima y Áliza se encontraban junto al señor Jeno. Y ambos se miraron nerviosos.

—Ha llegado el momento, debemos avisar al resto. — Áliza abandonó su asiento y Dima se retorcía las manos.

—Confío en que harán un gran trabajo —dijo el señor Jeno, animándolos—. Han dedicado muchas horas a prepararse para este momento. Todo saldrá bien, ya verán.

—Esperemos que así sea, mi señor —dijo Dima en voz baja. Sentía que un nudo se le había formado a mitad de su garganta y, si hubiera querido decir más, seguro no lo habría logrado.

Los magos caminaron por los pasillos del Palacio de Gobierno, para dirigirse a sus puestos en las murallas de la ciudad. Gracias a que una de las magas recordó el momento en que el maestro le había enseñado a realizar la conexión mental por la que se comunicaban, cuando tenía apenas unos días de nacida, consiguieron crear una nueva unión para contactarse mentalmente entre todos los compañeros, por lo que ganaron tiempo informándoles de lo que estaba sucediendo en esos momentos.

Cuando traspasaron la puerta principal, unos débiles rayos de sol comenzaban a iluminar las frondosas coronas de las palmeras que bordeaban la avenida.

—Tendremos viento del norte —dijo Dima al observar las hojas de las palmeras mecerse.

—Eso es bueno —asintió Áliza, —les llegará antes la esencia del arbusto. Con suerte, ni siquiera los veremos acercarse.

—¿Qué hay, tropa? Llegó el momento de asesinar señoritos acicalados de la capital. ¿No les emociona? —preguntó divertida Shanyi Dokjusu, una jovencita de cara redonda y alegres ojos marrones.

—No, Shanyi, llegó el momento de proteger a nuestras tropas y a nuestra ciudad. Pensé que ya habíamos aclarado ese punto —dijo Dima, frunciendo el ceño.

—Que aburrido eres, jefe. Serías un hermoso ejemplar de ser humano si solo lograras divertirte un poco —dijo la joven, pero Dima continuó caminando sin mirarla.

—Es suficiente, Shanyi —dijo Áliza.

—Ahora que lo pienso, tú también serías una hermosa humana si sonrieras de cuando en cuando. —Un hoyuelo se dibujó en las mejillas de la joven cuando sonrió. Áliza levantó una ceja, molesta.

—¡Buen día, tropa! —gritó Tino Suhrah, el más joven del grupo de los nueve, como llamaban al pequeño ejército de magos que habían formado Dima y Áliza bajo las órdenes del Señor Jeno. Era un muchachito de doce años, por eso se había convertido en el "pequeño niño". Todos le tenían un inmenso cariño e intentaban hacer lo posible para que él se sienta a gusto, ya que sus padres habían partido hacia Ciudad Capital con la señora Viktoria, dejándolo solo en la ciudad en la que vivían. Tino llegó con los refugiados que dejaron Mar Verde.

—¡Mi muchachito bello! —dijo Shanyi y corrió hacia Tino, que venía caminando detrás de ellos. Él frunció el rostro cuando ella lo abrazó.

Áliza y Dima los miraban divertidos, pero habían acordado no celebrar las ocurrencias de Shanyi, ya que podía volverse insoportable si alguien la alentaba.

—Buen día, Tino —dijo Áliza y al ver que Shanyi no lo soltaba, agregó—: Ya, apresúrense.

Luego de unos minutos de caminata, se les unieron en completo silencio Héctor y las gemelas, Ade y Bela.

Aún no había quedado muy en claro cuál era la relación que tenían, pero Dima había llegado a la conclusión que él era el esposo de las dos. Lo había visto dando muestras de cariño a una o a otra, a pesar de que era relativamente fácil diferenciarlas una vez que se las conocía. Ellos conformaban un solo grupo, eran poco comunicativos con los demás, pero muy efectivos a la hora de entablar un duelo. Una de ellas, Ade, era una fuente inagotable de energía, Bela era capaz de crear ilusiones formidables en la mente de magos y no magos y, además, sus murallas eran impenetrables; Héctor era un mago de

ataque mental, eso era lo único que se le daba realmente bien. Si alguno de ellos era invadido por otro mago, sería defendido con uñas y dientes por los tres en simultáneo, de una forma que los demás miembros del grupo de los nueve no habían logrado siquiera imitar.

En la muralla los esperaban los dos miembros restantes del grupo, que eran maestros de los elementos. Ky Ha, una mujer muy pequeña, de cuerpo casi infantil, brillante cabello negro y ojos rasgados, había llegado de una de las aldeas de la costa con los primeros refugiados y, además de ser muy habilidosa con la magia, era extraordinaria a la hora de usar una espada. Junto a ella se encontraba un hombre de cabeza rapada y que tenía el doble del tamaño de Ky Ha. Era su compañero Drian que, al igual que ella, era un excelente espadachín. Eran los únicos capaces de luchar con magia y con armas al mismo tiempo.

—Buenos días —saludó Dima al llegar—. ¿Novedades?

—Buenos días, señor —respondió Ky Ha. Sus ojos, normalmente negros, eran violeta en esos momentos—. Aún están lejos de la ciudad y continúan marchando a paso lento. Son solo tres magos los que acompañan al ejército. He comenzado a utilizar el viento para hacerles llegar la esencia del arbusto. Dudo que lleguen incluso hasta la ubicación del primer puesto de guardia.

—Es excelente Ky Ha, mantente alerta a mi llamado, iré hasta el puesto del arbusto para ver qué tal van. Tomen sus puestos, Áliza, encárgate de todo aquí —dijo Dima. La joven asintió y comenzó a impartir órdenes al resto del grupo.

Dima caminó hasta las puertas entre soldados que iban y venían preparándose para resistir el inminente ataque de las tropas del rey Kirios. Al llegar, pidió un caballo para dirigirse hasta el puesto y, a los pocos minutos, se acercaron dos soldados. Estos cabalgaron junto a él a través del polvoroso camino que cruzaba la calurosa selva pyebrana de norte a sur y que nacía en las puertas de Palmeras, pasaba por Ciudad Capital y cruzaba todo el desierto de Then Kua hasta el paso de la frontera con Sitnor. Era la única ruta directa entre ambas ciudades, ya que el resto de los caminos que llegaban a Palmeras unían Ciudad Capital con otros poblados y aldeas antes de alcanzar a la ciudad selvática.

A media mañana arribaron al puesto del arbusto, completamente bañados en sudor.

—Maldito calor. —Se quejó uno de los soldados que lo habían acompañado, mientras se secaba el sudor del rostro. Dima rio ante el comentario, siempre le sorprendía lo mucho que la gente se quejaba.

El mago desmontó y subió al refugio escondido en las copas de los árboles.

—Buenos días. ¿Qué novedades hay? —Dima se dirigió a uno de los vigías.

—Nada aún, señor. El ejército continúa marchando a paso lento. Los tres magos se han separado del grupo principal y ya se les han adelantado un par de kilómetros. Temo que la esencia no tiene efecto alguno en ellos.

—Puede ser cierto. Yo he tomado el antídoto antes de venir. Nunca se me hubiera ocurrido, maldita sea —dijo Dima apretando los puños —. Denme unos momentos.

Los ojos celestes del muchacho se tornaron grises de un segundo al otro.

—*Áliza, envía a Tino, dile que no beba el antídoto. Uno de los vigías me ha dicho que los magos se han adelantado casi dos kilómetros del grupo principal, dejando atrás al ejército. Parece ser que somos inmunes a la esencia del arbusto.*

—*De inmediato* —dijo Áliza.

A los pocos segundos, apareció Tino junto a uno de los árboles, levantando en torno a él un remolino de polvo y hojas secas. El cabello rizado del muchacho se movía sin control.

—¿Qué carajo…? —dijo uno de los soldados y colocó su mano en la empuñadura de su arma.

—Tranquilo, tranquilo, es de los nuestros —dijo rápidamente Dima —. Sepan disculparnos, no tuve tiempo de avisarles que llegaría. Él es Tino.

El muchachito levantó una de sus manos tímidamente. Dima bajó del refugio y se acercó a él.

—Ven, párate aquí. —Le dijo y lo llevó junto al arbusto—. ¿Sientes algo diferente?

—Pues no, la verdad que no.

—Maldita sea —dijo Dima—. Llégate hasta el siguiente puesto de guardia hacia el sur ¿Recuerdas donde aparecer?

—Por supuesto —dijo Tino.

—Tus insignias... —Dima se quitó las suyas y las colocó en la chaqueta verde oscuro del muchacho—, te van a atravesar una flecha en un ojo si no llevas tus insignias, Tino.

—Disculpe, jefe, las olvidé.

—Habla con los vigías y que te informen la ubicación del ejército y de sus tres magos. Ve con los dioses.

El joven desapareció, causando un remolino de hojas en donde

había estado parado y a los pocos minutos regresó al mismo lugar, sus ojos eran como dos pequeñas brasas rojas.

—Los tres magos siguen avanzando y en dos horas, a lo sumo, llegarán aquí. El ejército se ha detenido. Si me lo permite, me acercaré a ellos para ver su estado.

—No, no lo harás. Puede ser muy peligroso, no conoces el terreno y no quiero que te lastimes. Le diré a Áliza que venga con el resto del grupo. Los esperaremos aquí, por si acaso.

48

—¿Falta mucho para llegar? Me duelen las piernas. —Se quejó Idris.

—Ven, te cargaré, si no te molesta.

La niña aplaudió, se trepó a la espalda de Tareq y se sujetó de sus hombros.

—No debemos estar muy lejos, según ha dicho la señora Viktoria, un kilómetro después de cruzar el arroyo comenzaremos a divisar las murallas. —Lehsa señaló un robusto puente de madera que se veía algunos cientos de metros delante de ellos—. Y ahí se encuentra el maldito arroyo.

Idris le pidió a Tareq que la deje bajar.

—Muero de calor. —La niña corrió hacia el arroyo.

—Idris no te alejes —llamó Lehsa, pero la pequeña no hizo caso y continuó alejándose de ellos.

El muchacho comenzó a correr detrás de ella y, a cada paso que daba, notaba que el puente seguía pareciendo inalcanzable.

—¡Idris regresa aquí, es una maldita trampa! ¡Tareq apresúrate!

Lehsa corría desesperado por alcanzar a la niña, que se alejaba más y más, sin responder a su llamado. Muy pronto su compañero lo alcanzó y lo adelantó, y dejó caer su bolso algunos metros más adelante.

Lehsa se detuvo a recogerlo y se detuvo unos segundos para tomar aliento. Vio que Tareq alcanzaba a Idris, pero cuando su mano tocó la túnica esta se desinfló. La niña había desaparecido.

Tareq volteó y miró aterrorizado a su compañero, con la tela blanca ondeando en la mano, al darse cuenta de que la niña ya no estaba al alcance de su vista. Lehsa llegó a él y miró a su alrededor, buscando algo que le indique qué había sucedido con Idris

—Lo siento tanto, lo siento tanto. —Se lamentaba Tareq, mientras sostenía en sus manos la túnica vacía.

—¡Tareq, escúchame! Debes controlarte, tenemos que estar alertas, estamos a merced de quién quiera que sea que está haciéndonos esto.

—¡Maldita sea! —El rostro de Tareq había enrojecido y en su frente se hizo visible una gruesa vena, que la cruzaba de arriba a abajo—. ¡Maldita sea la señora Viktoria y su soberbia! Dijo que en Palmeras no había magos. ¿Me quieres decir quién carajo se ha llevado a Idris entonces?

—Tareq, cálmate. Concéntrate y comienza a rastrear. —El muchacho estaba fuera de sí. Caminaba de un lado al otro con las manos en la cabeza—. ¡Tareq, por lo más sagrado! ¿Quieres controlarte de una vez? —dijo Lehsa y le asestó un puñetazo en la cara. Tareq se llevó la mano a su labio, que había comenzado a sangrar. Lo miró asombrado por unos segundos y luego reaccionó.

—Gracias —dijo. Sus ojos se tornaron grises, mientras comenzaba a mirar a su alrededor con detenimiento.

—¡Demonios contigo! Debes mantener la calma, maldición. No me sirve que te alteres de esa forma.

—Discúlpame. Son tres… no, cuatro. Cuatro personas. Hay uno que maneja elementos, los demás son mentales.

—Que malo eres, bonito —dijo una muchacha de rostro redondo, frunciendo el ceño. Se acercaba caminando por el camino que llevaba a Palmeras—. ¿Será que no aprendiste a contar?

—¿Tú quién eres? —preguntó Lehsa, asustado, y se interpuso entre ella y su compañero.

—Soy la reina del terror —dijo con ironía—. ¿Por qué nadie me dijo que los señoritos de Ciudad Capital eran tan guapos, Áliza? Va a ser una gran pérdida para la humanidad tener que matarlos.

—Cálmate Shanyi. ¿Crees acaso que serán todos tuyos? —dijo una mujer que salió de atrás de un grueso árbol, a la derecha del camino.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Tareq—. ¿Qué han hecho con ella?

—La pequeña Idris pasará unos momentos con nuestro niño. Ya saben, no es bueno exponerlos a la violencia a tan temprana edad —dijo Shanyi.

—¿Cómo es que saben cómo se llama? —preguntó Lehsa en voz baja.

—Tienen su nombre dando vueltas en su cabeza como un maldito remolino. ¿Cómo creen que lo sabemos? —respondió Shanyi con un gesto de fastidio. Tareq y Lehsa se miraron extrañados. Los ojos de Lehsa se tornaron violetas, al igual que los de Shanyi, unos segundos después.

—*¿Qué demonios es esto?* —Lo único que Lehsa pudo ver en la mente de la muchacha fueron unas paredes de piedra gris, que se

extendían hacia los lados y hacia arriba, y parecían no tener fin. Era un lugar muy frío y seco, todo lo contrario a la temperatura del exterior. Pasó su mano por la rugosa superficie del muro y parecía ser tan real que se sintió aprisionado, confundido y frustrado.

—*Una muralla ¿no lo ves? Te tomaba por un mago serio, bonito.*

—*¿Cómo es qué…? ¿Por qué…?* —La mente de esta muchacha no se parecía en nada a las que había visto en sus prácticas con la señora Viktoria. Ahora se sentía decepcionado y sumamente furioso.

«¿Acaso nos ha estado engañando todo este tiempo? ¿Cómo se supone que puedo vencer a la muchacha si ni siquiera sé qué debo hacer?» pensó.

—*A ver, dulce, ¿has venido a invadirme o quieres que te dé algunas lecciones?*

El tono burlón con el que habló la muchacha lo hizo sentir una oleada de calor intensa que trepó por su espalda hasta llegar a su cabeza; la humillación era algo que no iba a soportar. Salió rápidamente de su mente.

—No invadas a nadie. —Le dijo en voz baja a Tareq—. Sus mentes tienen una especie de muralla, que parece impenetrable.

Miró a su alrededor y vio que Shanyi se encontraba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas delante de ella, escribiendo algo con su dedo en el polvoroso camino, ajena a lo que hacían los demás. Su compañera estaba sentada en el suelo también, recostada en el tronco del árbol que la había ocultado minutos antes, con la vista perdida en el verde follaje.

—¿Qué hacemos entonces?

—Lo que aprendimos. Sufrirán la misma suerte que los prisioneros que utilizamos para las demostraciones.

Lehsa comenzó a mover sus dedos en el aire, como si manejara hilos invisibles. Shanyi se retorció levantando una nube de polvo a su alrededor y gritó de dolor.

Tareq inmovilizó a Áliza aprisionándola contra el árbol en el que se había apoyado con tanta tranquilidad.

—Ahora nos dirán a donde tienen a Idris —dijo Lehsa.

—Déjenlas ir y les devolveremos a la niña. —La voz de un hombre les hablaba desde la copa de los árboles.

—Vaya, de a poco salen las ratas de su cueva —dijo Tareq, que presionó aún más las invisibles ataduras que manipulaba con sus dedos y Áliza gimió—. Queremos a la niña, ahora.

—Idris está en un lugar seguro. Liberen a nuestras compañeras si quieren regresar a su hogar en una sola pieza —dijeron a coro dos mujeres idénticas como gotas de agua.

Lehsa no había sido capaz de ver de dónde habían salido, no sabía si habían llegado recién o si siempre habían estado ahí. En medio de ellas se encontraba un hombre de rostro delgado y huesudo, que contrastaba enormemente con lo bajitas y gordas que eran las mujeres que lo acompañaban.

Lehsa levantó los dedos de una de sus manos y Shanyi quedó suspendida en el aire, como si una soga invisible la levantara del cuello. Momentos después sintió que alguien lo golpeaba en la espalda y cayó de rodillas con las manos apoyadas en el suelo. Todo el aire de sus pulmones había sido expulsado con el empujón que recibió. Shanyi cayó con un golpe seco y un hombre alto y de cabeza rapada se acercó a ella a grandes pasos.

—¿Te encuentras bien? — Le oyó decir. La muchacha tosía e intentaba ponerse de pie.

Alguien le torció la mano hacia atrás y lo obligó a levantar la cabeza.

—Quédate quieto o te abro la garganta —dijo la voz de una mujer a sus espaldas, mientras le colocaba una espada debajo del mentón. El frío helado de su filo congeló tanto su sangre como su deseo de reaccionar.

Miró hacia los lados, moviendo apenas los ojos, en busca de Tareq y lo vio a pocos metros de él, de pie y con los ojos cerrados. La maga a la que había atacado estaba a su lado, parecía haberse liberado de su ataque y ahora era él su prisionero.

—Ya habrás notado que te encuentras en desventaja, ¿no? —Un hombre de cabello rubio y ojos grises bajó de un salto desde la copa de los árboles—. Te aconsejo que no hagas nada estúpido o tu amigo perderá la razón. Héctor y las gemelas están en su mente y pueden destruirlo en solo dos segundos. Creo que no es necesario agregar que tienes una espada en tu garganta. Al más mínimo movimiento o cambio en tus ojos, Ky Ha te degollará. No tienes otra opción más que rendirte.

—Quiero a Idris. ¿Dónde está?

Lehsa sintió una puntada en su cabeza y vio que dentro de su mente se encontraba el hombre rubio.

—Mi nombre es Dima Hidrym. Soy el líder del grupo de los nueve y servimos a Palmeras. No es nuestra intención lastimar a nadie, solo queremos solucionar nuestros problemas sin derramar ninguna gota de sangre. Como verás la pequeña se encuentra en perfecto estado, nada le sucederá a ella. —Dima le mostró una serie de imágenes de Idris, en forma de recuerdo, jugando en el arroyo.

—*¿Cómo sé que no es una ilusión?*

—*Deberás confiar en mi palabra.*

Lehsa asintió. Debía ganar tiempo para intentar liberarse de la mujer que lo tenía cautivo. Tenía que escapar de ahí de inmediato.

—*¿Qué harán con ella?*

—*La devolveremos a Ciudad Capital sana y salva una vez que ustedes dos se hayan rendido y hayan partido de regreso con los soldados que los acompañan. La pequeña los estará esperando allí.*

—*¿Cómo que nos estará esperando?*

—*Somos magos, no lo olvides.* —Dima le guiño un ojo y abandonó su mente—. ¿Qué dices? ¿Tenemos un trato? —Dima sonrió y le tendió la mano.

Lehsa cerró los ojos para que no notaran que iba a acudir a sus poderes, movió apenas sus dedos y un lazo invisible se arrastró por su espalda hasta llegar a su cabeza. Lo extendió hasta encontrarse con el cuello de la mujer que lo había capturado y ajustó el lazo hasta ahorcar a Ky Ha. Cuando la espada que tenía en su cuello cayó de las manos de la mujer, Lehsa se puso de pie y se acercó a Tareq.

—Detente si no quieres que tu compañero salga herido —dijo Dima.

—Libérenlo o la mujer morirá. —Lehsa miró a Dima con sus brillantes ojos violetas. El rostro de la pequeña mujer había enrojecido y sus manos rascaban su cuello, en un intento de librarse del lazo invisible que la estaba ahogando—. Diría que no le queda mucho tiempo a su amiga. Liberen a Tareq y la dejaré ir.

Lehsa los miraba uno a uno, para evitar ser sorprendido otra vez. Si alguien lo golpeaba, sabía que perdería contacto y la mujer escaparía.

—Déjala o tu amigo sufrirá las consecuencias —dijeron juntos las gemelas y Héctor. El coro de voces sonó aterrador e hizo que le corriera un escalofrío por la espalda.

—Liberen a Tareq ahora mismo o la mujer se muere —replicó Lehsa, decidido. El rostro de Ky Ha era en ese momento color morado y parecía que sus ojos iban a salirse de su rostro.

—¡Liberen a ese maldito de una vez! —exclamó Shanyi entre sollozos.

En ese instante Tareq fue liberado y abrió sus ojos con total normalidad. Lehsa lo miró de reojo y, con una sonrisa, ajustó aún más la atadura del cuello de la pequeña mujer; sus brazos cayeron a los lados y su cabeza hacia adelante. Lehsa la liberó y su cuerpo inerte cayó en los brazos de su enorme compañero, que estaba junto a ella intentando salvarla.

49

Dima y sus compañeros quedaron inmóviles, viendo como el pequeño cuerpo de Ky Ha caía, ya sin vida. El tiempo parecía haberse detenido para ellos y todos se agruparon en torno a Drian, que sostenía a Ky Ha entre sus brazos. El enorme hombre levantó la cabeza y gritó enfurecido.

Lehsa y Tareq aprovecharon el momento de confusión para escapar y corrieron por el camino en dirección a Ciudad Capital. Dima fue el primero en notarlo.

—Han escapado —dijo con la voz quebrada y las lágrimas cayendo por sus mejillas—. ¡Han escapado! Shanyi, quédate con Áliza. El resto, vamos tras esos malditos.

—Estás demente si crees que me dejarás afuera. —Shanyi se secó las lágrimas y se puso de pie.

—Yo también iré —dijo Áliza.

—Vamos, entonces. —Drian recostó con suavidad el cuerpo de su compañera sobre la tierra seca del camino—. Pronto volveré por ti —dijo y cerró sus ojos.

Las gemelas y Héctor se quedaron a resguardar el cuerpo de Ky Ha y los demás corrieron detrás de los fugitivos.

—*Los compañeros de la niña han escapado, cuida de ella y no la dejes sola ni un momento hasta que tengas noticias nuestras* —dijo Dima.

—*De acuerdo* —respondió Tino.

Dima dejó de comunicarse con su compañero y continuó corriendo.

—Allí están. —Shanyi fue la primera en verlos—. Siguen por el camino. Atacaré al asesino de Ky Ha, su nombre es Lehsa —dijo al tiempo que sus ojos se tornaban violetas. Shanyi se detuvo unos segundos y luego continuó caminando.

—Ten cuidado —dijo Áliza.

Dima vio que Lehsa, mientras corría, se toma la cabeza con ambas manos. Momentos después rueda por el suelo y levanta una nube de polvo a su alrededor. Su compañero se detuvo algunos metros delante

de él, pero luego regresó para ayudarlo a ponerse de pie. Tironeó de su brazo hasta que consiguió levantarlo, pero él era incapaz de caminar.

—*Atacaré al otro* —dijo Dima—. *Estén atentos por si algo sucede. Áliza, quédate con Shanyi y asístela. Drian, si ves que alguna de ellas está siendo atacada, golpéalos, eso los hace perder la conexión.*

—*Entendido* —dijeron a coro.

Dima invadió la mente de Tareq y se encontró con un caos en su interior, similar al que había visto en la mente de la señora Viktoria. No sabía muy bien por dónde empezar, pero recordó que estos magos no eran como ellos, ya que atacaban el cuerpo y no la mente. Debía encontrar la forma de bloquear esa habilidad que poseían. Se puso en contacto con Shanyi para decírselo, pero no obtuvo respuesta de su parte. Dirigió su mirada hacia ella y vio que se encontraba arrodillada en el suelo, con su cabeza hacia atrás, los brazos le colgaban a los lados y se balanceaban como las hojas de un árbol se mecen con la brisa. Lehsa lo había hecho de nuevo. Sintió que algo apretaba su garganta y, de a poco, todo empezaba a oscurecerse.

—*¡Áliza!* —Fue lo último que pudo decir, antes de desmayarse.

50

—*¡Dima! Maldita sea, responde de una vez.* —La voz de Tino resonaba en su mente, pero no conseguía reponerse por completo.

—*Aquí… estoy* —tartamudeó.

—*Por todos los dioses Dima ¿Qué ha sucedido? Nadie me responde.*

Dima abrió los ojos cuando ya era mediodía; el sol, que le daba de lleno en el rostro, estaba justo sobre él y le ardía la piel en los lugares en los que la chaqueta no lo cubría. Se llevó una mano a la frente, donde se le había pegado el cabello empapado en sudor, e intentó proteger sus ojos de la intensa luz. Trató de incorporarse pero sentía un gran dolor de cabeza al moverse. Miró a su alrededor y vio que los demás estaban en las mismas condiciones en las que él estuvo. Todos se encontraban inconscientes.

—*Hemos perdido la batalla, Tino. No sé cómo se encuentran nuestros compañeros. Intentaré llegar a ellos para ver su estado. ¿La niña?*

—*Todo sigue bien aquí, Héctor y las gemelas esperan noticias también.*

—*Diles que vengan hacia nosotros, por el camino* —dijo con la voz entrecortada.

Volvió a hacer otro intento de levantarse, esforzándose más esta vez. Caminó hasta Drian, que era quien se encontraba más cerca de él y notó, aliviado, que respiraba aún.

—Drian, despierta. —Le dio unas palmadas en el rostro, pero no respondió.

Caminó unos pasos más hasta donde se encontraban Áliza y Shanyi, estaban tomadas de la mano y cubiertas de polvo y sudor. Un hilo de sangre caía de los labios de Áliza.

—Maldición —dijo Dima y se arrodilló junto a ellas.

Intentó despertarlas, llamándolas por su nombre pero, al igual que Drian, no respondieron. Le tomó la mano, puso sus dedos en su muñeca, buscando su pulso y lo sintió débil. Shanyi respiraba pausadamente. Dima tomó a Áliza en sus brazos y la llevó hasta la sombra de los árboles al costado del camino y regresó a buscar a

Shanyi. Una vez que ambas estuvieron a la sombra, se acercó de nuevo a Drian. No sería capaz de moverlo, pero debía intentar hacerlo despertar para ponerlo a resguardo de los rayos del sol.

—¡Dima! —exclamó alarmada Bela, que se acercó corriendo a él. Dima se incorporó y su rolliza compañera llegó hasta él y lo abrazó con afecto—. Muchacho, nos tenías muertos de preocupación. Gracias a los dioses que te encuentras bien.

Héctor se acercó a Drian y, sin esfuerzo alguno, levantó su enorme cuerpo. Caminó unos pocos metros hasta donde se encontraban Áliza y Shanyi y recostó al enorme calvo junto a ellas, como si se tratara de una pequeña niña. Dima no podía creer la fuerza que tenía ese delgado hombre. Ade se acercó a él y lo abrazó, al igual que su gemela.

—No volveremos a dejarlos solos, es una promesa —dijo y su mano le acomodó los cabellos con dulzura, como una madre preocupada lo haría.

—Gracias. No sé qué podemos hacer para ayudarlos —agregó mientras miraba a sus compañeros.

—Yo me ocuparé de ellos. Tú descansa, muchacho —dijo Ade. Sus ojos se volvieron grises y Dima sintió primero que se adormecía y, luego, una oleada de energía le recorrió cada centímetro del cuerpo e hizo que se sintiera en perfectas condiciones de nuevo. Miró a sus compañeros y vio que de a poco comenzaban a reaccionar. Áliza fue la primera en despertar.

—¿Dónde han ido? —Fueron sus primeras palabras.

—Déjalos, han escapado —dijo Dima.

—Debemos ir tras ellos. —Shanyi se sentó y acomodó su largo cabello, que estaba revuelto y sucio—. ¿Qué demonios ha sucedido?

—Al parecer, nos dejaron inconscientes y escaparon. Supongo que no acabaron con nosotros porque tenemos a la niña. Si nos mataban no podrían recuperarla.

—Les devolveremos su cuerpo —dijo Bela—, pero capturaré su mente. No quedará nada de esa mocosa.

—Regresemos. —Drian se puso de pie—. Ya decidiremos qué hacemos, pero no en voz alta, no sabemos qué tan lejos han ido.

—*Los soldados han llevado a Ky Ha a la ciudad* —dijo Héctor—. *Regresemos.*

Al llegar, se dirigieron a un salón que se encontraba cerca de las enormes puertas de la ciudad, el lugar que utilizaban para reunirse.

Allí los esperaba Tino junto a la niña. Áliza la había introducido en una ilusión, por lo que ella creía que estaba aún con sus compañeros, aunque en la realidad se encontraba recostada en una manta en el suelo, dormida.

—Yo me encargo de la pequeña —dijo Bela ni bien cerraron la puerta del salón. Su hermana se ubicó a su lado y ambas se quedaron muy quietas, indiferentes a lo que sucedía a su alrededor.

Dima, mientras tanto, le contó a Tino lo que ocurrió desde que se separaron, cuando el muchacho apartó a la niña de sus compañeros.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó Shanyi.

—Tenemos que regresarla —dijo Tino—. Yo lo haré. He hablado con Ade, ella podrá asistirme. Bela puede extraer los recuerdos de Ciudad Capital de la mente de la niña, la dejaré en las puertas y regresaré de inmediato.

—Es muy arriesgado, pero no tenemos otra opción —acordó Dima luego de pensarlo unos momentos.

—Está hecho —dijo Bela—. Ahora es una simple niña, aunque de aquí en adelante no recordará absolutamente nada de lo que le sucedió. Todo lo que aprenda sobre la magia se le olvidará apenas terminen de explicárselo, ya que esos recuerdos se guardaran en un lugar al que solo yo puedo acceder. Todo lo que se diga frente a ella, podré escucharlo, todo lo que vea, podré verlo. Podré manejarla a mi antojo, cuando quiera y como quiera.

—Eso es magnífico —dijo Áliza—, tendremos una espía dentro del palacio.

—Exacto, mi niña —asintió Bela, sonriendo por primera vez desde que se conocían.

—*Tino, estos son los recuerdos de Ciudad Capital. Ten mucho cuidado, cariño.*

—*Por supuesto, Bela. Muchas gracias. Ade, estoy listo.*

—*Cuando quieras, niño, ya estoy lista* —respondió la gemela luego de unos momentos.

—Regresaré pronto. —Tino tomó a la niña en sus brazos y ambos desaparecieron.

Un fuerte viento huracanado comenzó a formarse en el salón, cayeron sillas y muebles y las cortinas fueron arrancadas de las ventanas. Los magos se miraban con desconcierto, intentando protegerse del caos que los rodeaba.

Finalmente, los vidrios de las ventanas estallaron hacia fuera y

Tino, inconsciente, apareció en medio del salón. Tenía flechas clavadas en la espalda, las piernas y los brazos. Una de las piernas de Tino estaba incrustada en una pica de madera.

—*Ha salido mal. Ha salido mal.* —Era la voz de Tino, que le hablaba a todos—. *El dolor era insoportable. Pude regresar, pero la niña ha muerto. Aparecí sobre una barricada. Ella quedó… fue espantoso.*

Bela y Héctor de inmediato comenzaron a ayudar a Tino ante la mirada atónita del resto de los magos, que aún no entendían que sucedía. Mientras Héctor quitaba las flechas, ella curaba sus heridas y reparaba los tejidos y huesos rotos. Cuando terminó con las heridas menores, empezó a trabajar con su pierna donde un tronco de árbol, del ancho de un brazo de Drian y tallado en punta, sobresalía de manera extraña.

Tino, al poseer los poderes del Sol, tenía la particular habilidad de poder aparecer en otros lugares. Una de las limitaciones de ese poder era que tenía que conocer a la perfección el lugar al que iba, por lo que había, en Palmeras y sus alrededores, lugares marcados en los que no debía circular nadie, sin excepción.

El poder de Tino le permitía materializarse en cuestión de segundos en otra locación, por lo que, de haber algo en el lugar en el que aparecería, su cuerpo se formaría alrededor y sobre eso, sea un objeto, un animal o una persona.

—¿Ade, que ha sucedido? —preguntó Áliza, desesperada, ante tal escena.

Caían gruesas lágrimas de los ojos de la gemela, que se había arrodillado junto a Tino y le sostenía la mano.

—El muchacho apareció sobre una barricada de madera que ubicaron en las entradas de Ciudad Capital. —Ade les hablaba con la voz entrecortada—. Eso no se encontraba en los recuerdos de la niña. Al notar la conmoción y ver el uniforme de Tino, los soldados de las murallas comenzaron a disparar sus flechas. Tino quedó inconsciente ni bien llegó, el dolor en su pierna lo hizo desmayar. Al estar conectada a él, pude acceder a su mente subconsciente y hacer que regrese, se valió de mis poderes para ello, él solo no podría haberlo hecho. La niña… falleció en ese momento.

51

Una sucesión de golpes apresurados sonó en su puerta y la señora Viktoria se puso de pie, maldiciendo.

—¡He dicho que no quiero ser molestada cuando me encuentro con los niños! —dijo al abrir la puerta.

—Mis disculpas, mi señora —dijo un joven soldado sin atreverse a mirarla a los ojos—, ha sucedido algo en las puertas de la ciudad… la niña Idris ha regresado.

—Llévame con ella —ordenó y salió de la habitación.

—Me temo, mi señora, que ella… ha fallecido.

—¿De qué demonios estás hablando? —Ambos caminaban apresuradamente por los pasillos del Palacio de Las Hojas.

—Un carruaje la está esperando, mi señora, para llevarla hacia las puertas. Debo advertirle que lo que le ha sucedido a la niña es horrible.

La señora Viktoria corrió por los pasillos del palacio, con el soldado siguiéndola de cerca. Se dio cuenta de que había olvidado calzarse cuando se clavó una piedra del camino. Maldijo en silencio, pero no se detuvo más que el tiempo necesario para quitarse esa molestia de su pie. Corrió los últimos metros que le faltaban hasta llegar al carruaje y dio la orden de partir sin haber cerrado la portezuela.

—Dime —ordenó una vez que el vehículo se puso en marcha.

—Los guardias de la muralla escuchamos un estruendo, como un fuerte trueno, fuera de la ciudad y luego de eso gritos, terribles gritos que le erizaban a uno la piel. Uno de mis compañeros dijo que vio cuando los dos aparecieron ahí mismo… solo aparecieron y un remolino de polvo y hojas giraba a su alrededor. Cuando se aplacó, vimos que una niña y un muchacho con el uniforme de Palmeras estaban sobre las barricadas. Luego de reponernos de la impresión, uno de los oficiales dio la orden de disparar. Una lluvia de flechas cayó sobre ellos hasta que alguien notó que era la niña Idris y nos ordenó detenernos. De inmediato abrieron las puertas y corrimos

hacia ellos. El muchacho de Palmeras… era apenas un crío… estaba muerto o inconsciente, no sabemos.

—¿Qué sucedió con él? —pregunto Viktoria en voz baja.

—Desapareció. No sabemos si vivía o no. De repente el viento volvió a arremolinarse a su alrededor y desapareció llevándose consigo parte de la barricada.

La señora Viktoria no pudo volver a hablar por el resto del viaje, ya que se sentía profundamente afectada. No entendía cómo pudo haber sucedido una cosa así, siendo que en Palmeras ya no quedaban magos o, al menos, eso era lo que ella creía hasta ese momento. Si en Palmeras había magos entrenados, tanto o más poderosos que sus discípulos, eso significaba que podía haber más magos en otras partes de Pyebra que fueran capaces de defenderse.

La señora Viktoria sintió la inmensa necesidad de destruir algo. Palmeras de ser posible. Lamentó no poder estar en contacto con Tareq y Lehsa. Quería que destruyeran esa maldita ciudad.

Al llegar a las puertas, parecía que todo el ejército de Pyebra se había congregado para ver lo que había ocurrido. Los soldados se apartaron, murmurando, mientras la carreta pasaba.

A pocos metros de la muralla exterior, el rey Kirios había ordenado cavar una fosa, dentro de la que se colocaron unas enormes cruces de madera con sus extremos tallados en punta para proteger la ciudad en caso de un asedio.

Idris estaba incrustada en esa barricada. Tenía la cabeza hacia atrás y sus largas trenzas se balanceaban con la brisa del norte, tenía la boca abierta y las moscas se posaban sobre sus ojos. Dos surcos de lágrimas, ahora secas, habían corrido por sus mejillas, arrastrando con ellas el polvo y la suciedad de su bello rostro. Una de las lanzas de la burda construcción de madera sobresalía de su vientre y de una de sus piernas, que parecía que se había formado alrededor de ella. Cuando Viktoria vio la grotesca escena, el estómago se le revolvió y no fue capaz de contenerse. Se limpió los labios con el dorso de la mano y gritó, indignada y furiosa, mirando hacia el cielo.

La señora Viktoria perdió la estabilidad y sus piernas parecían que no podían aguantar su peso. Uno de los soldados la sostuvo y ella se apoyó en él. Lloró su frustración y su rabia hasta que fue capaz de sostenerse por sí misma.

Cuando se sintió mejor, caminó hasta llegar junto a la niña, cerró sus ojos, la miró por largos minutos y le limpió el rostro lo mejor que pudo. La pequeña Idris tenía un broche en su túnica, una mariposa de plata y zafiros, que su madre le había dado antes de dejar su hogar en

Mar Verde. Viktoria lo desprendió y lo guardó en su bolsillo. Retrocedió unos pasos y sus ojos se volvieron violetas.

Levantó una de sus manos y todo se convirtió en llamas rojas que ascendieron varios metros, ante la mirada aterrorizada de los soldados que se habían congregado a su alrededor. El fuego consumió los gruesos troncos y el cuerpo de Idris en solo unos minutos.

—Ha regresado el ejército, mi señora —dijo un soldado cuando la puerta se abrió. Una ráfaga de aire glacial le dio de lleno en el rostro.

—¿Lehsa y Tareq han regresado? —preguntó Viktoria sin siquiera salir de las sombras. La habitación donde se encontraba, estaba totalmente a oscuras. No había abandonado la estancia desde hacía días. Se rehusaba a comer y pidió no ser molestada hasta que regresara el ejército. Nadie, ni siquiera el rey, se atrevió a desobedecerla esta vez.

—Sí, mi señora, la esperan en el salón de prácticas.

Su largo vestido negro se arremolinaba en sus piernas mientras caminaba apresurada por los pasillos. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, rodeados de oscuras ojeras.

—Mi señora —dijeron los magos haciendo una reverencia cuando Viktoria abrió la puerta. Una leve sonrisa iluminó su rostro al verlos.

—Lo sentimos tanto. Nos han dicho lo que sucedió a Idris —dijo Tareq. Sus ojos no pudieron contener las lágrimas y estas rodaron por sus mejillas lentamente—. No fuimos capaces de protegerla.

—No es su culpa, —dijo Viktoria con dulzura, limpiando su rostro con sus frías manos—, no sabíamos que Palmeras tenía sus propios magos. ¿Ustedes se encuentran bien?

—Sí, mi señora —dijo Lehsa y, apretando los puños, agregó—. Por los dioses que vengaré a Idris. Esos malditos llorarán sangre la próxima vez que nos crucemos.

52

Montañas Kobliz, Pyebra, año 3999

El fuego crepitaba y pequeñas chispas ascendían desde las brasas hacia el oscuro cielo, en una danza lenta. Los ancianos de la aldea se reunían en torno a una gran fogata para celebrar consejo. Hacía pocos días habían recibido a un mensajero del señor Jeno, gobernante de Palmeras, invitándolos a resguardarse en la ciudad amurallada antes que las tropas del rey Kirios llegue a llevarse por la fuerza a todos los hombres.

—No hemos criado hijos para que se los lleve una guerra, ni hemos criado hijas para que sean ultrajadas por soldados indecentes —dijo Saara, una anciana de largas trenzas blancas. Su boca desdentada se frunció en una arrugada mueca al terminar la oración.

—Es una insensatez movilizar a toda la aldea —respondió un anciano alto y delgado que caminaba nervioso delante de la fogata.

—Tendremos que hacerlo, ¿o prefieres morir de hambre cuando el rey se haya llevado a nuestros rebaños?

—Eso si no nos matan antes sus soldados —agregó el anciano sentado a la derecha de Saara. Su comentario recibió el apoyo de los demás.

—Han perdido la cabeza —dijo el anciano, aún de pie, y levantó los brazos hacia el cielo estrellado—. Son quince días de viaje, de caminata incesante, con el peligro de que seamos atacados en cualquier momento por el ejército.

—No le veo mucha diferencia. Excepto porque vamos a estar caminando y puede incluso que lleguemos a Palmeras y estemos a resguardo detrás de sus fuertes murallas —dijo un anciano calvo. Las cuentas de sus collares tintinearon cuando levantó las manos, haciendo un dibujo invisible de las murallas en el aire.

El anciano se detuvo y miró por breves segundos a cada uno de los ancianos que estaban sentados frente a él.

—No podré caminar por quince días. Ninguno de nosotros podrá hacerlo. —El anciano arqueó las cejas y movió la cabeza de un lado al otro.

—Tendremos que buscar la forma de seguirles el paso —respondió el anciano que había hablado en segundo lugar.

—O podemos hacer que nos lleven en una de las carretas, es lo justo —dijo Saara y, esta vez, todos asintieron.

Pasaron dos lunas hasta que estuvieron listos; les llevó mucho tiempo convencer a los aldeanos de que debían abandonar todo aquello que habían logrado con tanto esfuerzo y sacrificio.

Al amanecer del día anterior a la partida, todos dejaron sus casas de adobe y paja y se congregaron en el centro de la aldea. Vila, la sacerdotisa, los guio en una lenta peregrinación a través de un polvoroso sendero, a cuyos lados se veían unos pocos arbustos de largas espinas blancas y hojas gris verdoso. Las rocas de arenisca diseminadas aquí y allá, los acompañaron por todo el recorrido hasta el templo.

No mucho después de haber dejado atrás la última casa los alcanzó un fuerte viento del norte, cálido y cargado de granos de arena. Las mujeres ajustaron más los pañuelos que cubrían sus cabezas y las túnicas se les enredaron en los pies. Poco tiempo después, llegaron al templo de Sinmá, la diosa luna, que era el orgullo de todos los habitantes de la pequeña aldea desértica.

El templo de piedra caliza, apenas más grande que una casa, estaba ubicado entre dunas de arena y matorrales espinosos y, frente a él, se hallaba un gran círculo de piedras blancas en cuyo centro se encontraba una pila de madera del alto de un hombre. Vila les indicó con un ademán a los aldeanos que se sentaran alrededor del círculo de piedra y, mientras ellos tomaban sus lugares, la joven sacerdotisa abrió las puertas del templo.

A los pocos minutos salió con una jarra dorada y una copa de madera, las que dejó a un lado del gran círculo, en una mesa de piedra. La sacerdotisa había cambiado su túnica de lino por un vestido de gasa blanca bordada con hilos de oro. En sus muñecas llevaba gruesos brazaletes dorados y en uno de ellos brillaba un inmenso rubí. También se había quitado el pañuelo que cubría su cabello, y lo había reemplazado por una tiara de oro y rubíes. Su cabello plateado ondeaba con el viento, mientras el reflejo de las piedras preciosas dibujaba líneas de un suave rosado sobre él.

Vila se introdujo en el círculo de piedra con una antorcha en la mano, y con ambos brazos en alto.

—Sinmá, señora de los cielos, dorado disco que guías nuestros pasos a través de la oscuridad, cubre a tu pueblo con tu manto de piedad en su camino a la ciudad de Palmeras. No dejes que las lanzas del rey rocen su piel, ni que las flechas se entierren en su carne. Que tu inmenso poder nuble la mente de los magos enemigos y que sus hechizos sean inútiles. Ayúdalos, señora nuestra, a llegar a la poderosa ciudad de Palmeras y bendice eternamente al generoso señor Jeno por proteger a los indefensos del falso rey.

Mientras hablaba, Vila caminó dentro del círculo primero hacia su izquierda hasta completar una vuelta y luego volvió sobre sus pasos para llegar hasta el lugar desde el que había partido. Al terminar, se dirigió al centro y, acercando la antorcha, encendió la hoguera. La sacerdotisa dejó el círculo y le indicó a los aldeanos que se pusieran de pie y se tomaran de las manos. La voz de Vila se elevó en el aire nuevamente, dando inicio a una canción de alabanza a la diosa Sinmá. Uno a uno, los aldeanos fueron acercándose a la hoguera y arrojaron a las llamas un objeto de su pertenencia, mientras agradecían a la diosa por su protección y le rogaban que el sacrificio sea de su agrado. Cuando el último de ellos hubo realizado su ofrenda, Vila sirvió vino en la copa de madera, bebió de ella y luego arrojó la copa a la hoguera. Un puñado de chispas verdes se elevó entre las llamas y el humo tomó la forma de una mujer por unos segundos, ante el asombro de los aldeanos.

—La diosa Sinmá ha expresado su satisfacción. Serán protegidos por ella en su viaje a Palmeras —exclamó Vila.

Los aldeanos agradecieron a la sacerdotisa, se despidieron de ella y regresaron a sus hogares caminando en silencio.

Al llegar a la aldea Saara, la anciana de más edad, ordenó que se carguen todas las carretas para partir antes del amanecer del siguiente día. Una vez terminada la tarea, los aldeanos se despidieron de las callejuelas que los habían visto crecer con una celebración que los reunió a todos en el centro del poblado. Se mataron algunas cabras, se abrieron varios toneles de vino y el festejo duró hasta la puesta del sol; después de descansar algunas horas, despertaron antes del amanecer y subieron los niños a las carretas. Las mujeres fueron las primeras en dejar la aldea, junto a los ancianos, algunos hombres y los jóvenes que guiaban los rebaños de cabras y ovejas.

El resto de la población masculina, permaneció en el pueblo para incendiar los restos de los magros sembradíos, los pastos y las pequeñas casas que habían habitado. Largas lenguas de fuego pintaron la oscuridad del cielo de un extraño color anaranjado. La caravana

esperó a los retrasados detrás de la primera colina, para ahorrarse el dolor de ver su mundo en llamas. Cuando el sol se asomó sobre las montañas Kobliz, tanto sus tristezas como su aldea, se habían convertido en cenizas.

Aunque era media mañana y el sol brillaba con intensidad, el acostumbrado calor del desierto aún no se dejaba sentir con toda su fuerza. Soplaba viento del sur, fresco y bastante inusual. La caravana marchaba a paso lento, como si los habitantes de la aldea aún no estuvieran completamente seguros de lo que estaban haciendo.

—Vila —dijo en voz baja Ajác. Luego se dirigió a su madre, hablando muy rápido—. Madre, dile a Mihaí que regresé por Vila, ella se quedó en el templo, quedó sola.

—Ten cuidado.

—Sí, madre, no te preocupes —dijo y acomodó sobre su larga y oscura cabellera el pañuelo que llevaba alrededor del cuello.

—Que los dioses te acompañen y los astros guíen tus pasos, hija.

La joven hizo unos pocos pasos y luego regresó a abrazar a su madre.

—Madre, si ninguna de nosotras ha llegado a la caravana al anochecer, no regresen a buscarnos. —La madre de Ajác comenzó a sollozar. La joven puso sus manos en sus mejillas y le secó las lágrimas —. Escúchame madre, por nada del mundo regresen y no permitas que Mihaí vuelva. Si no regresamos, no pierdan tiempo esperándonos, y marchen lo más rápido posible a Palmeras. ¡Júramelo, madre! —Su madre asintió y la joven corrió hacia el final de la caravana para pedir un caballo y regresar a las afueras de la aldea, donde se encontraba el templo.

El caballo de Ajác galopó a toda velocidad, desandando el camino que había hecho horas antes. Al bajar la colina, vio que en los campos alrededor de su aldea aún había humo. Sintió como si una enorme roca le oprimiera el pecho y le impidiera respirar al pensar que el fuego, que habían provocado para evitar que el ejército de Pyebra tomara lo que quedara de sus pertenencias, había devorado gran parte de su vida. Todo se había consumido; la casa de sus padres, donde había nacido y se había criado y también el hogar que había construido junto a Mihaí, su esposo, el verano anterior.

Recordó lo que había oído decir a los mercaderes de las caravanas que pasaban por su aldea, sobre las tropas del falso rey exigiendo mayores tributos y llevándose con ellos a todos los hombres y

muchachos que sean capaces de sostener una espada entre sus manos.

Hasta ese momento, había visto la guerra como una pequeña y lejana sombra o como una historia de esas que cuentan los ancianos, donde todo sucede a alguien más y no a ellos mismos. Al ver su aldea ardiendo, sintió por primera vez que esa sombra, antes distante, se estaba convirtiendo en algo tan real como el humo negro que se alzaba en el cielo y como la tierra que golpeaban los cascos de su caballo. Sujetó con tanta fuerza las riendas de cuero trenzado, que creyó que estas terminarían incrustadas en sus manos. Un gran resentimiento se apoderó de ella, al tiempo que una sensación de angustia crecía en su interior.

Sintió que los jirones de la túnica negra de la diosa Zarba, quien se encargaba de recolectar las almas de los muertos, le helaban la piel y el corazón. Espoleó su caballo para que vaya más rápido, al tiempo que intentaba calmarse para poder pensar con mayor claridad. Rogó a los dioses su ayuda y su protección para llegar al templo antes que suceda algo terrible.

No pasó mucho tiempo hasta que vio los muros del pequeño templo y, con alivio, comprobó que no ocurría nada fuera de lo normal a sus alrededores. Su tensión se disipó y el último tramo del camino le permitió a su caballo recorrerlo con más calma.

La sacerdotisa apareció en la puerta del templo cuando escuchó el galope del caballo de Ajác y el asombro se dibujó en su rostro cuando se dio cuenta de quién era.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has regresado?

—Vila, no puedes quedarte en el templo, sabes lo que ocurrirá si los soldados te encuentran. —Ajác desmontó y ató su caballo a la sombra de los muros, junto a un bebedero. El animal sorbió el preciado líquido con gran apuro.

—Mi deber como hija de Sinmá es honrarla hasta el fin de mis días, mi lugar está en este templo. No puedo abandonarlo.

—Tus días se acabarán más pronto de lo que crees si permaneces aquí. Debes marcharte. Busca tus cosas —dijo Ajác con firmeza.

—No entiendes ¿verdad? Los soldados no me harán daño, soy una hija de Sinmá.

Ajác sacó una pequeña daga de su cintura y se acercó, amenazante, a la sacerdotisa.

—Si no te apresuras, te ataré a la silla de montar y te llevaré conmigo.

Vila retrocedió y la miró aterrada por unos segundos, pero se recobró enseguida.

—Soy una hija de la diosa Luna —dijo mirándola a los ojos. Ajác movió la hoja de su daga con gran velocidad y le hizo un pequeño rasguño en el brazo izquierdo. Vila gimió y se llevó la mano hacia el hilo rojo que comenzaba a brotar.

—Pero sientes dolor y sangras como un mortal. Es la última vez que te lo pido cortésmente, Vila. Ve por tus cosas de inmediato, algo terrible está por suceder. —Ajác respiró profundamente y movió la cabeza a ambos lados, intentando encontrar donde se encontraba la amenaza.

Vila no se movió de donde estaba, Ajác miraba hacia el camino por donde había llegado, el único que llevaba al templo, caminó con pasos lentos hasta donde estaba su caballo y lo desató. Rodeó el templo y volvió al mismo lugar.

—¿Tienes armas aquí? —preguntó, aún sin dirigirle la mirada, mientras observaba las dunas que bordeaban el templo.

—Solo la Lanza Dorada de la diosa —respondió, confundida.

—Ve por ella— susurró. Por primera vez Vila obedeció a Ajác, y corrió al interior del templo. Al regresar traía en sus manos una ornamentada y majestuosa lanza de asta de madera encerada que terminaba en una cuchilla ancha de medio metro de largo. Su hoja de oro estaba afilada por ambos lados y tenía grabada una oración a la diosa. Ajác miró con fascinación como se reflejaban en ella los rayos del sol—. Sabes cómo utilizarla, asumo.

—Por supuesto, aunque la diosa no me ha dado la oportunidad de hacerlo. ¿Y tú? ¿Tienes armas? —Ajác negó en un movimiento de cabeza y Vila encogió los hombros—. No sabemos si alguien vendrá, de todos modos.

—Sí, vendrán. Y deben morir. —Ajác se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza y lo ató a su cintura, luego se trenzó el cabello que flotaba libre con el fresco viento del sur.

—¿Por qué?

—Porque así debe ser.

El silbido de una flecha cortó el aire con la facilidad que una daga rasga una tela. Y, al primero, le siguieron más silbidos. Las flechas que se enterraron en la arena cerca de los pies de Ajác venían de las dunas del oeste. La muchacha tomó a Vila de la muñeca y la llevó dentro del templo.

53

—¿Qué haremos, qué haremos? —gemía la sacerdotisa.

—Cálmate, el templo solo tiene una entrada. No podrán sorprendernos. —Vila comenzó a rezar entre sollozos—. ¿Recuerdas cómo usar la lanza? Necesitaremos que lo hagas, Vila.

Al ver que la joven no reaccionaba, Ajác le quitó, con toda la delicadeza que sus curtidas manos le permitieronn, el pañuelo que cubría su cabeza y le trenzó el plateado cabello, mientras susurraba unas palabras. Vila dejó de llorar y se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas, levantó el rostro e irguió la espalda.

—Estoy lista —dijo y Ajác sonrió.

Vila caminó hacia el muro oeste y se asomó en uno de los miradores.

—Los veo, son cuatro hombres. Están bajando por las dunas, llegarán en unos minutos.

—Debemos hacer lo posible por acabar con ellos, aunque eso signifique dar nuestra vida. Tenemos que hacerlo para que la caravana pueda llegar a Palmeras a salvo.

—La diosa no nos negará su protección. Lo lograremos, ya verás— respondió la sacerdotisa y Ajác notó que el titubeo de su voz no concordaba con la seguridad que quería transmitir en sus palabras.

Vila dejó su lanza apoyada en el muro, caminó hasta el altar, y Ajác la observó quitarse los anillos que llevaba en su mano izquierda, para dejarlos allí. Luego regresó al mirador.

—Ya están aquí. Van a rodear el templo —susurró.

Ajác se dirigió hacia otro mirador y vio las siluetas de cuatro hombres girar la cabeza hacia ambos lados mientras caminaban tratando de no hacer ruido, sujetando las fundas de sus espadas para evitar que choquen con sus armaduras.

Los hombres se comunicaban con señas que Ajác no logró descifrar, pero los vio, luego, separarse en dos grupos; se acercó a Vila y le dijo en susurros lo que había visto. Las jóvenes se pararon una junto a la

otra, en el centro del vacío salón, cuya única decoración se encontraba en los muros, bellamente dibujados. En ellos se narraba la historia de la diosa en murales pintados con distintos matices de marrones y ocres.

—Gracias por regresar por mí cuando nadie más lo hizo.

—Déjalo para después, Vila, aún tenemos que salir de esto —dijo Ajác.

—No caeremos ante cuatro idiotas. Soy mejor que eso. —Vila hizo girar la lanza y se colocó en posición de ataque.

Ajác la miró asombrada, ya que la sacerdotisa se asemejaba ahora a la representación de la diosa Sinmá en una de las pinturas que decoraban los muros.

Según la historia Sinmá protegió a Efos, dios sol, con su Lanza Dorada cuando Zarba se alió a Suin, dios de los mil infiernos. Su plan era secuestrarlo y encadenarlo eternamente junto al fuego que nunca muere y así gobernar tanto a dioses como a mortales.

Zarba fue vencida y descuartizada. La diosa Sinmá esparció sus restos por todos los cielos y los mil infiernos. Suin escapó de la ira de Sinmá y logró recuperar una parte de ellos, lo que hizo posible que Zarba volviera a la vida, pero no fue capaz de encontrarlos a todos.

Por eso, Zarba está condenada a vagar por el mundo de los vivos y de los muertos en busca de los restos que aún le faltan, para poder descansar en paz. En su odio e impotencia, juró que quitaría la vida a cuanto mortal se cruce en su camino mientras dure su condena.

La puerta se abrió y se asomó el filo de una espada. Las jóvenes se quedaron donde estaban, conteniendo la respiración. Ajác vio el reflejo de unos ojos en la resplandeciente hoja.

—Son solo dos mujeres. —Escuchó decir. La puerta se abrió por completo y tres soldados entraron; detrás de ellos, apareció un joven de túnica blanca, alto, robusto, de moreno rostro lampiño y cabello dorado, que no llevaba armas ni escudo.

«Es un mago» pensó alarmada Ajác.

—Parece que la diosa nos ha dejado un apetitoso regalo —comentó otro soldado.

Los demás rieron mientras se acercaban, pero el joven de túnica blanca permaneció en la puerta, mirándolas detenidamente.

—Una de ellas es maga —dijo.

Los soldados se detuvieron, pero Vila, sin reaccionar a las palabras del joven, aprovechó el desconcierto de los hombres y atacó al que estaba más cerca de ella. El soldado se defendió, pero fue incapaz de hacer frente a la destreza y determinación de la sacerdotisa y cayó

decapitado a los pocos segundos. Los soldados restantes, cuando fueron capaces de reaccionar, la atacaron juntos.

Ajác, por su parte, se tomó un tiempo demasiado prolongado pensando que podía hacer para ayudar a su compañera. Debía actuar pronto, pero no se le ocurría nada y su mente parecía en blanco. Sin embargo, la idea le llegó al ver que Vila había sido herida. El filo de la espada de uno de los soldados había alcanzado su brazo, justo arriba de donde Ajác la había herido minutos antes. De reojo, vio que el mago permanecía inmóvil en la puerta y continuaba observando a Vila sin intervenir.

Ajác recordó que a las cabras les hacen un pequeño corte en el cuello, por el que les sale la sangre a borbotones y, a los pocos minutos, mueren. Levantó lentamente su mano izquierda, mientras sus ojos café se tornaban violetas y, sin quitar la vista del cuello de uno de los soldados, movió su dedo índice. El hombre dejó caer su espada y se llevó ambas manos al cuello, en un intento vano de detener la sangre que brotaba entre sus dedos y se escurría por sus brazos. El soldado sobreviviente se detuvo y, con ojos aterrorizados, miró luego al mago.

—¡Detenla ahora! —exclamó.

Ajác volvió a repetir el mismo movimiento antes que el mago reaccionara y el último soldado cayó al suelo, mientras se desangraba a gran velocidad. Vila la miró asombrada, y a Ajác le pareció ver una pequeña sonrisa en sus labios.

—Veo que de a poco salen las ratas de su cueva —dijo el mago con una mueca de desprecio en su rostro.

—Hazte a un lado y déjanos ir —dijo Ajác—. Esto no tiene por qué terminar mal.

—¿Crees que me asustas? He visto hacer cosas peores que lo que has hecho.

—Escóndete, que no pueda verte —susurró Ajác a Vila, la vio correr llevando consigo la Lanza Dorada, y esconderse detrás del altar. Luego miró al mago y vio que sus ojos cambiaban lentamente de color. Ajác levantó su mano izquierda sin quitarle los ojos de encima—. No te atrevas a hacer nada.

El mago rio y movió sus dedos. Ajác sintió que algo, como frías serpientes, comenzaba a arrastrarse por el brazo que tenía extendido, enroscándose en él. Bajó el brazo y lo sacudió, espantada por la sensación. El mago rio más fuerte esta vez y movió sus dedos con más énfasis. Ajác sintió que todo su cuerpo era aprisionado, sus brazos se pegaron a su torzo y, al mirar hacia abajo, vio horrorizada que las

sogas invisibles que la sujetaban le dejaban rojas marcas en la piel. La desesperación se apoderó de ella, al notar que no podía moverse. De nuevo estaba con la mente en blanco, sin saber qué hacer.

«Piensa Ajác, por todos los dioses ¡Piensa!» intentaba animarse a sí misma.

Las sogas comenzaron a apretarse cada vez más y notó que a cada segundo le costaba un poco más respirar. Sabía que si la situación se prolongaba por mucho tiempo, se desmayaría. En un intento de liberarse, empezó a repasar mentalmente las lecciones que su maestro le había dado a lo largo de su vida, pero no lograba encontrar ninguna que le fuera de utilidad en esa situación.

—¡Ajác, la daga! —gritó Vila.

—Quédate fuera de su vista, pase lo que pase —respondió a media voz, a la vez que pensaba *«¡Una daga puede cortar una soga!»*. Su daga había caído de su mano cuando el mago la atacó, por lo que intentó moverla con sus poderes y cerró los ojos para que el mago no supiera que iba a recurrir a ellos. La daga se movió apenas, temblando sin control pero, de a poco, Ajác fue capaz de levantarla hasta la altura de su barbilla.

La filosa hoja recorrió su cuerpo desde el hombro derecho hasta su tobillo y gritó de dolor al cortar esta su piel. Aun así, la soga invisible seguía aprisionándola. El mago volvió a reír y Ajác, ya al borde de la inconsciencia, abrió los ojos y arrojó la daga hacia él. El arma le rozó el cuello, dibujando en él una delgada línea carmesí.

De inmediato, las sogas se liberaron y la muchacha cayó sobre sus rodillas, amortiguando la caída con los brazos. Tosió varias veces al recuperar su capacidad de respirar nuevamente.

—Perra —dijo el mago y se llevó una mano a la herida.

Vila, ignorando lo que Ajác le había dicho, salió de atrás del altar y se interpuso entre ella y el mago, con su lanza en las manos.

—Vete de aquí. Has quedado solo.

Ajác, jadeando, levantó la cabeza al escuchar la voz de la sacerdotisa.

—¿Acaso me ves asustado? Aún puedo quebrar cada hueso de tu cuerpo, arrancarte la piel o extraer de tus venas hasta la última gota de sangre. Y todo eso sin ensuciarme las manos. ¿Quieres que lo intentemos? O quizás puedo hacerlo con tu amiga, para que lo aprecies mejor.

Ajác se puso de pie y caminó hasta quedar delante de Vila.

—Te dije que te mantengas lejos de él.

—Yo solo…

Ajác le dio la espalda al mago y tomó a Vila de los hombros.

—Aléjate, escóndete donde sus ojos no puedan verte. Lo que dijo es cierto, pero solo si puede poner sus ojos sobre ti.

Ajác sintió una punzada en la nuca y, en simultáneo, vio el asombro dibujarse en el rostro de Vila y al mago que acababa de entrar en su mente.

—Vete —susurró. La sacerdotisa trastabilló, al soltarle Ajác los hombros, y luego se arrastró hasta detrás del altar, sin dejar su lanza.

—*Otra vez una muralla.* —Le oyó susurrar.

—*¿Esperabas un campo de girasoles?*

—*No, yo…*

La imagen del mago desapareció de la mente de Ajác. Era como si él no conociera las murallas. Sin darle demasiado tiempo a que reaccione, Ajác entró en la mente del mago y, en ese momento, comprendió su sorpresa. Esta era muy diferente a lo que su maestro le había enseñado en sus lecciones.

—*Tareq Sabah. ¿No es así?*

—*¿Có… cómo sabes eso?* —dijo y apareció de repente en el interior de su propia mente.

—*Puedo verlo. De hecho, puedo ver todo lo que hay aquí.*

Ajác sintió que unas manos frías como hielo se apretaban alrededor de su cuello.

—*Dime cómo lo haces. ¡Dime cómo haces las murallas!*

—*Algo descortés de tu parte… pidiéndome ayuda mientras intentas matarme.* —La imagen de Ajác se paseaba por la mente del mago, caminando de un lado al otro mientras observaba el torbellino de recuerdos que giraban lentamente delante de ella.

—*¡Dímelo!* —Le exigió, presionando aún más fuerte. Ajác tosió y extendió una mano para apoyarse en una columna. Su imagen mental imitó el movimiento de su cuerpo pero, al no encontrar en qué apoyarse, se sumergió en la vorágine de imágenes y voces diferentes que se enredaban y mezclaban entre sí. Las manos imaginarias de Tareq desaparecieron, por lo que la maga pudo volver a respirar. En la mente del mago, Ajác se incorporó y vio muchas personas que no conocía, escuchó sus voces y sus nombres. Vio al rey Kirios y a la señora Viktoria presentando a sus súbditos a sus dos pequeños niños. Le sorprendió tanto la palidez de la piel de la reina que, por un momento pensó que se trataba de un cadáver. Vio, por instantes, fragmentos de los entrenamientos que recibían de la pálida señora, oyó su voz, sus palabras salían de sus labios con tanta dulzura que contrastaban de gran manera con la dureza de sus rasgos y parecían

pertenecer a otra persona.

—*Detente, sal de ahí, te lo ruego.* —La voz del mago sonaba como la súplica de alguien que está sintiendo un gran dolor.

—*¿Por qué debería hacerlo? Encuentro tu mente muy interesante.*

—*Ya no lo soporto* —susurró.

—*Resiste, cucaracha, pronto te dejaré. Solo me tomaré unos momentos más.*

Ajác extendió una mano y posó uno de sus dedos sobre uno de los recuerdos que pasaban frente a ella. De inmediato se sumergió dentro de un lugar completamente diferente. La vegetación era de un verde exuberante, el calor era aplastante y el aire se sentía pesado al respirar. Vio a dos mujeres con chaquetas verdes siendo atacadas por Tareq y su compañero. Una estaba sujeta al robusto tronco de un árbol y la más joven de ellas se retorcía en el camino que cientos o quizás miles de pies, pezuñas, cascos y ruedas habían abierto entre la vegetación.

—Ahora nos dirán a dónde tienen a Idris —dijo un muchacho de túnica blanca como la que vestía Tareq, delgado y de cabello negro como la noche sin luna.

—Déjenlas ir y les devolveremos a la niña. —La voz de un hombre llegó desde arriba.

—Veo que de a poco salen las ratas de su cueva —dijo Tareq mirando hacia la copa de los árboles—. Queremos a la niña, ahora.

—*Debes… debes salir* —suplicó Tareq—, *no resistiré…*

—*Deja de llorar, esto es sumamente interesante.*

Un grupo de tres personas, dos mujeres bajitas y regordetas y un hombre delgado y alto aparecieron de la nada justo al lado de donde Ajác se encontraba. La joven se sobresaltó y retrocedió unos pasos, pero nadie parecía notarla.

—*Por supuesto, es un recuerdo* —sonrió.

—*Ya vete… ¡Vete!* —gritó Tareq. Su voz se oyó en su interior, pero también fuera de su mente, como un rugido ensordecedor.

54

Ajác se vio, de repente, siendo expulsada de la mente del mago, al tiempo que un estruendo hacía volar en pedazos una de las paredes del pequeño templo.

Una nube de polvo blanquecino los rodeó por completo y los tres comenzaron a toser.

—¡Vila! —llamó Ajác, alarmada—. Vila. ¿Dónde estás?

—Por aquí. Mi pierna está atorada, no puedo moverme.

Se quitó el pañuelo que había anudado a su cintura y se cubrió la nariz y la boca para respirar mejor. Ajác se movió con cuidado entre los cientos de escombros que se habían desprendido del muro, tratando de no tropezar y, luego de un interminable minuto, logró llegar hasta la sacerdotisa.

—¡Por Efos! ¡Mi cabeza! —Se quejó Tareq.

Ajác, ignorando al mago, se agachó y le tocó el rostro a Vila; sus piernas estaban atrapadas debajo del altar, donde un enorme trozo de roca había caído, aplastándolo casi por completo.

—Voy a mover esto, no sé por cuánto tiempo podré hacerlo, pero deberás salir lo más rápido posible ni bien sientas que puedes moverte, ¿sí?

Vila asintió y Ajác se puso de pie. Extendió sus manos y comenzó a moverlas con suavidad en el aire, como quien toma una frágil y enorme flor. Vila retrocedió sobre sus manos, quitándose de debajo del altar donde había quedado atrapada. Ajác gritó y arrojó la roca lo más lejos que pudo. Esta quedó mezclada entre otras de su mismo tamaño. Vila se puso de pie y se acercó, cojeando y apoyándose en su Lanza Dorada, a su compañera.

—¿Estás herida? —preguntó Ajác, y Vila respondió moviendo la cabeza de lado a lado. Luego agregó—: Debemos irnos, Vila. Nos alcanzará la noche lejos de la caravana.

—¿Y él? —Vila señaló al mago, que se encontraba aún junto a la entrada del templo. Estaba sentado en el suelo, con la espalda

apoyada en una columna. Un surco de sangre le caía sobre el rostro.

—Puede joderse. El maldito por poco nos mata.

—Debe estar herido, tenemos que ayudarlo.

—Olvídalo, él no se quedaría a ayudarnos.

—Ella tiene razón. Yo no movería ni un dedo para ayudarlas.

—Yo no soy como ustedes, no puedo dejarlo. —Miró a Ajác directo a los ojos.

—Vila, no.

La sacerdotisa ignoró a Ajác y se acercó al mago. Lo ayudó a ponerse de pie y lo condujo al exterior, Ajác los siguió de cerca, pocos pasos detrás.

Al salir del templo, caminaron hacia el pozo de agua, que se encontraba algo alejado del templo. Tareq tiró de la cuerda para elevar el balde y, luego de quitarse en parte el polvo y la sangre que los cubría, el mago volvió a sacar agua del pozo, esta vez, para beber.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Ajác, aprovechando la tregua. Vila y Tareq la miraron, confundidos—. ¿Por qué quieren hacernos daño?

—Es su culpa. —Tareq encogió los hombros—. Si obedecieran a su rey, nada de esto sucedería.

—No necesitamos esta guerra, no tiene sentido —dijo Vila.

—Nosotros debemos obedecer, no entender sus razones.

—No has respondido. ¿Tú por qué lo haces?

Tareq se tomó un largo minuto en responder, mientras bebía. Al final, levantó el rostro, la miró a los ojos, por primera vez, y sonrió mostrando unos perfectos dientes blancos.

—Porque puedo.

—Eres una alimaña asquerosa. —Vila tomó su lanza y se abalanzó sobre él, pero Ajác la detuvo saltando delante de ella.

—Vete, Vila —dijo—. Vete donde él no pueda verte.

Vila comenzó a correr hacia el templo, aunque Tareq fue capaz de atacarla. La sacerdotisa cayó sobre la arena, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas juntas, como si estuviera atada.

—Déjala ir.

—¿Por qué lo haría? —preguntó sin dejar de sonreír—. Ella me atacó primero.

—*Tú te lo buscaste* —dijo Ajác dentro de la mente del mago. La imagen de Tareq se hizo presente al instante, junto a ella.

—*No lo hagas, por favor.*

—*Déjala ir.*

—*¡Mató a mis hombres!*

—*Solo a uno de ellos. Tu problema es conmigo* —dijo mientras se

acercaba al torbellino de recuerdos de Tareq. Ajác vio que Vila seguía en la arena, inmóvil—. *Tú sí que no aprendes.*

Ajác se introdujo dentro de aquel remolino entre sus súplicas y llantos de dolor. La imagen mental del mago la seguía hacia donde ella iba, mientras continuaba implorándole que se aleje. Ajác tocaba por escasos segundos cada recuerdo que pasaba delante de ella. Los escenarios se sucedían a gran velocidad. Una aldea, el Palacio de Las Hojas, el desierto, la batalla en la selva que había visto antes, marchas con los soldados, entrenamientos, paseos en los jardines.

Ajác caminaba hacia el centro del torbellino, maravillada e intrigada al mismo tiempo por lo que podría encontrar. Tareq continuaba suplicando que se detenga, pero Ajác no tenía ningún interés en ahorrarle ni una gota de sufrimiento.

La maga vio que Vila comenzó a incorporarse despacio, al fin la había liberado.

—*¿La dejaste ir o fue porque no soportas que esté aquí dentro?* —dijo y se dio vuelta para mirarlo.

—*Tú eres una mujer malvada* —susurró, con sus manos sobre la cabeza y el rostro contraído en una mueca de dolor.

—*Porque puedo* —exclamó, mientras caminaba más deprisa. Tareq volvió a quejarse—. *¿Qué sucede si quiero intervenir en un recuerdo?*

—*No, por favor* —sollozó.

Ajác se topó de repente con una enorme esfera de luz plateada que flotaba inmóvil; había llegado al corazón del torbellino, al centro mismo de la mente de Tareq.

—*¿Qué es esta luz?* —preguntó, maravillada.

—*Es mi poder, lo que hace que sea capaz de utilizar la magia.*

—*Deberías protegerlo, o alguien como yo podría dejarte sin una gota de él.*

—*No, por favor* —susurró mientras y se puso de rodillas—. *Ya déjame en paz. Prometo no hacer nada para impedir que se marchen.*

Ajác acercó ambas manos a la esfera y cerró los ojos. Cuando estas se posaron sobre la superficie, la luz dentro de la esfera brilló con mayor intensidad, pero al cabo de unos segundos, comenzó a reducirse muy lentamente.

—*Por supuesto que no lo harás.* —Ajác permaneció con las manos sobre la esfera, y se preguntó por qué razón Tareq no intentaba impedírselo. El mago podría haber atacado su cuerpo, pero no lo hizo, ni tampoco la atacó en su mente, de hecho, no se atrevió a tocarla.

«Tal vez está demasiado debilitado, o quizás ni siquiera sabe cómo hacerlo» pensó.

Al cabo de unos minutos, la esfera casi había perdido la totalidad de su brillo y Ajác quitó las manos de ella cuando su luz era apenas visible.

—*Sabes que volverá a crecer, ¿no?* —susurró Tareq, que había permanecido todo el tiempo arrodillado, sujetando su cabeza.

—*Por supuesto.*

—*Cuando eso suceda, te buscaré, te encontraré y te haré pagar por esto* —dijo al tiempo que su imagen mental se incorporaba.

Ajác le sonrió y dejó la mente del mago. El cuerpo de Tareq yacía inconsciente con la espalda apoyada en el brocal del pozo.

—¡Vila! —llamó. La joven sacerdotisa se asomó desde detrás del templo y, al ver que Tareq estaba desmayado, corrió hacia ellos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con urgencia.

—Está inconsciente. Nos dará tiempo de alejarnos de aquí.

Vila se agachó junto a él y lo miró por largos segundos. Luego volvió su rostro hacia Ajác.

—Es un maldito bastardo, pero es una belleza —dijo. Ajác la miró, asombrada—. En serio, me consagraría a él, si me lo pidiera.

—Por los dioses, Vila. —Ajác rio y se sentó junto a Tareq.

—¿Acaso estoy mintiendo? Es perfecto. Su rostro, su cabello, hasta asumo que su cuerpo debajo de esa horrible túnica es perfecto.

—No te encariñes demasiado. La próxima vez que lo veamos tendrá aún más ganas de matarnos, ya verás. Larguémonos de aquí.

—Espera —dijo Vila y se arrodilló junto a él—. Ayúdame a quitarle la túnica.

—Debes estar bromeando.

Pero no era así. Vila comenzó a levantarle la túnica y entre las dos lograron quitársela. Debajo de la túnica llevaba una camisa de fino algodón y pantalones. Entre exclamaciones y suspiros de Vila, le quitaron la camisa a Tareq, lo recostaron boca abajo y la sacerdotisa tomó un puñado de arena, con la que dibujó un gran círculo sobre la amplia espalda del joven. Dentro del círculo, trazó una línea que lo cruzaba de arriba a abajo.

—Listo —dijo la sacerdotisa y se sacudió el polvo de las manos—. Ahora dejémoslo en donde le dé el sol, para que su perfecta piel dorada se queme hasta quedar horriblemente roja. Es una pena, tanta belleza y tanta maldad en una sola persona. —Vila recogió la ropa de Tareq, la lanza y se puso de pie—. Larguémonos de aquí, estoy agotada.

Las jóvenes rodearon las ruinas del templo y se dirigieron al camino, tenían que alcanzar la caravana.

55

Vila y Ajác caminaban lo más rápido que podían y se apoyaban una en la otra. Hacía un par de horas que habían abandonado las ruinas del templo y estaban siguiendo, en completo silencio, las huellas que los aldeanos habían dejado en su marcha hacia Palmeras.

—¿Cómo ocultaste por tantos años que sabías utilizar la magia? —dijo de pronto Vila.

Ajác continuó en silencio por unos minutos más, mirando el camino. Sabía que debía decirle a Vila lo que necesite. Lo que había sucedido en el templo merecía una explicación sincera.

—Si alguien lo descubría, sería asesinada. Creo que el hecho de saber lo que me sucedería me impidió muchas veces cometer el error de ir por el camino fácil.

—¿Y cómo te las arreglabas para entrenar?

—Me alejaba de todos… hay una cueva entre las montañas, solía pasar largas horas ahí durante mi infancia, practicando lo que mi maestro me enseñaba.

—¿Tienes un maestro? ¿Quién es? ¿Vive en la aldea? ¿Cómo es que nadie se dio cuenta? —Parecía que Vila quería saber todo y, en lo posible, en ese preciso instante. Ajác rio.

—No, no. Es difícil explicarlo —dijo—. Estuvo en la aldea cuando era una niña. Él puede hablar conmigo sin estar presente, escucho su voz en mi cabeza y él me dice qué es lo que debo hacer y cómo hacerlo.

—Es maravilloso y creo que eres una gran maga. Nunca había visto una antes, pero en mi opinión eres la mejor. —Ajác rio—. En serio, derrotaste a un mago de la señora Viktoria, lo que no debe haber sido fácil. Digo, estoy segura de que el bellísimo mago…

—Tareq, su nombre es Tareq Sabah.

—¡Por los dioses, hasta su nombre es bello! —dijo Vila entusiasmada—. Tareq Sabah…

—¡Vila! Deberías dejar de jugar con eso, recuerda que responde a

las órdenes de la señora Viktoria.

—Eso no quita que…

—No, Vila. Quítalo de tu mente, no sería bueno, ni práctico. Además, es un maldito bastardo —dijo Ajác con una mueca—, tú misma lo dijiste.

—Es cierto, debo dejar de pensar en su perfección, en su belleza, en su espalda…

—¡Vila!

—Ya, lo olvidaré…

—Soy capaz de entrar en tu mente y borrar todo recuerdo que tengas de él, pero no quisiera hacerlo, principalmente, porque te sentirás muy confundida al no saber por qué abandonaste tu templo.

—Da igual, al fin y al cabo ya no tengo un templo. Maldito Tareq. Lo odio.

Ajác soltó una carcajada.

—Dime. ¿Qué era ese signo que hiciste en su espalda? —preguntó sin dejar de sonreír.

—¿No lo conoces? —Ajác negó meneando la cabeza a ambos lados —. Es el signo de “los complacientes”. Verás, en las ciudades lo usan en colgantes o incluso pintado o bordado en sus ropas, los jóvenes que ofrecen favores a hombres adinerados.

—¿Qué clase de favores? —Ajác se detuvo.

—Favores… emmm… Ajác. —Vila hacía ademanes con la mano que no llevaba la Lanza, como si con eso lograra explicarse mejor—. Pasar la noche con ellos a cambio de dinero.

Ajác la miró con la boca abierta por unos instantes y luego volvió a reír a carcajadas.

—No puedo creer que hayas hecho algo así —dijo cuando pudo ser capaz de hablar de nuevo.

—¿Te imaginas cuando regrese a su campamento? —dijo Vila, divertida—. Desnudo y marcado así. Será la burla de todos. Nos odiará, pero esa humillación será eterna. —Las dos rieron hasta que se cansaron. Cuando la gracia había pasado, Vila se puso seria de nuevo —. El bastardo destruyó mi templo, se lo debía. Además perdí mis anillos. —Los ojos de Vila se llenaron de lágrimas y su voz se entrecortó—. ¿Qué clase de sacerdotisa seré sin mis anillos? ¿Y además quién creerá que de veras soy una hija de la Diosa Sinmá?

—Llevas la Lanza Dorada…

—No es suficiente, necesito también los anillos —dijo mientras se secaba las lágrimas con el borde del pañuelo.

—Te prometo que regresaré por ellos.

—¡Oh Ajác! —Vila la abrazó entre sollozos—. Nunca nadie había hecho algo tan lindo por mí.

—Aún no lo he hecho, Vila, pero te prometo que lo haré.

—No es solo eso, me refiero a que tú regresaste por mí cuando a nadie más le importo que me quedara sola. A nadie le importó, ni siquiera a los ancianos, a nadie…

Ajác la condujo al costado del camino, se sentaron junto a una roca y Vila lloró a su lado hasta que se quedó dormida.

El sol estaba ocultándose, se encontraban solas y aún lejos de la caravana. Todo lo que las rodeaba era lo mismo que veían hacía horas y la desolación del paisaje desértico aumentaba la sensación de soledad que sentía.

Todavía no podía entender qué la había llevado a actuar con tanta impulsividad, pero, a pesar de eso, no se arrepentía de lo que había hecho. Vila no hubiera sobrevivido si ella no regresaba, los soldados no iban a tener piedad de una mujer sola. ¿Y el mago? El mago, seguramente, no hubiera movido ni un músculo para evitar que la dañaran.

Ajác se puso de pie, intentando no despertar a la sacerdotisa, y miró a su alrededor. No alcanzaba a distinguir nada que le indicara que tan lejos estaban de alcanzar a la caravana. Desilusionada, volvió a sentarse en la arena junto a Vila y se abrazó las rodillas.

No había nada. Ni el humo de una fogata lejana, ni ruidos. Deberían pasar la noche ahí, en lo que parecía ser el lugar más oscuro y vacío del mundo, con la incertidumbre de no saber si el mago ya había recuperado la consciencia, si las estaba siguiendo o si las dejaría marcharse hasta reunirse con su gente y no sabía cuál de esas opciones era la peor.

Estaba demasiado cansada, le dolía el cuerpo y sentía que su cabeza estaba a punto de estallar. No estaba segura de poder hacer algo si el mago o los soldados las alcanzaban.

Pensó en su madre, a quien dejó llorando, y en su esposo. Ni siquiera se atrevió a despedirse de él porque sabía que no hubiera sido capaz de marcharse de su lado.

—Mihaí, estrella de mis noches —susurró antes de quedarse dormida.

Vila se despertó sobresaltada, en medio de una absoluta oscuridad, estaba temblando y sentía que el frío le congelaba hasta los huesos. No se atrevía a moverse, quería seguir creyendo que todo había sido

un mal sueño, que aún seguía en su cama en la seguridad del templo de la Diosa Sinmá. Movió apenas los dedos y sintió la fría arena entre ellos.

—Maldición —susurró.

—¿Qué sucede? —exclamó Ajác y se sentó, sobresaltada.

—No ha sido un maldito sueño. ¿Faltará mucho para el amanecer? Me estoy congelando.

—Ven, acércate —dijo Ajác—. Aún falta un buen rato.

Vila se acurrucó junto a ella.

—No hay nada alrededor para hacer una fogata, ni un maldito arbusto… ¿No conoces alguna magia para hacer fuego?

—¡Sí, conozco, tienes razón! Aunque no crea que sea conveniente, ¿qué si ese tal Tareq nos está siguiendo?

—Que se joda, Ajác, moriremos congeladas y será lo mismo que nada.

—Uno pequeño, solo para calentarnos —dijo sin estar convencida por completo.

Vila asintió y se apartó de Ajác. A los pocos segundos, una diminuta fogata apareció frente a ella, danzando suavemente.

—¿Puedo acercarme? —Vila miró a Ajác. Le sorprendieron sus ojos, que eran de un asombroso color violeta.

—Sí, es seguro —dijo Ajác con las manos sobre las llamas.

Ajác había excavado un pequeño hoyo en la arena y, dentro de él, estaba la fogata no más grande que una mano, pero que, a pesar de su tamaño, emanaba un calor tan intenso que logró calentarles el cuerpo entero en pocos segundos.

—Deberíamos utilizarlo para calentar la arena. ¿No te parece? —dijo Vila.

—Es una buena idea, haz un pozo más grande, donde quepamos las dos.

Vila se arrodilló, comenzó a remover la arena con sus manos y sintió el frío de la arena regresar a ellas. Cuando terminó, Ajác movió sus dedos y el fuego comenzó a recorrer el interior del hoyo; Vila lo miraba fascinada e hipnotizada, mientras sus ojos seguían a la pequeña llama ir de un lado al otro. Sin darse cuenta de lo que hacía, levantó una de sus manos y parecía dispuesta a tocar el fuego.

—Vila —dijo Ajác.

La sacerdotisa la miró, confundida.

—¿Qué me ha hecho esa llama, Ajác? —susurró.

—¿De qué hablas? —preguntó e hizo desaparecer el fuego.

Con la oscuridad regresó el frío del aire y de la arena. Vila se

arrastró hasta Ajác, como una pequeña niña atemorizada.

—Estoy segura de que algo raro había en ella, sentía que me llamaba, que *ella* quería que yo me acerque y la tome entre mis manos.

—Creo que deberíamos marcharnos, Vila. ¿Qué tal si fue el mago?

—Maldición, es cierto —dijo y se puso de pie con torpeza.

Las jóvenes comenzaron a caminar a ciegas, usando el asta de la Lanza Dorada para guiarse entre piedras y arbustos espinosos. La oscuridad las envolvía como una pesada manta, no podían siquiera verse las manos, por lo que caminaban aferradas una a la otra.

—Tengo miedo —susurró Vila.

—Yo también. Pronto amanecerá y todo será mejor, ya verás.

56

Tareq intentó incorporarse, pero fue incapaz de hacerlo. Sentía que el cuerpo no le respondía, ni siquiera era capaz de abrir los ojos por completo. Se sobresaltó cuando pudo distinguir que estaba en su habitación en el Palacio de las Hojas. Estaba acostado boca abajo y la mitad de su visión quedaba obstaculizada por almohadones blancos.

—Al fin despiertas. ¿Cómo te sientes?

La voz de Hidzá le llegó cercana, detrás de él.

—¿Qué hago aquí? —susurró Tareq—. ¿Qué ha sucedido?

—Eso es lo que todos quisiéramos saber. Los soldados te encontraron desmayado cerca de las ruinas del templo al que fueron a investigar. Los hombres que te acompañaron estaban muertos. Fueron a buscarlos a media tarde porque se estaban retrasando demasiado. Al parecer los emboscaron.

—No, no fue así. ¿Qué le sucede a mi cuerpo? No puedo moverme.

—Te ha cocinado el sol. Estás hinchado y rojo. Es horrible verte, por eso me he sentado detrás de ti, para no verte la cara. Hasta a mí me duele.

—No siento dolor, solo parece que no tuviera cuerpo.

—Te han dado una poción.

—Entiendo.

Tareq escuchó el sonido de la silla al moverse.

—Iré a buscar a la señora Viktoria, ordenó que se le avise cuando te despiertes, si es que despertabas. ¿Sabes? —Agregó riendo—. Me has hecho ganar una buena cantidad de oro. Los soldados hicieron apuestas, la mayoría te daba por muerto.

—El mérito es mío, quiero la mitad —susurró.

—Olvídalo.

Tareq escuchó los pasos de su compañero alejarse y luego el sonido de la puerta al cerrarse. No pasó mucho hasta que esta volvió a abrirse y cerrarse nuevamente. No oyó pasos, por lo que supuso que la señora Viktoria había entrado sola. Sus pies descalzos nunca se oían.

La mujer rodeó la cama y se sentó junto a la cabecera.

—Tareq, querido —dijo mientras sus fríos dedos le acariciaban la afiebrada frente.

—Mi señora, que humillante es no poder saludarla como debo —susurró el muchacho.

—No te preocupes. ¿Crees ser capaz de explicarme qué es lo que sucedió en ese templo?

—Sí, mi señora.

Tareq le contó a media voz lo que había ocurrido, sin ocultar ningún detalle de su batalla con Ajác. Hacía pausas prolongadas entre cada oración, poniendo en orden sus recuerdos y los sentimientos que estos les causaban. No recordaba qué había sucedido después de dejar escapar a la sacerdotisa. Al terminar su relato, la señora Viktoria tomó un vaso con agua y le acercó a los labios hinchados un tallo hueco de hierba.

—Bebe despacio —dijo.

Tareq sorbió el líquido fresco y se sintió revivir. No se había dado cuenta, hasta ese momento, de cuan sediento estaba.

—Debo marcharme ahora, querido, pero volveré al anochecer para ver como sigues. Tus compañeros estarán aquí hasta que estés repuesto.

Tareq murmuró unas palabras de agradecimiento y la señora Viktoria salió de su campo visual. Otra vez oyó la puerta y, luego, pasos. Sin embargo no eran los pesados pasos de Hidzá.

—Que gusto que hayas despertado. —Lo saludó Nihá, su nueva compañera.

Después de regresar de Palmeras, la relación con Lehsa empezó a arruinarse. Al principio no hablaban sobre lo que había sucedido, pero luego comenzaron las discusiones y fueron volviéndose cada vez más frecuentes; se culpaban el uno al otro por la muerte de Idris, hasta que llegó el día en que Tareq atacó a su entonces compañero. La señora Viktoria tuvo que intervenir en esa ocasión para evitar que se mataran entre sí.

—Nihá… ¿Cuántos días he dormido?

—Solo dos días. ¿Me dirás qué sucedió cuando dejaste el campamento?

Tareq volvió a repetir el relato, pero esta vez, le pedía a Nihá que le acerque el vaso con agua en cada pausa.

—Parece que han quedado magos ocultos por todos lados. Y todos tienen esas malditas murallas —dijo Tareq al finalizar—. ¿Qué sucedió después que fuimos a esa aldea?

—Pues los soldados siguieron holgazaneando, como de costumbre. A media tarde expresé mi preocupación por ti y por quienes te habían acompañado. Parecía que los imbéciles se habían olvidado por completo. Unos quince hombres galoparon en dirección a la aldea. Solo hallaron un caballo vagando entre las cenizas. Luego se dirigieron al templo y lo encontraron destruido, a ti inconsciente bajo el sol y a los tres soldados muertos. Recuperaron las armas y armaduras y, al ver que estabas vivo, te llevaron al campamento. Casi estaba anocheciendo cuando regresaron. Diez hombres a caballo partieron de inmediato por el camino que lleva a Palmeras para ver si encontraban rastros de la gente de la aldea, pero no hallaron nada. Regresaron antes del amanecer. Poco después tú y yo regresamos a Ciudad Capital para que los sanadores puedan curarte. Estoy segura de que la señora Viktoria está enfurecida. No me extrañaría que mande al ejército completo a destruir Palmeras.

—Eso si no asesina primero a medio ejército por permitir que una aldea entera pase frente a sus narices sin que nadie lo haya notado.

—Cierto, eso también sucedió. Después que presenté mi informe, la señora Viktoria ejecutó a cincuenta de ellos, de diferentes rangos.

Los jóvenes hicieron silencio por unos minutos. Tareq veía, entre sus párpados apenas abiertos, que Nihá evitaba mirarlo directo a la cara, sus ojos se posaban en diferentes lugares de la habitación, pero nunca en su rostro o en su cuerpo.

—Dime Nihá —susurró—. ¿Qué tan mal me veo?

—No tan mal —dijo con una pequeña sonrisa.

—Hidzá dijo que me veía terrible…

—Ya sabes cómo es él.

—Es sincero, al menos —dijo. Nihá bajó la mirada

—Eres un espanto, Tareq. Tu rostro está enrojecido y horriblemente hinchado. Se diría que tus labios podrían reventarse en cualquier momento. El resto de tu cuerpo está en similares condiciones. De hecho, estás desnudo y...

—¿Qué dices? ¿Cómo… cómo que desnudo? —En ese momento entendió por qué Nihá evitaba mirarlo. Quiso con todas sus fuerzas moverse, quería cubrirse y evitar ser observado de esa forma por todos los que entraran a su habitación.

—No te alteres, por favor. Estás debajo de un armazón de madera cubierto de tela, es para que los insectos no se posen en tu piel. Pero debajo de eso estás desnudo. Te aplican lociones y aceites cada poco tiempo para que tu piel no se lastime y no quieren vestirte ni vendarte para que la curación sea más rápida.

—Qué alivio. Por un momento creí que podías verme así.

—A decir verdad, si te vi desnudo, cuando los soldados te regresaron al campamento. No te preocupes, no es nada que no haya visto antes. —Y agregó sonriendo—. Tengo tres hermanos menores que yo.

—Perdón Nihá, que vergüenza.

—Eso… si algún día quieres hablar sobre tu tatuaje… Quiero que sepas que borré ese recuerdo de los soldados que lo vieron y, luego, te cubrí con una manta para que nadie más del campamento lo vea.

—¿Qué?

—Aquí solo la señora Viktoria y los sanadores lo han visto. Puedo borrar sus mentes también si así lo deseas, incluso la de la señora.

—Nihá, ¿qué tatuaje? Yo no tengo tatuajes…

—Pero, Tareq, esa marca...

—¿De qué marca hablas?

Nihá hizo silencio por un largo minuto. Tareq no entendía a qué se refería, pero ya casi no le quedaban fuerzas para insistir.

—La de “los complacientes”, Tareq.

—Malditas sean, las voy a quemar vivas cuando tenga la oportunidad —dijo entre dientes. De haber sido capaz, Tareq hubiera destruido cualquier cosa que tuviera a su alcance, pero su cuerpo no le respondía y su magia tampoco[3].

—¿Entonces no es tuya esa marca?

—Demonios, no. Deben haberla hecho esas malditas mujeres, por eso estaba desnudo.

—Tareq cálmate, no te va a ayudar en nada enojarte de esa forma.

Tareq rio nervioso.

—¿Cómo quieres que me calme? ¿Tienes idea de lo humillante que es? Mis padres viven en Mar Verde. ¿Cómo demonios podré presentarme ante ellos marcado así? Estoy condenado a no volver a ver a mi gente, a mi tierra, no podré casarme, nunca seré padre. Mi historia, la historia de mi familia morirá conmigo, Nihá.

—Quédate tranquilo, buscaré la forma de borrarte esa marca. Primero tendremos que esperar a que sanes por completo, puede que incluso no te quede marca alguna una vez que se haya desprendido toda la piel quemada.

—¿Lo harás?

—Te prometo que lo haré.

—¿Sabes si Hidzá vio la marca?

—Estaba con Lehsa en una misión cuando regresamos. No dejé que nadie te viera, Tareq. Solo la señora Viktoria y los sanadores. No estoy

segura si ella sabe que significa, porque no la mencionó en ningún momento. Hablaré con ella, quizás así sea más fácil encontrar una solución.

—Gracias Nihá, eres una buena persona.

Tareq vio que el rostro de su compañera se sonrojaba. Los jóvenes se quedaron en silencio, hasta que entró un grupo de personas, un largo rato después.

—Los sanadores han llegado —susurró Nihá—. Regresaré más tarde.

La muchacha se puso de pie y se marchó.

Los sanadores le preguntaron cómo se sentía y, luego, procedieron a quitar el armazón de madera que lo cubría. Sin decir una palabra más, Tareq los escuchó ir y venir, limpiarle el cuerpo, aplicarle unos ungüentos con olor a lavanda y miel y, al finalizar, volvieron a colocar el armazón encima de él. Luego, uno de los sanadores se acercó para limpiarle el rostro.

—Si no tuvieras solo medio rostro quemado, tendríamos que haber hecho un agujero en tu cama y la cabeza colgaría en él —dijo con seriedad, mientras abría al medio una hoja de sábila—. Tu espalda sufriría por el peso de tu cráneo y terminarías con la columna arruinada, aparte de que la piel de tu espalda cicatrizaría de forma extraña. —El sanador acercó la viscosa planta al rostro de Tareq y la pasó suavemente sobre él—. Es tal la hinchazón, que probablemente se hubiera lastimado. —Al finalizar, agregó con una sonrisa—. Has tenido suerte.

—¿Cuánto tiempo estaré así? —susurró.

—Bueno, eso no puede saberse con precisión. —El sanador se rascó la barbilla—. Cada cuerpo es diferente. Puede tomarte un par de días hasta que se vaya la hinchazón o, incluso, unas semanas. Y después de eso se te caerá la piel quemada. Eso va a tardar más aún, pero no duele. Yo no trataría de quitarla, te quedarán manchas bastante feas si lo haces. Notarás que cuando te bañes se afloja y se desprende sola; tendrás que tener cuidado y no podrás darte baños de tina ni tampoco refrescarte con un paño, porque eso hará que la piel se despegue y no es lo ideal, por las cicatrices. Necesitarás que alguien te ayude a hacerlo, que deje caer el agua muy despacio para que corra, sin frotarla. Tendrás que hacerlo a diario. Pero no aún, dado que no puedes moverte.

Otra vez, el sanador habló con gran seriedad y terminó la oración sonriendo. A Tareq le resultó desagradable su voz y la forma en que hablaba. Hubiera deseado golpearlo.

—Te daré de beber la poción para que no sientas dolor —continuó el sanador—. Es amarga, pero preferirás eso a sentir tu cuerpo. Primero bebe bastante agua, puede que te duermas después que tomes la poción y tu cuerpo necesita agua. Me dijeron los soldados que ya no transpirabas cuando te encontraron. Eso es malo, muy malo.

El sanador le acercó un diminuto vaso a los labios y derramó entre ellos un líquido amargo y caliente. Tareq hizo un enorme esfuerzo para no escupir. Luego le acercó el vaso con agua y el muchacho volvió a beber. Una vez que finalizó, se puso de pie y se despidió con una gran sonrisa.

Tareq se quedó viendo a través de la ventana abierta el cielo celeste adornado con parches de esponjosas nubes blancas. Había recibido demasiada información en poco tiempo y parecía que todo requería de su atención de inmediato. Su mente vagó por las diferentes voces que escuchó en el día, la de sus compañeros, la del sanador, la voz de la señora Viktoria, sin demasiadas ganas de hacerles caso, y divagó por sus recuerdos hasta que estos lo llevaron al momento en que destruyó el templo.

—¿Y él? Debe estar herido, tenemos que ayudarlo. Yo no soy como ustedes. No puedo dejarlo —dijo la voz de Vila en sus recuerdos.

Se detuvo recordando las imágenes de Vila.

«Hubiera preferido verte sonreír y, en cambio, lo único que hice fue asustarte» pensó.

Tareq comenzó a adormecerse de a poco, viendo a la sacerdotisa luchar contra los soldados en sus recuerdos.

57

El calor del desierto hacía que a su alrededor se vieran imágenes extrañas, como grandes figuras danzarinas que cambiaban de forma cada vez que pestañeaba. Intentaba encontrar en ellas algo de realidad para no pensar en la sed que la torturaba desde hacía horas.

El aire caliente y carente de humedad le secaba los labios y la garganta. Lamentó no haber traído agua, fue muy impudente de su parte. El sol estaba a su izquierda y sentía que las mejillas le ardían. Entre otras cosas, se preguntó qué habría sucedido con el caballo de Ajác, que había soltado antes que los soldados las atacaran.

—Maldito sea —murmuró.

—¿Qué sucede? —Ajác se detuvo y miró a su alrededor.

—Solo recordé mi templo destruido. —Vila meneó la cabeza.

Ajác no le respondió. Se detuvo y miró hacia adelante, achicando los ojos para poder ver mejor.

—¿Es humo? ¡Es humo, Vila! Es la caravana, ya casi la alcanzamos.

A lo lejos, se levantaba una delgada columna de humo blanco, como un hilo que colgaba de la nada. Las jóvenes comenzaron a caminar más rápido, ignorando el calor, la sed, el hambre y el cansancio. Tenían la esperanza a unos unos kilómetros y ver el humo les había dado nuevos ánimos.

A poco más de una hora de caminata comenzaron a distinguir el polvo que se levantaba a su alrededor. No pasó mucho hasta que divisaron un joven de rostro moreno, barba y cabello plateado que cabalgaba hacia ellas a gran velocidad.

Ajác se soltó del brazo de la sacerdotisa y corrió hacia él. Era Mihaí, su esposo. Vila vio que detuvo el caballo unos cuantos pasos antes de llegar a ella, desmontó y corrió hacia Ajác. Su compañera de viaje se arrojó a sus brazos mientras él le acariciaba el rostro y le besaba la frente. Después de secarse los ojos, vio que Mihaí reparaba en ella.

—Mi señora Sacerdotisa —dijo Mihaí en una reverencia.

—Que gusto verte —dijo Vila una vez que los hubo alcanzado.

—Tengan, les he traído agua y algunas frutas —dijo mientras comenzaba a sacar cosas del bolso que llevaba colgado del hombro.

Las dos bebieron casi la mitad del contenido de los odres que el hombre les entregó antes de poder decir algo más.

—Mihaí, debemos apurarnos en llegar a Palmeras.

—Por supuesto, no hemos disminuido la marcha, tal como le pediste a tu madre.

—No es eso —dijo Vila—. Ajác regresó no solo por mí, sino por todos. Sabía que el humo atraería a los soldados, y así fue. Llegaron tres de ellos y un mago del ejército.

—Debemos continuar—interrumpió Ajác—. Hablaremos en el camino.

Mihaí sostuvo al caballo mientras las jóvenes montaban. Luego tiró de las riendas y se pusieron en marcha nuevamente, Mihaí comenzó a trotar al lado del animal.

—¿Un mago? —dijo el asombrado esposo sin disminuir la marcha —. ¿Las dejó escapar?

—Eso hubiéramos querido. —Vila sonrió—. Tu esposa se enfrentó a él y lo derrotó, es la mejor maga que he visto. Destruyeron mi templo, pero estamos vivas y a salvo.

—¿Ajác? —dijo cuando logró articular una palabra.

Vila se dio vuelta para mirarla y vio que movía la cabeza de arriba a abajo, sin dejar de masticar. Tenía un manojo de dátiles en la mano.

—Por eso es que debemos apresurarnos aún más.

—¿Qué sucedió con los soldados?

—Yo maté uno, Ajác a los otros dos. Deberías haberla visto, estuvo magnífica.

—Tú también —dijo Ajác entre bocado y bocado.

—¿Y el mago?

—Ajác lo dejó inconsciente. Quedó desmayado al rayo del sol. Espero que se haya cocinado.

—Podría haber despertado enseguida y haberlas seguido.

—No lo creo —dijo Ajác—, le robé casi toda su energía. Perdóname Mihaí, me hubiera gustado habértelo dicho antes, pero mi maestro no me lo permitió.

—Hablaremos una vez que estemos más tranquilos. ¿Le dirán al resto de la gente lo que ocurrió?

Vila volvió a girar sobre la montura para mirar a Ajác.

—Deberíamos, ¿no? Tenemos que hacer que se apresuren.

—Entrarán en pánico.

—No lo harán si saben que podemos encargarnos de ellos.

—De acuerdo. —Luego agregó mirando a Mihaí—. Sí, les diremos. Vila tiene razón, es la única forma para evitar retrasos innecesarios. Descansaremos una vez que hayamos llegado a Palmeras.

Mihaí estuvo de acuerdo y continuaron el resto del trayecto en silencio. Estaba anocheciendo cuando alcanzaron a la caravana, que había frenado al costado del camino para pasar la noche.

Los aldeanos las recibieron con aplausos y la madre de Ajác se acercó llorando a su hija. Vila las escuchó hablar y no pudo evitar sentir cierto pesar. Nadie esperaba por ella, era solo la sacerdotisa, una persona sin familia, sin amigos.

Su madre la llevó al Gran Templo de Ciudad Capital antes de cumplir los diez años y allí fue instruida por monjes y maestros. De aquellos días solo recordaba el silencio y la soledad. Le enseñaron a no hablar tanto como a ella le gustaba, a no preguntar cosas que no entendía, a no cuestionar a sus maestros y mucho menos a los monjes. Aprendió a fuerza de golpes y encierros a ser valiente y a ser fuerte. Pasó incontables noches de miedo y de soledad, de llanto y de hambre, para hacer de ella una mujer digna de ser llamada Hija de la Diosa Sinmá.

Solo un puñado de los cientos de niñas que llegaban al Gran Templo cada año soportaban los duros entrenamientos a las que eran sometidas para convertirse en Sacerdotisas. Del grupo que llegó junto a ella, solo tres terminaron su formación y, hasta donde Vila sabía, solo a ella le habían entregado una aldea y un templo. Su deber como sacerdotisa era permanecer en su templo hasta el fin de sus días. Pero ya no tenía templo. Vila volvió a maldecir.

—Hay algo que debemos decirles. —Vila alzó la voz y los aldeanos hicieron silencio—. Ajác arriesgó su vida regresando a la aldea, pero no solo lo hizo por mí. Ella sabía que el humo atraería a los soldados, estos verían a la aldea desierta e irían tras de ustedes para evitar que lleguen a Palmeras. Ajác regresó para asesinar a esos soldados, para protegerme de ellos y para tener ventaja sobre nuestros perseguidores. Todos ustedes la conocen, y saben que es una mujer buena y trabajadora. Lo que no saben es que Ajác es también maga. —Vila lo dijo sin rodeos, y los aldeanos hicieron exclamaciones de asombro, mientras miraban a la joven mujer—. Ajác asesinó a dos soldados, se enfrentó a uno de los poderosos magos de la señora Viktoria y lo venció. Ajác hizo eso por nosotros y para que tengamos un futuro.

“Los soldados no tardarán en recibir nuevas órdenes, que seguro incluirán asesinarnos o esclavizarnos. Debemos aprovechar la ventaja

que Ajác con tanta valentía nos otorgó. Debemos marchar a mayor velocidad y las jornadas de viaje deberán ser más largas para seguir conservando esta ventaja para llegar a Palmeras antes que los soldados nos alcancen. Habrá tiempo para descansar cuando estemos en Palmeras o cuando la diosa Zarba llegue junto al ejército del rey Kirios.

Saara, la anciana de trenzas blancas, se acercó a Vila y la tomó del brazo.

—Estoy tan sorprendida y confundida como todos ustedes, pero la sacerdotisa ha hablado bien. Ajác, nos encargaremos de que tu sacrificio no haya sido en vano, nos esforzaremos y caminaremos hasta que nos sangren los pies si es necesario, para así poder conservar el regalo que nos has hecho. Siempre tendrás nuestra gratitud y serás parte de la historia de nuestra gente hasta el fin de los tiempos, haremos canciones en tu honor y les contaremos a los niños sobre tu gran batalla, para que nadie te olvide, nunca.

Vila vio que Ajác se miraba los pies, llena de vergüenza, aunque después alzó la mirada hacia la anciana.

—Lo que Vila no les dijo es que ella también se enfrentó a los soldados y al mago. Fue tan glorioso haberla visto blandiendo su Lanza Dorada, que se hubiera dicho que la mismísima diosa Sinmá estaba junto a mí en la batalla. Este regalo no ha sido solo mío, porque no lo hubiera logrado estando sola. Es gracias a ella que pudimos regresar.

“Fui entrenada desde muy pequeña para hacer un buen uso de mis poderes, para defender a los que no pueden hacerlo y así ser útil a mi pueblo. Mi maestro me dijo que llegaría el día en que tuviera que decirle a mi gente quien era en realidad y, a pesar del miedo, ha sido un honor haberlo hecho de esta forma, y volveré a hacerlo si los dioses así lo quieren. Los defenderé con mi vida si eso significa darles la oportunidad de llegar a Palmeras.

—Los defenderemos, mi lugar es con ustedes —dijo Vila levantando la Lanza

—Cuando llegue ese momento, no estarán solas —dijo Saara—, todos nos protegeremos con uñas y dientes.

Los aldeanos comenzaron a aplaudir y a afirmar con gran entusiasmo lo que Saara dijo y, después de varios minutos de algarabía, comenzaron a dispersarse. Debían prepararse para pasar la noche.

58

Esa noche los aldeanos cenaron todos juntos, a pesar de que habían hecho fuegos pequeños y separados en los alrededores del campamento. Fue una comida rápida y con pocas conversaciones, ya que estaban todos muy cansados y sabían que deberían partir antes del amanecer. Aun así estaban contentos y esperanzados.

—¿Quieres quedarte en mi tienda esta noche? —preguntó Ajác, y acomodó la manta que cubría sus hombros—. Mihaí tomará una guardia

—No te preocupes, la señora Saara me ha ofrecido su tienda.

Ajác asintió, sonrió a Vila y se marchó a la tienda que Mihaí había armado, al sur del campamento.

Cuando abrió la tienda, vio que su esposo ya había preparado los *kijurs*, una especie de esterilla hecha con los juncos que recogían cuando viajaban cerca del río Thara, y que eran transportadas enrolladas para que ocuparan poco espacio. Arriba de los *kijurs*, se colocaba una manta o un delgado colchón.

Al verla, Mihaí se puso de pie, se acercó a ella y la abrazó por largos minutos.

—Debo decirte algo —dijo sin soltarla—. Yo también soy mago y he sido entrenado desde pequeño, como tú.

Ajác levantó la cabeza y lo miró, asombrada. Finalmente, dijo:

—¿Tú? Sabía que había alguien más en la aldea, pero no sabía quién podría ser.

—Sí, yo. También sabía que había uno más…

—¿Tu maestro fue Lobo Blanco? —Mihaí asintió—. Bueno, eso explica algunas cosas, como el hecho de que el tejado de nuestra casa no se viniera abajo.

Los esposos rieron. En su aldea, antes de que los novios se casen, el hombre debía ser el que construyera la casa que habitarían. Y debía hacerlo solo, sin ayuda de nadie más, para demostrarle a la familia de la novia que era un hombre fuerte y capaz.

El tejado de su casa parecía sostenido, en verdad, como por arte de magia. Había partes donde los tirantes no llegaban a unirse y el entretejido de paja, que era colocado por encima, parecía estar flotando.

—Es una gran noticia —dijo Ajác—, me hace muy feliz que seas tú.

Ajác lo abrazó aún con más fuerza por unos momentos.

—Ya debo irme, voy a tomar la primera guardia.

—Hoy no te acompañaré, estoy agotada. Mañana iré contigo.

—Por supuesto, debes contarme lo que sucedió en el templo.

Ajác asintió. Mihaí le dio un beso en la frente y dejó la tienda.

Cuando Ilis, como llamaban al lucero matutino, asomó en el horizonte los hombres que habían tomado la última guardia comenzaron a despertar a los aldeanos y, mientras algunos comenzaban a enrollar los *kijurs* y a desarmar las tiendas, otros avivaban las fogatas para preparar el desayuno.

Una hora después, aún de noche, la caravana volvió a ponerse en movimiento. Esta vez decidieron que Ajác y Vila vayan montando y recorriendo la caravana. Mihaí aún no había hablado con los demás, pero eligió quedarse en la retaguardia por si se presentaban los soldados del rey.

A partir de ese día, la marcha comenzaba cuando asomaba Ilis, hacían un descanso a mediodía, en las horas en que el calor era más intenso y terminaba cuando el sol se ocultaba en el horizonte.

Después de tres días de extenuante caminata, los aldeanos comenzaron a notar que el paisaje sufría leves cambios. Los arbustos grises y espinosos que los habían acompañado desde su salida eran más escasos y, en su lugar, comenzaron a verse con más frecuencia matas de hierba que tenían unas pequeñas flores con cuatro pétalos morados. De vez en cuando, alcanzaban a ver algún arbusto de radiantes hojas verdes, rodeado de hierba.

Al quinto día, se encontraron con los primeros árboles. La mayor parte de los niños no habían salido nunca de la aldea y lo único que conocían era el dorado color de las rocas y de la arena y el apagado verde de las palmeras datileras que había en el poblado, por lo que quedaron maravillados con lo radiante que se veían sus hojas y con el cantar de las aves que había en ellos. Al principio los encontraban algo alejados del camino, pero en el transcurso del día comenzaron a verlos cada vez más cerca y en mayor cantidad.

Al detenerse al atardecer del séptimo día, era lo único que podían

ver a los lados.

Todas las noches, los aldeanos se reunían para cenar juntos y conversar sobre lo que había sucedido durante el día. Aunque pareciera extraño, los conflictos seguían apareciendo. Antes de partir, sabiendo que les tomaría mucho tiempo llegar a la ciudad amurallada de Palmeras, se habían organizado para que los ancianos, las tres mujeres embarazadas y los niños más pequeños de la aldea vayan todo el trayecto en carretas; los demás tomarían turnos para descansar por unas horas durante el día. Las quejas más frecuentes eran porque algunos alegaban dolores para estar más tiempo sin caminar, o se dormían y no bajaban cuando les correspondía. También había algunos problemas entre los cuidadores de los rebaños y como novedad, un hombre casado comenzó a coquetear con una mujer que había enviudado hacía poco tiempo.

Después de haber resuelto, en parte, los problemas los ancianos quedaron solos pero esta vez pidieron a Ajác y Vila que no se marcharan. También permanecieron en sus lugares los hombres más fuertes, que eran los encargados de cuidar la caravana y de hacer las guardias nocturnas.

—Si continuamos a este ritmo, mañana a mediodía estaremos llegando a uno de los arroyos que desembocan en el río Thara— dijo Hoss, un anciano que hacía tintinear sus collares de cuentas con cada movimiento.

—Hemos hecho en siete días el trayecto que habíamos pensado hacer en diez —dijo Saara.

—Así es —dijo el anciano—. El camino corre al lado del riachuelo, lo que nos alivianará la marcha al no tener que cargar con agua, pero necesitaremos estar más atentos porque la selva es muy calurosa y muchos se sentirán tentados de darse un remojón de cuando en cuando. Tendremos que ser firmes para no perder a nadie en el camino. Les diremos que no deben acercarse al río cuando estemos en movimiento, ya que en algunos tramos hay pozos muy profundos y cualquiera podría ahogarse. Sabemos que no somos buenos nadadores, deberemos ser muy cuidadosos.

Todos estuvieron de acuerdo y se comprometieron a estar más al pendiente de la gente para evitar que los aldeanos sufrieran accidentes. Saara continuó:

—Ajác, Vila; ya se imaginarán por qué les hemos pedido que se queden esta noche con nosotros. —Las dos asintieron—. Han pasado varios días desde el ataque en el templo, y me temo que en cualquier momento podríamos encontrarnos con nuevos peligros. Las dos

sobrevivieron al ataque de los soldados del rey. Vila nos contó con detalles lo sucedido por lo que creemos que ahora debemos estar más atentos que nunca. La selva va tornándose cada vez más tupida y los soldados podrían tendernos una emboscada en cualquier parte del camino.

Mihaí se puso de pie y, luego de mirar a Ajác, miró a los ancianos.

—Yo también soy mago. He sido entrenado por el mismo maestro que tuvo Ajác. Hasta que regresó de la aldea con Vila, no supe que ella también lo era y se lo dije esa noche, antes de tomar la guardia.

Los ancianos lo miraron desconcertados al principio, pero luego comenzaron a sonreír.

—Es una noticia grandiosa. —Saara mostró su desdentada sonrisa —. Los dioses han sido muy generosos con nosotros.

—¿Y tú sabes hacer las mismas cosas que Ajác? —preguntó Hoss.

—Aún no hemos hablado demasiado del asunto. No hemos tenido la oportunidad, pero supongo que sí.

—Nuestro maestro fue un buen maestro —dijo Ajác—. Nos ayudó a protegernos de la gente para que nadie nos descubra y, además, nos instruyó en los usos que le podemos dar a nuestros poderes.

—¿Qué usos son esos? —preguntó Hoss.

—Dependiendo de las capacidades de cada persona —dijo Mihaí—, pueden usarse para controlar la mente de otros, para sanar heridas o para provocarlas, para mover cosas, para controlar el fuego, el aire, la tierra o el agua.

—También se pueden crear ilusiones para que afecten a cierta cantidad de gente y hay algunos que pueden desaparecer y aparecer en otro lado, pero ninguno de nosotros dos puede hacerlo.

—¿Pueden ustedes sanar?

—Yo solo puedo sanar pequeños cortes y algunos dolores. Cosas pequeñas — dijo por su parte Mihaí.

Los ancianos asintieron y, mirándose los unos a los otros, murmuraron por largos minutos hasta que finalmente Saara se dirigió a ellos.

—¿Qué significa para ustedes usar sus poderes? ¿Se, cómo decirlo, “acaba” la magia en algún momento?

—Sí, se acaba. Depende de la cantidad de energía que tengamos.

Los ancianos miraron a Ajác confundidos.

—No se asusten, lo explicaré mejor. En el interior de nuestra mente tenemos nuestra energía. —Levantó una mano y en ella comenzó a formarse una pequeña esfera de luz—. Dependiendo de la cantidad de energía que tengamos. —La esfera creció unos centímetros y volvió a

achicarse—, podremos hacer mayor o menor cantidad de cosas. Cada hechizo hace que nuestra energía disminuya. Cuanto más complejo es, más energía necesitaremos. No es lo mismo mover dos ramas que arrancar un árbol completo.

—Es como nuestra fuerza —dijo Mihaí moviendo los brazos—. Hay personas que son capaces de mover mucho peso y personas que no.

—Exacto. Además, cada vez que entrenamos, nuestra energía crece un poco más.

—Entonces, Ajác —dijo Vila, pensativa—, cuando moviste los enormes escombros del templo que cayeron sobre mí… ¡Eres muy fuerte! ¡No me equivoqué al decir que eras la mejor maga del mundo!

Todos rieron ante la inocencia y el asombro de la sacerdotisa. Mihaí rodeó a Ajác con su brazo, orgulloso de ella. Después de unos momentos, volvieron a la conversación. Saara aún tenía dudas.

—¿Qué sucede cuando esa energía de la que hablaste se agota?

—Morimos —dijeron los esposos al mismo tiempo.

—Pero conocemos nuestros límites —agregó Ajác luego de unos segundos—, no deberían preocuparse.

Se escuchó que varios de los ancianos soltaron el aire que contenían en sus pulmones desde que nombraron a la muerte.

—Me parece que ambos también coincidiremos —dijo Mihaí—, en que una de las primeras cosas que nuestro maestro nos enseñó es reconocer lo que se siente cuándo nuestra energía está llegando a su fin.

—Así es, para así saber cuándo debemos detenernos.

—¿Esa energía vuelve a crecer? —preguntó Hoss.

—Sí, por supuesto. Depende también de cada persona la velocidad con que vuelve a su punto máximo.

—Y de su entrenamiento —agregó Mihaí. Ajác asintió.

Los ancianos pusieron fin a la conversación, ya que no tenían, de momento, más preguntas que hacerles respecto al uso de la magia. Sin embargo, antes de dar por terminada la reunión, acordaron que desde ese día, dejarían vigías entre los árboles a los lados del camino, para así saber si se acercaban las tropas del rey Kirios. Eligieron a los que consideraron que correrían más rápido hasta la caravana.

El décimo día comenzó como todos los anteriores, antes del amanecer. Notaron desde temprano que iba a ser un día de excepcional calor; pudieron percibirlo ni bien el sol comenzó a colarse entre las ramas de los árboles que cubrían el polvoroso camino a Palmeras. Antes del mediodía decidieron hacer un descanso para poder remojarse en el arroyo y poder pasar las horas de mayor calor.

Ajác estaba junto a Vila y las demás mujeres, cuidando de los niños que jugaban y corrían de un lado al otro.

—Algo está por suceder, Vila. Debemos advertir al resto.

De inmediato Vila se puso de pie y comenzó a hablarles a las demás mujeres. Ajác, por su parte, corrió hacia la caravana.

—Señoras, reúnan a todos los niños y manténganlos juntos y lo más quietos que puedan. Quizás tengamos visitas desagradables. Las que estén en condiciones y dispuestas a defender a nuestra gente, vengan conmigo. Las demás estén atentas. Si las cosas se salen de control, escóndanse en la selva y esperen hasta que alguno de nosotros regrese por ustedes. Si eso no sucede, sigan el viaje a Palmeras. No se acerquen a la caravana, porque seguro será una escena desagradable. No sientan culpa ni vergüenza por proteger y cuidar a los niños.

Las mujeres obedecieron sin cuestionar a Vila y, mientras se organizaban, la sacerdotisa se dirigió a donde se estaban reuniendo los demás.

Ajác había avisado ya a los ancianos y Vila llegó junto a ella cuando hablaba con Mihaí.

—Algo va a suceder.

—No digas esas cosas, Ajác. —Mihaí sonrió.

—Puedo sentirlo.

—¿Algo como qué? —dijo con cierta alarma en la voz esta vez.

—¡Los soldados del rey! ¡Se acercan los soldados del rey! —Uno de los vigías que habían dejado un par de kilómetros atrás se acercaba corriendo, pálido y bañado en sudor.

—Eso —dijo Ajác en voz baja. Mihaí le tomó la mano.

—No temas, estaré junto a ti, con mi cuerpo como escudo —dijo y Ajác sonrió.

Los ojos de ambos se tornaron violetas y Ajác entró en la mente de su esposo y, siguiendo las enseñanzas de su maestro, le dijo:

—*Lobo Blanco me enseñó cómo crear una conexión para que podamos comunicarnos sin que los demás nos escuchen. He creado una habitación en la que solo tú puedes entrar. Dentro de uno de los cajones del gabinete deberás guardar y sellar uno de tus recuerdos. Cuando más felicidad te produzca, más podremos alejarnos el uno del otro y aún permanecer en contacto. Deberás apresurarte para hacerlo porque solo podré bajar mis murallas unos pocos segundos. ¿Estás listo?*

Mihaí asintió e ingresó en la mente de su esposa. Se encontró con un campo de girasoles y, en el medio de este, se abría una puerta de madera, que parecía sostenida por manos invisibles. Al traspasar la puerta, se encontró con una habitación pequeña, ordenada y

modestamente amoblada. Era una representación exacta de su casa, a excepción de un gabinete de madera blanca, con detalles dorados; sobre él se encontraba una caja de madera que cabía en la palma de su mano. Mihaí tomó la caja, quitó la tapa y se dispuso a guardar ahí uno de sus recuerdos. Luego, abrió el primer cajón del bonito mueble y dejó la caja con cuidado. Murmuró unas palabras y, cuando el cajón se cerró, de sus bordes salieron destellos dorados. Una imagen de Mihaí apareció frente a él y se sentó en uno de los almohadones que había sobre la alfombra, una copia exacta de la que Ajác había tejido.

—Listo —dijo una vez que abandonó la mente de su esposa.

Ajác volvió a levantar sus murallas mientras caminaban hacia el sur, donde se estaban reuniendo todos los hombres y mujeres que estaban dispuestos a luchar. Se habían colocado en el centro del camino, empuñando unas pocas espadas, hachas, horquillas y palos. Ajác los miró detenidamente antes de unirse a ellos. Estaban muy delgados por las extensas y extenuantes marchas y, aun así, sabía que ninguno de ellos correría a esconderse. Pensó en la valentía que corría por su sangre al intentar plantarles cara a las tropas del rey, aun sabiendo que podrían morir antes de levantar su arma una sola vez. Intentó contarlos, no eran más que unas cuarenta personas.

Esperaron por largos minutos y cada uno de ellos parecía una eternidad. Llegó el último vigía agitado y jadeante.

—Ya se acercan. Deben ser alrededor de doscientos cincuenta soldados —dijo con la voz entrecortada—. Traen dos magos.

—Nos aniquilarán —dijo uno de los aldeanos.

El campamento se agitó y tres mujeres dejaron sus improvisadas armas y corrieron hacia el río.

Mihaí soltó la mano de su esposa, se adelantó y los miró a la cara a cada uno de ellos.

—No solo Ajác es maga. Yo también lo soy. Ustedes manténgase juntos y atentos. Los magos solo podrán atacarlos si les ponen sus ojos encima. Si se los pedimos, escóndanse, pero no se vayan lejos por si las cosas se nos salen de control. Trataremos que eso no suceda y que no se acerquen a ustedes.

Los aldeanos asintieron mientras sonreían. Mihaí les había dado una renovada esperanza. Ajác se adelantó hasta ponerse junto a su esposo y Vila permaneció con los demás, rezando una oración a la diosa Sinmá.

No pasó mucho tiempo hasta que empezaron a sentir el sonido de los tambores que marcaban los pasos de los soldados. Del río regresaron las tres mujeres que se habían marchado minutos antes,

junto a cuatro mujeres más y algunos de los niños más grandes. De a poco, el viento comenzó a traer el sonido del tintineo de cientos de armaduras. Unos cuantos minutos después ya veían los destellos de las puntas de las lanzas, que reflejaban los pocos rayos del sol que eran capaces de llegar hasta el camino entre el techo de ramas que se entretejía sobre ellos.

La tensión iba creciendo entre los aldeanos, que hacían movimientos nerviosos con sus improvisadas armas.

Los primeros en llegar fueron los dos magos. Eran dos hombres de poco más de veinte años. Vestían túnicas blancas, como la que llevaba Tareq cuando atacaron el templo.

Los dos tenían la piel enrojecida por el sol, aunque el de mayor altura tenía la piel más morena.

Ajác los miró con cautela, tratando de predecir qué harían.

—*Estos magos no saben atacar la mente, son débiles en eso* —dijo a Mihaí—. *No conocen las murallas, por lo que intentarán hacerle daño a nuestro cuerpo. Ten cuidado.*

—Esto es ridículo —dijo el mago más alto, quien tenía el cabello largo y oscuro—. Son solo un puñado de granjeros.

—Tenemos que cumplir las órdenes de la señora Viktoria, Hidzá, no cuestionar cada paso que damos.

—De no ser por lo que le hicieron a Tareq, ya estaría regresando —dijo y los miró con gran desprecio. Levantando la voz, agregó—: A ver, ¿quién de ustedes dejó inconsciente y expuesto al sol a mi amigo Tareq? Me dijo que habían sido dos mujeres. Entréguenlas y podrán seguir su camino sin ser molestados.

Mientras su compañero les hablaba a los aldeanos, el otro mago se dio la vuelta y habló con el comandante de la tropa. Segundos después, los soldados del frente hicieron sonar una trompeta, y otra le respondió desde el final de las filas. Dieron media vuelta y se alejaron marchando al sonido que marcaban los tambores.

Los dos magos los observaron hasta que se perdieron detrás de la primera curva. Se dieron media vuelta y dirigieron su atención a los aldeanos otra vez.

—Me imagino que habrán aprovechado estos minutos para pensar, ¿no es así?

Los aldeanos se quedaron en el mismo lugar en el que estaban, sin abrir la boca.

—Mira Lehsa —exclamó el llamado Hidzá—. Allí está la sacerdotisa que Tareq quiere que le llevemos.

—Tú —dijo Lehsa señalando a Vila—. Ven aquí y libera a tu pueblo

de una muerte lenta y dolorosa.

Vila rio, mientras movía la Lanza Dorada de una mano a la otra.

—¿Cómo está el señorito Tareq? Me imagino que le gustó el recuerdo que le dejamos y por eso ha solicitado nuestra presencia.

Ajác rio también pero intentó, en vano, disimularlo. Los magos la miraron.

—Ahí está la otra, la que es maga —dijo Hidzá.

—Sí, soy yo —dijo Ajác y se adelantó unos pasos.

—*¿Estás loca? No te expongas.*

—*Podemos con ellos, no te preocupes. Tareq, el otro mago era igual de fanfarrón, pero casi se orina encima cuando entré en su mente y ni siquiera lo ataqué. Solo toca sus recuerdos cuando empiecen a atacarnos.*

—*Lo haré. Ten cuidado* —dijo Mihaí.

—Acérquense.

—Que aburrido tener que decirles las cosas tantas veces. ¿Acaso no lo oyeron a la primera? Ya deberíamos estar regresando a Ciudad Capital.

Hidzá movió sus manos y Vila quedó sujeta por sogas invisibles. Los aldeanos corrieron a esconderse detrás de los árboles y las carretas ni bien vieron que la sacerdotisa había sido inmovilizada.

El mago movió apenas los dedos y Vila comenzó a ser arrastrada hasta él. La muchacha se retorcía intentando librarse de sus ataduras, pero era inútil.

Ajác sintió que el otro mago entraba en su mente y, otra vez, escuchó su asombro al encontrarse con una muralla. Sin perder un instante ingresó en su mente y encontró lo mismo que había visto en la mente de Tareq, por lo que se adentró en el remolino de recuerdos que tenía frente a ella. La imagen mental de Lehsa apareció unos momentos después.

Al igual que Tareq, comenzó a insultarla y a rogarle que se detuviera. A Lehsa también le causaba alguna clase de dolor que alguien toque sus recuerdos. Ajác no hizo caso de sus súplicas y siguió avanzando hasta que llegó a la esfera luminosa.

—*Adiós Lehsa Ingut.* —Ajác colocó ambas manos sobre la esfera, comenzó a absorber su energía y abandonó la mente del mago cuando finalizó. Su cuerpo estaba inconsciente y había caído en el camino.

Mihaí por su parte, había atacado a Hidzá. El mago de túnica blanca estaba arrodillado y tenía ambas manos sobre su cabeza cuando Ajác reparó en ellos. Vila no estaba a la vista, al parecer el mago la había liberado.

—*Camina hasta el centro del torbellino* —dijo Ajác a Mihaí—,

encontrarás la esfera de luz. Coloca tus manos encima de ella y absorbe sus energías. Detente antes que se apague por completo, si no morirá.

Ajác vio que poco después Hidzá se desplomó en el suelo, también inconsciente.

—Está hecho —dijo Mihaí.

—¡Vila! —llamó la maga. Cuando la sacerdotisa asomó desde detrás de una carreta, Ajác le hizo una seña para que se acerque—. Ya debemos partir. Ve en busca de las mujeres y los niños, tenemos que irnos cuanto antes.

Mihaí fue a hablar con el resto de los aldeanos que, de a poco, empezaron a asomarse entre las carretas y los árboles de los alrededores. Cuando vieron a los dos magos tendidos en el camino, comenzaron a aplaudir y a cantar los nombres de los magos de su aldea.

—¿Están muertos? —preguntó un hombre que llevaba un hacha en una mano y un improvisado escudo en la otra.

—No, se han desmayado. Quedarán así por largas horas.

Los aldeanos que escucharon comenzaron a dirigirse hacia los magos y Ajác caminó hasta ponerse delante de ellos.

—¿Qué creen que están haciendo? —preguntó alarmada.

—Ellos nos matarían si estuvieran en nuestro lugar

Los demás asintieron, estaban tan enojados, que no escuchaban a Ajác y querían desquitar su ira contra los magos de la señora Viktoria.

—No somos como ellos. No han dañado a ninguno de nosotros. Ustedes no tienen derecho a ajusticiarlos.

Los aldeanos comenzaron a acercarse, amenazantes, a Ajác, dispuestos a llegar a los magos aun si eso significaba pasar por encima de ella.

—Suficiente —dijo Mihaí y su voz se oyó fuerte y clara encima del bullicio que causaban, aún a varios metros de donde estaban. De sus manos irradiaban rayos blancos como los de una tormenta de verano —. No somos asesinos y no mataremos a alguien que no puede defenderse. Es la única vez que lo diré.

Los aldeanos se detuvieron y se quedaron mirando sus manos en completo silencio. Ninguno de ellos se atrevió a dar un paso más. De entre la gente aparecieron los ancianos, que habían abandonado su escondite en cuanto Vila fue a buscarlos.

—Mihaí ha hablado bien —dijo Saara—. Somos una aldea de gente buena, honesta y trabajadora, no un manojo de asesinos inescrupulosos. No toleraremos esa clase de comportamientos entre los nuestros. Los magos se quedarán en donde están y nosotros partiremos

lo más rápido posible hacia Palmeras.

—Ya oyeron a la señora Saara —agregó Hoss. Los aldeanos dieron media vuelta y comenzaron a acomodarse para partir.

Mihaí y Ajác se quedaron junto a los magos que yacían inconscientes en el camino, para evitar que algún aldeano quisiera acercarse a ellos.

—Quiero examinar la mente de Hidzá —dijo Ajác—. Me gustaría saber cómo está el mago que fue al templo, Tareq. No encontré nada sobre él en la mente de Lehsa.

Mihaí asintió. Los ojos de la mujer se volvieron de un violeta intenso al recurrir a sus poderes y comenzó a recorrer con detenimiento los recuerdos de Hidzá, inspeccionando cada uno de ellos. Unos minutos después, sus ojos regresaron a su color natural.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó Mihaí.

—Sí. Está muy malherido. El sol le cocinó la piel de forma horrible. Lo hallaron esa misma tarde, pero despertó recién dos días después. Según la conversación que Hidzá tuvo con Tareq, casi no sobrevive.

Mihaí se agachó y miró a los magos.

—¿Qué sucederá con ellos?

—No creo que lo mismo. Estarán a la sombra.

Mihaí se puso de pie, aún mirándolos. Ajác le tomó el brazo y señaló hacia adelante, la caravana se había puesto en marcha otra vez.

59

—¿Cómo se encuentran mis príncipes? —preguntó el sonriente rey Kirios apenas abrió la puerta de la habitación.

—Están muy bien, mi querido. —Viktoria se incorporó y caminó hacia él. El rey Kirios la abrazó por unos momentos y luego se sentó trabajosamente en un gran cojín que había en el suelo alfombrado.

Los niños, Dante y Lena, gatearon hasta él y se treparon a sus enormes brazos. El rey los abrazó mientras les daba sonoros besos y los niños respondían con pequeñas carcajadas.

Lena fue la primera en bajarse y regresar gateando hasta donde estaban los juguetes con los que habían estado jugando unos momentos antes. Tomó con una de sus pequeñas manos un caballo de madera, se acercó hasta una silla y comenzó a levantarse. Viktoria la observaba de pie, sin decir nada. La niña hizo varios pasos apoyándose en la silla, pero cuando notó que su padre aún estaba fuera de su alcance, se soltó y, con pasos vacilantes, completó el trecho que le faltaba. Se arrojó a los brazos de su orgulloso padre, que reía y aplaudía por el logro de la niña. Viktoria, sonriente, se acercó a ella y la alzó en brazos.

—Me gustaría entrar en las mentes de los niños para ver si alguno de ellos es mago. ¿Qué opinas?

—Pensé que ya lo habrías hecho —dijo el rey.

—No lo haría sin consultarlo contigo antes.

—Vaya… Pues, en ese caso, me parece una buena idea. Creo que estaría bien que comenzaran a ser entrenados cuanto antes. No les hará daño ¿Verdad?

—En lo absoluto, no sería capaz de dañar a mis niños —dijo y dejó a Lena en la alfombra junto a su hermano—. Lo haré ahora, mientras estás con nosotros.

Viktoria se sentó junto a su esposo y miró primero a Dante.

Al entrar a su mente, se encontró con una imagen de la habitación donde se encontraban, que era la sala de juegos, en la que pasaban la

mayor parte del día. Se sintió diminuta al ver todo desde la perspectiva de su hijo. Los escasos muebles que el niño había recreado en su imaginación eran enormes, de formas extrañas e irregulares y parecía que sus contornos eran translúcidos.

Sus juguetes, en cambio, eran de una nitidez asombrosa y sus colores más brillantes que en la realidad. Sus pensamientos eran sensaciones. A pesar de que el niño reía, en ese momento el príncipe se sentía hambriento y cansado y la señora Viktoria se dio cuenta de que en cualquier momento llegaría la nana a buscarlos para darles su cena y llevarlos a dormir.

—Dante es un niño normal —dijo sin dejar translucir la desilusión que sentía. Había esperado que él hubiera heredado sus poderes, pero no fue así.

Sus ojos se posaron en Lena y la señora Viktoria sonrió. Esta vez, se encontró con que los pensamientos de la niña eran claros y precisos, como los de los magos. Voces e imágenes nítidas giraban frente a ella formando un enorme remolino.

También en los recuerdos de Lena había sensaciones y la pequeña, en ese momento, sentía mucho calor. Viktoria hizo correr por la habitación una ráfaga de aire frío, y notó la felicidad de la niña por la brisa refrescante.

—Lena es maga —susurró Viktoria.

—¡Eso es grandioso! —exclamó el rey—. Vas a entrenarla ¿no es así?

—Por supuesto.

La señora Viktoria continuó examinando la mente de la pequeña. Caminó entre sus recuerdos, apartándolos con un gesto de sus manos. Le sorprendió la cantidad de memorias que la niña tenía en su mente, a pesar de su corta edad, memorias desde el día en que había nacido. Siguió caminando hasta llegar al centro del torbellino que giraba lentamente a su alrededor.

La esfera de energía de Lena era diferente a las que había visto antes, no brillaba tanto como las demás y parecía una enorme bola de fuego. En ella se entremezclaban diferentes tonalidades de amarillos, naranjas y rojos. La emoción la invadió por completo, Lena tenía los poderes del Sol, lo que significaba que sería más fuerte que cualquiera de sus magos, e incluso podría llegar a igualar a los poderes de su maestra.

Aun así, debía intentar mantener en secreto sus habilidades el mayor tiempo posible. Si su maestra descubría que Lena tenía los poderes del Sol, querría apartarla de su lado y no podía permitirlo.

Después de un largo minuto observando la esfera, la señora Viktoria se sintió tentada de apoyar las manos sobre ella. Quería saber qué se sentía al tocarla, si su energía era diferente a la que había visto en las mentes de sus discípulos.

Con cierta precaución, acercó su mano a la esfera. Cuando estaba a unos centímetros, comenzó a sentir que el aire delante de la palma de su mano vibraba y ofrecía cierta resistencia, como si quisiera evitar que alguien la toque. Viktoria, sin embargo, continuó llevando su mano hacia adelante. Cada vez requería más esfuerzo de su parte llegar a ella y, cuando al fin tocó su superficie, una inmensa corriente de energía le sacudió todo el cuerpo, a la vez que se sentía expulsada de la mente de su hija.

Lena continuaba jugando con Dante, ajena a lo que acababa de suceder. La señora Viktoria, en cambio, todavía podía sentir la energía que le recorría las extremidades; los brazos y las piernas le temblaban y se sentía aturdida, sin saber si continuaba sentada junto a Kirios o si estaba flotando cerca de la luna.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué ha sucedido? —La voz de Kirios parecía llegarle de un lugar lejano, como si estuviera a varios metros de ella.

Le costó algunos minutos retomar el control de su cuerpo y lograr que su respiración se calmara. Apenas se sintió capaz, le explicó a Kirios lo que había sucedido. Su esposo no dio muestras de entender a qué se refería Viktoria, pero no se lo hizo saber con palabras.

Viktoria comenzó a entrenar a Lena al día siguiente, considerando que no debía perder ni un momento más, ya que su hija parecía ser más poderosa que cualquiera de sus discípulos. Con un entrenamiento constante e intensivo, estaba segura de que podría ser capaz de vencer a cualquiera de ellos en poco tiempo.

Hizo acondicionar una habitación en el ala sur del palacio para entrenar a Lena y pidió no ser interrumpida mientras la puerta se encontrara cerrada. Al principio, le costó llamar su atención, pero con el pasar de los días sus momentos de concentración eran cada vez más prolongados.

Lena aprendía con rapidez las lecciones y al poco tiempo tenía la fuerza suficiente para mover objetos mucho más pesados que ella. Viktoria convocó a los maestros de los elementos para comprobar si su hija era capaz de controlarlos y se sorprendió al ver que era hábil también al utilizarlos.

La pequeña fue separada de su hermano; Viktoria pensó que era necesario que su interés se centre solo en entrenar. Lena tenía una energía que parecía inagotable y Viktoria se aprovechaba de eso manteniéndola ocupada con diferentes maestros durante todo el día.

Su padre el rey la veía por unos escasos minutos, los pocos momentos del día en que la niña volvía a sonreír. El rey Kirios quiso convencer a su esposa de dejar a Lena algunos momentos libres en el día, pero Viktoria se negó, alegando que era necesario que se esfuerce para aprender todo lo que pudiera; estaba segura que en pocos años podría ser capaz de ir a la guerra junto a los demás magos y necesitarían de sus habilidades para cumplir sus propósitos de destruir Sitnor.

A Tareq le llevó dos largos meses recuperarse de las quemaduras del sol y ser capaz de volver a utilizar sus poderes por completo. El daño que la maga de la aldea le causó al robarle casi la totalidad de su energía fue peor que el daño del sol en su cuerpo.

Hidzá y Lehsa sufrieron el mismo trato por parte de la maga y su esposo, por lo que estaban en iguales condiciones.

Al estar los tres recuperados, la señora Viktoria se reunió con todos sus magos y les comunicó que atacarían Palmeras. Aquellos que se habían enfrentado a los magos con murallas mentales compartieron con los demás sus experiencias, buscando hallar la forma de detener sus ataques. Estaban de acuerdo en lo útil que eran las murallas, pero ninguno de ellos había sido capaz de crear una que se mantuviera en pie más que unos pocos minutos, ya que se derrumbaban ni bien era tocada.

Tres meses después de la destrucción del templo de la aldea al pie de las montañas Kobliz, la mayoría de los magos partieron a caballo, con la señora Viktoria al mando, rumbo a Palmeras; eran un total de noventa y cinco. Dieron un gran rodeo para evitar los puestos de vigilancia de Palmeras, y se dirigieron a las Tierras Anexas, un vasto territorio de fértiles llanuras que en la antigüedad pertenecía a Morrau, pero fue usurpado por Pyebra en la última Gran Guerra. Entrarían por la ciudad por el norte, ya que no había caminos y por lo tanto, su vigilancia estaría descuidada. Una semana después de haber llegado a un lugar que creyeron conveniente para montar un campamento, y luego de haber estudiado los movimientos de la ciudad de Palmeras, llegó el momento del ataque.

La señora Viktoria había elegido una noche sin luna, para

resguardarse mejor en la oscuridad.

Cuando el sol se escondió en el horizonte, Lehsa y Nihá se acercaron al muro y, entre murmullos, crearon una ilusión sobre ellos para evitar que los guardias apostados en las torres de la muralla vieran lo que estaba sucediendo. A su señal, los magos que podían manejar los elementos se ubicaron formando un amplio semicírculo detrás de los dos primeros.

Mientras movían sus manos y murmuraban hechizos, de la tierra comenzaron a emerger unas desprolijas escaleras de tierra, que parecían haber sido excavadas con mucha prisa.

Cerca de una hora más tarde, el escalón más alto llegaba al borde de la muralla. Tareq fue el primero en subir, y detrás de él, fue Hidzá. Los demás se quedaron esperando hasta que este último, que se quedaría sobre el muro, dé la señal para que pudieran subir.

Tareq e Hidzá esperaron pacientemente hasta que el bullicio de la ciudad y las últimas luces de las cabañas se apagaron.

El muro tenía dos metros de ancho y cada treinta metros había una torre de vigilancia de dos plantas. En la primera, un guardia dormía sentado en el suelo.

Tareq lo mató con un movimiento de su mano antes que fuera capaz de abrir los ojos y dar la señal de alarma; luego subió hasta el piso superior, pero estaba vacío. Quedaban tres torres más, por lo que continuó corriendo con el mayor sigilo posible Cuando terminó con más vidas de las que hubiera deseado, bajó las escaleras de piedra.

Ya estaba dentro de la ciudad.

FIN DE LA PARTE I

EPÍLOGO

—*Humano, despierta* —dijo el gato negro y subió a su cama.

Lobo Blanco se sentó y el gato trepó a sus brazos. Estaba temblando y su pelaje estaba cubierto de diminutas gotas de humedad.

—*¿Qué sucede?*

—*Ha comenzado. Palmeras. Mucha gente está siendo lastimada. Muerte, humano, muchas muertes.* —Aunque el gato susurraba con su voz mental, estaba agitado y le costaba encontrar las palabras para expresar lo que estaba sintiendo.

—*Comparte tu dolor conmigo, gato. Siempre hemos sido compañeros, permíteme aliviarte* —dijo acariciando el pelaje erizado del felino

El gato permitió que Lobo Blanco entrara en su mente y comenzó a compartir con él las visiones que estaba teniendo.

El anciano mago abrazó al gato con más fuerza, ya que no solo sentía el dolor de su amigo de cuatro patas, sino también el miedo, la incertidumbre y la desolación de las personas que estaban siendo atacadas. Las lágrimas rodaban por las arrugadas mejillas del mago, mientras sentía en su anciano cuerpo la mismísima manifestación de la maldad.

Después de unos minutos, el gato comenzó a temblar con mayor violencia, como si ya no pudiera soportarlo más. Lobo Blanco empezó a cantar entre sollozos y el felino dejó de tener visiones. Sus temblores fueron disminuyendo hasta que, finalmente, desaparecieron por completo.

Lobo Blanco se puso de pie, dejó al gato negro en su cama, lo tapó con una manta y salió a tomar el aire fresco de la noche.

Se acercó a la fogata, puso agua y unas hojas secas en una tetera y la colgó sobre la fogata. Mientras esperaba a que hirviera la infusión, se sentó de cara al fuego. Vio que sus manos temblaban y sentía un gran peso en el corazón, por las muertes de las que había sido testigo.

Lo que más lo atormentaba era que sabía que eso era tan solo el inicio. Así había empezado la última vez. Pequeñas batallas en algunas

ciudades y luego en otras, hasta que el continente de Thoria se vio envuelto en una guerra que casi acaba con todos. Perdió más de lo que quería recordar. El único que quedó a su lado era el gato negro. Su único amigo, su único compañero por largos años, el único que lo entendía y lo conocía mejor de lo que se conocía él mismo.

Sus ojos volvieron a empañarse cuando los recuerdos se agolparon en su mente, como si fueran las aguas de un río caudaloso, fríos y sin compasión alguna.

Faltaba poco para el amanecer y al mirar hacia arriba, vio que la luna tenía un halo a su alrededor. La niebla de otoño empañaba el aire y hacía parecer que el mundo se terminaba a unos pocos pasos de donde se encontraba.

Debía apresurarse a encontrar a la Dama de la Cueva. Ahora no le quedaban dudas de que continuaba con vida. Solo ella podría tener la maldad tan metida en los huesos como para iniciar otra guerra de esa magnitud.

La profecía resultó cierta. Estaban ante una nueva Era de magos, y él debía hacer hasta lo imposible para que no resulte como la última vez.

La vieja señora, igual que él, se escondió del resto del mundo por cientos de años. Durante mucho tiempo había sospechado que él no era el único y con el tiempo había ido hallando pequeños indicios de que había más sobrevivientes de la antigua Era.

El gato y él corrieron detrás de los rumores por mucho tiempo hasta que volvieron a encontrar, en una aldea de Pyebra, a uno de sus amigos y compañeros más cercanos: Ogdev Wrognia. Un mago que había sido conocido como Mano de Fuego, se había ganado el apodo por ser ese su elemento favorito en las batallas. Fue uno de los mejores magos de su época y el más grande Maestro de los elementos de toda la historia documentada de Thoria, lo que abarcaba casi cuatro mil años desde que empezaron a registrarse los hechos más importantes de la humanidad.

Tras haberse encontrado, casi un siglo después de haber sido firmada la Ley de Protección, siguieron rastreando las débiles pistas que dejaban sus antiguos compañeros y, a la vez, ocultándose lo mejor posible para no ser descubiertos, no solo por aquellos que se dedicaban a cazar a los magos, sino también de sus enemigos.

Su vida se vino abajo cuando tuvo que matar a su amigo para evitar que su mente sea robada. Nunca supo quién se había atrevido a hacer tal cobardía, pero tenía sospechas de que la Dama de la Cueva podría estar detrás de eso. Era una de sus antiguas prácticas y los

zorros viejos pueden perder el pelo, pero nunca las costumbres.

Al robar una mente, todos los conocimientos que se poseen son adquiridos por el ladrón y este puede utilizarlos mientras el poseedor original se mantenga con vida, aunque la víctima estaba condenada a una vida sin sentido, ya que no podría valerse por sí misma. Sería nada más que un cuerpo vacío, sin alma, sin sentimientos ni recuerdos. Un despojo que solo existe para que el inhumano ladrón obtenga los poderes que costaron a alguien más años de estudios, esfuerzo y sacrificios.

Después de perder a Ogdev, Lobo Blanco se escondió en el Extremo Sur, una región también conocida como el fin del mundo, la región más fría de Thoria. Cayó en una vorágine en la que se mezclaba su dolor, su soledad y su culpa.

Quiso, en un principio, hallar al culpable del ataque que había recibido su amigo, pero nunca fue capaz de encontrar más de una pista, que desaparecía después de ser investigada.

Casi sin notarlo, empezó a ahogar sus malos recuerdos y su dolor en botellas de licor barato. El gato nunca lo abandonó, a pesar de todo el sufrimiento que le ocasionaba verlo en esa condición. El gran Lobo Blanco enterrado hasta los ojos en su miseria.

Hicieron de Tesar su hogar, donde les pareció que sería el lugar más seguro para esconderse y ahí permanecieron hasta que la profecía le dio a Lobo Blanco una razón para volver a sonreír, un motivo para sentirse útil e importante y, además, una misión. Formar a la próxima generación de magos.

El gato apareció a su lado y se sentó junto al fuego, alejando los malos pensamientos que inundaban su mente. Lobo Blanco sonrió al verlo.

—*¿Cómo te encuentras?* —preguntó al felino.

—*¿Iremos a Palmeras?* —preguntó a su vez el gato, ignorando su pregunta.

—*Estamos muy viejos ya, los años nos pesan demasiado y muchos hechizos son ahora para mí difíciles, si no imposibles, de realizar. Seríamos un estorbo.*

—*Podemos hacerlo, debemos intentarlo humano.*

—*Nos arriesgaríamos demasiado y tenemos que esperar al niño. Seremos más útiles manteniéndonos vivos y seguros. Ya le enseñé a los demás todo lo que podía, es momento que ellos lo pongan en práctica.*

—*Tienes razón.* —Lobo Blanco dio un sorbo a su taza de té y el gato subió a su falda—. *Hemos hecho un gran trabajo con los nuevos, humano.*

—*Espero que así sea, gato.*

—Quiero que sepas que valió la pena cada maldito segundo de sufrimiento que he vivido todos mis años. Volvería a nacer en el mismo cuerpo y en la misma mente mil veces si eso significara que estaré contigo otra vez.

Lobo Blanco rio y le rascó detrás de la oreja.

—También te extrañé, gato. ¿Cómo te ha ido con el humano nuevo?

—Me ha puesto un nombre y siempre deja su ventana abierta, no me falta el alimento ni la atención.

—Eso quiere decir que te cae bien —dijo riendo.

—Me he encariñado, sí. —El gato hizo una pausa y levantó sus ojos verdes hacia Lobo Blanco—. *Es un humano asombroso, qué demonios. Todos lo dicen y lo he visto con los mismos ojos que te veo a ti.*

Lobo Blanco asintió y terminó su té. Los primeros rayos de sol comenzaron a asomar entre las copas de los árboles, espantando a la niebla. Había algunas nubes decorando el cielo que parecían esponjosos pétalos de una enorme flor de impresionantes colores; algunas rosas, otras naranjas.

—¿Los has visto? —preguntó Lobo Blanco después de unos minutos —. *¿Has visto lo que les sucedió?*

—Sí, siempre estoy cerca de él.

—No puedo creerlo. Entre toda la gente que habita este mundo… entre todos los países que existen, todas las aldeas, gato… ellos dos...

—Los astros tienen sus razones para hacer las cosas, humano, no debería tener que explicártelo a estas alturas de tu vida.

—Ya lo sé, pero no por eso deja de preocuparme, es mi… —Su voz se quebró y no fue capaz de continuar hablando. Cubrió su rostro con las manos, para que el gato no pueda ver sus lágrimas.

—Los guerreros también lloran. No sientas vergüenza, humano.

—¿Tú crees que él será bueno para ella? —preguntó entre sollozos.

—¿Y ella será buena para él? —El gato se acomodó en la falda de Lobo Blanco y enrolló la cola a su alrededor.

—Sufrirán, lo sabes.

—Solo hasta que sus caminos vuelvan a cruzarse.

—Será como si despertaran en una agonía diferente cada día.

—Valdrá la pena, lo sabrán cuando se encuentren.

—Cuanto más se alejen, más grande será su dolor —sollozó el humano.

—Cuida de ella, alivia su dolor, enséñale a ser feliz, dentro de lo que se pueda.

—¿Y quién cuidará de él? ¿Tú lo harás? ¿Aliviarás su dolor? ¿Le enseñarás a ser feliz? —preguntó mientras le acariciaba el lomo, con la

mirada perdida en los árboles frente a él. Algunas hojas doradas se desprendían de sus ramas, danzando en remolinos mientras caían.

—No dudaría en dar mi vida por él. Intentaré estar ahí cuando él lo necesite y haré todo lo que sea posible para atenuar su pesar.

—Gracias, gato.

—Una estrella los ha elegido y ellos no tienen la culpa. Deberemos cuidarlos de ellos mismos.

ÍNDICE

Mapa 9
Prólogo 11
Capítulo 1 19
Capítulo 2 26
Capítulo 3 38
Capitulo 4 45
Capítulo 5 65
Capítulo 6 69
Capítulo 7 77
Capítulo 8 85
Capítulo 9 95
Capítulo 10 98
Capítulo 11 105
Capítulo 12 110
Capítulo 13 121
Capítulo 14 127
Capítulo 15 134
Capítulo 16 138
Capítulo 17 144
Capítulo 18 155
Capítulo 19 157
Capítulo 20 159
Capítulo 21 166
Capítulo 22 170
Capítulo 23 182
Capítulo 24 188
Capítulo 25 193

Capítulo 26 197
Capitulo 27 209
Capítulo 28 220
Capítulo 29 224
Capitulo 30 236
Capítulo 31 244
Capítulo 32 251
Capítulo 33 254
Capítulo 34 263
Capítulo 35 267
Capítulo 36 273
Capítulo 37 282
Capítulo 38 285
Capítulo 39 288
Capítulo 40 292
Capítulo 41 303
Capítulo 42 309
Capítulo 43 317
Capítulo 44 322
Capítulo 45 325
Capítulo 46 333
Capítulo 47 336
Capítulo 48 345
Capítulo 49 354
Capítulo 50 357
Capítulo 51 364
Capítulo 52 369
Capítulo 53 379
Capítulo 54 389
Capítulo 55 396
Capítulo 56 403
Capítulo 57 413
Capítulo 58 420
Capítulo 59 438
Epílogo 447

[1] Erjathá: Significa “palmeras” en el idioma de Pyebra. Palmeras es una ciudad ubicada al norte de Pyebra Ciudad Capital, en medio de la selva.

[2] Ghona: Se pronuncia *guna*, como el nombre familiar de Quentin y Noah.

[3]-En Pyebra, los “complacientes” estaban muy mal vistos, en algunas regiones incluso eran considerados peor que un asesino. El hecho de que una mujer o un hombre vendiera su propio cuerpo era una aberración, salvo que fueran esclavos. Los esclavos no llevaban marcas distintivas, ya que permanecían en lugares cerrados.